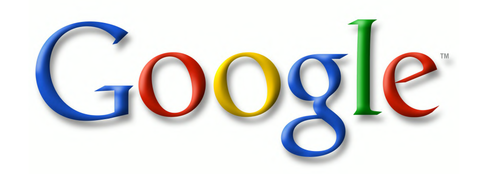
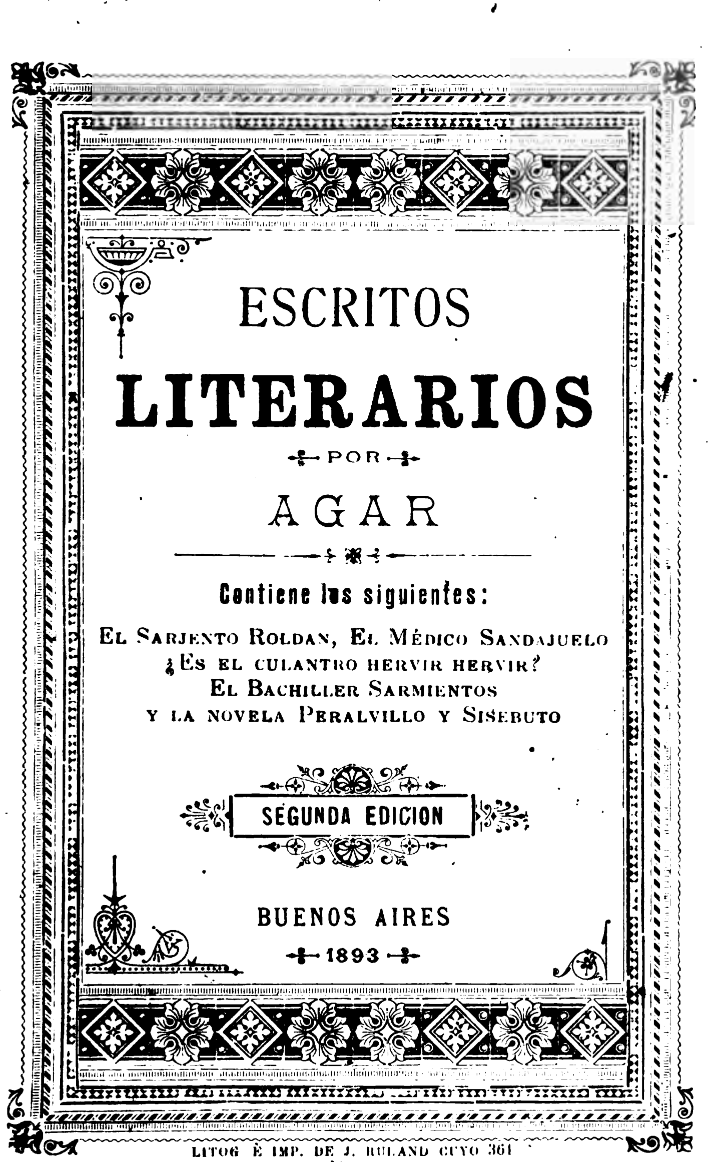




ESCRITOS LITERARIOS

POR

AGAR

Contiene los siguientes:

El Sarjento Roldan, El Médico Sandajuelo
¿Es el culantro hervir hervir?
El Bachiller Sarmientos
y la novela Peralvillo y Sisebuto

SEGUNDA EDICION

BUENOS AIRES

1893

LITOG. É IMP. DE J. RULAND CUYO 361

ESCRITOS
LITERARIOS

POR

AGAR

CONTIENE LOS SIGUIENTES:

"El Sarjento Roldán" "El Médico Zandajuelo"
"¿Es el culantro hervir hervir?"
"El Bachiller Sarmientos" y la novela "Peralvillo y Sisebuto"

SEGUNDA EDICION



BUENOS AIRES

IMPRENTA, LITOG., ENCUADERNACION DE JOSÉ RULAND, CUYO 361

:1893:

El Sarjento Roldán



EL SARJENTO ROLDAN

> Ama, sois ama,
> Mientras el niño mama;
> Desde que no mama
> Ni ama ni nada.
>
> *Popular.*

Lima..........

CAPÍTULO I

Aquí y en otras tierras dónde como en ésta los hombres viven atenidos á la mamadera común, vale más á quien se ayuda que quien mucho madruga; y si además de esto, el protejido las echa á lo jácaro, y maneja la espada y usa corbatin—aunque por lo demás no sirva ni para taco de agujero de ratón—es usía, caballero de pró, varón heróico, sobresaliente y sin segundo.

Hago votos antes de seguir adelante porque me caigan encima estos pensamientos transformados en cualquiera cosa mortal, si contienen letra de sobra, ó si huelen á hombre desocupado hambriento.

Con que no es cosa fresca ni maravillosa lo ue escrito está sobre ahijados de morrión, sinó ancia y hasta pasada de moda en donde los ubo como los hay aquí para mantener en raya

á los revolucionarios traviesos, y ensartar como anticuchos en la hoja de la espada, según se suele cuando es propicia la ocasión, á los representantes de Palacio.....

No haya pues cuidado y vuelva cada cual á su camisa: los apadrinados porque la verdad será siempre que aprovechan cuñas donde no valen uñas; y los demás, porque á quién el cielo proteje la casa le sube, y cuando Dios quiere con todos aires llueve.

Próspero Roldán fué soldado de buena suerte, abigarrado bullebulle, cucañero, maniroto, que nunca tuvo cosa segura para untar los dientes ni para abrigar el cuero, y que pasaba los años de su vida conquistando mozas y refiriendo aventuras sin que males mayores turbáran su sosiego; mas supuesto que todo no había de ser hambrunas y miserias, veníanle, por páscua fijamente, los ascensos del gobierno que á la postre en dos paletas le hicieron sarjento de brigada, apesar de que Roldán ni sabía disparar una carabina, ni como en una batalla debíase pinchar al enemigo; pues, según apuntado queda, para el militar protejido

Lo mejor es
Tenderse á la bartola,
Roncar bien,
Y dejar correr la bola.

Andando el tiempo sobrevino un conflicto de los muchos que procuran con su modo de mondar nísperos nuestros personajes de banda; y, viejos, mozos y muchachos, hasta el sarjento Próspero, tuvieron que marchar á la guerra.

La cosa no admitía demora, y era respetable para quien jamás se había quemado con pólvora los bigotes ni examinado si, como el buen soldado, peinaba pelos en el corazón.

Roldán se hizo el valiente, y, recibida la órden de alistamiento, encomendóse á Dios y llamó aparte al cura para enterarle de cierto asunto particular.

—Señor—le dijo -- me voy á la guerra, y con bastante susto; sea su merced testigo de que prometo poner á la Virjen del Cármen una corona de brillantes en caso de salvar la vida.

El cura pensó para sí que se le deparaba un buen negocio... pues lo que no pasa por testamento pasa por codicilo.

—Aceptado—replicó—pero... ¿la pondrás?

—Lo dije; al buen pagador no le duelen prendas.

—Cállate sarjento! cómo pagarás si no tienes por donde Dios te llueva?

—Le parece á su merced; en casa llena presto se guisa la cena.

—Qué cena ni qué pepinos! tú eres mas pelado que las ranas.

—Y mis ascensos....?

—Tienes razon... haz el juramento

Roldán ejecutó las ceremonias que indicaba el sacerdote, echóse nuevamente á cuestas la mochila, y se puso en marcha á la cabeza de una columna.

....

....

Trascurridos de esto algunos meses, regresó á su pueblo el sarjento, victorioso, libre de todo mal; trayendo ropas nuevas, insignias de vencedor y sueldos adelantados en el bolsillo.

Al pasar por la Iglesia diéronle antojos de ver al cura, y, sin demora enderezó el camino cual convenía; con que en estando en su presencia dijo que era larga la vida y resuelta la voluntad para cumplir promesas, que de ningun modo ol-

vidaría la suya, y que sería menester verdaderamente, esperar con paciencia el día que mandase Dios en buena plata el valor de la corona.

El sacerdote oyó desazonado el discurso, y en su respuesta manifestó que la Vírjen no sería demasiado exigente, por lo que bien podía sin sobresaltos seguir adelante su camino.

Roldán traía los huesos quebrantados por las fatigas de la jornada, y se retiró á su alojamiento; mas, en quedando á oscuras comenzó dentro de la habitación un movimientillo y unos trajines capaces de hacer correr á un escuadrón de granaderos.

—Parece que anda el diablo en cantillana!—murmuró Próspero después de un buen rato de alborotos, y con miedo y medio en el corazón.

—¡Ah, Roldán, Roldán!—respondió una voz feísima.

Escúchanos, pues, Roldán
Aquesta palabra sola
Que queremos pronunciar
En nombre de la corona:—
Conforme dispuesto está,
Y á vuelta de breves horas,
En manos del sacristan
Pondrás la ofrecida joya.
Pues donde nó ...¡voto á tal.
Malo soy yo de enojar!

El sarjento saltó en pernetas de la cama, mas muerto que vivo; pero ántes que diera el primer zanco le cojieron del cogote unas manos espinudas, al tiempo que la voz de enántes decía con un acento horroroso.

—¡Embustero, embustero, no quedarás ni para simiente de rábanos.

—¡Vírjen del Cármen.... sálvame!—gritó el soldado medio agonizante.

—Cumpliras?—preguntó el espectáculo

—Hoy no tengo.... me fiarán!

—Espero un día.

—Siquiera dos.

—Convenido; pero ¡ay de tí si me engañas!—dijo el fantasma y desapareció.

Esa noche pasó entre escurrimientos y palpitaciones.

Cuando al cabo rayó la aurora, púsose Próspero el morrión y salió en busca de algún varón amigo que le sacára de la puja, pensando de botones adentro que venir de la guerra para entrar en brujerías era caer del fuego en las brasas; y que el vestiglo nocturno era un codicioso desaforado, pues habiendo mas días que longanizas para dar cumplimiento al malhadado voto, menudeaba sin misericordia los sustos y las sentencias de mal agüero.

Digo, por si algún lector no se encuentra molde de adivino que el espectáculo famoso no era ánima de la otra vida sino de ésta, hombre huesudo y gordo, el cura del lugar en cuerpo y alma que andaba con el sacristan haciendo mozonadas.—

Pues siempre ha sido costumbre
Que en todo pueblo lejano
Los curas de buen chirúmen
Se pongan á hacer el diablo....

Salió pues Roldán llevando ánimos de ver á un antiguo camarada, hombronazo rompe-esquinas, tan guapo como generoso, á quien manifestó lo sucedido.

—Por mi santiguada!—dijo con malos modos—ıartas corazonadas cuestan las aventuras de un oldado sin hogar ni casa! Eche usted sus cuen-

tas por donde van las mias á ver si todo ha de ser gastar charreteras y dar sablazos.... ¡ subido en cólera estoy, vive Dios! Idas las esperanzas de nuevos ascensos, y convertidos en sal y agua los sueldos por cumplir la maldita promesa de la corona, despues de pasar una noche metido en brujerías espantosas, sufriendo sentencias y pescozones de un fantasma follón, cargado de manos, no alcanza mi entendimiento mejor partido que arrojarme á un pozo por burlar al cura, al fantasma y al sacristán y quedar, siquiera así, libre de compromisos!

—Vamos, camarada, qué significan esos enredos de brujos y vestiglos! hay mas acaso que comprar la corona de mi consejo y darla al cura, si la vida está fuera de peligro?

—Carrampempe, pues dígole que no lo está — desde que el espectáculo tuvo antojos de hacerme juanetes en el cuerpo, estoy al canto de cavar la tierra con el cogote porque el plazo de su sentencia es corto, y reducido mi haber para dar gusto á ese fantasma desaforado.... pero ¡por vida de Lepe! yo solo tengo la culpa, yo que soy un bolo... un cobarde...; debí saltar lijeramente á tierra, cojer el escudo, la carabina, todas mis armas, y luego entrar en lucha valerosa y fiera, derribarle, vencerle, partirle en dos, y en seguida volver glorioso al lecho y libre de compromisos....!

—Hum! esó va por las folías.

—Por esta gracia de Dios que lo hiciera!

—Pues bien, caigo ya en la cuenta: usted debió dar la corona en llegando al pueblo, porque fué séria la promesa, camarada, y con testigos; además, sabida cosa es que quien promete, en deuda se mete, y que al desmemoriado el demonio le

sale esforzado: con que buspue usted los reales que le faltan, y déjese de brujerías.

—Me fiará usted que me dió el mal consejo.

—No le fío yo ni lo negro de la uña.

—Soy buen pagador, á ley de caballero

—Su haber es todo piojos y miserias.

—Quede en prenda mi bolsa de lujo.

—Bolsa sin dinero llámola cuero.

—Pues oiga usted entonces mi último recurso: vive por acá una mocita sandunga á quien desde tiempo atrás le hago la zalá, y con buena suerte; estamos comprometidos de manera que en breves días será cosa hecha el matrimonio, poniendo ella de su parte buenas onzas redondas: — vea pues que podré devolver entonces el préstamo sin reparar en cuartillos.

—Acepto, camarada!

—Venga pues el dinero, y alón que pinta la uva!

Hizo Próspero al punto las diligencias de la corona, y púsola en manos del sacristán conforme ordenado estaba.

Así salvo la vida Roldán, y obtuvo el cura un buen socorro de la venta de la joya.





CAPÍTULO II

Pasadas estas singulares aventuras fué Roldán muy peripuesto á casa de su futuro suegro en demanda de la novia; mas, como en calidad de militar amante tuviera puro amor, y nada de grados ó cuartillos, le impusieron por toda condición para llenar sus deseos, la necesidad de ascender dos puntos en el ejército.

Retiróse á regaña-dientes en sabiendo la mala nueva, y dirigióse de allí á ver al conocido camarada.

—Sepa usted amigo por lo que le toca en ello—díjo—que el matrimonio se me ha vuelto agua de cerrajas.

—Y qué! no me pagará por eso?

—Claro está que nó.

—Bayonetas! venga acá mi espada!

—Mi sarjento!

—En guardia, en guardia, con mil bombas!

—Atención, una sílaba no mas!

—Nada escucho!

—Doy las onzas de mi novia......

—Caracoles, en guardia he dicho!

—Eso nó, que las triplico!

—A ver, veamos......

—Si alcanzo dos ascensos en el ejército......

—Y en ese caso cumplirás?

—Con tal que usted me ayude á conseguirlos.

Así como dijo bueno le dejó Próspero seguidamente, y en cuatro zancajadas púsose delante del alcalde, personaje de borlas y monterilla, mandón soberbio, lleno de enemigos.

—¡Usía, usía! entró diciendo — quiero ver á usía!

—Tráigan acá á ese hombre—exclamó el alcalde medio temeroso.

—Una gran maquinación estalla contra usía en la hora de ahora: los barranquinos están en armas; la tropa, los jueces, el cura, el sarjento nuestro amigo, todos están al canto de degollar á usía....!

—Virjen del Cármen! — balbuceó el alcalde lanzándose á un balcon.

—Sosiéguese usía—replicó Próspero—que yo me encargo de contener á esas turbas....

En esto oyóse en el patio de la casa un estrepitoso clamoreo.

—Oh, ellos son ...!

—Lastimado de mí!

—Hay remedio todavía.

—Dios mío!

—Ea, firme usía este papel....son dos ascensos que para mí pide usía al Gobierno.... vuelo á restablecer el órden.

Salió Roldán á toca teja porque no le descubrieran, llevándose el grupo de muchachos que habían formado aquella trapisonda; y fuese en derechura donde el párroco del lugar, á quién prometió en términos cumplidos y generosos, una pensión vitalicia para el caso de que con su buen influjo le consiguiera dos ascensos.

Admitióse la condición en vista de los sucesos

de la corona, quedando todo magnificamente concertado.

El sarjento, aquel del préstamo, marchó á Lima por dedicarse mejor á Próspero, é hizo allí tantas y tan conducentes cosas que por su parte sola estaban los grados medio conseguidos.

Obró además tan eficazmente el alcalde, que gracias á sus afanes se esperaba de un momento á otro el nombramiento; y como eran tambien poderosos los influjos del cura. alcanzáronse para Roldán, sin muchas dificultades, dos grados más en el ejército.—

Porque es cosa averiguada
Que el travieso charlatán
Goza de estas y otras gangas
En poniéndose á desear.

En cuanto á las promesas. . . solo se sabe que promesas fueron.

Y artículo de otra cosa que ésta adolece de sosa.

Con los despachos en la mano presentóse el sarjento al papá de la novia mostrando satisfecha la condición del matrimonio.

—Esto no es todo lo que yo exijo — respondió el caballero — preciso es que usted nos vengue de este alcalde majagranzas que hasta el día de hoy mil y mil ofensas nos ha inferido.

El sarjento se rascó la oreja, pero dijo bueno.

Dió parte de esta otra condición á su camarada y comprometióle á él, así como á otros muchos, para realizar el nuevo intento, prometiendo á todos ascensos, alcaldías y sueldos á destajo.

Entusiasmáronse las gentes del lugar de modo que á vuelta de pocas horas pudo contar Próspero con una cuadrilla fuerte, numerosa, y bien provista de horquillas, hoces y otros instrumentos de labranza, que armas verdaderas no las tenían.

Preparadas así las cosas atacaron en no esperada ocasión la casa de gobierno guerreros feroces, muchachos bulliciosos y mujeres, seguidos de Próspero Roldán que con gran bizarría blandía la espada dando ánimos á los que de ellos carecían. En este punto los amotinados obedecieron las órdenes de Roldán prolijamente: el mal querido cuanto infeliz alcalde fué atado de piés y manos, y á pesar de sus ayes lastimeros puesto en procesión sobre los lomos de una mula que había de conducirle al país de las Batuecas.

Mientras tanto empuñó Próspero el bastón de borlas y se hizo alcalde.

En cuanto á las promesas. . . solo se sabe que promesas fueron.

Ganados los dos ascensos y la alcaldía, pidió Próspero nuevamente á la novia, y la consiguió esta vez.

El matrimonio se hizo con mucha solemnidad y gran contentamiento de todos.

Las fiestas y los regocijos populares duraron cuatro dias, al cabo de los cuales dió su señoría en descubrir todas las mañas de los mandones.

Presentósele en fin el sarjento rompe-esquinas reclamando el pago del valor de la corona; empero, Roldán, ante toda dilijencia, díjole como se hallaba á flux por la tacañería de su suegro, y cómo era menester, para hacerle pago, que le ayudase á birlar aquel tesoro escondido que le enamoraba.

El camarada se rascó la oreja, pero dijo bueno.

La empresa fué feliz, y Próspero entró en posesión de las riquezas anheladas; mas como el pueblo, vista la trampería, protestase y le pusiera en vilo, al canto de ir á las Batuecas, determinó enviar á Lima una junta de lugareños que diesen allá sus quejas.

El suegro era también de la junta y llevaba un pliego cerrado en que se le ponía á él y á los demás lugareños de la junta, á disposicion de la autoridad limense por conspiradores y atentadores contra la vida del alcalde Próspero Roldán.

Y mientras en Lima se esclarecía la verdad, acabó Próspero el período de su mando, y se hizo rico, y se fué á Europa ... adonde se van todos...

La prosperidad de Roldán y la desgracia de sus protectores y auxiliares, deja comprender lo que sobre niños y amas dice el epígrafe de este artículo:

Ama, sois ama,
Mientras el niño mama;
Desde que no mama,
Ni ama ni nada.

El Médico Zandajuelo



EL MÉDICO ZANDAJUELO (*)

> Porque el médico á ser viene,
> Sobornal de paroxismos,
> Un mal con otro á las ancas,
> Un ungüento expeditivo.
> Añadidura de pestes,
> Y un bien colmado peligro.
>
> *Juan del Valle Caviedes.*

CAPITULO I

Allá, en los primeros años de su juventud, aún no era médico Zandajuelo; pero sí, picacantos de mucha enjundia, hecho adrede para el amor.

En su talla no había cosa notable, sino el aspecto de la bravura y de la fuerza, puesto que. por la verdad, de hermoso no presumia, aunque enamorado.

En el vestir era natural y llano, no sin cierto abandono cuidadoso, de suerte que por lo común llevaba el sombrero alón, recojido atrás, caido sobre los ojos; á media cintura, suelto el chaquetin; desabrochado el chaleco; apenas enlazada la corbata hácia las puntas; y mitad fuera mitad dentro de la camisa aquel pecho valiente.

(*) Argumento tomado en parte de una fábula popular.

De chiquillo pasó la vida trastejando, haciendo maturrangas para burlar á todo cristiano viejo, y desempeñándose bien en el oficio de alcamonías qué profesaba por simple inclinación hácia las chicas rabisalseras.

Sus padres habian intentado reducirlo en esta edad al estudio; pero él les replicó siempre que sin visitar aún la escuela sabia más que Juan Desperaendios, que los males de la vida no le inquietaban supuesto que hay tambien bulas para difuntos, — y, así, dejándose estar, que pasarían brevemente; venga pues el bien y venga por donde quisiere; y vaya Jusquina delante y lleve los aderezos, que no quiero yo estudios de colegio; si se me escucha bien, y si nó, mal para los oyentes, que yo hablo como mi abuela con la boca abierta para que todos me entiendan; mis padres ricos, yo heredero: con que ¡llueva ó no llueva pan hay en Orihuela!

Despues fué matón y enamorado, es decir persona de pocos respetos que á horas determinadas salía en busca de amores, reclamando para sí esto que la copla dice:

En dando las diez
¡Dejar la calle para quien es!
Los rincones para los gatos,
Y las esquinas para los guapos.

¡Ay del pobre inadvertido que en su presencia sonara los tacos por donde morase una pindonga, porque Zandajuelo sin aguardar razones levantaba el bastón, y dábale gentilmente untos de Palermo!

Entraba á los hoteles, hacía ruido, tomaba á la tarja lo que su apetito exijiera.

Si alguno pretendía osado cobrarle el gasto, ó si se le tocaba, siquiera fuese el canto del vestido, ó

se mantenía sobre él los ojos, alborotaba el rancho: repartía palos y bofetones, apagaba las luces, rompía vidrios, y abandonaba la escena hecho pues un bravonel.

Finalmente, gastaba tal cual sabroso chiste, y en la memoria conservaba algunos versos,—que eran todo su saber,—aprendidos de una tal su abuela, sábia en punto á cuentos y mentiras.



CAPÍTULO II

Hubo de caer entónces enferma de cuartanas, con un burujón en la cabeza por añadidura, una tal Trasilla, amante de Zandajuelo; y como ni el uno disminuyera, ni se cortáran las otras con los remedios caseros, determinó la parentela ver á un estirado catedrático que por titularse doctor curaba.

Este, como generoso y científico que era, aceptó la consulta en todas sus partes, y, diciendo y haciendo como la hornera al jarro, tentaba los pulsos de la enferma mientras repetia: *contraria contraris curántur; némine parco.*

Dijo pues, juzgando por los sintomas, que la paciente no tenía otro mal que el ser medio camarienta, y que esta sucia predisposicion desaparecería con ciertos bebedizos y mandrágoras que pasaba á propinar.

Las cuartanas prosiguieron, no obstante, y las nuevas medicinas comenzaban á resolverse en otra enfermedad, por lo que convencidos de que el tal entendía de curaciones como puerca de freno echáronle á mondar nísperos y ocurrieron á otro médico.

El sostituto anunció que él era herbolario,

físico y partero, y que estas condiciones, sin exceptuar ninguna, le aseguraban un resultado feliz en cuanto de sus conocimientos dependiese.

—*Nulla redemptio*—dijo—en manos de aquel curandero farsante á quien se confió la enferma; yo la prometo salud, soy exímio; empero, aún no es sabida mi fama *quia nemo conduxit me.*

Bautizó el mal con nombres latinos, y recetó granos de helecho y zumos de peonía.

Esto vino á complicar las cuartanas y el burujón de la cabeza en términos que fué preciso confesar que al sostituto faltaban para ser médico un año de aprendiz y un garabato.

Desesperando ya la paciente de volver á la vida, manifestó que no quería ser en lo sucesivo terrero de necios y qué, despedidos para siempre los matasanos, tocaba el turno á los varones de manteo y teja.

Ante esta grave resolución vaciló un tanto la parentela; mas, por aprovechar todos los recursos, convínose en llamar á otro facultativo.

Al ver el aniquilamiento de Trasilla y las proporciones alarmantes del burujón, dijo éste haciendo un jesto de mal agüero:

—*Pares cum paribus facillime congregantur;* pido junta.

El caso era de vida ó muerte para no acceder, y la familia autorizó el último esfuerzo.

Volvieron pues el médico primero y el médico segundo, los cuales unidos al médico tercero, se instalaron en junta.

Puestos alrededor del lecho desahuciaron á la enferma, y á una voz dijeron sorda y sobriamente:

—*Morietur!*

Recibida la paga diéronse la enhorabuena, y salieron satisfechos de haber cumplido respecto de la moribunda sus postreros deberes.

Sabedor Zandajuelo de esta fatal noticia vibró con furia su garrote pensando castigar á los doctores del mal agüero; pero en un instante de vacilación hubieron éstos de dar trascantonada.

Perdida por entónces toda esperanza de escarmiento, concibió la idea de enmendar los equívocos de la junta, ayudado, más que de su saber, por el favor del cielo.

Acudió pues lijeramente á examinar el cuerpo de la moribunda; con que, en oyendo decir allí cómo los facultativos dejaban á Trasilla para buitrera despues de haberla medicinado con granos de helecho y zumos de peonía, indignóse mas que nunca lo estuvo, y entre muchas palabras bravías dijo que á ningun médico se debía atender, pues todos son lobos de una misma camada, y que el doliente entregado á ellos siembra en arenal y no trilla pegujares.

Bajando luego el tono, agregó:

—Señores, jamás fui facultativo ni tuve ribetes de curandero; pero en este punto juro que la vida de Trasilla corre de mi cuenta. Me llamo Zandajuelo, mondo y lirondo, con mas entresijos que Juan Despera, y mas suerte que Dios me dió; y pues estas condiciones sobran para realizar mi intento ¡sús, dále maestro, que aquí se verá el correr de esta lanza!

Partió pues Zandajuelo decidido á acometer tan grande empresa, y á suplicar de Esculapio una entrevista sola con que, á su ver, quedára asegurado todo compromiso.

La determinación era, así como así, un tanto osada para quien no supiera las arterías que en tales casos se requiere; pero nó con un Zandajuelo de por medio.

Considerando, de otra parte, que en una oración

á secas hubiera podido Esculapio hacerse el memo, y deseoso de comprometerle sin que pudieran valer excusas, eligió entre lo mucho concebido, como cosa mas segura, la aplicación de sus facultades medianmicas.

Púsose pues encontinente cerca de un pequeño trípode, y extendiendo en seguida sobre él las manos con aire de compunción, llamó á Esculapio; mas hubo de ser preciso que Zandajuelo sufriera espeluznos y convulsiones para que el dios se presentára allí.

El trípode giró por su propia cuenta; y como de esto solamente dependía el hablar, discurrió Zandajuelo en los siguientes términos:

—A tí, padre de la medicina, sábio Esculapio, encomiendo mis esperanzas confiado en la proteccion que siempre dispensaste al mas humilde aprendíz de médico. Nunca curé yo en hospitales ni de barchilón presumí jamás, temeroso de manchar mi ánima con el abuso de estas ciencias escondidas; tampoco supe adquirir títulos de facultativo por medio de la amistad ó del soborno; así que en estos principios de mis afanes, ni vivos hay que por malas amputaciones ó peores bebedizos maldigan mi nombre, ni muertos á quienes haya conducido al sepulcro á fuerza de medicinas. Limpia pues de malicias y remordimientos has de ver, oh Esculapio, mi conciencia, harto diferente de aquellas rotuladas ó en vias de serlo; y juzgarás, por ende, si carezco de condiciones para entrar en la cofradía de los tuyos, que con un gran mérito les aventajo. Y ahora, supuesto que de tus liberalidades alcance el fin de mis aspiraciones ¿podré saber si aquellos treminillos y garabatos con que los médicos propinan, son maulas convenidas entre éstos y los boticarios para hacer cada cual su agosto y su vendimia? y

si hay verdad en todo ello ¿en dónde cogeré esas plantas, esas yerbas desconocidas cuya virtud, finjada ó real, ha de valerme en el ejercicio de mi profesión? ¿andaré de monte en monte, de comarca en comarca, persiguiendo con infatigable tesón esos bichos que tantos recursos, al decir vulgar, proporcionan á la medicina? ¿cómo deberé extraerles la sustancia preciosa si por los escrúpulos de conciencia no querría destruirlos ó dejarlos con la vida defectuosos de cuerpo? mas, dado que aquí entre la industria del boticario ¿correrá del libre arbitrio la aplicación de los remedios á las enfermedades? — y si nó ¿habrá fullerías en esos tanteos de pulso, en esos golpecicos á las paletillas, y demás procedimientos con que al paciente se le vuelve y revuelve, ó bien hay en todo esto algún gran secreto de la cofradía? ¿será de ley recibir consultas sonriendo á todos, sobando al niño una mejilla, á la doncella un hombro, las manos á las viudas, y nada á las casadas; pero decidor siempre y de confianza? y en caso de ser así ¿cómo me compondré para olvidar estos otros modales que, aunque Zandajuelo sea y las eche de bravo, son á mi parecer mejores? ¿De qué espedientes he de valerme para adquirir una regular nombradía y conservarla sin que ningun agraviado pueda al verme prorrumpir en denuestos llamándome ateo, matasanos, hechicero, pícaro, guillote, saltabardales, camandulero, ganapán, calandrajo, alcamonías, bachiller de sermentera, sacacuartos, quitapelillos, modorro, belitre, pintamentiras, majagranzas, bartolero, pinzocho, marivino, zascandil, capigorrón, petulante, záfio, gorrino, charlatán, zambombo, ignorante, zurraverbos, asesino, zamacuco; y de otras mil maneras que se suele? En último término, oh grande Esculapio, si para la profesión soy ne-

gado, házme gracia ahora que la vida de Trasilla pende de mis promesas!

De ahí á poco y entre los crujimientos del trípode oyóse al Dios que dijo:

—Tiempo vendrá, oh médico presunto, en que los secretos de la ciencia han de divulgarse de tal suerte que para poseerlos nadie quiera solicitar nuestro concurso; pero, pues el plazo en que ésto ha de verificarse es dilatado, haré de mis mercedes: en cuanto á las recetas sabrás que cada doctorzuelo, para deslumbrar, escribe mas de lo que á sus intenciones conviene si realmente hay enfermedad, y si nó, la maula es de ejecución aparejada para servir al boticario Respecto de los bichos y las yerbas medicinales, no ha lugar á escrúpulos porque todo vá sobre el ánima del farmacéutico á buena cuenta; por lo demás, esos tanteos de cuerpo con que al doliente se le amostaza son puras fullerías en que no deberas entender si deseas conservar la clientela. Finalmente, es imposible huir de los denuestos por la clase de profesión que pretendes; pero en algún modo los evitarás haciendo como diré. Jamás consientas que el enfermo revele los síntomas de su dolencia; tú mismo le tomarás el pulso y sin decir palabra le dejarás lijeramente con el objeto de conocer la enfermedad y los remedios que á ella convienen, para lo cual echarás una pareja de dados sobre dos listas en que de antemano tengas apuntadas las medicinas y los males separadamente: la enfermedad y los medios de combatirla serán aquellos que al caer, los dados señalen. En la una escribirás las ordinarias dolencias, y en la otra esto, y nada mas: para hacer recetas: conjuros de sacar espíritus; bálsamo de Salazar, untos de culebra, óleo de calabaza, cerote de galbano sobre el ombligo, agua de ángeles, tuétanos de garza,

pez greca, meollos de raposa, saldia, agua de azofeifas, almástigas, letuarios de orégano, tripas de alacrán y cangrejo, estiércol de lagartijas, borrajas, polvillos, almendrada, mandragorito, colirios, zumos de triaca, de sarcócola, de celidonia, de sajerida, de escamonea, de escabiosa, de cañafistula, de alcaparras y de cahinza.

Para convalecer: pestiños, testones de caña mones, sopaipas, hormigas torcidas con aceite, cazuela de berenjenas, letuarios de arrope, habas cochas en vino, tollos, capirotada, salmorejo saladillo, pimentada, cochifrito, bartolillos, chanfaina y verdolaga.

Este procedimiento dá un resultado feliz, y encomienda á la suerte, en todo caso, la vida del enfermo: así pues, no hay responsabilidad con esta treta, ni temores de malos éxitos en el discurso de la profesión.

Hablarás con énfasis, salpicando la charla con dos ó tres latines, y para colgar de tu palabra á los circunstantes, y, mantenerles largo tiempo oyendo desbabados, tomarás de mañana sopas de biscochuelo en vino.

En fin, por lo que al buen tono atañe, no andarás con muchos melindres al cargar la mano en el cuento de las propinas porque, Zandajuelo, lo demás es andar de mula coja.



CAPÍTULO III

Con estas instrucciones cobró ánimos Zandajuelo, prometiéndose maravillas para en adelante, y la salvación de Trasilla sobre todas.

Despidió primeramente de la cabecera á los sacerdotes que á la sazón santificaban á la moribunda, y acercándose al lecho, con voz alegre y estrepitosa dijo:

—¡Sangraos, Trasilla, sopa en vino es medicina! Acabadas sean las cuartanas y el tal burujón, que todo es cosa de mentira sinó el mal de pejiguera que en verdad padeces. Trescientos años esté de un lado quién en este punto se me oponga, y más, si es doctor de los que al curarte *non proposuerunt Deum ante conspectum suum;* y puesto que los facultativos son enemigos naturales del hombre, cebo de anzuelo, y gente de mal agüero, hubo de ser indiscreción el consentirles á tu lado mas tiempo del que la buena razón señala. ¿Ignoraban tus parientes acaso que cuando el enfermo suelta aguas color de florín se debe echar al médico para ruin? ¿y qué diré de los granos de helecho y de los zumos de peonía con que apresuraban tu muerte; y qué, de esas dietas cuyo fin era el debilitamiento corporal y una constante

angustia siendo, como es, la privación causa de apetito? Líbreme Dios de aconsejar nunca á los dolientes estos regímenes absurdos, y manténgame siempre seguro de que media vida es la candela, pan y vino la otra media, pues así mis clientes sabrán de contínuo que quien no merienda las tardes de abril, nunca su madre lo debiera parir, y las de mayo, ni parirlo ni criarlo. En vano pretenden los pollos engañar al recovero, que yo sé bien en donde me aprieta el zapato, y recetar para el mal de pejiguera esto que dije. ¡Sangraos. Trasilla, sopa en vino no emborracha!.... Finalmente, quiero decirte para que ninguno lleve mas propinas de las que se le alcancen: cuando el enfermo se pone ralo.... ¡una higa para el boticario!

—Sangraos,. ..sopa en vino!

—Y acude presto, que al cabo yo no receto en balde; déjate de sábanas y corre al campo á recibir la buena brisa después de tomar sopas en vino, que, juro á Dios, en esto estriba el hito de la curación; no se te dé nada de mis récipes, amiga, y obedécelos puntualmente como que son apropiados al mal de pejigueras; pero por si no estuviere yo en lo cierto, digo que las éches de confiada, pues con lo que Sancho cura, Domingo adolece.

—Oh, nó! me siento enferma de cuartanas; el burujón no baja...

—Mujer habías de ser, y testaruda, para opinar así, contra las determinaciones de la suerte...;mis listas...; los dados...; pejigueras, sufres, y nada mas que pejigueras, aunque en tus adentros veas síntomas de cuartanas: en esta vida todo es ilusión, todo engaño; con que ¡sangraos, Trasilla, sopa en vino es medicina!

En resolución, demostró Zandajuelo con tanta

eficacia sus opiniones que en breve acabaron por ser las de la parentela toda, con gran peligro de Trasilla, ciertamente, quién nunca pensó en pejigueras sino en cuartanas, por ser las tales su efectiva y real dolencia.

El caso es que, dependiese ó no la curación de las sopas en vino, ó fuese obra exclusiva de la fortuna á quien estaba encomendado el buen suceso, con grande y general suspensión de ánimos, dejóse una vez de almohadillas la enferma, y salió á regocijar la vista por los alegres campos.

Esta sola señal bastó á encender la alegría de los vecinos, la cual creciendo á cada triquitraque inspiró el pensamiento de llevar á Trasilla en hombros á la casa paterna, y después á la de Zandajuelo, por que hubiera ocasión de probar durante la marcha el júbilo en que ardían; mas, apareciendo de repente el médico moderno, vino á declarar ciertas intenciones atrevidas. Dijo que había llegado el momento de dar cordelejo á esos tres doctores que por muchos años habían explotado á los enfermos, y finalmente á Trasilla, poniéndola en los trances de la muerte; y que convenía escarmentarles para eterna memoria de todos, y ejemplo particular de los facultativos, apresarles é imponerles la suerte de los reos comunes.

Este propósito fué acojido con la presteza apasionada del despecho, y sin aguardar otros, guiado por Trasilla y Zandajuelo, púsose en camino el populacho hácia dónde moraban los culpables.

Hallábanse éstos armados de la cuchilla quirúrgica haciendo rajas un cadáver cuando la multitud les invadió el hogar.

Antes que impulsada por sus furiosos deseos

les hiriera de muerte sin cumplir las formalidades requeridas, dió Zandajuelo una voz de orden al populacho, y á Trasilla la palabra.

—¡Oh médicos pecadores, hechuras de Satanás, espíritus de guadaña—dijo ésta—que aún no contentos con haber segado tantas vidas en esta aldea, deseábais aniquilarme el cuerpo y el alma juntamente, arrebatándome los amores de Zandajuelo! ¡oh temerario é imperdonable afán, digno de vosotros! yo os quiero quitar la mascarilla y dejaros expuestos delante de la turba justiciera á los iracundos ímpetus con que se araña, se escarnece, se burla, se achicharra, se destruye y se anonada á quién naciere de tan maldito oríjen!....

A vos, médico primero:

«Arrancaos dos cabellos,
De vuestras barbas muy presto,
Sin hacer señal ni jesto.»

Cumplida esta penitencia, añadió: á vos médico segundo,

«Extendeos en el suelo,
Como hombre amortecido,
Y echad un gran gemido.»

Y dirijiéndose en seguida al médico tercero, dijo:

«Por mostrar qué jesto haceis,
Reíos sin alegría,
Con una risada fría.»

Después que todo se hubo ejecutado puntualmente prosiguió Trasilla:

—Y porque estos buenos vecinos reciban ejemplo de vuestra condenación, y de la propia suerte, aquellos facultativos que tomando el engañador disfraz de hombre, determinen venir

acá á poner en obra sus artes malignas, quiero que murais vosotros entregados á la saña de la multitud; que os pellizque, desgarre, abofetee, estrangule, degüelle y descuartice; que os muela, deshuese y triture; finalmente

«Que las supersticiosas
De las viejas creyendo realidades,
Por ver curiosidades,
En su sangre humedezcan algodones,
Para encenderlos en la noche oscura,
Creyendo, sin cordura,
Que verán en el aire culebrinas
Y otras visiones peregrinas.»

Las turbas querían darse trazas á toca teja para llevar á buen término estas intenciones fieras; pero á la señal de un mocetón cambiaron de propósito, y apoderándose de cuanto en el laboratorio había como cáusticos, jeringas, vomitivos, píldoras y ventosas, usaron tan bárbaro conjunto en las tres humanidades, mientras Zandajuelo peroraba así:

—¿Montan acaso que para profesar esta ciencia oscura basta el título de la cofradía, entendimiento ruidoso mas que positivo, y á cada trinquete, decir: *morietur némine parco?* En errores anda quien lo crea, mayormente vosotros que sobrepensarlo teneis cargada de pecados la conciencia: y pues necesítase para salvar la responsabilidad todo el favor de Esculapio y los secretos que yo me sé, procedieron siempre ustedes á no tenerlos, como charlatanes y asesinos, que como médicos no pudo ser. Ahora en vista de mis graves razones os condeno á perpétua reclusión, y al castigo de las antiguas proxenetas, considerando que sois destructores del cuerpo como aquellas lo eran de la honra.

No quiso esperar mas el populacho, por lo que en concluyendo la faena de las ventosas cargó con sus víctimas desnudándolas de medio cuerpo arriba prestamente, y, atadas atrás las manos, subiéronlas á horcajadillas, vueltas hácia la cola, sobre unos asnos; pero antes de romper la marcha acudió Trasilla con tres carteles de un solo mote, en los cuales pudo leerse:

«Los médicos son dañinos,
Contrarios á la salud
Y de la vida enemigos.»

Así rotulados los que lo eran, partieron todos en gran tropel y confusión; y al paso que á voz de pregonero decíase la causa de aquel tumulto, aumentábanlo los huérfanos y las viudas con extraña gritería de coraje, blandiendo varas animosamente.

Aquel mismo día llenóse la casa de Zandajuelo de gentes que venían á hacer consultas para muchos males, por lo cual y ser en número infinito las que de ellos adolecían, dijo:

—Determinado, señores, á ahorrar discursos y paciencia, quiero que esteis atentos al siguiente, de dónde cada uno tomará lo que á sus enfermedades cuadre: pan reciente y uvas á las mozas pone mudas y á las viejas quita las arrugas, si en el cuento de las bebidas se abstienen del vino las primeras,—aunque en elogio de tal se diga: ajo crudo y vino puro, pasan el puerto seguro; el arroz, el pez y el pepino, nacen en agua y mueren en vino,—y si las segundas miran que vale mas dos bocados de vaca que siete de patata, y que mudando de aires el viejo á de dar el pellejo; sépase además para gobierno de doncellas y señoras que agua de por mayo dá pan para todo el año, y agua de por san Juan quita el vino y

no dá pan; finalmente receto bolado para los alcaldes del ronquillo mientras pasa el dia y viene otro en que amanezca Dios y medremos.

La multitud se retiró muy complacida de la habilidad del médico moderno, dejándole un bolson lleno de blancas.

—*Céntuplum acipias*—repuso Zandajuelo en señal de gratitud, y todos le dejaron.

Con este sistema de hacer curaciones, humano sobre eficaz, pues dando la vida al cuerpo nunca lo cercenaba, alcanzó gran nombradía de maravilloso en obras, y de leido y sutil en las cosas del entendimiento; mas, aunque por lo común sea tardía para revelarse la buena fama, anduvo esta vez tan dilijente que á vuelta de ojos llegó á los pueblos de la vecindad.

De todas partes venian, así enfermos cuidadosos de la salud, como jente sana: pidiendo recetas los unos, y las otras, por conocer al célebre Zandajuelo.

Aconteció, tiempo adelante, que los doctores científicos se quedaron sin clientela y recursos, haciendo familia como desarrapados que ya eran, dados á la mala suerte según lo corto de su ventura, y expuestos á recibir del populacho el memorable castigo que merecido tenían; cuando entrando en bureo decidieron ¡par Dios buena, ni sé como lo cuente! poner en vías de hecho una tentativa contra el médico moderno....

Partió pues el mas animoso hácia el lugar donde éste residía, y en presentándosele pidió medicamentos; mas, continuando la treta, ido el facultivo, á un gabinete oculto en que solía tirar los dados sobre las listas, echó veneno en un vaso de sopas en vino que, por órden del dios, según está dicho, saboreaba á menudo Zandajuelo....

....

Horas despuès, mientras el uno refería el resultado de su criminal acción á los doctores cómplices, y todos juntamente aseguraban la fuga, moría el otro en brazos de su mujer Trasilla.

Así, el fin trájico de Zandajuelo acabó de demostrar que los médicos rotulados y científicos á ser vienen:

Sobornal de paroxismos,
Un mal con otro á las ancas,
Un ungüento expeditivo,
Añadidura de pestes,
Y un bien colmado peligro.

¿Es el culantro hervir hervir?



¿ES EL CULANTRO HERVIR HERVIR?

¡Adios, oh musas
Engañadoras
Vuelvo á Galeno,
Vuelvo á mis drogas,
Venga mi caña,
De grandes borlas,
Que voy en busca,
De la limosna.

Fernandez Madrid.

CAPÍTULO I

SUGETO de gran virtud ha de ser, pése á la grulla, quién por su mal nació en signo de artes ó de letras.

En estos malos tiempos que vivimos, nada vale traer los atabales á cuestas buscando el trato á mano de las Musas, pues sobre no lograr nunca el estudioso ni un sús de gaita, apénas acabado su primer ensayo á fuerza de tiempo y de fatigas, caerá entre la turba de críticos asalariados, llenos de animosidad ó de envidia; quienes con un rasgo de súcia y estrafalaria jerga, descargarán porradas sobre él como badajo, y dirán de su obra: parto mezquino, ridículo, pretencioso, hueco!

Espíritu apocado y vil será este bicho si alejado del bullicioso centro de la ambición, vive en la paz de su ignorado retiro, consagrado al arte;

y si pretendiere acaso algun empleo del Estado: intruso le dirán. ignorante, malo!

Empero, un titulillo de doctor carolino otorgado por influjos ó por simple charlatanería á cualquier imberbe; una pluma atrevida y venal; algun pariente encaramado en las alturas de palacio; ó el caudal de oro adquirido á la rebatiña las mas veces; constituirán á los ojos de esta tierra injusta grandes personas cuyos honores fáciles bien pudiera codiciar el pobre amigo de las Musas!....—

Pimpinela, Rebollo y Ponce, tres ilusos de capirote, poeta el uno, pintor Rebollo y músico el tercero, soterrados allá en la oscuridad de una provincia, soñaban para sí las glorias que el talento conquista en otras partes; y llevados de estas esperanzas locas, sin ningún otro interés, trabajaban afanosamente pinturas, operetas. versos....

La pobreza y el entusiasmo con que se fraterniza siempre en los juveniles días. indujéronles á tomar una sola gorrinera para los tres, y allí vivían en tanto que por mudar el pelo ofrecían en venta sus inspiraciones.

El pintor hacía *Calvarios y Animas*, consultando siempre el gusto mas exquisito de la provincia; pero en el ciego afán de ganar así el sustento, postrábanle ciertos cólicos ó retortijones feísimos cuya curación demandaba pues el total de las economías.

Los sainetes del poeta apénas cubrían los gastos de tinta y de papel que al autor ocasionaban, y Ponce el músico, en su desesperación, daba al diablo hato y garabato.

Las escaceses continuaban invariablemente sus estragos; y para estos artistas infortunados ya no había otra esperanza que la de la poesía.

Hubo entónces quien á la vista de tan gran miseria les aconsejara un viaje á Lima, prometiendo que allí habría para los tres, Academias limenses de mucha fama endonde hallarían protección y buenos mercados para sus obras; amén de que en una Biblioteca famosísima lograría con poco trabajo hacerse Pimpinela el sábio de la provincia....

El proyecto pareció luminoso y digno de realizarse.

La nueva corrió en seguida provocando duelos y alborotos en toda la población, y con particularidad entre las gacelas que tenían puestos sus amores en los viajeros.

Luego al punto hicieron éstos el hatillo, y las dilijencias últimas para la partida; mas, al punto de ejecutarla dos cuadrillas de jóvenes disfrazadas, vistiendo ropas de mil variados matices, ceñidas las frentes con hermosas guirnaldas, saliéronles al paso cantando de esta suerte sus tristes adioses:

Dicen que te vas, te vas,
Y muy presto dueño mío;
Mira no bebas el agua
De la fuente del olvido.
La esperanza de verte
Me tiene viva
Que si nó ya tuviera
La tierra encima.

—

¿Cómo quieres que yo vaya
Al jardín de la alegría
Si se marchitan sus flores
Al ver estas penas mías?
La esperanza de verte etc.

Voy á la fuente y bebo,
No la aminoro,
Que aumenta la corriente
Con lo que lloro,
La esperanza de verte, etc.

—

Cansada estoy de llorar,
Hasta de dar suspiros;
Con las aguas y las brisas
Dicen que se ajan los lirios.
La esperanza de verte
Me tiene viva
Que si no ya tuviera
La tierra encima (*)

Venían con ellas un crecido número de vecinos, y entre éstos muchos loquillos pequeñuelos que gritaban sin cesar diciendo:

¡Al agua patos
Que se comen el trigo los gurupatos! (*)

Pinpinela bajó al instante del jumento, que tal era su caballería, y aprovechando una pausa de las jóvenes, mientras señalaba con la diestra algunas colinitas de la aldea, dijo:

«Montañas, es muy triste, muy triste contemplaros,
Del viento y de las olas rugientes al fragor!
Montañas, es muy triste, muy triste abandonaros;
Dejando entre vosotras perdido tanto amor!»

Las cuadrillas continuaron:

Si piensas que porque canto
Tengo el corazón alegre;
Yo soy como el pajarito
Que canta cuando se muere. (*)

(*) Populares.

Rebollo añadió enseguida la siguiente copla con muchas demostraciones de pesar:

«Cubre tu verde color
Con luto de triste duelo
Y no esperes ya consuelo
Que consuele tu dolor.»

El canto de las jóvenes prosiguió así:

Las aves de la Arabia
Viven eternas,
Viven porque no saben
Lo que son penas. (*)

Ponce el músico compuso su vihuela, y entonó muy conmovido esta otra:

Echemos la despedida
Con muchísimo dolor:
En los clavos de tu puerta
Se queda mi corazón.

Las cuadrillas en este punto comenzaron á desfilar por una callejuela, haciendo mil graciosos movimientos, y dando remate al canto con esta última copla:

Mis amiguitas me dicen
Que no me sé despedir:
¡Adios clavel, adios rosa,
Adios precioso jazmín! (*)

Pimpinela, Rebollo y Ponce dieron á una un gran suspiro, y montando de nuevo en sus caballerías tomaron precipitadamente el camino de la ciudad limense.

(*) Populares.



CAPÍTULO II

La travesía fué desventurada desde los principios, pues aparte de mil tropiezos y contrariedades, una gazapina de pillos les apercoló los asnos á vuelta de ojos.

No obstante, prosiguiendo el viaje, á pié unas veces y otras andando, lograron entrar á Lima por las puertas de Juan Simón, enteros de cuerpo, sin ningún rasguño.

Al azar escojieron una dirección cualquiera, y reunidos en un solo grupo caminaban los tres artistas seguidos de sus arrieros mirando todos desbabados las cúpulas, las torres y cuanto objeto les suspendía; empero, así como comienzan esta atenta observación una mano brutal les coje de improviso y una voz les grita con estúpida majadería:

—¡Che, che! separa el gropo que es prohebedo!

—¡Quién es! qué pasa!—exclamaron los artistas.

—¿No tiene ojos osted? sepárate hombres que es prohebedo!

Vieron pues entonces debajo de un casco á la romana, hecho todo manos y guantes blancos, embutido una especie de soldado, menor que brizna de diente de vieja.

—Qué dice pues, qué nos quiere!
Deshaz el gropo hijos de perra; sepárate del gropo!
Y zamarreando al pobre Ponce, que era el cojido, dábale con la vara untos de Palermo.
Rebollo y Pimpinela, aunque temerosos de que en Lima se acostumbrase usar tales manejos con los forasteros, acudieron sin mas pensamiento que la salvación de Ponce, á desarmar al pegador.
—Endios brotos, qué no entender sepárate del gropo! — gritaba lleno de cólera el policial, pidiendo auxilio á grandes voces, pugnando por desasirse.
En tales momentos acertó á presentarse un jinete de estos policiales categóricos, el cual con recelos prudentes dijo:
—Vijilante, quién vá?
—Endios, éndios, venid, verás!
—Señor — agregaron los artistas — ignoramos qué órden quiere darnos este hombre tratándonos así, duramente.
Miróles el oficial desarmados é inofensivos, por lo cual, tranquilizándose, preguntó cuántos eran los viajeros, y á donde se dirigían.
—Somos seis, señor, y buscamos alojamiento.
—De dónde vienen?
—De nuestra provincia.
—Qué profesión?
—Artistas.
—Vayan con Dios; pero sepan que aquí es prohibido andar en grupos....; amigos mios, la revolución....; estas órdenes son terminantes.
Echáronse pues á andar en la forma que el precepto les indicaba, renegando todos del caballero amable cuyos consejos seguían.
—Convengamos amigos, — murmuraba Ponce despechado—en que vale mas nuestra provincia.

que esta gran ciudad, pues allá á lo menos no hay revoluciones ni gente bárbara que manosee y ponga del lodo á los transeuntes.

Caminando así, á tontas, detuviéronse delante de un fondín, en donde si las señas del rótulo no mentían, se daba al forastero alojamiento, cena y otras cosas de utilidad.

Pimpinela tomó á su cargo la representación de los compañeros, y entró pidiendo lo que había menester; mas como ni una sola alma de cuantos le escuchaban prestára oidos á sus palabras, dirijióse á un mozo bullanguero, de éstos que sirven en los fondines, á quien, tomando con delicadeza un brazo, dijo:

—A usted hablaba; diga si esta noche podremos...

—Pese á tal con quien te parió! y qué fuerte pellizca este bellaco!

—Vamos! modérese usted! yo soy un caballero!...

—Enhoramala!

—Insolente!

—Calle el caballero!

—Venga el patrón!

Los comensales abandonaron sus asientos por ver en qué paraba este inesperado alboroto, y les rodeaban azuzando al mozo y á Pimpinela.

Los otros cinco viajeros al percibir desde afuera el ruido de las voces, lanzáronse al interior, ciegos de coraje, retando furiosamente á este enemigo que do quiera se le presentaba en Lima, —dispuestos á morir en defensa de la causa común.

Este considerable refuerzo que recibía el poeta, puso el mayor espanto en los corazones, y en tales términos que su presencia sola determinó en un suspiro la fuga del contrario bando.

—Sereno, sereno! — gritaba el fondista huyendo — nos matan estos foranos!

—Señor, amigo! — decían Rebollo y Ponce— nosotros somos unos caballeros!....

—Sereno!

—Basta de escándalos!

—Auxilio!

Al punto aperecieron allí dos ginetes de la policía seguidos de varios soldados, quienes á la órden de aquellas autoridades, dieron caza á los artistas, y fin á su amarramiento.

Sin embargo, impresionados los oficiales por la cortesía y buenas palabras con que protestaban las víctimas, dignáronse escuchar ciertos reclamos: de donde sesultó que había inocencia en ellos, y mucho mal en la conducta del fondista.

Se les quitó pues las ligaduras, y desde ese instante pudieron seguir libremente su camino.

—Convengamos compañeros — decía Pimpinela, palpitante todavía por la agitación y la rabia — convengamos en que vale mas nuestra provincia que esta gran ciudad, pues á lo menos allá no se combate en cada esquina, ni tantas violencias cuesta al que va de paso un alojamiento.

Antes de mucho andar detuvieron á un hombre, pacífico según las apariencias é incapáz de todo pecado, suplicándole con muy suaves maneras que, pues era vecino de la ciudad, les enviara en busca de alojamientos á donde, por experiencia propia, fuesen los amos de mansa índole, bien acondicionados.

—Paso, paso, que voy de prisa!

—Somos forasteros; haga usted la caridad!....

—Quien lengua tiene á Roma llega; y basta que voy de prisa!

—Cuerpo de tal contigo, majadero! rabiosa landre y fin desesperado te arrebate! — replicó Rebollo en la mayor indignación.

—Alto amigos! — dijo Ponce interrumpiendo el juramento.

—Qué ocurre!

—Vamos, parece que allí veo avisos de fonda.

—Señor, — exclamó Rebollo saludando — haga Vd. la gracia de decir si habrá alojamiento para seis.

El amo echó una mirada de zaino al grupo de forasteros, y en viéndoles poco prendidos, respondió:

—¡Alojamientos á sol por cabeza tengo! si gusta bien, y si nó dejarlo!

—Señor, es caro..... —

—Cáspita! pues á otra parte!

—Salgamos de aquí, amigos míos; no provoquemos otro escándalo por escarmentar á este gorrino! — dijo Pimpinela torciéndose los puños —¡por el siglo de mi padre, confunda Dios á aquel caballero amable que nos echó á esta tierra de záfios en donde no hay maneras decentes para hablar al forastero! Un vijilante soez le zurrará el pellejo en llegando á la ciudad, y en el primer fondín que tope le cubrirán de ligaduras; un mozo de cuadra le enviará á *Barcelona* entre mil juramentos soberbios; y un paseante...., y un posadero.... ¡por mi vida, ¿quién proteje al provinciano, quién castiga las inconveniencias, quién refrena á los procaces, dónde está la autoridad? acaso en Lima será todo impunidades, abusos y aspereza en el común manejo?....

—Ténganse! —exclamó Rebollo — veamos qué nos dice aquella anciana.

—Mucho bien.

—Haga usted la caridad señora, de ponernos en vía de algún mesón en que hallemos alojamiento para seis.

—Aquí hay tabernas de rufianes, y hoteles costosos puestos á la europea.

—Nosotros somos pobres, honrados...—

—Hola! pues en balde buscan posada.

—Carrampempe, señora! pero no hablemos de fondines!....

—Irán ustedes á un hotel.

—Somos pobres; no tenemos recursos; por el camino nos robaron las maletas, y apénas conservamos unos pocos reales.

—Eso quiere decir, señores, que mas presto se les pegará un piojo que conseguir alojamiento para esta noche.

—Cómo tampoco habrá en Lima alguna casa de pensionistas á semenjanza de las que en otras ciudades grandes, según nuestras noticias, hospedan al forastero por un precio módico?

—Hum, ya se vé! donde pensais que hay tocino no hay estacas.

—Es posible!

—Por el santo Martirolojio de Peapa.

—Maldito caballero amable! — murmuraba Ponce.

—Maldito caballero! — replicaban todos poniendo en blanco los ojos de pura rabia.

—Buena señora — exclamó entónces Pimpinela como quien va á decir una idea salvadora— nosotros somos tres artistas.....

—Oiga!

—Hemos venido á Lima con un gran propósito: dejando á parte la pérdida de nuestros equipajes, lo que vale es que usted.....

—Hum! háblame alto que me duele este oído...

—Se nos muestre gustosa, acepte...

—Cuerpo de santo, á dónde vá eso!

—Tomaremos un departamento; de nuestra cuenta correrá el menaje, la servidumbre, los gastos que la decencia exige; y en este caso usted será la patrona.....

—Mal se tañe la vihuela sin tercera!

—Por la luz de Dios, todo habrá! Un caballero amable de nuestra provincia nos manda á las Academias de Lima, prometiéndo que ahí obtendremos una doble utilidad con la ejecución y venta de nuestras obras. Yo soy poeta,—hago versos; el público me recibirá con benevolencia, y mas tarde, cuando dé á la prensa mi primer volúmen poético, cosecharé infinitos laureles; la edición se agotará; á peso de oro se pagará después cada ejemplar......; en fin, en fin, mi compañero Ponce es músico: en sus manos hablan, señora, las vihuelas; nadie pone en duda el porvenir que en la Academia le depara la suerte; será un maestro aventajado, la sociedad le prodigará mil favores, le concederá sus caudales...; usted ve...; Rebollo es otro que tal: pinta por maravilla, es una gloria para la patria, su nombre es ya famoso en los pueblos de nuestro tránsito; en Lima no tendrá competidor; el retrato de usted, señora, será su primer ensayo, y con él, son incalculables los triunfos que le aguardan...; nos cubriremos pues de honores, seremos ricos, y si usted acepta mis ofrecimientos participará también de esta suerte espléndida...

—A tu tía esa campona! qué ha de ser si no hay aquí tales Academias, ni en los años que engo las he oído nombrar!

—No hay duda, que Dios lo dijo; pero aunque o las hubiera ¿acaso podría el público burlar uestras esperanzas? crea usted que si por una cunstancia fatal hemos perdido las maletas y

la suma de nuestros recursos, la condición de artistas será parte á recuperarlas; y entónces, según está dicho, solo habrá una casa para nosotros: la de usted; una sola voz de mando que será la suya, una sola amiga á quien dediquemos siempre nuestras mejores obras, una patrona en fin, dueño absoluto de esas riquezas venideras... Mira, tú, Ponce, repite ahora la canción de Morana para que oigamos todos.

El músico tosió, y luego comenzó así:

«A la una á las dos,
Alailán, á quien dá más
¡Mi viola vendo por Dios,
Alailán, á quién dá más!

Veis aquí el precio vos,
Amigos ¿hay quién dá más?
¡Mi viola vendo por Dios.
Alailán, á quién dá más!

Aunque rompe gran batalla,
Quien encubre mal partido,
El que sufre mal, y calla
No debiera ser nacido;
Pues amigos mi repos
Con fortuna es por demás;
¡Mi viola vendo por Dios,
Alailán, á quién da más!

Jusquina empezó desde este punto á interesarse, confiando en que si no eran falsas la buena intención y la sinceridad que demostraban los forasteros, podría abandonar el trabajo con que adquiría el sustento, y tendría fin su soledad.

—Pues veamos, señores — replicó — á que se reducen esos deseos.

– Poco es lo que pedimos, pero antes sea servida de darnos algún consuelo para el vientre, que hasta ahora de pecados solamente nos hemos desayunado. Nosotros somos seis entre artistas y arrieros, toda jente de paz que solicita abrigo para pasar la noche, y un rincón para hacer mas tarde sus trabajos: beneficio que recompensarán haciendo partícipe á la señora Jusquina de la felicidad que esperan...

—Oh, buen grado haya tu abuelo! ¿y desde cuándo empezarán á realizarse esos proyectos?

—Las cosas dependen ya de su favor, señora.

—¡Ay mi ángel y mi páscua de flores!

Los provincianos tomaron pues posesión de la casa, más, en viéndola llena de baratijas, como faltriquera de vieja, procedieron á hacer un minucioso despojo antes de habitarla.



CAPÍTULO III

Al día siguiente salieron desde las primeras horas, hechos unos dominguillos de higueral, ansiosos de conocer las Academias; más, sea por el escaso entendimiento del guía limeño, ó porque juzgaran preferible visitar antes de todo, lo que posee Lima en punto á libros, dirigiéronse presto presto hácia la Biblioteca.

Vieron allí un hom re de humilde aspecto, á quien sin titubear dirigióse Pimpinela con ánimos de que le resolviera cierta duda sobre la oportunidad de la proyectada visita.

—Amigo—díjole—acaso tengo el gusto de hablar con el portero?...

—Cáscaras, portero será su abuela, que nó un caballero decente como yo!

—Usted dispense... no era mi intención... la sala de lectura.

—Señor, eso sí sé—exclamó el guía—vengamos por acá.

De esta suerte, y á pocos momentos encontráonse en un gran alguarín cuya mueblaje conste en cuatro mesas cojas y un número ta! de lletas, desparramadas unas y otras por doquiea en un bello desórden. Aquí vieron los pro-

vincianos seis lectores de periódicos, estrechados, oprimidos, sin respiración ni movimiento, como higos en petaquilla; y un vejete zanquituerto, pelucón, puesto al servicio de todos.

—Señor—dijo Pimpinela dirigiéndose al de la peluca—¿á quién deberemos pedir unas obras?...

—Y qué obras son esas?

—Usted me permite; quisiera ver el catálogo...

—Qué llama usted catálogo?

—Deseo ver la razón de los libros que posee esta Biblioteca.

—Creo que no tenemos eso; sin embargo, esperen ustedes.

El viejo desapareció.

Durante esta ausencia de el vejete vieron los artistas que los lectores de periódicos abandonaban sus asientos y la lectcra, y que dirijiéndose en un aire á los estantes de la pieza inmediata, escojían los libros aprisa aprisa y metíanlos en corbona, ó bien les arrancaban contra toda humanidad, las pájinas de texto ó los grabados.

En pocos segundos mas apareció el empleado.

—Señores, el bibliotecario dice que no hay catálogos, sino un índice del año 34.

—Démolo usted.

—Está incompleto.

—No importa.

—Ahora no es posible hallarlo.

—Tome usted el tiempo que juzgue conveniente para hacer sus investigaciones.

—De oídas solamente sabemos que existe el susodicho índice.

—Habrá equivocación en ello ¿está visible el bibliotecario?

—Si señor.

Los tres artistas conducidos por el hombre de

la peluca, fueron presentados al Director de la biblioteca.

—Señor—dijo Pimpinela—pedimos el índice; desearíamos verlo hoy ú otro día si usted indica alguno.

—Caballeros, siento no poder complacerles...

—No existe pues?

—Paréceme... en fin... nada aseguro; el bibliotecario sabe tanto como ustedes respecto del establecimiento, pues aunque su afán sea poner órden en los libros y recuperar muchísimos que, como el índice, por grave incuria están en el día medio perdidos, fáltale la cooperación del Gobierno, y con ella los mas preciosos elementos. Vean ustedes cuántas riquezas hay aquí abandonadas á los estragos de la polilla, este hacinamiento de libros y de periódicos que destruirán muy brevemente las alimañas, esos estantes descantillados, cubiertos de inmundicia, esas mesas de escribir... ¡Dios mío, qué dirán los extranjeros al ver esta destrucción, esta inmensa ruina!

Y el bibliotecario, hablando así, exaltado, les lleveba de una á otra parte.

Los artistas vieron de este modo montones de libros cuyas interioridades servían de madriguera á muchas sabandijas que en el presente momento saltaban en diversas direcciones con gran contentamiento de los forasteros, y mayor desespeción del bibliotecario; vieron además en las paredes un crecido número de periódicos pegados prolija y diestramente, los cuales, según la observación de Pimpinela tapaban con muy sutil arte los agujeros y las rajaduras; en cuanto á los estantes, sea por malignidad ó sincera fé, tomáronlos por alacenas de algún convento desmantelado, y en tal concepto, ni osaron confun-

dir de nuevo al Director del establecimiento con preguntas embarazosas, ni hubo tampoco quien, amable y comedido, les demostrara que en ellos había libros, y no fiambres ó papilla como los infelices creían.

—Carrampempe!—decían Rebollo y Ponce—si esta es la Biblioteca qué serán las Academias limenses!

—Señor— exclamó Pimpinela—tendrá usted dos ó tres empleados y algo se podría hacer con ellos...

—Sí... sí... tengo uno sano que es aquel vejete, y dos inválidos, los cuales, por ser cojo el uno y el otro manco, libres están de todo trabajo.

—Válgame el poderío de Dios! pues entónces qué tarea le dan los libros?

—Ninguna señor; bien podría ponerme á criar molleja en este depósito de basuras, á no tener ciertas ocupaciones particulares...

—Juro á Dios, usted debe llevar sus reclamaciones hasta la impertinencia si es posible!

—Bagatelas! cuando es sordo el molinero la cítola está de mas.

—Carrampempe, así serán también las Academias!—murmuraba Ponce.

—Malos días dé Dios á aquel caballero amable que nos envió á esta tierra—agregaba Rebollo.

Despidiéronse del bibliotecario enseguida, y por conformarse con el uso cada cual pidió un libro: Pimpinela arrancó del Parnaso varias poesías en un momento de distracción; Rebollo las láminas de un volúmen ilustrado; y apartándose del ejemplo de sus compañeros, guardó Ponce en su bolsillo el que le deparó la suerte.

Al salir tomó Rebollo la palabra y dijo:

—Amigos, tiempo es ya de presentarnos entre los académicos, y solicitar la plaza que en cali-

dad de artistas nos corresponde: preparémonos compañeros á desenvolver las galas de nuestra habilidad é ingénio delante de aquellas ilustres corporaciones, cuidando sobre todo de conservar el ánimo tranquilo en presencia de los severos rostros, y de las barbas encanecidas que sus miembros tendrán fijamente! Desde los primeros instantes sea nuestro afán disimular los accidentes de forastero, demostrando en su lugar maneras... así... al saludar... al tomar asiento; no nos acobarde el aspecto del salón en que seremos recibidos, ni su relieves, ni sus colgaduras magníficas é imponentes, no sea que una emosión malhadada corte el vuelo de la fantasía, y rebaje el mérito de nuestras obras, pues aparte de que va en ello el nombre de la provincia, suscitaríanse dificultades para nuestra admisión... Tú, Ponce, á la primera insinuación de los académicos levantarás la voz con firmeza y desembarazo, á la vez que haciendo elegante y seguro el acompañamiento de tu viola, des soláz á todos, y lustre á los artistas que allá te sigamos! Oh, Pimpinela, tú, tan seductor al recitar las delicadas cántigas que compones, muéstrate como sueles en esos augustos momentos de nuestra vida artística!

Y dirigiéndose al guía prosiguió:

—Ea, á las Academias!

—Cáspita, á las Academias! — añadieron los demás.

—Señores, nunca oí hablar de esos parajes!...

—¡Por las tres fúrias infernales!

—En Lima no hay Academias...

—Calla y obedece!

—Señores...

—Véte pues, que no has de ser desvergonzado con quien tiene sangre en el ojo! háse visto

igual obstinación, desmentir así al caballero de nuestra provincia!

—Permita usted — exclamó Rebollo dando alcance á un canonista—haga el bien de indicarnos la dirección de las Academias...

—Je, je, je! en Lima no las hay, amigos.

—No hay Academia de pintura!

—No Señor.

—Pero un caballero nos ha asegurado...

—Error, error!

—Sin embargo, algo debe haber en punto á letras.

—Cuerpo del mundo! alguna corporación habrá de músicos, señor canonista?

—Nada, nada; ciertas jentes saben de una sociedad de cantores; pero lléveme el diablo por un rasero si eso tiene trazas de Academia.

—Maldito caballero amable! — murmuraba Ponce.

Madito caballero!—replicaban los demás dejando franca la vereda al canonista.

—Estamos perdidos, compañeros! — exclamó Pimpinela.

—No tenemos quien nos guíe!

—A dónde iremos!

—Salgamos de esta ciudad fatal!

—Algún génio maléfico existe aquí para guindar del rollo á los forasteros!

—Calma, amigos.

—Dirijámonos á la sociedad de cantores.

—Bien está; sabremos lo que es ello.

Los tres artistas lograron su propósito; pero en viendo al de la batuta soltar las temporalidades contra los ejecutantes, y á éstos, darse locamente á las travesuras, huyeron llenos de rábia, renegando del canonista que á tanta desilución les sometía.

—Esto es atróz!—exclamaba el uno.

—Aquel caballero... !!—replicaban los demás.

—Regresemos á nuestra provincia! regresemos, que esta ciudad solo ofrece al extranjero porradas y desengaños! ¡cuántas querellas hemos tenido que sustentar, y cuántas dificultades de otra especie que vencer, para conseguir un mal alojamiento y una desilusión como ésta! Ya pasó el tiempo en que nuestras aspiraciones debían cumplirse; acabáronse todas las esperanzas! Adios, Academia, que tantos proyectos nos hiciste formular en vano, adios, adios! Y vosotras, Musas, que tan temerariamente nos dejásteis confiar en el éxito de vuestra protección, sabed que muy presto nos separaremos de las faenas estériles de vuestro culto!

¡Adios, oh musas
Engañadoras!
Vuelvo á Galeno,
Vuelvo á mis drogas;
Venga mi caña,
De grandes borlas,
Que voy en busca,
De la limosna!

En tales circunstancias determinó la forastera trinidad, dirigirse á casa de Justina, sin pensar, incautos, que en el tránsito podría haber algunos otros lances peligrosos.

Un considerable número de pordioseros estacionados de trecho en trecho, les detenía á cada instante estrechándoles con sus exijencias á fin de alcanzar su intento de grado ó por majadería.

—Oh Lima! ciudad de pícaros y de mendigos! —exclamaban los artistas abrumados por el peso de sus fatales aventuras.

—Apresurémonos, amigos, vamos vamos!

Apénas hablaron cuando cayeron sorprendidos en una emboscada de pillos quienes les despojaron de cuanta pieza codiciable llevaban.

—Oh Lima, ciudad de mendigos y de ladrones! —repetían los artistas enloquecidos por la desesperación.

—A casa, á casa, volemos!

Pero en este punto y al doblar una esquina, lanzóse sobre ellos una patrulla apercibida de la anterior zaragata.

—Estos son, á estos! — vociferaba el jefe blandiendo un espadín.

—Señores, somos artistas.

—Pícaros, atadles, atadles prontamente!

—Por el bravo y venenoso Cancerbero!

—Soldados, apresadles!

—A defendernos, amigos!

....

....

....

....

Más aunque los tres artistas combatieron con gran pujanza, el número mayor les arrebató la victoria.

—Nosotros somos unos artistas... — balbuceaban arrastrados por los porquerones, que veníamos á las Academias... Oh Lima, ciudad de robos y de escándalos, ya te dejaremos! Oh Musas ¿por qué no nos inspirásteis anticipadamente el conocimiento de las desdichas que á nuestro viaje habian de seguir!

¡Adios, oh musas
Engañadoras!
Vuelvo á Galeno
Vuelvo á mis drogas!

. . . .



CAPÍTULO IV

Los oficiales comprendieron en la prisión que habían procedido con lijereza acometiendo á las víctimas del robo en vez de cebar su saña en los verdaderos pillos; y por ende les dejaron ir llenos de libertad.

Luego al punto partieron á casa de Justina, dejando atrás los vientos, temerosos de que alguna aventura se les deparára en el camino.

—Hola, qué rabanillo es ese—preguntó Justina al verles llegar sobrecojidos de espanto.

—Aquí hay mucho diablo!... adios señora!... salgamos en el acto, compañeros!... regresemos á nuestra provincia!

¡Adios, oh musas,
Engañadoras!

—Pero sepamos en qué están las alcabalas?

—Por vida de la Corceta, esta ciudad es fatal!... los mendigos... esos ladrones sanguinarios... Jesús!... esa lechigada de porquerones...

—Porquerones!

—Sí señora! hemos sido apresados después de un sostenido combate, cubiertos de ligaduras, maltratados por una patrulla de limeños!

—Ay amarga!

—Despojados de nuestros pocos resursos en una emboscada, fatigados, consumidos por los mendigos!... Oh Lima, ciudad de socaliñas y de miserias!...

En oyendo Jusquina lo del robo ocurriósele, harta de inquietudes, el pensamiento de que al fin del hospedaje no la podrían dar en pago ni grado ni gracias.

—Paso, amigos; y qué mundo corre en las Academias?

—Oh, cuerpo de tal, todo es desilusión, todo engaño!... maldito caballero amable!... ¡No vea yo esta cruz en la hora de la muerte si en llegando no le estriego!...

—Desdichada de mí! es pues el culantro hervir hervir? acaso bastan las palabras ó un mal consejo para ponerse en viaje á tontas y á bobas sin saber ninguno lo que se pesca?

—Señora, esto servirá de experiencia...

—Guillotes! qué como yo de eso? bien digo que perdida es la lejía en la cabeza del asno!... ¡de mí sola debo quejarme pues me apiadé de éstos tragacaramillos sin sonaderas que por encontrar abrigo, al mas avisado habían de darle á entender de cielo cebolla!

—Vaya al potrillo la vieja mal hablada! qué cuentas son esas que no pagamos?

—Juro á Dios, y es cosa de nada el hospedaje? y lo es la miseria en que los pilluelos les dejan? pues, qué he de esperar ahora si en la paga es todo matas y esas por rozar!

—Demontre! ¿acaso quiere Jusquina cobrarnos con usura el precio del hospedaje?

—Vieja desconfiada!

—Horrible garabato!

—Callad y callemos, que no está la Magdalena

para tafetanes! ay triste, qué esperanza me indujo á recibirles sabiendo yo que de mala berenjena, nunca buena calabaza! fuera de aquí guillotes, no les consiento ya en lo mío, fuera de aquí ó me pagan el hospedaje!

—Voto á San Junco!

—Vieja bellaca!

—Ruega á Dios que te estrangulo!

—Chitón, Jusquina!

—Paguen ahora mismo la pensión!

—Haya lástima, señora!

—Para usted será desde hoy nuestro trabajo

—Tarde vino el gato con la longaniza; yo acepto, más ¡guay de ustedes si el compromiso falla! Este monte no es para asnos, amigos, pues para jentes de condición traviesa que poco saben de artes hízolo Dios; aquí no se realizan los negocios con hongos sino con buenos dineros redondos, ni en ellos ha de entender un provinciano cualquiera limpio de blancas, ó artistas como ustedes...

—Maldito caballero amable!

—Maldito caballero!



CAPÍTULO V

DESDE entónces diéronse los tres á trabajar con grande ahinco.

En poco tiempo compuso Pimpinela un tomo de poesías, Ponce algunas operetas y Rebollo una espléndida colección de pinturas, con que Jusquina en su entusiasmo codicioso pensaba tener centuplicado el valor del hospedaje.

La patrona puso en vía de hechos los más oportunos medios de realizarlas.

Alentado con los aplausos de Jusquina concibió Rebollo el plan de una idea grandiosa, cuya ejecución requería un modelo acabado por el colorido y por las formas.

Sirvióle para este objeto un *sonecito de chapin*, desprovista de blancas, es verdad, como el diablo se presentó á San Benito; pero tan remonona que al mas severo y virtuoso varón encapuchado pudiera alborotarle el alma.

Y aunque en los principios iban con gran formalidad las relaciones artísticas del pintor y de Jacómina, no era tanta pues, que al cabo de pocos días se conserváran todavía fríos los corazones.

Artistas ellos, hombres de inspiración, enamoradizos... ¿qué había de suceder?...

Los tres amaron.

Amaron en secreto, sin confiar á nadie sus fatiguillas.

Así trascurrió una buena temporada en que ninguno de ellos osó revelar á Jacómina el mal de amores que padecía.

A la postre se resolvió el animoso Pimpinela, y valido de una ausencia de sus compañeros, en los momentos que llegaba al taller la chaborrita á cumplir las obligaciones de su oficio, trájola aparte y díjole todo enamorado de esta manera:

«A solas niña con tu imájen velo
En el silencio de la noche umbría,
La vista fija en el azul del cielo
Y en tí fijada el alma, prenda mía!»

—Señor Pimpinela no me abrace usted...

«Dulce hermosura de los cielos hija,
Dón que los cielos á la tierra hicieron,
Oye benigna de mi tierno lábio
Cántico puro.»

—Esas bufonadas...; suélteme usted la mano...

«De tus amantes ojos los destellos,
De tu entreabierta boca la sonrisa,
Los rizos de tus fúlgidos cabellos,
Donde sueños de amor duerme la brisa;
La celeste aureola inmaculada,
Que afrentando del día los albores
Resplandece en tú frente nacarada;...»

—Jesús... ya me ahoga... tenga moderación... qué me quiere usted...

«Tu aliento aroma de las nuevas flores,
Tu voz, que ecos encuentra en el murmullo

«Del arroyo de perlas y de plata,
De la amante paloma en el arrullo,
Que por las verdes selvas se dilata;...»

—Esos besos, ay, esos besos... señora Jusquina!

«De tu alma ardiente el misterioso anhelo
Que otra busca en su inquieto desvarío,
Tienen de eterna adoración un cielo
Dentro del pecho mío!!»

—Ay, lastimada de mí! señor Pimpinela, sosiéguese usted que no tarda en llegar mi marido! qué atrevimiento... quiero llamar... este hombre está loco!...

«No será tirar de loco,
Más de cuerdo,
Si por vos el seso pierdo.»

—Déjeme usted pasar, qué majadería!

«¿De un alma te desdeñas ser señora,
Donde siempre moraste, no pudiendo
De ella salir un hora?»

—Soy casada, señor Pimpinela, y bien sabe usted que el deber es cosa sagrada.

—Luego no hay ya esperanza para mí? Jacómina, tú me condenas á amar sin ser correspondido? será posible que haya en tu corazón tanta dureza, y que te muestres á mis ojos insensible, ingrata...? Oh desdicha,

«Salid sin duelo lágrimas corriendo!»

Con mi amor te ofrezco, Jacómina, el porvenir de un artista; quiéreme y tuyas serán también mis futuras glorias: el arte me reserva una co-

rona de laureles que yo haré brillar sobre tu frente!

Oyeme... no me respondes?... te apartas?... ay.

«Y qué vale el tener si derritiendo
Me estoy en llanto eterno!
¡Salid sin duelo lágrimas corriendo!»

—Señor Pimpinela, no sabe usted

Que el amor del forastero
Es como la golondrina,
Que así que llega el verano
A su tierra se encamina?

Quite allá! á perro viejo no hay tus tus!

—«¡Oh qué poca cortesía,
Para ser tan linda dama.
Desamar á quien os ama!»

En esta oportunidad se presentó Rebollo, quien sin reparar en la alteración de ambos condujo á Jacómina al taller, púsola de modelo, y comenzó nuevamente su trabajo.

Más, según los suspiricos y el meneo expresivo de ojos que el artista no podía dominar, era una pintura á tuertas la de su pincel, y un amorcillo tirano lo que declaraba.

Momentos después caía de sus manos la paleta, y decía entregado á la pasión:

«Canten otros los goces de amor
Con que sienten alegrías,
Y yo las angustias mías,
Pues que siento su dolor;
Y dirélas lamentando
Con voz de extraña tristura»

«Ofreciéndolas llorando
A la perfecta figura
Que siempre estoy contemplando.»

En tan críticas circunstancias húbo de llegar el tercer galán, el músico Ponce, decidido también á pedir correspondencia, y sin vacilar templó su instrumento y entonó la siguiente popular

CANCIÓN

Labra el agua sin ser dura,
A un mármol endurecido—
Y yo que no haya podido
Ablandar vuestra hermosura! (*)

Siendo tan líquida y pura,
El agua según se advierte,
Se precipita en la hondura,
Y en su rápida corriente
Labra el agua sin ser dura.

La dura peña es vencida,
Al golpe de un lapidario,—
Y yo ablandar no he podido,
Por mi destino contrario,
A un mármol endurecido!

Todo amante que ha tenido,
La suerte que yo en amar,
No siendo correspondido,
Fácil le ha sido olvidar,
Y yo que no haya podido!

(*) Popular·

Amándote con ternura,
Siempre he de permanecer,
En la confianza segura,
Que algún día he de poder,
Ablandar vuestra hermosura!

Sorprendido Pimpinela por esta doble declaración, lleno de despecho y con cierto retintin provocativo, añadió esta otra:

«Bien puedo decir por Dios,
Señora de mi mal trato,
Que así me vá con vos,
Como á tres con un zapato.

Mi persona está quejosa,
Días há de vos, amor,
Porque siempre la dais dolor
Y también por otra cosa;
Que si pienso en poco rato,
Hallo que es verdad por Dios,
Que así me vá con vos
Como á tres con un zapato.

Bien pensaba yo, señora,
Que yo solo vuestro era,
Hasta el punto de agora
Que ví lo que no quisiera;
Pero pues pasan de dos,
Los que comen en este plato.
Digo que me vá con vos
Como á tres con un zapato.» (*)

—Voto á la santa letanía, este poeta cerril ha comido un pelo de asno!—respondió Ponce dándose por ofendido.

(*) Popular.

--Mala páscua dé Dios al camandulero
quién le hizo curador de doncellas?

—Callen los malsines! — exclamó Reb
¡ninguno ama aquí con mejor derecho qu

—¡El también!

—Par Dios buena!

—Jacómina me ama!

—Oh, pese al turco, imposible!... más
es traidora, yo soy alevoso y nos entender
coplas!

—Nos reta Pimpinela!

—Mal amigo!

—Desleal!

—Hola, batiburrillo tenemos!—gritó Ju
desde afuera, y entrando al taller, prosigu
puesta de la causa que lo motivaba:

«L'abejón sabeis qué dice,
Cuando hace zun, zon?
Que las damas falsas son.»

—Señores artistas, atención acá, un m
que para enamorar y reñir sobrado larg
vida.

—Qué dice pues?

—Hágoles saber que mi resolución es
cable, y que hoy mismo deberán salir
de mi casa...

—Jusquina!—exclamaron los tres.

—Tunantes!... ¿dónde están esas aca
que tanto bien me prometían? en qué ha
á parar el valor de esas obras con que ha
pagar el del hospedaje? todo ha sido
pillería! no les consiento ya en mi casa;
hacerles salir!

—Por Dios, qué desgracia nos ocurre Ju

—Nadie paga en Lima los cuadros de R

á juicio de un articulista carecen de mérito absolutamente, y son indignos de permanecer por más tiempo exhibidos: esto me arruina; yo no puedo aceptarlos...

—Juro á Dios! cuánta envidia y mala fé hay en eso señora! manchar así con dos plumadas la reputación de un artista como yo premiado en concursos extranjeros es una infamia inaudita!

—La música de Ponce fué pifiada cuatro veces.....

—Oh Lima... ¡qué beneficio recibirían de los envidiosos esos articulistas especuladores para acometer mi descrédito!

—En fin, las poesías de Pimpinela han alcanzando una crítica...

—Maldición!... así sucumbe el arte nacional zaherido por un atajo de articulistas procaces! las más sólidas reputaciones literarias ó artísticas, están aquí sometidas á su fallo, y cualquier insolente ó calumniador que asoma en los periódicos se hace crítico para tildar impunemente á los autores, con liviandad y escarnio!

«No hay picarón tramposo,
Venal, entremetido, disoluto,
Infame delator, amigo falso,
Que ya no ejerza autoridad censoria!
....
....
Solo el pedante vocinglero, hinchado
De vanidad y ponzoñosa envidia
Todo lo sabe!!.................»

—Nada quiero de ustedes, artistas chabacanos, que así han burlado la credulidad de esta pobre vieja! yo les echo fuera de mi casa!...

—Empicóse la vieja á los berros... no dejará verdes ni secos—murmuró Jacómina y partió.

—Por el sepulcro de San Vicente, primero hemos de ahorcarte, bruja!

—Favor, auxilio!

—Calla!

—Qué se oye!... ruido de armas!

—Huyamos!

—A celada de bellacos mejor es el hombre por los piés que por las manos!

....

....

Los artistas salieron precipitadamente de casa de Jusquina, y emprendieron en el acto el viaje de regreso hácia la provincia de donde habían venido—expresando de esta suerte sus desengaños:

¡Adios oh musas
Engañadoras!
Vuelvo á Galeno,
Vuelvo á mis drogas;
Venga mi caña,
De grandes borlas,
Que voy en busca,
De la limosna!



El Bachiller Sarmientos



EL BACHILLER SARMIENTOS

Cuando el diablo toma cuerpo
Se disfraza de abogado.

POPULAR.

CAPÍTULO I

En esta encantada y tenebrosa noche de los tiempos, en que los historiadores poco sábios y menos inteligentes, suelen refundir con dos plumadas valentísimas, aquello que no saben ó aparentan no saber; en esta noche —y sin cuidarme, dígolo, de averiguar si es la tal verdadera ó á secas cosa de ilusión — perdído está mi original relato con permiso prévio de los que en asuntos de historia entienden, y con el mío además, que yo, pobre Agar, estoy también por vías de cuentista, á punto de ser historiador.

Es pues de saber que en aquel remoto entónces, en una época, por sus cataclismos horrorosa, pasaba cierta población de pleitistas, desalmados y ladrones, más sustos que pecador en artículo de muerte, ante un fenómeno singular que gradualmente solevantaba el terreno en donde estos infelices residían; y como muy de prisa creciera

la hinchazón, y alcanzára así una altura de siete cuartas castellanas, hubo grandes y confusas revueltas, golpes de pecho, penitencias públicas, ayunos, oraciones y mil excesos de contrición en aquellos viciosos corazones, hasta que el alcalde, esa autoridad que tan alta es por lo común en ciencias y cosas de gobernación, convocó á los sábios de la provincia para que en un plazo perentorio explicáran aquel fenomenal solevantamiento.

Pues, ello, hubieron de reunirse, llevados por la autoridad, frente á frente del montecillo misterioso...

Grande era la ansiedad con que se esperaba la opinión de estos hombres extraordinarios.

Les rodeaba un gentío inmenso palpitante de temor y de curiosidad.

Dos de ellos, echándola de geólogos, adelantáronse primero, y, entre caidas y tropezones subieron á la cima con varonil resolución.

Hubieron de encontrar allí, pero en resíduos, gran cantidad de ostras, almejas, calamares y conchas areniscas cuyo atento estudio, según las trazas que se dieron para observar diestra y sutilmente, les inspiró un pensamiento que en concepto de los dos solucionaba el problema.

—Ved camaradas — dijeron — como se observan desde tiempo inmemorial las huellas de esos grandes acontecimientos que de período en período transformaron la faz de la tierra... Admirad la constancia invariable con que nosotros los geólogos perseguimos sin trégua ni descanso, cualquiera señal, cualquier indicio, siquiera leve, que en algún modo y en el campo de la geología, conduzca, á establecer una absoluta concordancia entre el Génesis bíblico y los adelantos modernos...

La multitud comenzaba á impacientarse escuchando tan exótico prefacio.

Los geólogos prosiguieron:

—Estas sustancias conchíferas, estos mariscos, camaradas, demuestran á ojos vistas eso que los sábios contemporáneos habían sospechado sin acertar, empero, á definir bien, sobre la ocupación del continente por el mar, durante una época que hoy se pierde en la oscura noche de los tiempos...

Más, en oyendo estas esplicaciones cierto campesino medio leido que á espaldas del orador estaba, subido en cólera mandó á esparragar al geólogo, diciendo á voces que era este un embaidor nada escrupoloso que valido de esos restos de la última cuaresma, pretendia amenazarlos con pronósticos de mal agüero.

La concurrencia se agitó formando una algazara horrible.

—Abajo los geólogos! — decían unos.

—Abajo los geólogos! — repetían las masas acrecentando su furor.

Sin embargo, el alcalde reclamó silencio, so pretexto que dos naturalistas hablarían al pueblo, y todos obedecieron.

Después de algunos tiquis miquis ocurridos entre los sábios, encamináronse los anunciados hácia el otero.

Salvados los peligros de la ascensión, practicaron un exámen detenido; y, más prolijos que los otros, en vez de conchas y menudencias marinas, descubrieron omóplatos fósiles, y cien objetos más que les confirmaba en cierta idea preconcebida.

—Era esto lo que necesitábamos — exclamaron al cabo mostrando en las manos levantadas una tibia enorme y una mandíbula no menos desco-

munal—era esto lo que necesitábamos para coronar esta reconstitución, que de años atrás venimos intentando, de aquel *Ursus spelaeus*, y de ese otro *Elphas primigenius* perdidos hácia el promedio de la época cuaternaria... ¡Salve á tí, oh Natura, que en señal de protección, do quiera arrojas á nuestro paso restos fósiles que el común de las gentes, por estraño á la ciencia, maltrataría sin piedad, y osaría echar al fuego! ¡salve á tí, oh Natura, que formaste esta hinchazón á fin de que más tarde la posteridad agradecida diga de nosotros en sus gabinetes que á fuerza de trabajos y penalidades hicimos de nuevo el *Félis spelœa* y el *Cervus megaceron!*...

—Par diobre!—dijo el campesino—pues si estos científicos andan viendo visiones en todas partes! oiga don naturalista, deje su merced ese esqueleto de asno, que bien está donde sus dueños lo pusieron; venga acá, don latino, y díganos si para hablar sandeces le hicimos subir allá....

—¡Abajo los naturalistas!—gritaron unos mozos coléricos.

—¡Abajo los naturalistas!—repitieron las masas moviéndose bélicamente.

En este punto se esforzó el alcalde, é impuso otra vez silencio en nombre de dos químicos que pedían la palabra.

Avanzaron éstos como los otros, y á la postre de un cuidadoso análisis, cayeron en lo que podía ser aquel solevantamiento.

—Oh, y cuán fuera de camino van ustedes, camaradas, que nos han procedido! ¿dónde están les conchas, amigos, dónde aquellos fósiles alabados...? todo aquí es cósmico; todo es extraterrestre; y si se ha de juzgar el promontorio por las sustancias que en él están con profusión desparramadas, ó mucho nos engañamos, ó esta

eminencia se debe á algún aerólito caído hace poco tiempo que, atendido su gran tamaño, viene de Júpiter sin duda.....

Un murmullo de desaprobación interrumpió al químico.

—No solamente hay en ella — continuó diciendo — piessita y otros metales desconocidos, sino también cantidades abundantes de carbono...; con que esto basta, según la enseñanza de muy esclarecidos autores, á determinar la estatura de los jupiterianos, su religión, sus costumbres, y otros mil datos curiosísimos.....

—Lléveme el diablo — respondió el campesino — si estos hombres no tienen más de nécios que de sábios! mal año dé Dios á su merced, orador chapucero, y á quien le trajo en mal hora...!

—¡Abajo los químicos! — dijeron unas voces.

—¡Abajo los químicos! — exclamó la multitud aprestándose á deshacerlos.

Antes que tal se hiciera precipitáronse en tropel los demás científicos hácia la eminencia por salvarles, y dar la verdadera explicación del fenómeno.

—Dejad esos sábios — dijeron — que por manía y no de mala intención miran todas las cosas con ojos químicos...

El pueblo se aplacó.

—Es esta hinchazón — prosiguieron — lo que esperábamos impacientes para acabar nuestros descubrimientos sobre la existencia de un sistema planetario (*) en el interior del globo terrestre...; allí, bajo el influjo poderoso de un centro solar, gravitan: *Nazar*, el bosque solitario donde crecen los cedros majestuosos y los elegantes mirtos; *Martinia*, la población de los monos

(*) Hoffman.

primitivos; *Armónica*, aquella dulce mansión de instrumentos musicales animados; *Mezendor*... ¡Oh hinchazón benéfica, á tí debemos los laureles que enseguida coronarán nuestras frentes! id, heraldos de nuestra gloria, á repetir de uno á otro extremo de la tierra, esto que veis; decid que ya será posible hacer mejores ensayos con los globos aereostáticos; decid.....

—Guay de vuestras mercedes, bellacos visionarios! —exclamaron varios mozos enfurecidos encabezando al populacho y lanzándole á la lucha.

—¡Abajo los científicos! —decían de un lado.

—¡Abajo los científicos! —respondían los demás en medio de una infernal algarabía.

Más, notando el párroco que los sábios corrían peligro, saltó al otero, y dándose buenas trazas para ser oido, dijo que ese promontorio lo había hecho el mismo Dios por castigar las maldades de su pueblo.

Trocóse en esto la rabia en contrición; y golpeándose los pechos huyeron despavoridos aquellos pecadores.



CAPÍTULO II

Pasado este extraordinario tumulto reventó cierta noche el montecillo dando á luz un feo y repugnante enano que en su seno se ocultaba.

Varias mujeres antojadas á la siguiente mañana de pasar por allí, le vieron, las primeras, agazapado debajo de unos cascotes, aterido de frío, pidiendo de comer; y, llenas de horror, regresaron en volandillas á pregonar por todas partes la aparición del Demonio bajo la figura humana.

Esta nueva falta produjo una sensación sorda y sombría.

Las campanas tocaron á oraciones.

Las plazas y calles se llenaron de penitentes.

El alcalde envió algunos valientes emisarios cerca del enano.

Diéronle ropas y alimiento; y, satisfechas sus necesidades, preguntáronle de dónde y con qué objeto venía; más, como fueran sutiles sus respuestas, y grande su deseo de ver al alcalde, no hallando en el aparecido cosa que pudiera temerse, consintieron en ello muy de buenas.

Usía un tanto receloso, nombró un jurado de sábios que averiguasen la procedencia del enano.

—Cómo te llamas?—dijeron éstos principiando un interrogatorio.

—Soy el bachiller Sarmientos.

—De dónde vienes?

—Del planeta *Luzano*.

—Dínos hácia qué punto se halla.

—En el centro de la tierra.

—Cómo has podido llegar acá?

—Envuelto en una corriente eléctrica que solevantó el terreno preparando las circunstancias de mi alumbramiento.

—Qué objeto te trae?

—Me envía mi Gobierno á estudiar leyes en la ciudad de Lima que, según se me asegura, es la pátria de los abogados, así por haberlos infinitos, cuanto porque cada uno en punto á sabiduría y sutilezas vale en oro lo que pesa.

—Y no los hay buenos en Luzano?

—No tan exímios que puedan mandar una República.

—Así que piensas tú mandarla luego de instruido á la limeña, en regresando allá.

—Soy el candidato oficial.

—Hay otros?

—Sí que los hay.

—Cómo hacen ustedes la eleccion?

—Por medio de una lucha: el día señalado van los candidatos á la cabeza de los suyos hácia un espacioso circo construido para este fin, y ahí en presencia del público que de antemano tiene comprados sus asientos, entran al arma blanca en bárbaro y feroz combate: aquel candidato que á todos sobreviva es el elegido.

—Qué ventajas tiene este sistema?

—Los derrotados por muertos no harán revolución.

—Son éstas numerosas?

—Las hay á cada paso; empero, está descubierto ya el modo de sofocarlas.

—De qué medios se vale la autoridad?

—Hace empréstitos si se pronuncia alguna.

—Qué garantías ofrece?

—Tenemos un vellocino de oro.

—Y con todo eso ¿alcanzan los recursos para satisfacer, además, las necesidades interiores de la nación?

—Todo se invierte en conservar su fidelidad.

—En tal caso de qué viven los empleados públicos?

—Son empleados ad honorem.

—Sabes dónde está Lima?

—Lo ignoro.

—Traes recursos?

—Los espero del alcalde.

Satisfechos los sábios de la habilidad del enano, y de su inofensiva condición dijeron á usía lo ocurrido.

Recibióle éste de pupilo, mientras se terminaba su educación; envióle á Lima, é hizo saber por bando que Sarmientos no era el Demonio, como se había creído falsamente, sino un bachiller de Luzano.

Acabadas sus tareas regresó el estudiante de la Capital hecho un doctor limeño, de estos que con razones de pulso llaman sin embarazo á la noche día.

Presentósele una venta en el camino, y entró en ella picado de los tolanos.

Luego le reconocieron los que ahí estaban también de paso — que entre negociantes, campesinos y corchetes, componían un regular conjunto — é hicieron saber brevemente que él era un bachiller de Luzano que regresaba ahora de la Capital hecho un doctor limeño.

La patrona creyendo asegurada la venta de ese día con el hospedaje inopinado de Sarmientos sacó á plaza, de lo embriagador y de lo apetitoso, cuanto en la despensa se contenía.

Más, como al punto de entrar en cuentas cobrase treinta y tantos reales, valor de la comilona, vióse en el mayor atrenzo imajinable, y fué que el bachiller, si bien protestó que los pagaría, hizo declarar á los demás huéspedes que en ninguna manera consentirían que á un letrado se le robase así, y nombróles jueces.

Compareció temerosa la ventera probando que no era robo una cobranza justa.

Después habló el enano, y usando una fuerte lójica forense dijo:

Tres y dos son cinco,
Dos de blanco y tinto;
Además otros tres,
De estopas y de pez;
Cuento uno de la olla,
Y medio de cebolla,
Y por los picos de *inga*
Y por los de *mandinga*
Cuéntenme tres cuartillos
Y basta de puntillos
Digo, — que de este modo
Ocho suman en todo! (*)

Ante estas elevadas y confusas razones, achacáronse á sí los jueces el enredo de la cuenta, y dieron á Sarmientos la justicia.

Negóse la ventera á devolver lo que, por la verdad, no debía; y apoderándose de ella los corchetes, llevaronla atada de manos á la prisión, sin que hubiera lágrimas ó protestas bas-

(*) Popular.

tantes á impedir tan temerario cuanto injusto padecimiento.

La venta quedó sellada, y contento el enano de este ensayo primero en la carrera de las leyes.

A poco de llegado Sarmientos á su provincia sintiéronse arrastrados los vecinos por un secreto impulso á revolver la féria.

No eran éstos de ordinario muy dados á la paz, pues por pecadores les castigaba Dios: más, desde la venida del letrado dieron en mantenerla fujitiva de contino, á salto de monte.

La población andaba á la zarpa.

Desde las primeras horas del día un atajo de litigantes invadía el despacho del enano.

Cualquiera órden enojosa era un legítimo pretexto para sublevarse y atacar al redopelo á usía, y tenerle en vilo oliendo á soga sin que pecado cometiera.

Hubo quien, por espíritu de herejía, repasando los santos libros, hallára mil dificultades que intentára desde luego resolver á solas, y que en impresos diera á luz el curso de la cuestión.

Siguiéronle otros negando á Dios, la vida futura, la inmortalidad, y algunos puntos rutinarios de esta jaéz.

El partido de oposición formado como por arte de birlibirloque surgió á vuelta de ojos, lleno de animosidad y de esfuerzo, poniendo al alcalde, con tal cual folletico punzante, en calzas prietas.

Sobre este riesgo primero se declaró otro, pues — como es calidad propia de esta flaca naturaleza que un desliz, siquiera leve, sea no más que el comienzo por donde vienen otros mayores que se ligan entre sí y se sobrepujan en las lástimas que traen consigo — acaeció que los provincianos, picados ya de la tarántula, precipitando el brío, la mala pasión, y un pensamiento

de revuelta temeroso, atacaron al redopelo al cura de la doctrina y tuviéronle en vilo oliendo á soga sin que pecado cometiera.

Vinieron de Lima algunos monjes latinos con ánimos de sostener la relijión, y volver á ella á los vecinos; pero... ¡qué mucho que no lo consiguieran, puesto que se las habían con el bachiller Sarmientos.....!

La venida, y sobre ella el propósito que la inspiró, puso en el peor extremo esta máquina de peligros, de suerte que, apurados el encono de la oposión y la herejía, al canto estaban los monjes latinos y el alcalde de parecer de mala muerte.

....

....

Sarmientos, era pues quien en tan desesperado trance soplaba á lo somorgujo el cierzo del pecado en los corazones y lo estimulaba con una imprenta de su propiedad, al paso que por hacerse de blancas tomando de su cuenta la gobernación — que no las tenía — cojía al alcalde por las sobaqueras.

El tal vióse á la postre, amenazado, á pique de cavar la tierra con el cogote, que determinó dejar los rudos afanes de la gobernación por acorrer á otros de más sociego, y los dejó, como se presume, en manos del doctor enano su pupilo.

Así cesaron las revueltas, los litijios y las herejías; pero hubo en cambio contribuciones á raja tabla impuestas por Sarmientos, al cual como era el diablo en cuerpo y alma, nadie osaba formarle oposición.

Meses después vino la semana santa, trayendo más compromisos que solía.

Pasados los días de pasión, dispuso el párroco que se ejecutasen las fiestas y los regocijos po-

pulares con que se acostumbraba celebrar el día de Gloria.

Siendo de ley, y caso ineludible, que las autoridades contribuyesen con su presencia á solemnizarlos, confundióse el abogado sin acertar á dar excusas.

Decidido, empero, á conservar, de haldas ó de mangas, el beneficio de la gobernación, tomó las más eficaces precauciones para evitar un lance funesto, y se presentó en la parroquia á oir la primera misa de gloria.

Hízolo sin que cosa notable ocurriera, hácia los principios, en su ánimo; más, en pasando las ceremonias del Evanjelio, sintióse inquieto, deseoso de salir; descompúsosele el semblante; inauditos esfuerzos se le veía hacer.....

Llega, en fin, el momento de alzar la sagrada forma.

Pónese de pié Sarmientos, tembloroso, y quiere huir.

El asistente agita la campana; se arrodilla el sacerdote; descúbrese la hostia, y revienta el abogado estrepitosamente...

La multitud lanzó un grito de pavor; y se precipitó espantada hácia fuera..................

....

Este horroroso acontecimiento dió orígen á una larga y severa penitencia.

—Los pobres lugareños se obligaron desde entonces á dar dimisorias á todo aquel que siendo graduado en leyes osase llegar á su provincia.

La impresión que produjo el caso de Sarmientos fué tal que, aún hoy, hablándoles los oradores sagrados de las acechanzas del demonio, dan los medios de conocerle diciendo:

Cuando el diablo toma cuerpo,
Se disfraza de abogado.

Peralvillo y Sisebuto



PERALVILLO Y SISEBUTO

PRIMERA JORNADA

> Al pajarillo que se ha de perder
> Alillas le han de nacer.
>
> POPULAR.

CAPÍTULO I

SENTADO en un poyo, á las puertas de la casa de gobernación, estaba un mestizo de cortos años echando distraidamente rúbricas en el suelo con el cabo de un rebenque.

Su nombre era Sisebuto, y el del pueblo...... quédese esto aquí!

Vestía calzones de dril zurcidos por las rodilleras, con dos remiendos viejos en el postifáz, poncho lleno de gualdrapas, sobre los hombros, rosario al cuello, y sombrerito de *panza de burro*, por tres diversos puntos perforado en lo alto de la copa.

—Hola, compadre! se ata la vaquilla?—le dijo acercándosele otro cachidiablo de todo rumbo y jácara, vestido á lo andrajoso, y, como Sisebuto, armado de un rebenque.

—Hoy es sábado, dia de atarla.

—Pues hazte acá, que echaremos una partida de chapas.

—En buena hora, y sea carita para mí, á cuartillo la apuesta.

—Chapas al aire! toma! sello es!

—Carita, á real!

—Perdiste amigo; paga y apunta.

—Carita á dos reales!

—Dobla la apuesta; mal te vá en las chapas!

—Pongo un cuartillo, todo lo que me queda: carita siempre!

—Ganaste; tira tú: tres reales al sello!

—Chapas al aire! diablo! salió sello!

—Pues paga.

—Te los debo, siga la apuesta!

—Carrizo! eso nó, que aquí te mato!

—Tente Peralvillo! éntrome en casa del gobernador; ya te pagaré.

Y haciendo la gata introdújose mañosamente, y así mismo salió trayendo debajo del poncho una preciosa triquiñuela.

—Ji, ji, ji, y qué fino bajamanero eres! —dijo Peralvillo — aguarda que me entro yo también y me salgo.

Y en un brinco hizo un hurto de calidad.

Tan bien le avino que, alterándosele las pajarillas, quiso el otro ratear de nuevo, y consiguiólo á paz y á salvo como ántes, gracias á sus tretas.

—Dime ahora que estás pagado ¿es cosa de nada lo que hemos hecho? — preguntó Sisebuto medio arrepentido, mientras se alejaban.

—Mirá si tropieza en garbanzos este compa-

ñero! haga cada cual su pacotilla, y marche, y Cristo con nosotros!

—Malos días te dé Dios, Peralvillo, y confunda y condene á olvido este maldito juego de las chapas, á tí por tentador y por ingrato al otro, pues teniéndole yo particular afecto antojóse hoy de darme al revés las chapas! Oyeme que lo siento solo por mi madre cuyo único amparo soy apesar de mis mañeruelas, hi, hi, hi!

—Corazón de cera, lloras? ¿y eres ratero de lo fino? límpiate esos ojos, malo, y considera que ya no puedes serla útil, hecho el hurto, porque si no te escurres en caponera te meten!

—Castígame mi madre, y yo... trámposelas, hi, hi, hi!

— Andate china valiente.
Como me gustas mi madre... (*)

A ver, veamos esta tonada si la sabes, que el diablo me retoza en el cuerpo.

El demonio de los barbonés
Con tamaña inclinación... (*)

—Dime, Peralvillo ¿y tú huyes ó te quedas?

—Me voy, me voy, mocoso cachigordete; pero solo no, sino contigo, á poner en salvación la pelleja y buscar la vida por donde Dios la depare buena. No temas que el abrigo ó el alimento falten, porque no hay más bronce que años once —como dice el maestro—ni más lana que no saber que hay mañana, y así, nosotros mismos nos proveeremos de lo preciso en ocasiones de meter cinco y sacar... quesillo fresco de cabra. No quiero ya vivir en la casa sin techo de mi padre, á todo aire y llovizna, cubierto con este poncho pocas veces, y las más zurrado á lo vivo

(*) Populares.

por pecaditos de menor cuantía; harto estoy de su comida tasada y desabrida, de los látigos que en la escuela se dán, y de este deletreo, y de estas escaseces..... mira Sisebuto, ó trucha ó no comerla.

—Pero entónces ¿quién labrará el campo de tu padre?

—No lo sé; por los bueyes que son de mi padre, siquiera aren, siquiera no aren, con tal que yo esté holgado y libre. Aparéjate y aparejémonos á salir, y que sea pronto, pues ya se habrá olido nuestra ratería.

—¡Ay, pensando en mi madre me vuelvo todo escrúpulos!

—Quita allá, y qué mal me pareces andando con esos chupaderitos! hazte el valiente y vamos, que entre estar aquí punteando punteando como costurera en víspera de páscua, ó expuestos á caer en chirona, y vagar por esos campos llenos de regocijo y de libertad; debemos escojer esto último, porque de cualquier suerte que sea, más vale buena esperanza que ruín posesión. De tú madre no digas otras lástimas, pues con encomendarla en dos avemarías rezadas á las derechas, la tendrás más segura que si la amparáras tú mismo; dado que al decir de la doctrina cuida el cielo á las avecitas, cuánto más á las viudas pobres; y aparejémonos, repito, porque esto de darse á la mala trampa está solo en principiar....

—Guarda, Peralvillo, jente viene!

—Aprieta chiquitín el paso, y decídete en este punto: ratero eres y aleluyado aunque tímido: con que dentro de poco podrás graduarte de pillo á lo grande, pues ladroncillo de agujetas... etc., y quien la corre de jóven la corre de viejo; sobre todo, nada espera el gobernador para ponernos

á sombra de higueras si ha descubierto la rapiña.

—Verdad; veo jente sospechosa; como que tengo miedo ¡carrizo! yo te acompaño, huyamos.

—¡Ji, ji, ji, bravo mestizo, vámonos sin tardar, y aprovechemos el tiempo que, según se ve, hoy día benditísimo de ¡echad aquí tía!

Así pues, á poco rato el pueblo quedó á espaldas de los mestizos.



CAPÍTULO II

Este oficio compañero — prosiguió Peralvillo — no es de estos que dan utilidad á manos enjutas, sin acometerse y descotillarse los traunsentes mútuamente, sinó que requiere gran valentía y gracia para manejar cualquier puñalejo como un estoque. Antes de todo cuida pues de tener los ánimos en su punto, que si los tienes, molde llevamos de conquistar media docena de puñales en dos suspiros al primer asalto que por aquí se ofrezca, y con ellos, ricas provisiones para las alforjas.

—Eso sí — exclamó Sisebuto — porque después del último tiento migajas no más les quedan.

—Conviene además, amigo, que vivamos en sostenida conversación y trato, digo mientras gocemos de la rapiña, y torno á decir que en esta unión se acrecentarán la audacia y el denuedo para acometer las más peligrosas empresas, mayor provecho logrará cada cual que si por cuenta separada hiciese sus fechorías, y la fama de entrambos irá de tierra en tierra con uno solo de nosotros; haya pues paz, paz duradera, y sea lo que Dios quiera. No hay que negar que el oficio tiene sus trabajillos, de los cuales son los ménos el comer sin regla en las horas ni en la calidad de los alimentos, ó el pasar temporadas

de ayuno,—y el dormir con la cáscara á cuestas y el credo en la boca siempre, por no caer con las piolas y zarandajas en manos de la justicia; pero advierte que no se dan palos ni cuchilladas en balde, y que todo se equilibra y compensa en esta vida, mayormente las cosas de nuestro oficio, pues cada docenilla de sustos trae de consuelo algún robo que regocija y compone el ánimo cuanto es menester: sobre todo el que no tiene buey ni cabra toda la noche ara, y en buscando la vida con voluntad aunque ello sea á costa del vecino se cumple el deber y el corazón se ensancha. Del pueblo salimos, á nuestros padres dejamos, el mal está hecho: pues si estriba toda su compostura en continuarlo ¡ánimo á las gachas, adelante compañero! Olvídese la escuela y aquel trabajar sin sueldo á todo trapo, en que el taita nos mantenía. Tú eres ratero fino, bien inclinado; déjate pues llevar de mí, pues soy mas diestro que mi edad promete: has de prescindir del honor, amigo Sisebuto, porque honra y provecho no caben en un saco, y luego, emplear de tal suerte tus artimañas que recibas de ellas la mayor utilidad; pero perjuicios nunca dado que la gala del nadador está en saber guardar la ropa.....

—Alza los ojos Peralvillo y mira qué bien se vienen hácia acá esos campesinos.

—Arrieros de recua son ¡hola! tente prevenido, amigo Sisebuto, para mentir á cualquiera nada, y armarle una zancadilla bonitamente así que te haga yo del ojo, porque según ya ves estamos en potencia propincua de conquistar puñales y repuesto sabroso para las alforjas. Aquí no hay sino imitarme en cuanto diga ó haga, y después aprovechar aprovechar amigo las ocasiones, porque el buen día..... meterle en casa!

En esto se habían acercado los arrieros cuanto fuera menester para ser oídos, y dijeron:

—Eh, á donde es el viaje! somos cimarrones?

—Ni por soñación, honrados somos como el niño mejor pintado de ciudad grande; á nadie debemos, horras la vida á nuestros padres, y unas pocas letras al maestro del lugar; — y en traje venimos que si acredita los casos varios de fortuna, desmiente en un todo nuestro propósito.....

—Tate, tate y que letrado era este renacuajo; á ver, prosigue; yo quiero oirte.

—Señor, diré, para empezar rectamente lo que voy á contar, que me llamo Peralvillo, hijo de Pedro y Petronila, labradores en los campos de mi tierra, viejos ya y achacosos como que esta personita les ha sucedido en el trabajo; me crié entre puercos y ovejas más regalado y contento que de nuestros escasos bienes se esperaba. Los primeros azotes los recibí por pícaro que nó por santo, haciendo matanzas y comilonas en los potreros de mi padre. A la escuela me llevaron teniendo todavía ocho años de edad, y allí entre diabluras y azotes, pude aprender esto que en mí trasluce la jente de meollo; salí á los doce, y hasta el presente en que cuento quince me dediqué al tráfico de los dedos, digo á las mallas, en que soy exímio, según se verá al separarnos.... Este otro compañero que aquí aparece callado y bendito es una tarabilla en el hablar, endemoniado en los hechos, y como nadie vivo y bien dispuesto á conocer todas las artes de pura mano; llámase Sisebuto y el tal, aunque según el regocijo que trae no lo parezca, deja por todo dejar padres y parientes, una madre que lo quiere como á sus ojos y que se sirve de él como de lo más útil.

—Pero entónces muchacho, por qué la abandonas! —preguntaron los arrieros.

—Cáspita! porque voy á buscar oficio con que socorrerla —dijo Sisebuto.

—Y á dónde?

—A Lima, pues en camino estamos.

—Bah, bah, regresemos chicos que en Lima perecen hoy de necesidad los aptos y trabajadores, cuánto más los pequeñuelos de provincia.

—Vamos á servir en casa grande—dijo Peralvillo.

—Y qué saben ustedes para desear esas alturas?

—Carrampempe! cosas hacemos que pasmarán si bien se considera que aplicados á la labranza, á las ocupaciónes domésticas, y al deletreo, difícil era aprender como sabemos á formar la trama y la urdiembre para los tejidos y fabricarlos por maravilla de todas clases; sé cojer á tiempo los capullos, hilar en verde con sutil artificio y desenredar madejas; enhebro agujas, y hago carretes y costuras de primor; sé tejer cuellos y randas para señora, recortes de encaje fino, puntas y bufandas con estas manitas y dos palillos solamente: si esto no basta, señores, pocos podrán servir en casa grande.

—Y tú Sisebuto ¿de algo entiendes?

—De fijo, pues ¿cómo nó, si en doce años que cuento jamás tuve otra ocupación que aprender la doctrina y lo que se debe en el servicio de una casa? de aseos y barridos no hablo, sino de la cocina, en que me llevo la mapa, pues sé hacer privilejiadamente al uso de mi tierra que es el mejor, jerricote en caldo con almendras azúcar y jenjibre; capirotada de ajos, huevos y yerba buena; pestiños, mazamorras; chanfaina á la criolla; y *causa* con accesorios que no hay más

que ver: y con todo esto ando á salto de monte buscando recursos para mi madre sin conseguirlos ¡hi, hi, hi!

—Vamos, chico, no llores; y acaba tu cuento.

—Digo que sobre cocinar como se sabe, también tengo mis humos de médico para curar á toda jente: según dicen habilidad me sobra en el manejo de las recetas, y ustedes juzgarán, señores, si hay razón: pongo sobre el ombligo cerote de galbano para los retortijones de tripas, y para calambres óleo de calabaza; bola de marte compuesta con limaduras de hierro y aguardiente para las jaquecas; y el bálsamo llamado *maraca* entre nosotros me sirve siempre de pronto alivio. Además, señores, bailo y repico las castañuelas con gracia y ajilidad, y de memoria sé tales poesías que se acomodan de perlas á la danza y al zapateo.

—Dí pues algunas, amigo — exclamaron los mozos escuchándole admirados.

—Dispénsenme, señores, el baile y la tonada porque me siento malo; pero oigan la poesía que dice así:

«En esta semana santa,
Muchos con gran devoción,
Andan tristes con razón,
De la pasión que se canta;
Yo con alegría tanta,
Que siento porque nos vamos,
En estos días que estamos,
Todo pesar se me olvida.»

Traigo naipes castañuelas, un silbato de plata para juntar ganados, y buenos dineros redondos con que pasar mientras tomamos oficio; y si lo dicho no basta, señores, pocos podrán servir en casa grande.

—Hartas habilidades son esas, amigos, para desempeñar cualquier oficio; pero sepamos..... ¿dicen pues que traen dineros?

—Sí; catorce soles entre reales y pesetas, contando los míos y los de Sisebuto.

—Tanta plata ¿cómo es posible?

—Hicimos honradamente una venta al salir del pueblo.

—Y dicen ustedes que llevan naipes?

—Estos, si señor, lejítimos á toda prueba, y cabales para jugar con ellos lo que de más gusto fuere.

Los arrieros pensaron para sí ganar los reales de los muchachos haciendo una partida en que las trampas les dieran la ganancia.

—Juguemos veintiuna chicos; yo seré el montero! —dijo el mas hablador de los mozos.

—Aceptamos, señores, aunque el apunte valga cuatro pesetas, porque en esto de jugar á los naipes el vicio nos domina—replicó Peralvillo.

—Y haciendo rápidas piruetas cantaba á media voz:

«¡Ay, que me fino
Ay, que me fino
De regocijo!»

Los arrieros ataron la récua de mulas en uno de los árboles que por allí habían, y sacando sus pellones tendiéronlos sobre la yerba y convidaron á los muchachos á que en ellos se sentáran.

Sisebuto entregó el naipe en manos del que pedía la plaza de montero, puso sus pesetas donde debía, y, visto el buen órden de todos, dió la voz para empezar el juego.

Hízose así efectivamente, y con tal entusiasmo de una y otra parte que las cartas volaban de mano en mano, y tras ellas las pesetas sin dar

tiempo para nada; y la suerte en quien sin reparar la condición mudable y caprichosa tanto confiaban los arrieros, ni ganancia les daba, pues toda ella favorecía á los muchachos, ni espacio para las trampas según la viveza y sabiduría de éstos.

Y mientras perdían la paciencia, y crecía el interés, y se deseperaban, apartóse Peralvillo del grupo con gran tiento y ventura hácia donde estaba atada la récua, y comenzó á hacer de los bultos mangas y capirotes: á toca teja entresacó de ellos una confortable cantidad de coca con otras provisiones y dos famosísimos puñales; más, por no mostrarse demasiado codicioso, y evitar el peligro que de ser sorprendido en tales trajines corriera el otro compañero, volvió á la rueda de los jugadores.

—Compadre, — dijo por lo bajo — hurto acabado; volemos.

Ambos metieron en corbona lo ganado, y con extraña lijereza alejáronse razonablemente de los arrieros, — para ser oidos y no alcanzados en la persecución, — mientras decían:

—¡A Dios amigos, y que el cielo no les haga más daño del que se les alcanza!

—A Dios, á Dios, que hoy es día de ¡echad aquí tía!

Al ver en lo que paraban aquellos artificios meditados para ganar á la veintiuna las monedas de los chicos, y que estos blandían puñales de cuarta y media, subióseles la cólera al campanario y prorrumpieron en amenazas é imprecaciones al paso que Peralvillo continuaba la burla así:

—Hola, dejémonos de tantas flores! á lo hecho no hay remedio y á lo por hacer consejo: con que no nos acometamos ni desgarremos por quítame allá esas pajas; cuanto más que lo bien

ganado se lo lleva el diablo, y lo mal ganado, á ello y á su amo; pero á Dios gracias que del hurto de la coca no pasemos pues además podríamos rasguñarles la pelleja.

—A la zorra candilazo: buenos pillos son también ustedes los arrieros—proseguía Sisebuto—para decirnos donaires aderezados; acabemos señores en este punto toda explicación, que si las dadas no les satisfacen, mal para el cántaro!

—Y revolviendo el cuerpecito graciosamente, cantaba:

Si el niño llorare,
Acállelo su madre,
Y si no quiere callar,
Déjelo llorar. (*)

Y á Dios repito, que el cielo no les haga más daño del que se les alcanza!

Y ambos desaparecieron dejando á las víctimas atónitas y despechadas.

—Cáspita, Sisebuto—dijo el otro mestizo—con cuánto placer te veo sobresalir en este dificultoso arte de ratear! ¡qué audáz y emprendedor me pareces, qué hábil, qué gachón! Este lance de los arrieros demuestra, amigo, que muchas veces el que escarba encuentra lo que no esperaba si al emplear su cornadillo tiene constancia y sagacidad. Aquí cayeron los mozos de mulas: aquí caerán los que topemos, á manos de este par de valientes.

—No haya cuidado pues tal discípulo tienes que imitará por maravilla al maestro.

—Ahora dime ¿en dónde aprendiste á recitar esas guapísimas coplas?

—Ta, ta, ta, no se te dé nada, que muchas

(*) Popular.

además retengo de memoria para recitar así, á solas, ó al son de mis castañuelas. Aprendílas en nuestro solejar: ahí, mientras nos calentábamos, mi madre me enseñaba las poesías que mejor le iban al gusto, tomándolas de no sé qué libros heredados de un tal mi abuelo; bailábalas yo y cantábalas primorosamente al compás de cualquier instrumento de modo que ahora, olvidadas ya, todavía me arremango y compongo en regla.

—Hola, yo también presumo por ese lado.

—Sabes recitar versos?

—Cómo que nó! díme tú algunos para que veas si sé replicar con otros.

—En buena sea; allá vá este villancico:

«Repastemos el ganado
Hurriallá
Queda, queda, que se vá,
Ya no es tiempo de majada
Ni de estar en zancadillas:
Salen las siete cabrillas,
Viénese la madrugada:
Hurriallá
Queda, queda, que se vá

....

....
Del ganado derreniego,
Y aun de quien guarda el hato,
Que siquiera solo uno rato,
No quiere estar en sociego,
Aunque pese ahora á San Pego:
Hurriallá
Queda, queda, que se vá.»

—Pues toma! á eso digo yo:

Reverencia hace el alma,
Princesa del rastro viejo,
Por sustento de esta vida,
Por gusto de aqueste cuerpo.
Por vos, pulido galán,
Tan rendida me confieso,
Que no puedo despertar,
El rato que estoy durmiendo.
¡Ay, que me abraso,
Me fino y me muero,
Cómo no tocan y tañen,
Y tañen á fuego!

Vuestra beldad me dió vida,
Más vuestra niñéz me ha muerto,
Porque teneis veinte y dos,
Aforrados en lo mismo:
Es tanta vuestra beldad,
Y tanto el amor que os tengo,
Que os sacaré por la pinta,
Si estais entre mil jumentos.
¡Ay, que me abraso,
Me fino y me muero,
Cómo no tocan y tañen,
Y tañen á fuego!»

Con estas pláticas llegaron ya de noche á un tambo que en el camino se descubría, y resolviendo hacer cala y cata, introdujéronse derechamente.

—Así goce usted de Dios como sepa darnos alojamiento para esta noche, —dijo Peralvillo— que el viento arrecia y la lluvia amenaza remojarnos.

—(Malas caras son estas) á ver ¿quiénes son ustedes?—replicó un gordiflón redondo como tapón de cuba, de encendidos y arrebatados colo-

res: pringosa y descompuesta figura que era el dueño de este tambo.

—Nosotros somos criados, señor, de unos arrieros que no há mucho por aquí pasaron.

—Verdad es que pasaron; pero ustedes no iban con ellos.

—No señor, nos habiamos adelantado.

—Ahora nos envían á pedir posada,—dijo Sisebuto—pues aunque no dista mucho el próximo pueblo, no podrá seguir viaje nuestra cuadrilla.

—Cómo! tiempo hace que la vi pasar.

—Sí; más, detúvose en cierto paraje á jugar veintiuna.

—Señor, la noche avanza y el aguacero repica mas de lo que fuera menester; dénos un rincón en donde con reposo esperemos á los arrieros—añadió Peralvillo.

Viéndoles tan bien hablados, antojóse el patrón de ser caritativo, y acomodóles en el pajar, bajo llave, todo receloso.

Guardados y recojidos los huéspedes, cerró el tambo y encaminóse al lecho.

Dos horas después decía Peralvillo á Sisebuto:

—Pienso amigo, que la pasada burla nos ha dispuesto el ánimo de tal suerte para acometer empresas que, si estos bríos no decaen, famosos seremos por las obras.

—De mí digo que los tengo siempre en disposición de repartir bofetones y cuchilladas por un mírame no me mires.

—Lo que además vale mucho en cualquier profesión ó ejercicio, con especialidad en el nuestro, es la diligencia, porque según se dice grulla trasera presto pasa á la delantera: así pues, debemos avivar los sentidos para sorprender la caza y el entendimiento para idear recursos que la aseguren.

—Hum, buenas trazas me doy yo para eso!

—Compadre, se me ocurre —¿oyes el ruido de las bestias en el corral?

—Si oigo, por vida mía.

—Paréceme que el tal corral no dista de nosotros treinta pasos.

—Por la verdad. que á mí también me lo parece.

—Pues mira: en saliendo de este tambo tendremos que hacer una jornada de muchas leguas en que, si no se ofrecen algunos lances provechosos, dejaremos el cuero por pura necesidad; cierto es que los despojos de la última ratería están íntegros; más, se sabe que donde hay saca y nunca pón..... presto se acaba la bolsa. De grande utilidad son los puñales por sí solos; pero si además se sirve el que los manej a de algún velóz caballo, acometerá con mayor desenvoltura y podrá huir si el éxito le es contrario. Robemos cualesquiera bestias como no sean asnos, que á estas horas, precavidamente, esas, y más podremos hacer sin daño de barras.

—Bravo Peralvillo! ¿y en adelante andaremos á lomo de bestia?

—Claro está.

—Hola, olé, olé!

—Ea, buen ánimo!

—Guarda Peralvillo! aquí nos encerró con llave aquel asno de gordo.

—No obstante ser asi la verdad, haciendo uso de los cuchillos descantillaron la puerta, y á pasos quedos dirijiéronse al corral.

Con tanta fortuna realizaban estos propósitos que enseguida se les vino á las manos un par de mulas rollizas de buena casta; tomáronlas del cabestro y las llevaron al pajar determinando que ahí estuviesen mientras tornaban ellos de reconocer las salidas.

Más, sucedió que atravesando á gatas, así ocupados, un corto pasadizo, cayéronles encima dos valentones envueltos en colchas blancas, diciendo por lo bajo:

—¡Aquí estás Perico, y aquí pereces si no nos llevas á la habitación de tus amas las huéspedas!

—Carrampempe! suéltenos, don enamorado, que no somos Perico, ni sombras de él tenemos siquiera! — repuso Peralvillo.

—No, sinó que como hay tantos diablos de un mismo pelaje, equivocados vienen estos señores! — dijo Sisebuto.

– Chit, idignos! si ustedes hablan... si dicen de este caso!..... — exclamaron los mozos apretándoles el cogote con extraña fiereza.

— No se dirá, cáspita; pero aflojen por favor esos dedazos con que nos estrujan el cuello! — dijo el uno.

—Por el ánima de las señoras huéspedas! — dijo el otro — déjennos que vamos á denunciar un robo de mulas!

Al oir esto volaron encontinente los disfrazados hácia el corral apellidando ¡ladrones! temerosos de perder en el hurto las suyas.

Los pilluelos regresaron al pajar.

Los otros lanzáronse, en efecto, sobre la cuadra, y pugnando por abrirla, seguros de encontrar adentro todavía á los ladrones, daban tan fuertes porradas y tan ásperas voces de ¡socorro! que al fin pusieron en inquietud y espanto á todos los huéspedes: de éstos, unos buscaban armas para pelear; otros abrían de par en par las puertas del tambo y sacaban fuera de él á los pequeñuelos y á las mujeres; pero allí todo era gritar, maldecir é invocar á la justicia.

El patrón se levantó armado de una pistola vieja con la cual hacía disparos á lo lejos sobre

el corral intimando á los imajinados ladrones que se rindiesen.

Las bestias asustadas con los golpes, la gritería y el estrépito de la pólvora, corrían y se atropellaban formando un grande alboroto.

Esta máquina de ruidos, horrorosa y confusa, daba á entender verdaderamente á los encolchados, al patrón, á su mujer, y á cuanto huésped había que eran fascinerosos de carne y hueso los que provocaban aquel tumulto.

Y los dos mestizos al ver abrirse las puertas del tambo escurriéronse sobre las mulas de su escondite, á vista de muchos que no sabiendo nada fijamente, les dejaron salida libre.

Antes que llegase el día, al cabo de un buen rato de laberintos, ocurriósele á uno de los mozos bullangueros examinar de cerca la cerradura del corral, é iluminando con un candil, vió él y mostró á todos que la dificultad para entrar estaba en una zoguilla anudada fuertemente por la común violencia.

Era este el nudo que habían hecho los muchachos.

Dividiólo de un navajazo, y en tan brava compañía se precipitó sobre las bestias.

Contáronlas y, en efecto, vieron que faltaba el mejor par de mulas que jamás hubo en hospedería.

Con esta ocasión recomenzó el estruendo de las porradas y de las voces: quien pedía que el tambo se cerrase porque nadie huyera; quién que el patrón enviára por los campos partidas de perseguidores.

Antojado entónces un mozo de estos alegres y divertidos de poner al dueño en calzas bermejas, dijo señalándole:

—Aquí señores, no hay mas socarrón ni más

pillo que este obeso, el cual mantiene de industria un hato de holgazanes para descamisar á los alojados.

La ira se encendió otra vez; repitióse la gritería.

En este nuevo baturrillo sufría el patrón la tanda y mosqueo rogando cesase por piedad, que él se explicaría.

Los huéspedes continuaban erre que erre lloviendo trancazos y bofetones y ¡dar que van dando!

Así duró esta faena hasta que el patrón prometió pagar las mulas, y los aporreadores al venir del día le vieron más que medianamente molido y estrujado.



CAPÍTULO III

Los mestizos se habían puesto ya en cobro y descansaban debajo de unas higueras cuyos crecidos ramajes ofrecían sombra y frescura.

—Malos pleitos tengas y los goces, nécio de encapillar, -decía Peralvillo—¿y qué tales razones te indujeron á dejar casi en su punto los bolzones del amo? en esa edad que tienes, saltabardales, no es posible ignorar la estimación que á lo que mucho vale se debe: la hogaza no embaraza ¡carrizo! cuánto ménos en ocasiones de hacer raterías!

—Paso, paso, ladroncillo de barjuleta, con esos apodos desabridos! Verdaderamente temí que en sorprendiéndome el amo al primer meneo de ojos, me diera alcance con la escopeta.

—Tan cerca le tenías, acaso?

—Pues si el tal cobarde no osaba apartarse del lecho.

—Diablo de gordo!

—Has de saber ahora que al acometer cualquiera empresa me despercude y aguija el pensar que la ocasión es calva, y que—aún sin ser necesario el hurto — debémosle ejecutar porque, amigo ¡buenas son mangas después de páscua!

—Juro á Dios que te esplicas Sisebuto, y ¿en dónde aprendiste á razonar con tan claro y recto juicio? maldigo de mis lecciones si al cabo al cabo se han de trocar los frenos!

—Déjate de retóricas, Peralvillo: ántes de todo veamos si más que estar á la sombra de las higueras, conviene ponernos á mayor distancia del tambo, pues según el afán que aquí me escarabajea no las tenemos todas seguras. Ríete de la pérdida de estas granjerías y de las blancas que produjo el robo primero, porque lo mas garve ha de ser seguramente el parar en nonada nuestros propósitos si aquella justicia fiera nos sorprende y pone á sombra de tejados.

—Visto está, niño Fierabrás, que con tus negros temores nos tendremos que dar al diablo! calla, Sisebuto, pues harta desventura fuera el vivir todo desconfiado y temeroso por reparar en recelos! mira, ahora que tan bien nos ayuda la suerte y que ningún peligro nos sobresalta, ¡regocijémonos, cachigordete; vengan las castañuelas!

—¡Ay, en mal punto te regocijas! me desazona esta prosperidad... ¡cuántas miserias sufrirá mi madre!. ... ¡socorrámosla Peralvillo!

—Díme ¿estás loco ó qué? se te figura que habiendo dejado á los arrieros casi en tela de natural pelaje, y en batahola deshecha á los huéspedes, —sin mentar el triple hurto de mulas, bolzones y puñales, que hemos de poder, no digo marchar á la jineta hácia donde manoseamos las baratijas del gobernador, —tomar siquiera libres de cuidado la vía pública? Jesús, nécia obstinación en boca de un fino bajamanero! Ahora digo yo que á tales amarguras se expone el hombre dado á la mala trampa que de todo en todo no se conforma con su oficio; pero, qué remedio, si quien

hace la burla ha de sufrir la escarapuila! Animo, Sisebuto, á lo hecho..... daca las castañuelas, yo sí tengo el corazón alegre: —

....
Y el día que no barrí
Llegóse quien no creí!

—Compadre, resuelto estoy á juntar las utilidades pasadas para socorrer á mi madre, y poder mirar despacio en este asunto que me arrebata el sosiego. Ay, ántes de entregarnos á la vita bona, cojíame al poner los ojos en personas de faldamento una turbación, un sobresalto tal, una agonía, con que daba largamente en requebrar y soltar suspiros; más, hoy sobre padecer tormentos tómame á veces cierta afición irresistible á la soledad en que de fijo me asalta un tan sabroso recuerdo.....

—Carrampempe! amorcillo tenemos también, Sisebuto? y melancolías por aquí á cada triquitraque? mal haya yo y todos los míos si esas imajinaciones asientan bien en un corazón guijeño! tendrás que repartir golpes y cuchilladas en defensa propia ó en persecución de arrieros y para entónces ¿montas que no nos perderán las poesías haciéndote sensible al ruego, y escrupuloso? Por loco y enamorado díjome, tiempo ha, mi difunta madre si eres niño y has amor ¿qué harás cuando mayor? mira pues en qué bellaquerías entiendo yo al presente, y juzga cuanto mal encierran los amores.....

Iba á responder el otro mestizo; pero notando en aquel instante cómo hácia ellos caminaba un grupo lijeramente, alistóse para fugar.

—Detente! — dijo Peralvillo — no haya cuidado porque hecho de ver que es jente decidora y festiva.

De ahí á poco detuviéronse debajo de la higuera, cinco mozas que sobre tres arrogantes borricas venían de jácara.

—Por el sepulcro de San Vicente! ocasión es esta de alijerar mi mula quitándola el hato de embelecos — dijo el que lo traía — y pues hay aquí dos bestias enjaezadas ¡sús, que me tiro, tomémoslas al instante!

—Cuerpo de santo, bravísimos antojos, solía tener el señor galán! — repuso Peralvillo — sepámos que tienen dueños así como así medio quisquillosos y osados para rasguñar el costillar con estas puntas á quien quisiere hacerles la mamola. Al cielo gracias, digo, por lo que á nosotros y á la seguridad ajena conviene, que jamás acometimos con el dañado propósito de manosear bolzones, y todavía menos de poner á los caminantes en calzas bermejas por puro pasatiempo! A la paz de Dios, estése como debe cada alma en su almario; ayudémonos y en viniendo el bien venga por donde quisiere; muchos y felices años para la madre que dió á luz damas tan bullidoras, y para este donoso que al traerlas hácia acá, púsonos en coyuntura de servirlas, y de ofrecerlas las prácticas de nuestro oficio........ En puridad de verdad, no poseemos otros caudales que este par de valientes mulas para hacer el tráfico de la mayoría; además, ni nos pertenecen por herencia á causa de haber fallecido nuestros padres hartos de piojos y desventuras, ni supieron dárnoslas los corazones caritativos, sino que.... Dios no ignora por cuantas vías distribuye sus mercedes. Desistamos pues de toda pretensión, y dejemos las mulas en donde están, que en paz y jugando se suele ir pasando!

—Se podría decir, señor galán—añadió Sisebuto

—que significan las zarandajas de su cargamento? antójaseme. según ellas, que la compañía viene de representar en títeres.

—Oh, desconocido zarramplin, amárgate Dios la lengua! tenemos acaso aires de comediantas, que motiven tus lijerezas? — dijo, ofendiéndose, una de las mozas.

—Par diobre, nunca pensára que con tan poca ocasión quisiésemos hablar á coz y bocado! perdóneme el descuido la señora doña Ana, y advierta que gastaré en lo sucesivo mejores zalamerías.......

—Por el siglo de mi abuelo. tonto holgazán, sabes si me llamo doña Ana? ay triste! si al mal pensamiento añade los sobrenombres!

—Cepos quedos, señora: no prosigamos! ántes parecióme que en preguntar por la fiesta de los títeres no había agravio oculto y á no ser materia de enojos, creeríalo así todavía: confieso que cada cual es hijo de sus obras y que el trabajo verdaderamente honrado no ruboriza; mi compañero Peralvillo que es tan entendido en sentenciosos refranes cuanto su edad permite, expresa á menudo en sus pláticas que cada uno estornuda como Dios le ayuda, y ruin es quién por ruin se tiene.

—Viva el picarón y su graciosa desenvoltura! mal fin haya si encontinente no le satisfago de todo en todo la curiosidad — dijo otra.

—Eso haré yo de buen grado! — interrumpió diciendo la tercera — pues has de saber amigo que ni somos comediantas ni de títeres se nos alcanza jota; no obstante. estas fantasías que sobre la mula del compañero vienen, han servido para ciertas invenciones con que dimos pretexto á una bonísima zambra: hemos tañido las vihuelas y bailado gustosamente, según se

echará de ver por el regocijo que así anima estos rostros; y en tan alborotado tropel nos dirijimos ahora hácia la vecina aldea.

—Nosotros señores — dijo Peralvillo — tenemos no sé qué parentesco, el cual á no consistir en la sangre, de seguro vá en la semejanza de nuestras costumbres. Yo me llamo tal Corchuelo — y éste, Sisebuto á secas; pero digo que otro nombre podríasele dar significando la viveza de su ingenio para concebir tretillas y su dilijente afan para ejecutarlas; nuestros padres murieron del mismo mal y en el mismo día, motivando esta comunidad de circunstancias nuestra bendita unión; sabemos cuanto es menester para desempeñar el oficio de traficantes y manejamos toda suerte de armas con lucida habilidad; quince navidades no mas tenemos, las precisas para saber, por sus desazones y amarguras que al fin no se van en vano, y que sobre padre no hay compadre que nos fomente interesándose en nuestro común destino. Por cualquier atajo emprendemos en compañía con el intento ó bien de darnos mútua ayuda en los trances de peligro, ó por gozar entrambos la dicha que á cada uno de nosotros aconteciere; sin embargo, jamás tuvimos diferencias de hechos ó de simples voces, pues no se nos olvida que en paz y jugando se suele ir pasando, y que una abuela en sus dias de salud solía repetir frecuentemente: saltarines, haya paz, paz duradera y sea lo que Dios quiera; de sus labios pasaron á los míos las tales máximas y de éstos brotan á cada instante con el sano propósito de edificar á Sisebuto. Como dije, nada poseemos horras las mulas amen de sus aparejos, y aunque tan mezquinos bienes pudieran servir á otros de desesperación y que-

branto, nos encaminan, si señoras, por zancas ó por barrancas, decididos á cojer el bien de un solo cabo si posible fuere ni nos desalientan los malos éxitos á causa de que en la memoria retenemos sin añadir ó quitar tildes lo de estierca y escarda....... etc., ni maldecimos los frutos escasos puesto que muchas candelillas reunidas hacen un cirio pascual. En fin, trápala tenemos, esfuerzo en el corazón nos sobra, y para el caso de combatir........ cata catemos los puñalicos.

—Y por qué les es tan necesario usarlos? acaso no sería mejor esconderlos por no parecer muchachos de la mala trampa?

—Ah de mí, qué fuera sin los puñales! — dijo Sisebuto — ¿no nos robarían los pícaros que por estos lados andan, sobre echarnos una pitilla en el cogote? carrizo, una vez en viaje no regresaríamos impunemente!

—En verdad hay razón, — añadió Peralvillo — pues traficamos repetidas veces por aquí en las faenas de conducir desde las chácaras hácia los respectivos mercados, á lomo de mula, los serones de las verduleras.

—Vaya, y cómo me gustas, muchacho, toma, refresquemos la palabra con este licor de lo fino! — exclamó la moza del apodo—¡brindemos aca, Sisebuto, ay, qué dicha, si tu donaire me llena el alma!

—Pues recomience el jaleo, gachonas!—agregó el acompañante.

Apeóse, y deshaciendo el lío de baratijas dispúsolas según el órden de la otra vez, engalanó la higuera con colgajos y listones de fantasía; apoderóse á toca teja de una guitarra, y tañendo con entusiasmo un son para baile dió principio brioso al festejo.

Sisebuto descubrió también sus castañuelas, y répicándolas garbosamente, levantado el poncho, hácia la oreja el sombrerico, púsose delante de la brindadora haciendo quimbas y meneos mientras todo alborotado cantaba lo siguiente:

A ver morena ese talle
Tan cimbrador y lijero,
Si me lo pones en jarras,
Para gozar del jaleo.
Así, de repicapunto,
Sacando lances al viento,
Con el donaire que sueles,—
¡Sus, ajítame ese pañuelo!

—Arito, beban los bailarines!

—Ven acá luz de mis ojos,
Escúchame este secreto:
Sabe..... ¡Jesús, qué me pasa!
Galana flor de poleo,
Alivio de mis congojas,
Por remonona te quiero.—
¡Al paso, dale, revuelve,
Brava postura de cuerpo!

—A nosotros ahora—exclamó la finjida doña Ana—porque, ay, si no hago lo que veo..... etc.

—Carrampempe, cuánto placer en mi corazón, gacela! pues esto no más quería para requebrarme contigo!

—En baile mi vida!

—Cuerpo de tal, y qué aire tan retrecho!

—En esta fogosa zambra
Me toman guapos deseos,
Juro á Dios de envedijarme
Contra mi linaje entero.—

¿Habráse visto capricho?
¿Tendremos mayor infierno
Para una moza sandunga,
Que los claustro del convento?
Mas, hay, que mi padre quiere
Lo que no quieren los cielos.

—Arito!

—Acércate acá garboso,
Y dime—ni más ni ménos—
Si encuentras aire de monja
En este mi talle suelto?
—Caprichos serán, gachona
—Jesús, me voy de bureo!
Más, ay, que mi padre quiere
Lo que no quieren los cielos!

Llena de dengues y coqueterías salió después á bailar con Sisebuto la tercera moza, y cantó con muy graciosos ademanes:

—Vaya para ruin el diablo,
Pues si me enoja el mozuelo,
Con esos ojos de azúcar,
Con ese querer tan tierno,—
¡Aparta, galopo, aparta,
Veleta soy; no lo niego!
¡Siga la danza muchachos
Húrra, viva el zapateo!

Desde que ví á tu tía,
Muero de acedía,
Desde que no la veo,
Muero de deseo.»

—Arito, arito! — exclamaron los demás ofreciendo á los bailarines sus copas respectivas.

—Nada me gusta, compadre,
En amores duradero,
Si no es la gracia bendita,
Con que acomete un mancebo.
¡Mancebos, haya mudanza,
En esto que yo requiero,
Para alma del alma mía!
Húrra, viva el zapateo!

«*Desde que ví á tú tía,*
Muero de acedía,
Desde que no la veo,
Muero de deseo.»

Por tres veces consecutivas repitieron la danza con el mismo fogoso afán, y hubiéranla de fijo prolongado; pero porque la noche avanzaba oscura y prontamente, rehicieron el lío de las baratijas, y montando el grupo en cómoda y fácil disposición: Peralvillo y Sisebuto sobre la bestia del cargamento, y dos de las cinco mozas sobre las mulas partieron hácia la más próxima aldea.

Separáronse, en llegando, con muchas y sentidas demostraciones de cariño: entraron las unas, y volvieron los otros á la higuera á esperar el día.



CAPÍTULO IV

Ya ves, amigo Sisebuto, por cuántas diversas vías nos trae la suerte mientras recorremos á la raspa los campos y las ciudades: dos días escasos há que salimos de nuestro hogar, y en tan corto plazo, considera, vé, estas alforjas, en dos ocasiones retempladas, los puñales, los tientos dados al bolsón del amo, las ganancias de la veintiuna, estas mulas arrogantes con que á vuelta de ojo nos llenaremos de blancas, y la fiesta de las campesinas, últimamente, en que sobre escanciar vinillos de gusto jeneroso nos dimos á todo trapo al zarandeo y á los amoríos. Voto á la santa letanía! pues si aún siento aquí en los lábios el besitico de la finjida doña Ana, y se me precipita el corazón en recordándola! ¡ay, no sé si estaré queriendo! ¡ay, no sé si ese mosto traidor me pone más tierno ahora que jamas lo estuve!

—Oste, digo! no esperaba otra cosa! si tú supieras Peralvillo que tales cosquillas me hizo dentro del alma la moza que maldecía de su pa-re por no ser monja, y que se puso en jarras arbosamente al hacerle yo la rueda ¡chitón! — dirías — oigamos á este chiquirritín que tan ıamorado parece. Cada y cuando me ocurre al ›nsamiento la chulería con que cantaba:

. . . .
Y dime—ni más ni ménos—
Si encuentras aire de monja
En este mi talle suelto

me toman unas tristezas, sombrías como son mis esperanzas, constantes según mi querer.....

—Pues á lo que dices, juzgo que en cuestión de amores, aunque chiquillo y loco, te llevas la mapa.

—Cómo ha de ser, presupuesto que enamorado de nuestra vecina Lola salí del vientre de mi madre!

—En tentaciones estoy amigo, de repetir lo que llevo observado sobre la crudeza de carácter que exije á veces el oficio, y estas sensibilidades—¡pero qué! no nos será preciso tirar de los puñales en ocasiones de hurtar á mano armada ó defendernos? ¿no tendremos que atravesar ásperos caminos y pernoctar de vez en vez á la interperie? pues?, de qué sirven los amores — sino de templar la fúria del corazón y hacerle vacilante y nécio en lo que toca á las raterías? ¡Malos aires dé Dios á la tal doña Ana y sus amores precipite por tentadora y amiga de decir requiebros! ¡tonto de mí también que á escucharla me expuse!

—Bastan esas bravuras para mostrar tu arrepentimiento: en cuanto á mí digo que hartas pejigueras suele quitarme la moza en quien pongo el corazón, bien con sus coqueterias si me ama, y si nó, con su vista sola. No obstante aquí en este pecho doy lugar á las ternuras sobredichas, y á la dureza que á un buen cortabolsas conviene porque, amigo, me las compongo á lo entendido y mañero; y así, mientras vá y torna en mi memoria la imájen de Lolita, y sirvo á la dama del zapateo, y se me alborota el

corazón delante de las gacelas; distraigo á los arrieros al paso que tú les robas, dejo más consumido y arrugado que jeme de vieja el bolsón del posadero, y... viste ya cómo á punto á punto estuve de pinchar sobre mi mula al acompañante de las campesinas; más, hasta aquí es nada todavía: lo provechoso y que más destreza arguye, Peralvillo, es esta sortija.....

—Cáspita! es de oro ¿en dónde la hallaste?

—Carrampempe! en manos de su dueño.

—Pues, cómo pudiste hurtarla?

—Contábame aquella señora cómo sus padres trataban de ponerla en un convento sin reflexionar cuán contrarios eran al tal propósito su carácter vividor y loquillo, y los amores que de contíno tenía, y demostrábame sus duelos y necesidades con tan extremada acción que bien pude aprovechar los besos, y las jugarretas de mano para sacar con disimulo la sortija.

—Bien hayas amigo, y qué habilidad tienes para este oficio!

—Y tú las hurtaste algo?

—Qué había de hacer, si la señora doña Ana no tenía anillos, ni cosa que digna de contar fuese sino la historia de una saeta que clavéla yo en el corazón! tonto de mí, que enamorado me puse!

—Lindo cuento, por mi vida, en boca de una doña Ana! más, admírame sobre todo que la hubiera dado atento oído quien las echa de práctico y conocedor en lo que toca á las marañas del oficio, y á cada tranco repite que no ha de perderse el tiempo en amoríos ni en bagatelas pues es calva la ocasión. Presupongamos ahora, Peralvillo, que ni me has escuchado tú, ni yo te puse los peros susodichos, y respóndeme ¿á dónde habremos de ir en dejando las higueras?

—Al mismo lugar á donde fueron las campesi-

nas, para vender allí las mulas y procurarnos un par de caballos briosos, que convengan por maravilla á la ajilidad del pillo.

—Juro á nos, harto bien me parece eso!

—Cáspita! y te quedas? monta Sisebuto á prisa y vamos, que ya rayó la aurora y la oportunidad ha de presentársenos de perlas!

Encontinente se pusieron á horcajadas los dos meztizos, y enderezaron las riendas hácia á donde debían.

—Ya no queda más sino coser y cantar—prosiguió diciendo Peralvillo—porque es cosa de fácil ejecución, según yo pienso, el cambio de estas mulas nuevas, mayormente si hemos de tratar el negocio con un tanto cuanto de picardía y otro de habilidad. Cuida, que será preciso echar muchas y muy buenas berlandinas al marchante con quien topemos, así tocante á nosotros como á las mulas, porque se ignore con qué traficamos y la procedencia de nuestros haberes. Nada se te dé de mis recomendaciones, Sisebuto, y crée que, según se me alcanza, no la necesitas ¡cáspita, si no! ¿no improvisaste bravísimas cucañas delante de los arrieros sobre tu ciencia de cocina hara hacer capirotadas y jerricote en caldo, — y la de médico para poner tal cual menjurgue en el ombligo? ¿y no supiste gastar retóricas sabrosas, llenas de verdad y gracia, con que estuviste sobre el hito en la polémica de la señora doña Ana? ¿qué mucho pues que al presente las dijeras mejores? Así, aunque harto bien conozca todo esto, vaya el pecado, compadre, por la repetición, más nunca por el olvido. Antes que salga el sol deberemos tener el cambalache ó la venta en vía de conclusión, no sea que por conocer alguno el par de mulas perdamos los pasados robos y la prosperidad presente. Consistiendo

pues amigo en la dilijencia el tuautem del éxito. bastará pensar que al raposo durmiente no le amanece la gallina en el vientre y que Dios ayuda á quien se muda, para cobrar ánimos y andar adelânte. Ahora. dígote que si de esta empresa libramos en sanidad y gananciosos, bien podrían llamarse desde hoy flores de cantueso las utilidades pasadas, y presupondremos nosotros á barras derechas que confiados á la ajilidad de los venideros potrillos estaremos en los campos y en las ciudades á la vez, allanando dificultades dónde quiera, haciendo robos de marca: unos llevarán ende golpes y tasajos al resistirnos en demasía, otros habrán de quedar á nuestra órden en clase de espías ó depositarios, y los mas, Sisebuto, recibidas las especies, irán á la paz de Dios alabando la clemencia con que les hemos de dejar la vida...........

—Quita allá.! misericordiosos hemos de ser para vernos al cabo denunciados y en caponera metidos! con que aún me escarabajea el remordimiento de haber dejado ir muy cuellierguidos á los de la hospedería y á los arrieros, y había de antojárseme hoy el ser clemente! donoso capricho!

—Vaya compadre! digo que por este y otros semejantes rasgos se descubre á ojos visto cuán aventajado y carnicero discípulo eres! con todo, debes saber que en lo de quitar al cristiano la pelleja, hay no sé qué puntillos dificiles que al mas esforzado acobardan.......

—Callad y callemos en este asunto Peralvillo, pues según lo sea sabremos atenernos á la muerte ó á la vida, y dí ¿nos ocurrirá alguna vez la necesidad de esos depositarios? ¿verdad que en este oficio se suele almacenar, por numerosas, las especies robadadas?

—Verdad, y cuenta que es lo ménos: para nosotros no dista el día, Sisebuto amigo, en que seamos varones de todo rumbo y manejo, Dios mediante y nuestras sutiles raposerías; y lo tal se alcanzará de manera que tengamos en las mayores poblaciones depósitos abastecidos prolijamente y vendedores que expendan los efectos, porque así será más cumplida la ganancia y hacedera mi intención de probar la suerte en las trinidades del comercio; mientras tanto proseguiremos aquí nosotros hechos unos zarandillos escarbando bolsas con estas puntas, de haldas ó de mangas, — seguros de que por tan fáciles vías se nos depararán en un par más de añicos buenos caudales redondos para adquirir una flota, y gozarla ejercitando la piratería.

—¡Oh, y que envidiable porvenir! ¿pues seremos gatallones de mar como lo somos de tierra?

—Al ser piratas, fijamente.

—Cuerpo del mundo! y de ese modo, en queriendo ser gobernadores no había más sino embestir con la flotilla algún país, tomarle cuentas, apropriánoslo, y si reinas ó princesas hubieren en él, concertar nuestros matrimonios?

—Paso Sisebuto! Dios dirá después lo que nos convenga.

Entretenidos con estas imaginaciones hubieron de llegar á una caballeriza ó casa que lo parecía, en donde acostumbran los caminantes tomar bestias de refresco; — y entrando allí con humildes y medrosas maneras, los parejos sobre los hombros, cabestreando las mulas á la tiramira, resolvieron poner en obra seguidamente la venta ó el cambalache.

Y como uno de los de adentro les viera tan tristes y encojidos, dijo animándoles:

—Hola, chiquitines! sabremos qué se busca?

—Por nuestra honra (y pase el juramento) no repararía usted en nosotros á no llevarnos esta cruel necesidad de zocas en colodras, con un costal de embelecos á cuestas, cabestreando bestias sin término ni esperanzas, á la mira de algún comprador piadoso que nos haga caridad: hay aquí en la talega los sobredichos embelecos y tal cual dije de gusto; más, lo que importa es este par de mulas tucumanas, nuevas y bien tenidas como se vé!

Y cuánto valen?—preguntó saliendo otro mozo.

—Según las prendas que dije y nuestra necesidad, cien soles por lo menos.

—Vaya! mucho pretendes.

—Tómolas en cincuenta.

—Oiga! hártate pues comilón con pasa y media! — exclamó Sisebuto.

—En tan bajo precio no puede ser — agregó Peralvillo.

—Y qué! ventas de mulas tucumanas tenemos? — dijo el dueño de la caballeriza acercándose.

—En realidad de verdad, si su merced las paga.

—Y cuánto pides, chico, por ellas?

—Cien soles.

—Y nada más? — tornó á preguntar el caballerizo con cierto relente.

—Aún doblándolos digo que no quedarían pagadas según se debe, porque además de ser la dote de Carducha mi prima, en paja y cebada han comido lo que valen; pero qué, si nuestra necesidad les ha puesto precio!

—Pues, ea mozos, — repuso entónces el caballerizo — lleven las mulas al corral, y á la calle á este par de astrosos, quienes por lo que dicen y yo sospecho, deben ser grandes merodeadores.

—Alto ahí, don pelaire! — replicó Peralvillo

encolerizado — mire que no llevarán el asno al agua si no tiene gana! oiga, que de pillerías no sabemos más que la jente de paja y cebada, pues ésta sí es ladrona, atrevida y pendenciera; honrados somos y puros de corazón según lo fué la parentela toda en casa de los Rosales, que es la mía; — y aunque andemos hambreando y vestidos de canjilones, injusta cosa es culparnos de mala andanza ántes de ver la cortedad de nuestra suerte: pobres nacimos, pobres hemos de pasar sin que por esto caigamos nunca en la tentación de dar un dedazo en ajenos trigos, ni de nosotros se tema villanía ú otra tacha tal en las obras.

—¡Ténganse todos, que me regocija su gracia— exclamó á este punto la mujer del amo, dirijiéndose á la chusma que ya iba á dar una azotaina al mestizo.

—¿No dijiste pues que las bestias son la dote de tu prima Carducha?

—Por su vida, señor, sí lo dije, más no hay motivo en eso para soltar las temporalidades contra la misma honradez que representamos: la verdad es que nuestro tío, su padre, las hace vender ahora porque nos falta el alimento, y crecen las necesidades á trompa y talega.

—Bien haya este diablo de chulo! — dijo la patrona—presto presto, acabadas sean las disputas!

—Y libres las salidas, además, pues nada bueno á lo que imagino se nos espera aquí — dijo Sisebuto.

—Guarda allá! no ha de ser sino que yo compraré las mulas pagándolas con setenas.

—Ay, mi páscua de flores! buen siglo tenga la señora que tal merced nos hace!

—Díme, muchacho ¿cómo te llamas?

—Llámome Corujo, limpio de polvo y paja, sin

añadidura de apelativos que me desfiguren, y Mingo se llama este otro que es mi hermano y no lo parece; como se echará de ver, á ningún santo debe su nombre sino á la voluntad antojadiza de nuestro padre, quien por dar de mano á la costumbre de bautizar con ajenos nombres nos apodó de la suerte que dije; no se nos dá nada, sin embargo, pues todos saben que á lo de Corujo ó Mingo responden dos cachigordetes despercudidos, más enamorados y animosos que acierta á pensar esta compañía.

—Y viven tus padres, Corujo?

—Tiempo ha que es difunta nuestra madre, y que por varias vías la encomendamos á Dios en las oraciones; nuestro padre vive aún, más, tan achacoso y viejo que sobre no poder vigilar por sí mismo su corta hacienda y darla á Mingo, necesario fué llevarle á casa de Carducha y reunir desde entónces en una sola las dos familias.

—¡Ay, y cómo me gusta el donaire con que habla este buen mozo! acaso estudiaste alguna vez en colejio?

—Por mi ánima! — repuso Peralvillo — bien sabemos lo que es la escuela y son los azotes que á las veces ahí se dan por no atinar alguno con las sílabas ó vocables; más, no se nos trasluce tanto el deletreo que aprendimos de coro al son de la palmeta, cuanto el decir agudo del maestro, y aquel ensartar refranes con que todos nos regocijábamos; desgraciadamente, — puesto que nuestra corta ventura no permite reemplazar estas gualdrapas que vestimos en lugar de poncho, y los achaques de la edad han sustraido de la labranza á nuestro padre, — hubimos de dejar la escuela y dirijir yuntas de bueyes en los arados.

—Luego por ahora son ustedes labradores?

—No ejercitamos ningún oficio perenne — dijo Sisebuto — pues entendiendo de cuantos se sabe un poco. abrazamos sin andar en repulgos de empanada el que la necesidad requiere: suelto yo en mitad de las tierras de mi padre me arremango en buena disposición para todo, pues á sus tiempos me pongo á la siega. y he de rendir, de fijo, tareas dobles por las de la peonada; manejo vacas y bueyes artificiosa y diestramente, esprimiendo las tetillas á las unas y llevando á los otros por el surco de los camellones, con tal dilijencia y puntualidad que es maravilla; en cuanto á las crianzas, no hay afán más solícito que el mío, ni más claro chirúmen para tenerlas en vigor y lozanía; sé de cabras, ovejas y puercos, y así, me aplico á lo que convenga, más siempre soy el mismo pastor pulido: tengo sombras y léjos de conocedor para hacer de la leche mil variaciones sabrosas como natillas, suero y requesones, y para venderlas sé contar de adelante á atrás y de atrás á adelante con gran tino y perfección y recitar versos y cuentecicos muy donosos que son mejores cuando la venta se realiza. A este saber, señora, sigue una sensible y cabal honradez según lo dijo este hermano y se verá si aquí se nos ocupa en la medida de mi deseo, que es servir desinteresadamente.

—Cuánto placer me causa eso. chiquitín! y dices que sabes recitar versos y cuentecicos?

—Sí señora, muy donosos.

—A ver, oigámoslos.

Sisebuto pidió silencio encontinente, y advirtiendo que sería larga y caso de paciencia su relación, la comenzó en los siguientes términos ayudado de las jesticulaciones y ademanes que son menester en ella.

CUENTO DE MENCIGUELA

Comadre —Por Cristo, Carducha mía
Con tú pedir majadero,
Pinta llevas de en volandas,
Desparrucharme este cuento!
Decíate pues comadre,
Cuán puntual y verdadero,
Solía ser á las veces,
Aquel mi difunto abuelo.
Voto al santo de pajares,
Pues si sus dichos recuerdo,
Sabrosos, almibarados,
Según los dijo primero!
Y pruébalo así comadre,
Aqueste estribillo nuevo,
Con que siempre entretenía,
A todos sus netezuelos:

—

—En verdad, jamás se juntan
Sin causar enojos fieros
Jentuza de toda broza
Coñaque, mujer y juego!—
Don Rodrigo de Logroño,
Con cuatro amigotes viejos,
Jugaba á la presa y pinta
En un alguarín siniestro;
Al paso que Menciguela,
La sobrina del avieso,
Rezaba el santo rosario
A la luz de un candilejo:
Et ne nos inducas, pater,
Decía con triste acento,
In homines tentacione,
Entre eructos y bostezos;
Cuando uno mandilandines,

A fin de dar cordelejo,
Las puertas amenazaron,
Derribar á golpes serdos.

Menciguela —Jesús!...... mi tío Logroño,
Quédese usted en su asiento
Ay!......Dios te salve María....
(Juri á nos que tengo miedo)

Don Rodrigo —Sobrina la puerta tocan....
Cómo no abres en un vuelo?

Men. —Bendita eres.. ¡madre mía,
Que se desploman los cielos!

Rod. —Aguija por vida tuya,
Acude muchacha presto!

Men. —(Jentes de la casa llena
Son éstas según yo pienso),
Pues ha de saber mi tío,
Que el prelado del convento,
Prohibe severamente,
Que á los mocitos miremos;
Cuánto mas darles entrada,
Por vía de pasatiempo,
Expuestas á mil abrazos,
Amen de los besuqueos:
Don Rodrigo de Logroño
Prosiga en sus naipes luego.
Y á la canalluza deje,
En ese golpear eterno.
Y bendito es de tu vientre,
El fruto.... ¡Jesús!.... me muero!,
¿A dónde marcha mi tío?
Cáscaras.... á abrir.... son ellos!

Don Rodrigo A la paz de Dios, amigos,
(a los qe entran) Vengamos pues al tablero,
Y ¡sús! que á la presa y pinta,
En esta noche dá el juego.

Men. —Mal haya el pícaro tío,
Ay triste! qué desconzuelo!

Digamos algun conjuro.
Para echarles ¡vade retro!
Más, siete mandilandines,
Ganapanes bullangueros,
En charla descompasada.
Precipitáronse adentro.
Mandilandines —A ver amigo unas copas.
Antes de todo — dijeron —
Que refresquen la palabra,
Á pistos, con gusto añejo.
Men. —Et ne nos inducas pater.....
por lo bajo No sé qué barruntos tengo,
De que ha de hacerme cariño,
Esta turba de mancebos.
El confesor nos lo dijo,
En las prédicas de adviento....
Sí.... «todo maltón abraza,
Y cuenta que esto es lo ménos....»
¡En verdad, jamás se juntan
Sin causar enojos fieros,
Jentuza de toda broza,
Coñaque, mujer y juego!

—

Y mientras los unos daban
En entretener al viejo,
Los otros á Menciguela,
Decíanla sus requiebros:
Mand. 1° —Hotas, hotas preciosica.
Por linda yo te quiero.
Mand. 2° —Ven á mis brazos gacela
¡Ay qué afán, ay qué tormento!
Mend. —Conmigo son los piropos?
por lo bajo Santo Dios! haré que rezo
En estos críticos trances......
Pater noster qui est in cœlo........
Mand. 1° —Pu, pu, toma Menciguela,

El par de sabrosos besos,
Con que pensaba mostrarte,
Las congojas de mi pecho.

Men. —¡Habráse visto lizura,
Zarramplines, vade retro!
Supiera yo otro conjuro
Para enviarles al infierno!........
No, sinó que Don Rodrigo,
Por darse á la flor del berro,
Ha de rebuscar pandillas,
De enamorados traviesos!
¡En verdad, jamás se juntan
Sin causar enojos fieros,
Jentuza de toda broza,
Coñaque, mujer y juego!

Mand. 3° —Chit! callarás, bullidora?
Advierte que yo te estriego!

Mand. 1° —Pu, pu, todavía falta
Que me lo des con deseo.

Mand. 4° —Mientras don Rodrigo juega,
Con avidéz su dinero,
Mira, mira, remonona,
Salgámonos de paseo........

Mand. 2° —Preciosica, preciosica,
Por tus amores me muero!

Mand. 4° —Oh, qué donaire de boca
Para volverse pucheros!

Mand. 3° —Mira ¡diablo de mozuela!
Si no me quieres reviento,
Según es ejecutivo,
El furor de mi despecho!

Mend. —Jesús, qué dirá mi tío,
Si entre hombres me contoneo.....

Mand. 2° —Escrúpulos de santera
Son en puridad aquellos;
Dime pues chiticallando,
Menciguela sin tropiezos

Sí á mi pasión correspondes.....
Con amores verdaderos.

Men. —A decir verdad, garboso,
No se por qué te prefiero
A todos los cachidiablos
Que están aquí de jaleo.....

Mand. 2º —Ay! va á la vida me vuelves
Cogollito de romero?

Men. —El gozo me quita el habla
Para decirlo de nuevo.

Mand. 2º —Si dices que así me quieres
Como fuera mi contento,
Arrímate acá, gachona,
Direte cosas de peso........

—

Pues quiso la mala suerte,
Que en los cariños supremos,
Fueran ámbos sorprendidos,
Por los demás compañeros;
En ocasión que volvian,
De empinar el codo aquestos,
Alegres, alborotados,
Buscando pelos al huevo.

Mandilandines —Oste, carroña! besicos?—
A voz en grito dijeron—
De mala muerte perezcas,
Por el bravo Cancerbero!

Mand. 2º —Deténganse los malsines,
Oh furor! ira del cielo!
¡Mis puñales, un florete
Con qué defenderla presto!

Don Rodrigo —Ay, sobrina, qué te pasa?
Amigos míos volemos!

Mand. 2º —(Perdidos están de amores,
Los otros tres compañeros)

Don Rod. —Menciguela, Menciguela.....

Estos bichos del infierno,
La confunden y aturullan!—
¡A defenderla volemos!
Más... ¡ay de mí, que en el vientre
Me aplican tajos tremendos!
Favor... por piedad amigos,
A mi sobrina les dejo!

Menciguela —Valiente tío Logroño
La vida entera te debo.....
Más, porque no se encarnícen
Me iré de bote y boleo.
¡Por la santa letanía,
Ya estoy libre de modregos
Que me pongan en un brete
A causa de torpes celos!
¡En salvo está el que repica,
Carrampempe, qué contento!
Dominus, ánima mea,
In manus tuas comendo!
¡Basta pues de compañías
Que nos lleven por un rasero,
Basta de vino y barajas,
Porque de este caso infiero:
Que, en verdad, jamás se juntan
Sin causar enojos fieros,
Jentuza de toda broza,
Coñaque, mujer y juego!

Muy bien parecieron la desenvoltura con que accionaba y la chulería picaresca de sus dichos, de suerte que le aplaudió la compañía con estrepitoso júbilo, arrepintiéndose el patrón de la mala pieza que determinó jugarles y la chusma de sus malignas intenciones.

—A Dios gracias de nuestros placeres, que no pensábamos en tan sabroso día! Hola Corujo, á

ver, oigamos lo que sabes, y sobre ello. una relación á que quieres boca!

—Sí la haré cáspita! — repuso Peralvillo componiéndose: — sépase pues que sobre contar quince navidades redondas, harto bien empleadas en bullir y cantar, soy mestizo de monte y ribera, entendido según mi hermano presume serlo en los menesteres de la labranza, y caporal en cuanto son los contornos de la hacienda de mi padre; aquí punto y basta! — Paso á decir que ésta consiste, inclusos los sembradíos y enseres, en dos potreros de guilia y cuatro yuntas que valen oro; no obstante, dan lugar á hacer las crianzas y golosinas que se dijo, y á costear nuestro consumo. Repetidas veces hemos pretendido darlos por el justo precio á causa de los enojos que ofrecen; más, presupuestas las dificultades de los compradores desistimos ya, pensando que quien tiene ovejas tiene pellejas, y que vale más salto de mata que el rogar á hombres de dinero.

—Válgame la gloria. Corujo, — pues si sabes más teolojías que un predicador.

—Al cuento, al cuento! — agregaron todos con reconocida impaciencia.

Peralvillo pensó un instante y al cabo de él comenzó á referir la tradición que sigue:—

DEL BURRO BLANCO DE LAS PRIMICIAS

—Erase que se era, el bien para nosotros sea y el mal para la manceba del abad: en tiempos ya pasados de májias y hechicerías, — en dónde al decir de quien lo sabe andaba el diablo en cantillana sin corozas ni sambenito, libre de exorcistas, — hubo una muchacha nueva que no conoció nunca padres ó parientes, pecadora de mal vivir

tan traída como llevada, más fea que un susto de San Antón. Corrían sobre que era zahorí no sé qué rumores temerosos con añadiduras comprobatorias, pues contábanse de ella casos maléficos allí ocurridos por medio de almohadillas zahumadas, muñecos acribillados de alfileres, tósigos y escamoteos para poner ó quitar en los hombres la belleza y en las mujeres ésta y lo que más se estima.

Prendóse de un tal Camilo, gallardo varón sin oficio, más camandulero para hacer amores que vieja en tercería, y que entónces los sustentaba con una pobre moza de su lugar, en botón todavía, llena de salutaciones y jaculatorias.

Con que al no ser correspondida, por bruja y mal encarada, determinó ejecutar sus artes para serlo, formando de almohadillas y algodones humedecidos en sangre de murciélago la propia estampa de Camilo; en la cual, durante la silenciosa y oscura noche, consumó ciertos hechizos de cordón, a la luz de nueve candelillas monjíles, y puso hieles de cuervo y perro macho, erizadas ámbas de pelos del cabrón. Más, como al cabo no se manifestase el mal influjo en la docilidad del jóven para amarla, y para aborrecer á Jacómina, partió despechadamente hácia la mar y subiendo sobre el morro de la ribera, hizo dos cabriolas y desapareció.

Días después acordaron Camilo y Jacómina revelar á sus padres cuán bien les sentaba el achaque de amor que padecían, y el propósito de tomar, entrambos, sacramentos mayores; en lo cual tan concertadas anduvieron las voluntades todas, que sin reparar en los puntillos de linaje y dineros, según se suele, fijóse la páscua de navidad para la verificación de la ceremonia.

Aunque no con la priesa que más convenía al

común deseo espiraba el plazo, y reunidos en casa de la novia con muy rumbosos aparejos, hacía falta el sacerdote solamente para comenzar la fiesta, cuando se presentó allí, delante de los novios, una vieja desarrapada, consumido hato de huesos, bote de malicias, repugnante y temblorosa figura que gravitando sobre un bastón, vino á pedir la palabra.

Los concurrentes se alborotaron á la vista de la mala visión, sintiendo el tufo pronunciado de la cebolla.

—Oh! cómo no me quitan de los ojos — exclamó Camilo al verla — este horrible garabato que de parte de la bruja Bocininga viene á hacerme algún maleficio!

—No haya temor — replicó Jacómina — que con haber desaparecido en el morro la bruja enamorada, estamos libres de hechicerías; ahora quiero yo demostrarlo dando el permiso que se solicita.

La vieja comenzó pues á hablar ejerciendo desde el principio tal maléfico influjo que fué forzoso escucharla sin pestañear ni contradecirla.

—Soy Celestina — dijo — transformada después de mi desaparición del morro; tercera en toda suerte de amores, fautora de bellas con mis ungüentos, polvos y perfumes de ámbar gris, algália de civeta, castóreos y almizcle del desmás, gran maestra para confeccionar pócimas ó jicarazos, — y además, los récipes del hongo y poleo cojidos por la lunación de mayo, de la cebolla albarrana, y del hisopo húmedo que dá el carnero negro después del primer ensalmo; hechicéra soy que ha servido á muchas y principales señoras de trintín y botín, con el maleficio del nudo de la agujeta, con los del hilo respondón, y las flores de algarrobo socarradas en el

fuego de Erichto. Me llamaba Bocininga cuando perdida por los amores de este guijeño me llevó la desesperación ó sepultarme en las ondas; más, hoy he reaparecido para ejecutar mi venganza por medio de un conjuro que hará de Jacómina lo quo es la bestia, y de mí la esposa de Camilo, desembrujada, hermosa como fuí. Harta estoy de andar en hechicerías, soterrada, confeccionando drogas entre invocaciones y calcinamientos de huesos, de ser sobre todo el asco de los caminantes y llamada á cada triquitraque alcuza de sentero, bruja, alcamonías, pringosa, borracha ó carantoña. ¡Por las tres fúrias infernales, comience al punto el hechizo! á las clines corredor, ahora por mi vida, que se va el recuero!

Celestina se transformó seguidamente, al compás de sus posturas, en las más gallarda y graciosa manceba que nunca vieron los humanos ojos.

—Camilo, Camilo!— decía Jacómina trasudando — se me altera el corazón! ay, cómo no me miras! si los sentidos me bullen, si se me dilatan las orejas! Camilo, Camilo!... ya no me amas!... Jesús, qué mal es este..... los piés se me engarrotan... mis manos se abultan, se endurecen y redondean!..... Ay, Camilo, Camilo, tú me abandonas!..... no sé qué sospecho..... Bocininga me hace mal..... ¡baila, baila!..... mi seno desaparece..... Dios santo, quiero caminar, pedir auxilio..... ¡baila, baila!..... los vellos recubren mi cuerpo..... invaden mi rostro..... Camilo, Camilo!..... Ay que horrible palpitación..... no me defiendes..... no me amas!..... la voz se me enronquece..... ¡madre mía!..... esta nariz que se borra..... este hocico..... ¡oh sospechas!..... olvido..... el habla..... mi... co.....la.....a.....mo.....mi.....o.....

Y desgarrando los vestidos con precipitación, bajo las formas de un jumento, en rápida é incontenible carrera, partió hácia el corral rebuznando tan atróz y descompasadamente que por esto y ser la vez primera que así se alborotaba un asno — á no estar dominada por el mismo hechizo, hubiera disparado sobrecojida de terror la concurrencia.

También entónces, sintiéndose arrastrar por un esfuerzo fascinador, humillóse Camilo á los piés de Bocininga, y así, entre arranques de ternura, pidió á voces que les casára un clérigo.

Como se presentase pues el que había de consagrar el malogrado enlace de Jacómina, refiriósele de pe á pa la aparición de Celestina, su baile hechicero, la original y aterradora metamórfosis; y el antojo de casarse con la bailarina, en que se obstinaba Camilo.

El clérigo, que era de estos rudos de provincia, después de meditarlo prolijamente, dijo que de las tales brujerías no sabía más sino que todo era trapazas y enredo para hacerle la mamola, y que—ó le pagaban las primicias correspondientes, ó en sus años no se realizaría el matrimonio.

Al oir los circustantes la extravagante salida del cura asombrados se miraron,—manifestando estarlo más la bruja Celestina (que, concluido ya el conjuro, había vuelto á ser la manceba Isidora de antes)

—Pues de qué viene á pedir primicias!—exclamó uno.

—Cuerpo de tal contigo! este jumento y una burra que se compre no harán crianzas y primicias?

—Visto está que enloquece el señor vicario! qué primicias cabe en un solo jumento — que, además, no lo es!

—Digo que al punto se paguen ¡voto á la santa letanía!

—Y ha de ser primicial el único asno que tenemos?

—Ese y los que hubieren lo serán, don bachiller ó lejista! — replicó el clérigo encolerizado.

—No en mis días, juro á Dios!

—Hereje!

—Sacacuartos!

Y como este último intentára arremeter contra el vicario, y cojieran á Isidora ciertos vahidos de mal agüero, mediaron los asistentes en la pelaza prometiendo al uno la posesión del asno, y al otro, beneficios mejores.

A este precio pues se estableció la paz y pudo consumarse la ceremonia.

Camilo fué feliz: el destino le devolvió á Isidora, su amor primero, á quien la influencia de una torpe brujería mantuvo disfrazada por varios años.

Uno más tarde, en la semana santa, hizo el vicario salir con grande solemnidad una novísima y orijinal procesión, en que el burro blanco de las primicias encajaba por maravilla llevando á Jesús á cuestas.

Tan gustosa y bien imajinada pareció que en el siguiente año, no solo fué repetida por todas las poblaciones vecinas, sino que el vicario de la invención estableció para este fin una crianza de jumentos, cuyos últimos descendientes diz que todavía vagan por los chorrillanos campos.

—Sabroso cuento, por mi vida! ahora sí digo que ó el diablo me lleva ó éste es escolar graduado! — exclamó la moza — vaya que se compone bien para mezclar sus teolojías y tradiciones con el asunto de antes, como si dijéramos entre col y col lechuga! Puesto que saben de crianzas y

de los demás menesteres del campo, según se dijo por esas graciosas bocas, antójaseme que en mi compañía pasen el año, cuidando ovejas y arando la mitad del día, y la otra mitad discurriendo de zambra en zambra, cajeando sobre las guitarras con todo el regocijo de un galopín alegre. ¡Ea muchachos! la paga por el trabajo y por las mulas será puntual y jenerosa.

Y dando órden á uno de los caballerizos para que les condujese al corral y les señalara tarea, desapareció por donde había salido.

Hízose así; pero en llegando comenzó la más desagradable aventura que acertáran á imajinar Peralvillo y Sisebuto.

Dos arrieros que allí estaban mudando herrajes á sus cabalgaduras, listos para partir seguidamente, al ver la pésima estampa de los pilluelos, repararon en las mulas con tan cumplido golpe de vista que al punto las reconocieron; y dando al diablo los herrajes precipitáronse sobre ellas.

—Ah, desalmados ladronzuelos, salteadores de camino, mirá que esas mulas son robadas! rabiosa landre y fin desastrado nos arrebate — dijeron — si á puros látigos no les abrimos la pelleja!

Y teniéndoles cojidos por los cabezones castigábanles con un varapalo de modo que, á juzgar por el animoso ademán de los arrieros, hubiérase temido un caso de muerte.

Los demás caballerizos — jentuza toda de baldeo y rodancho—acudieron al corral, sospechosos de la bolina, por si alguna utilidad les quedaba al cabo de ella; y finjiendo favorecer, cuándo á los mal parados chiquitines, cuándo á los aporreadores, sustrajeron bonitamente los puñales á los unos y un cinturón de cuero á los otros.

En fin, el movimiento estrepitoso de la lucha

atrajo á la mujer del patrón, la cual, acongojada y temerosa, vino á aumentar la común vocería.

—Justicia, justicia! — dijo — por Dios, qué sucede!

—Calle la patrona! — replicaron los arrieros — nada es sino un castigo que damos á este par de cuatreros por haber hurtado en la hospedería nuestras mulas tucumanas.

—Vaya el diablo para malo! — repuso Peralvillo — ¿y eso también se agrega á los pasados látigos? señora, vive Dios que nunca anduvimos en hospederías buscando blancas á hurta-cordel, ni provocando camorras! las pocas veces que en ellas amanecimos, hemos llevado por delante la paga según lo exijen la honradez y nuestro buen nombre.

—Honrilla, honrilla quieren los pillos! — no hay dudar que nos pertenecen estas mulas como la madre que nos parió, y que no moverán cabeza los tales, si ántes de salir no entregan en dinero lo que las bestias y el pecado valen!

—No haya conmigo dijes ni poleas, señor arriero—contestó Sisebuto—más bien paréceme que ustedes fueron los ensabanados que por saber dó moraba la hija del posadero casi casi nos estrangulan!

—Ah, ruín, bellaco, eso dices! carrizo, no librarás tan sano de otra azotaina!

—Pues y á dónde iban que á ese mal fin se expusieron? — preguntó la patrona á los chiquitines.

—Atravesábamos un pasadizo por denunciar el robo de mulas que en el corral se hacía — replicó Sisebuto.

—A media noche.....?

—Verdad es: entónces solamente pudimos advertir los trajines en que los cuatreros andaban.

—Ah de mí! —exclamó ella— ahora caigo en la picardía de este par de astrosos! mal haya yo, tonta y crédula, pues consentí en que me coláran las paparruchas de las chácaras y de la prima, en darles favor contra los caballerizos, y en oirles, finalmente, las desenvueltas relaciones de don Rodrigo y de Bocininga; como si aún desde léjos no olieran á salteadores y asesinos.....! voto á San Junco! aquí las pagarán todas si primero no les mete el gobernador en caponera!

—Arremangóse Morilla y comiéronlo los lobos! una sola hice en un año y esa con tanto daño!— repuso Peralvillo— ¡en realidad de verdad sacamos las mulas de la hospedería presuponiendo que pertenecieran á un repulido galán que allí alojaba aquella noche,—y sobre todo, que no había de ser el daño tan grande cuánto eran nuestras necesidades; más, ya que ha habido manifiesto engaño, es mi voluntad pagar farda á la farda con tal que no se descubra el pillaje! Aquí encaja el repetir que somos más honrados que nuestras desteñidas figuras prometen, según se ha de ver por las yugadas y tareas recibidas de mi padre! En Dios y en mi conciencia, digo, jamás nos viéramos afrentados con la tacha de cuatreros á no ser tan pobres de ventura.....!

—Echáles una lazada al cuello porque no cojan las del martillado!—dijo la patrona pisando fuerte de coraje—mi fé! ahora es la ocasión de castigarles el bolsillo y la pelleja.

En fin, la chusma despojó á los chiquitines de cuanta pieza codiciable tenían; pero resistiéndose á darles nuevos castigos, les dejaron ir libremente con algunas provisiones de boca.

Así que estuvieron á salvo habló Sisebuto y dijo:

—Válgame la gloria, compadre, y cuán teme-

roso y desmazalado me trae aquel bárbaro vapuleo!

—Pues júrote por vida de la Corceta que en punto me tienes vistos mis levantados ánimos, de hacer portijas y tasajos al primer caminante que hallemos!

—Quita allá! más oportuno fuera demostrar ese brío poniendo á raya el de los arrieros! Pienso, amigo, que en muy grandes zancadillas cae quien, como nosotros, vá á buscar pan de trastrigos por extraordinarias ó desusadas vías, apellidándose bajamanero ó tal valiente, y aún en mayores si, escaso de esperiencia ó de corazón, no sabe huir del peligro haciendo trampantojos á tiempo ó cuchilladas. Entre ir, además, de zocas en colodras mal abrigado y peor comido, sobre llevar una atróz de azotes por cada ruín latrocinio que á la postre se pierde, — y dar ayuda y compañía á mi madre, alimentado con su pan; decídome por lo segundo.....—

—Vete á espulgar galgos! ya sabía que en ese mal propósito vendrías á parar! ¡no hay que quejarse de los percances de la profesión, pues en verdad trabajos tiene la zorra cuando anda á grillos; más, si bien se les considera, Sisebuto, se echa de ver que son nada respecto á las utilidades que á las veces presentan! Un solo éxito desastrado no es bastante á aniquilar el animoso brío en términos que se desconozcan nuestras artimañas y valentía, cuantimás que somos ladroncillos corrientes y molientes, á todo ruedo, aptos para hurtar aún cálices en plena misa y reducir á polvo menudo á una tropa de esbirros ó de caminantes tacaños! No se trata pues de ir hambreando por aldeas y chácaras, ni de que por quítame ese pelillo á cada trance nos den varapalos y nos dejen sin blancas, —

sino de tener un poco de buena fortuna para medrar, porque quien bien baila de boda en boda se anda.

—Diablos son bolos! Amigo, es mucho lo que me aflije la pérdida de los puñales! estas ronchas de la zurribanda dicen harto claramente y con gran perjuicio de nuestros lomos, vive Dios, cuán mal pasábamos teniéndolos todavía; pues advierte ahora que sin ellos nos sudará el hopo ántes que conseguir una media ración de comestibles... Yo confieso que casi con voluntad los perdimos, dado que al desenvainarlos en la ocasión debida miráran los arrieros mas por la pelleja que por los azotes, y nosotros hubiéramos salido sin afrenta con la bolsa intacta, cabestreando las mulas según solíamos... No mas raterías! vuelvan las nueces al cántaro, Peralvillo: tú á tus menesteres, yo á casa de mi madre...!

—Cómo te desconozco Sisebuto! y es el cachidiablo entendido y valiente de ántes quien así habla? En esta tierra, compadre, en que cada sacristán dobla por su difunto, debe el hombre pobre cojer un estoque y buscar por esos campos lo que, dícese, dá Dios á las avecitas, — en lugar de pedir tarea vanamente á los poderosos! No hay que desanimarse en la profesión de bajamanero por mas que se nos demuestre tal cual vez cuánto vale una danza de espadas ó de látigos sobre el costillar, pues, además, lo que una mora tiñe con otra se despinta, y tan meritoria constancia al cabo al cabo nos ha de poner en las alturas, á la par de otros bajamaneros cuyos nombres hoy brillan y son adulados! No hay atajo sin trabajo, repito; pero en todo caso triunfa siempre el varón constante! No se te dé nada de la pérdida de los puñales puesto que aún sin ellos no salvarán el bolsón, de fijo, los caminantes,

ni el cuero al haber resistencia: fíe cada uno en sus ánimos y espere, que al destino toca protejernos y deparar las aventuras!.... Cuerpo de Santo! tan bien cojido estuve desde el primer instante por esos bárbaros caballerizos que en valde quise hacer mi defensa; no es maravilla pues que nos hurtáran los puñales.....

—Diablos son bolos, Peralvillo! según los pasados lances paréceme que un ratero corre el tacón mas que sus fuerzas permiten acechando de contíno á los viajeros para alijerarles el peso, ó á la justicia para huir á todo trapo hácia los mas escondidos parajes, sufriendo sobresaltos y afanes por lograr un ruín socorro que tantó ha de montar como migaja en capillo de fraile, y que costará varapalos á la postre y el volver á tocar tabletas....! Nunca mas perro á molino: acábese el antojo de merodear, y vuelva yo á casa de mi madre!

—Buñolero á tus buñuelos! mas, sepamos si un galafate que por sus tretas puede leer cátedra en la facultad, no se ejercitará dónde le pongan siendo propicias las ocasiones? pues, como este amor á lo ajeno es pegadizo y tan tirano se hace á las veces, declárote Sisebuto que en tu casa dejarás á todos con un trapo atrás y otro adelante.... Ya dije que un solo lance funesto no ha de amilanar á un galopin valiente, cuánto ménos en esta profesión de constantes peligros: quien anda ende á tomar pegas toma unas blancas y otras negras; mas, un chirumen expedito y cucañero que con buen tíno las acometa las acabará siempre con felicidad pues según las artes bajamaneriles bien ata quien bien desata!

—Sobre todo, Peralvillo, mucha fuerza me hacen el recuerdo de mi madre y el pesar de haber huido cuando más necesario debía serla:

oye hermano, aunque me pongan en caponera y grillos por el hurto hecho al gobernador, déjame ir á casa de mi madre!.....

—Á eso respondo yo que siendo apremiante la necesidad del condúmio y de las ropas, ha de hacerse de pencas el hombre cada y cuando le ocurran esos tus pensamientos, y ejecutar en seguida las marañas conducentes á satisfacerlas, á fin de poder llevar á la familia jamones y trajecicos en vez de un bolsón lleno de migajas. Por otra parte, fijando las mientes en los pillos á lo grande más pelados que las ranas ántes de serlo, ricos á la hora de ahora;—y en los campesinos traviesos que arremeten contra la faltriquera y la vida de los caminantes, y que tan medrados como impunes viven, se deduce que esta es tierra de pipiripao para toda suerte de bajamaneros, en que nosotros mismos haremos nuestro agosto sin daño de barras... ¡Acállense pues los escrúpulos! prosigamos trampa adelante..... Ay, si tú lo quisieras cuántos ardides nuevos ensayaríamos! por mi honra, no nos faltarían dulces pipiritañas con que anduviésemos de villa en villa acompañando bailes y esas canciones que aprendimos en las escuelas! no nos faltarían corros de aficionados cuyos bolsillos sorprendiéramos disimuladamente, bien en persona ó bien con la ayuda de otros cachidiablos!

Sisebuto se entusiasmó al oir el proyecto de las pipiritañas de manera que olvidando á su madre por entónces, determinó continuar en el oficio de bajamanero.





CAPÍTULO V

PROSIGUIENDO la jornada llegaron á poblado los dos mestizos, con apremiante disposición para ensayar las pipiritañas; y aunque temerosos de ser cojidos en aventuras novísimas tomaron, calle adelante, la plazoleta de la ciudad.

Como viesen ahí, embutida en cierto nicho de la parroquia, á una mendiga ciega, ahíta de años y de enfermedades, más fea que la viruela, á quien un nene picarón cuidaba, — acercáronse para examinar ambos tipos detenidamente.

Fijando entónces Peralvillo en el chiquitín una mirada á lo zaino, exclamó:

—No vea yo esta cruz en la postrera hora si no eres tú aquel mismo Orgáz, mi antiguo cúmpas, con quien cosechábamos de lance en lance, á hurto, por los campos de mi tierra, las hortalizas mejores que en ellas se producían! aquel que en la escuela lograba hacer tan sábiamente al maestro las trampas del aguijón sobre la silla, de los polvos bermejos para exitar las escurribandas, y otras mil, picarescas! aquel Orgáz saltabardales por quien decíase, aludiendo á nuestra común travesura, que para en uno éramos entrambos!

—Mi nombre es Orgáz, de cierto — replicó el lazarillo — más no se si lo supiste, muchacho, por brujería ú otro expediente tal, puesto que si alguna vez estuve en la escuela, é hice trapazas graciosas con polvos y aguijones, en puridad, no

recuerdo haber tenido nunca compadres de tu calaña. En resolución, yo soy forastero según tu crees y tan amante de mi querencia que, á no haberla hecho jiras y capirotes la sanguinaria muerte, aún me alumbrára el sol en ella.

—De mi relato se infiere pues que somos los mismos cúmpas de antes, sin más tildes de diferencia que las de la edad, —que si tu no atinas á creerlo, mal para el cántaro, y adelante con los ciriales! Dime ahora ¿en qué oficio sabes ganar la vida y hacerte de blancas, presupuesto que en mi opinión debe tenerlo cualquier chiquitín sabidillo que presuma de honrado?

—Sobre mis sabidurías bien podría ensartar muy repulidas razones; más, como al parecer no son ellas el objeto de tu pregunta he de pasarlas en silencio y decir lisa y redondamente que soy lazarillo, y lo que es odiosa la vida que en este oficio se pasa!

Saliendo del nicho les condujo Orgáz aparte y hablando con menos reserva, prosiguió entónces:

—Ay compadres, á esta vida dígole muerte! Olalla se llama mi patrona, Olalla que Dios no me diera! A ojos vistas se puede juzgar de su figura tan retorcida y afeada por los años como por las enfermedades; más no así de las camándulas sutiles, de los ambiciosos y funestos deseos, de la acritud constante, del maldito y disparatado estribillo, del jénio diabólico de esta sántera regañona! Neceserio es, por otra parte, confesar que no soy yo el primero que así se exprese, pues Zulima, nieta de Olalla, y mi predecesora en las faenas de lazarillo, perdió por las sobredichas razones su honestidad, su buena suerte futura, y unos reales heredados.....—

—Oh, cuánto me regocijára saber eso!—exclamó Peralvillo.

—Pues bien, amigos, vea modo cada cual de tomar posturas cómodas y determinarse á perder el tiempo porque ha de ser prolija mi narración.

Puesto que la desgracia de Zulima no es bastante á disipar las locas ideas de Olalla, insiste ésta aún en repetir, por mi mal, sobre el imajinario bachiller Pastrana, á quien diz que pidió para esposo de su nieta, cuanto fué el asunto de los anteriores gatuperios; y los pimpollos, que según se sabe son temibles en amoríos y burlas, acércanse acá de contíno por desesperarla y hacer extensiva á mí la parte menos sorpotable de las jugarretas: los pasagonzalos y papirotes, las zancadillas y otras de doloroso efecto; en cuyo caso, al tomar yo la común defensa, vista mi delicada complexión, tócame el mochuelo fijamente. ¡Ay compadres, mal me vá con este luto!

Estando Olalla una vez en el mismo lugar en que hoy aparece, el báculo sobre el pecho, la alcancía para las limosnas descubierta, vijilada por Zulima, en fin,— antojóse de molestarla un corrincho bullanguero.

—Venimos de gorja, señá Colosa — dijo uno.

—Buscamos pareja para el bolero — añadió otro.

—Pues ¡jaque de aquí! no tengo de eso—replicó la mendiga encolerizada, empuñando el báculo.

—Acaso no está Zulima?

—Hola, y el lazarillo?

—Deslenguados, quieren callar!

—Arrepásate acá Zulima, que ya te veo!

ya te veo
matita
de poleo.

—Villanos mal nacidos que ni al zancajo la llegan, si me la enamoran.....!

—Arrepásate acá.....!

—Malos aires te den, mocoso enamorado!

—Noramala á mí?

—Zulima quiere marido.

—Sí, el que yo me sé, un caballero elegante, gracioso, bachiller, como será si Dios lo quiere Pepe Pastrana.....—

—Carrampempe, eso no ha de ser!

—Pues si el tal gorrino no vale sus orejas llenas de agua!

—Ah, mal hablados zarramplines? acaso ignoran ustedes la riqueza de Pastrana y su categoria? no saben el indefinible encanto, la renombrada gracia, el garbo de ese estudiante retrechero que galantea á mi nieta y la envuelve en redes amorosas?

—Já, já, já,

Señora Olalla
La pordiosera
Déje á Pastrana
Quieto en la escuela!

– Te callarás, maldito?

—Envaine usté abuela—dijo el otro—sepa que ese estudiante no ha de servir jamás ni para silla ni para albarda.

—También tú, chisgarabís! válgame el cielo! dónde has visto, dí, ú oido nombrar un galán pequeñuelo más recatado y tierno, más cumplido, más tímido y amoroso con su dama, más cortés y caballero con su futura abuela?

—Eso nó, señora Olalla, que aquí hay un gachon airoso más fino y almibarado.

—Qué dirán esas bocas desenfrenadas que no sea un dislate!

—Has visto, Zulima, acaso galán mejor entallado que éste?—dijo un chicuelo encarándose.

—Ah, malo, harto de ajos!—respondió Olalla—véte á enamorar al demonio! habráse visto escándalo! ay, Pastrana, si tú los vieras.....!

—Por su ánima!

Señora Olalla
La pordiosera
Déje á Pastrana
Quieto en la escuela!

Y otro añadió:

Mas si busca esposo
La señora Olalla
Por qué no la casa
Con este garboso?

—Dios mío, esto es insoportable!

—Pues no he de ser su marido cuando yo esté crecido y tenga buenos reales, eh?

—Zoquete, mal rayo te coja.

—Zulima no lo dijera.

—Amantita mía, si tu supieras mi amor.....!

—Por qué te ocultas?

—Válgame Dios!

—Piropos, piropos en mis barbas, abejorros enamorados.....! ¡ay Pastrana de mi corazón, cogollito de azucenas, si tú la amáras, si me la pidieras para después.....

—Já, já, já abuelita.

Márchese al punto
A pedir por Dios
En otra parte
Con su vocejón.

Otro dijo:

Y quédese Zulima
De bracete conmigo
Ella será la mendiga
Y yo seré el lazarillo!

—Santos cielos, haragán, otra vez aquí, enemigo de Dios! si te agarro...!

—Vamos abuelita, sosiéguese usté: es Pastrana que viene haciéndome muchos momos.....

—Jesús, niña! como se vé que por mentir no hay que pagar alcabala, nó, nó, no te creo! siendo él hubiera venido hácia mí ántes de todo; me habría dado un abrazo, un beso en la frente... nó, nó, hija mía, no te creo.....

—Vaya! pues no oye usté los secretitos que me dice con su vocecita ....? no dude usté, abuela, Pepito, ven acá, escucha cuánto te adora mi corazón, por tí me muero! Jesús! con cuánta tibieza me tratas hoy!

—Ah, ah!..... sí..... le reconozco; es él..... viene á las aceitunas, no importa, nó; Zulima ven, abrázale, díle todo con franqueza; díle cuánta es la fuerza de tu querer, que te ahoga el llanto cada día, que tenga piedad de tí... Jesús, cuántas cosas te dijera, Pepe, si fuera yo esta nieta desabrida.....!

—Dios mio, señora Olalla, ya me confunde usté!

—Calla mi dueño si eres servido, pues no perteneces á la pega, escucha nuestros piropos! —contestó Zulima.

—Acérquense á mí, pequeñuelos; oiréles decir finezas, vengan á mí.

—Sí abuela, y échenos su bendición—dijo el pícaro que hacía de Pastrana.

—Sí, sí, échenos su bendición! — añadieron todos los del corrincho.

Todo el mal estuvo, amigos, en permitir que se acercáran, pues dejando aparte los amorios y las pequeñas burlas, arrojáronse con un empuje ejecutivo y bárbaro, según ciertas premeditadas medidas, sobre el báculo primeramente para evitar la defensa, sobre la alcancía que arrebataron henchida de blancas, sobre Olalla, en fin, y Zulima, atando en su propio nicho á la una, llevándose á la otra al redopelo por desusados parajes.

Ello es que en las primeras horas de la noche iba el sacristán á sus faenas de la parroquia averiguando á grandes voces el paradero de Olalla, y conduciendo por la mano al lazarillo palpitante, medrosa y mal compuesta.

Los quejidos de la mendiga dieron la dirección, y en llegando el sorprendido sacristán al nicho, quitóla las ligaduras en volandas, y entróse seguidamente á la parroquia á referir el lance al clérigo de la doctrina.

Considerando entónces la gravedad de la burla, y que el ponerse á mendigar trota que trota por la población ó de pié en el pórtico de la Iglesia, ántes era motivo para perder las alcancías que para llenarlas, renunció Olalla á sus incursiones futuras, esperando percibir en su retiro la limosna de la buena jente.

Las zorrerías no desaparecieron, sin embargo, pues el cargoso corrincho aún allí la acosaba cantando estas pícaras coplas dedicadas á Zulima:

Triste relato á fé
Se ofrece en este día
Con su sombras y léjos
De atróz tunantería.
Y de él en verdad se infiere
Cuánto alcanza en esta vida

De un sacristán remonono
La oculta gachonería!...
«*¡Tornó llorando á casa*
Turbada y pensativa
Mal trenzado el cabello
Y la color perdida!»

—

Por mitad de ese campo
De esbeltas clavellinas
Un sacristán llevóla
Contra el pecho oprimida...
Y dicen los cachidiablos
Resollando por la herida
Cuánto vale un sacristán
Que sabe hacer su vendimia...
«*¡Tornó llorando á casa*
Turbada y pensativa
Mal trenzado el cabello
Y la color perdida!»

Así vivía Olalla atormentada siempre por los traviesos chiquitines, echando por esa boca más juramentos que buenas razones, encareciendo de bolín de bolán, la habilidad y la hermosura del estudiante Pepe Pastrana á quien ella sola conocía.

Pero si tan mal éxito demostraba serla imposible desalojar á los nenes garandillos, no fué su desventura de todo en todo aparejada, porque mereció entónces buenas protectoras que la ayudasen á pasar á tragos la vida.

Hubo de fallecer una de éstas, mujer de trintín y botín, quien otorgando un orijinal codicilo, dejó á la pordiosera un tercio de sus haberes.

Movida por este jeneroso rasgo dió al traste las limosnas menudas, los nichos que en el templo ántes ocupaba y sus vestimentas á la antigua.

La señora Olalla usó en adelante gorra á la francesa, golilla, síganme pollos y medallón al cuello, medias botas parisienses, ropas trabajadas por modistas extranjeras, y ñiquiñaques de caprichosa fantasía.

En resolución, como la muerte de la protectora la privase de alojamiento, determinó pedirlo á una tal su comadre, amigaza festiva, medio casamentera; y así, viósela un día detrás del mostrador, emperjilada al uso.

Y aunque de esta suerte había variado la condición de la mendiga, no hubo tampoco aquí dificultades para proseguir el ordinario gatuperio, pues los muchachos de la misma pinta la rodeaban en casa de la comadre, y desesperábanla con sus picardihuelas y estribillos, amén de que la nieta continuaba en faz y en paz sus coqueterías en nombre de Pastrana.

Era Zulima de arrogante figura; pero poquita cosa por su entendimiento, mañosa y pecadora en su escasa edad como la más presumida y casquivana damisela. No había mas que verla para adivinar sus arremangos, tan llena de dengues y pelendengues, haciendo tan solícita la mamola á su abuela para amar y ser amada libremente.

Lazarillo era de Olalla, según dije, y éralo también de mil pimpollos desocupados y enamoradizos.

Bailábales el agua con mucha habilidad á todos.

Todo iba bien excepto la vijilancia de la abuela.

Más, había entre los galanes un mozo sobrino de la albendera é hijo de un remendón vecino, quien por su gallardía é injenio merecía muchas distinciones de Zulima, y así como si estuvieran sus amores en punto de casamiento.

Buena maula era Froilán!

La comadre fomentaba este enredillo, y Olalla lo protejía decididamente, pues. según su habitual engaño, Froilán era Pepe Pastrana.

De este modo adelantaron con harta brevedad las cosas, y al cabo resolvióse preparar los bártulos para el matrimonio.

El día de la ceremonia vino Froilán á la albendería, caballero en su bridón, vestido de limpio, y acompañado de un cura con sacristán, seguido de aleluyados varones que celebraban el caso con músicas y cohetes estrepitosos.

La tienda estaba adornada de flores; Olalla, la nieta, la comadre, y las amas correspondientes, engalanadas parecían con el más esquisito gusto; todo, en fin, se hallaba dispuesto para recibir al mancebo enamorado. El cual así que hubo venido bajó á tierra y atravesando por entre las damas que en este momento habíanse colocado ya de pié, fuése á postrar delante de Zulima con muy humildes ademanes en señal de respeto, veneración y ruego, — y díjola enternecido las siguientes razones:

—Hermosa y sin igual señora de mis pensamientos, me rinde de hinojos á tus piés la fuerza de este secreto amor que en mi pecho arde encendido por el esplendor divino de tus serenísimos y encantadores ojos! El querer que me fuerza y constriñe á declarar los tormentos y las cuitas que padece esta alma enamorada de tus perfecciones, pone mi vida, mi salud y mis riquezas al servicio de tu adorable hermosura, suplicando tengas piedad de mí, y que sin ofender tus castas y purísimas intenciones, libres de inquietud y de pena á este tu desgraciado é indigno amante!

Acabadas las últimas palabras hizo el mozo una vénia á Zulima y dirijióse hácia Olalla.

Los que ahí presentes estaban y tenían conocimiento de la farsa, apénas podían contener la risa.

—Oh señora Olalla privada de luz y de libertad! — dijo — póstrome respetuoso y humilde delante de su merced, yo Pepe Pastrana, aquel estudiante que desde su edad temprana vive aquejado de una pena amorosa, sin término ni consuelo, rendido á los hechizos de Zulima.

—Oh mi bien!— exclamó en esto la pordiosera — hijo perdido en tiempos calamitosos y hoy recuperado, levántate de esos inmundos suelos y ven á mis brazos que aquí te esperan abiertos; ven acá, Pepe, cogollo de azucenas, esposo de mi nieta ansiado por nosotras dos; ven á mis brazos, ay Pastrana, muero de felicidad!

Alzóse Froilán y dejándose caer en los brazos de la mendiga, prosiguió su discurso diciendo:

—Aquí presente está Zulima á quien mi alma adora y pide hoy en matrimonio! no piense, nó, oh mi presunta abuela, que me induce vanidad ú otra vil pasión á solicitar tan alta y perfecta doncella, pues si es cierto que en esta vida el mentir y el compadrar ámbos andan á la par, éslo también que hay pureza en mis deseos y sinceridad en cuanto dice á su merced mi pecho en estos trances de amor y de incertidumbre.....

—Siendo tú su esposo estará el pandero en manos que lo sabrán tocar, descuida hijo mio, ay, quiero llorar.....!

—Si la voluntad de su merced, oh gran señora, no favorece y confirma este amor que consume mi alma y reduce á cenizas todo mi ser, no se muestre siquiera tan esquiva que prive de elección á esta jentil morena ¡dejadla, por Dios, pan y callejuela! ¡que de ella sola vengan mis males si los he de padecer!

—No te aflijas, oh Pepe Pastrana, no te aflijas, que en siendo Zulima tu esposa, bien puede andarse la gaita por el lugar.....

—Escúcheme su merced, si por una disposición feliz de mi estrella se realizára este deseo la atestiguaría suficientemente mi gratitud, pondríala carruaje á la puerta para que saliera su merced de paseo cuando gana de ello la viniere, la daría vestidos, adornos, coloretes, rodearíala de cuanta comodidad hubiese al alcance de mis facultades. ¡Oh señora Olalla privada de luz y de libertad, dígnese acceder á mis intencione usando de benignidad y misericordia!

Terminada la súplica hizo Froilán otra vénia para retirarse; pero la pordiosera le detuvo anegada en lágrimas, hizo venir á Zulima, y tomando á los dos entre sus brazos estrechóles tiernamente y bendíjoles, dejando autorizada así la ceremonia.

Montaron los novios enseguida sobre las cabalgaduras que para este objeto estaban preparadas, y con un bullicioso y crecido acompañamiento encamináronse á la Iglesia.

Y mientras Froilán estaba en los afanes de decir ternerzas y alborotaban el barrio las chirimías, y se despejaba la tienda, y se hacía el casamiento,—los muchachos que á veces tienen su es no es de adivinos, puestos delante de la pordiosera, á todo grito y con tenáz majadería anunciaban así la suerte del matrimonio:

Cuidado Colosa
Con ese Froilán,
Que los dineritos
De la caridad
Por buscar á bobas
Yerno gorronal,

Cantando se vienen
Cantando se ván!

La predicción fué justa.

Poco después del enlace, recibida la herencia, so pretexto de administrarla, marchóse Froilán de bote y boleo acompañado de Zulima, y..... ¡adios Paredes hasta la vuelta!

Tres días ván corridos hasta el presente, y en tan dilatado término no hay más noticias que un vago rumor sobre el fallecimiento de la infeliz muchacha.



CAPÍTULO VI

ESTAS son las lástimas que Olalla llora, y las razones que la determinaron á ocupar su nicho nuevamente.

Nuestro capellán la ha dado un triste zaquizamí para pasar las noches, y yo compadecido de su cruda suerte ofrecíme á servirla de lazarillo ¡pobre de mí, que no sabía cuantos males hay, en los mementos de Pastrana!

—Compadre no es nada lo del ojo!—respondió Peralvillo—ántes conviene darnos albricias en tan feliz cuanto oportuno encuentro, pues á toca teja haré yo desaparecer ¡por la luz de Dios! esa máquina de amarguras. Visto que con la muerte de tus padres cayeron en un pozo la querencia y las imajinaciones de alcanzar una regular fortuna, y que por tu destino contrario aún estás sin sonaderas, conduciendo mendigas de la parroquia al campo y del campo á la parroquia para á la postre no merecer ni un sús de gaita;—antójaseme proponerte cierto oficio en que no solo es la vida económica y sobra el tener escasas letras, sino que se crean y acrecientan los caudales por maravilla. Orgáz, considéralo despacio y apresura tu última resolución: de mí digo que el asunto requiere pocos conceptos, y que al ser tu desventura tanta, pinta llevas de acabar en

trajedia, puesto que para el desgraciado se hizo la horca. En esta profesión, además, no hay chisgarabises zarandillos que la vida amarguen con apodos, papirotes ó pasagonzalos fieros, sino ocasiones de hacerse hampón y guerrear á todo trance por tornar jeneroso al mezquino; no hay pordioseras cuyas necesidades esclavicen á una criatura como tú de tan jentil disposición para otros menesteres y que en recompensa de sus afanes no le den hado ni vado si las limosnas no andan en su punto, — sino grandísimas cucañas en las hospederías, en el campo de los viajadores ó en las ciudades, presupuesto que quién las busque tenga un tanto cuanto de habilidad. De otra parte, en mi oficio no se sabe qué son escuelas y látigos: aquel que nació en signo de letras guárdase una cartilla en el seno para leer en las épocas de abundancia, y aunque se tome mi dicho en son de broma, la verdad es que al fin de sus escursiones suele saberla de pe á pa, y aspirar al bachillerazgo. Las pláticas y misas de esta parroquia no se conocen ni por soñación, de suerte que tampoco hay abuelas que nos saquen de cuajo llevándonos el redopelo á oir las unas, ni sacristanes odiosos que nos cojan de la oreja para ayudar las otras. Si se trata de dar un asalto á los viajadores blandiendo las armas, ó de acometer cualquiera empresa á estoque enjuto, puédense verificar con gran donaire y seguridad en razón de que la justicia no sale nunca á despoblado. De todo esto, compadre, se deduce que quien se aplica á mi oficio goza por entero de las libertades que los parientes suprimen en casa, y los gobernadores fuera de ella, y que yendo á ver países coje con impunidad en el cerco ajeno lo que más de su gusto creyere. Sisebuto y yo no estamos sobre este

particular muy de acuerdo, pues á las veces dá en decir que su profesión es motivo de andar á salto de monte el dia que nó á azotes; más ¡qué argumentos! aún con ser el sol tan clara y límpida superficie díz que tiene lunares ¿y no ha de tenerlos una profesión en que todo es campear hábilmente y hacerse el guapo? no hay pega sin mancha ni mula sin uña, — además, en cualesquier ejercicios, al haber poco churumo, parecen mayores las dificultades si las hay. — y de fea pinta las más seguras cucañas, por lo cual dícese á menudo que se pierde la lejía en la cabeza del asno. En resolución, nosotros los cachidiablos solemos pasar las temporadas entretenidamente acometiendo empresas ó entrando de contíno en bureo para concertarlas, jugando á las tabas con los huesecicos de este nombre en caso de no haber naipes, que si los hay preferimos los juegos de la cuca y matucán, del rentoy y del reparolo; se les agrega además otra causa de grandes júbilos la cual consiste en una famosa unión robustecida y saneada por la comunidad de nuestros destinos..... A cada olla su cobertera: tu tienes felices disposiciones para el oficio según se te trasluce en la palabra, en la viveza del jénio, hasta en la edad, — compadre ¿por qué pues no le sigues?

—Bien se deja entender, amigo, cual es la profesión que así encómias; mas, á pesar de todo, harto ya de ser terrero de nécios y de traer siempre la barba sobre el hombro en poniéndome á cuidar á la pobre ciega, aceptaríala de buen talante si en mi concepto no fuesen un obstáculo mi corta edad y la delicadeza de mi complexión.

—Púchas digo, malas explicaciones te dieron! júrote Orgáz que todo el hito de mi profesión

consiste en la ajilidad para consumar las raterías en el aire, y en la destreza para manejar puñales y hacer esguinces. Fíate de mí, pues según el conocimiento que he adquirido de las buenas cábulas y de la esgrima, podré aleccionarte brevemente.

—Ay, compadre! es que espero un cambio próximo de mi fatal estrella, y elejir si éste se verifica una ocupación honrada.

—Ah picarón! es el culantro hervir hervir? por las diferencias que hay entre lo que el cálculo promete y lo que en realidad pasa, díjose que del dicho al hecho hay gran trecho,—pues bien compadre, por esto y saberse que para el desgraciado se hizo la horca, imajino que son nécias tus esperanzas. Estás hambreando, flaco, descolorido, y ¿andas todavía en zancas de araña á fin de rehusar mi consejo? apártate mal escrúpulo! coja cada cual su estoque, salga al campo de las aventuras y después..... ¡muéranse los barberos!

—No dije tan gran despropósito como crees, porque el vicario de la parroquia palpándome la mollera días há, pensó que no la tengo del todo mala, y que, pues con un año de aprendizaje podría yo servir de sascristán en mi pueblo, era menester instruirme;—y sí como fué expontáneo para decírmelo lo fuera para fomentarme bien, al cabo al cabo ¡qué sabemos! le reemplazaría en sus funciones.

—Carrizo! también quieres copo y condadura? harta ambición demuestras! sobre las intenciones del vicario has de saber que no hay sacristanías ni buena suerte futura, ántes sí la esperanza de estar á su servicio por siempre, mal vestido y peor sustentado: agua coje en harnero quien se cree de lijero, mayormente al confiar en destinillos que solo el favor procura.

—Mi tarea, además, no es para asnos, pues gran cacúmen exije y un valeroso pecho en la sazón de andar como unos zarandillos buscando las buenas ocasiones, y escojer las mejores como peras en tabaque. Es de notar también que tenemos ó pensamos establecer una jerarquía para recompensar á los bajamaneros dignos en lo cual los influjos no lograrán nunca la más mínima parte, sino el mérito exclusivamente. Ahora bien, si tu meollo es como el capellán lo pinta, y si tu valor lo sobrepuja, júrote que nos gobernarás después de tu primer hazaña. ¡Compadre, haldas en cinta!.....

—Todo me parece de perlas; mas nó el dejar á Olalla, según tendría que suceder, si afiliándome en tu partido fuese yo á merodear de tierra en tierra: al servirla en calidad de lazarillo la prometí no desampararla ni un solo punto, mientras durase, al menos, su escaséz rigurosa, —y ya se echará de ver que mi palabra es prenda de oro.

—Moldes tenías de quebrarme la cabeza con tus porradas, pese á la grulla; más, pájaro triguero, enlazado estás! en mis planes no entran por nada el abandono de la limosnera ni la fuga de mis galafates, ántes bien el establecimiento de un domicilio seguro, aunque nó cómodo en el zaquizamí de Olalla para mantener allí mi compañía y organizar el centro de las operaciones. Orgáz, tus excusas no tienen apoyo: dispón pues el ánimo y aparéjate, que lo demás es andar de mula coja.

—Es decir amigos que nos quedaremos por iempre en este pueblo!

—Por el siglo de mi padre, cuán inocente te nanifiestas! harta razón habría si tal yo consiniese para que la justicia nos mandara á sombra

de tejados: el ratero fino no llega á saber jamás qué son escrúpulos de monja en la ocasión de dejar padres ó protejidas por mantener exenta de polvo y paja la libertad. Después de los primeros hurtos, y cuando Olalla tenga mejorada su suerte nosotros haremos también la pacotilla.

—Luego mientras permanezcamos aquí la sustentaremos todos?

—Sí, pues es necesario cumplir tu compromiso porque á la primera noticia de alarma tomes, seguidamente, las del martillado.

—Ahora es bien observar que Olalla no ha de admitir tus planes: capáz sería al oirlos de denunciarte á la justicia.

—Oste, chiquitín! mi sabiduría responde del buen éxito: díjolo Blas, punto redondo!

Y dirijiéndose entónces á la mendiga prosiguió:

—Bien haya la suerte mía que en tan feliz paso me permite hoy abrazar á mi presunta abuela! tiempos há que vivo acongojado y temeroso por su ceguedad y el mal punto en que á las veces pára aquí el pedir limosna, y así, desde mi última partida apénas el dolor me ha dejado tal cual instante libre para seguir los cursos de la Universidad carolina. ¡Oh, écheme esos brazos al cuello, señora Olalla, consienta que yo la abrace después de tan prolongada ausencia!... Zulima!..... en dónde está Zulima?..... no la veo..... ah, pobre de mí..... recojida..... enferma seguramente..... es triste presentimiento, juro á Dios; empero, mi suerte fatal me lo dá á conocer!..... en dónde está..... quiero verla... oir de sus propios lábios la relación de su desgracia..... aliviarla yo mismo..... demostrarla cuán amoroso y constante se conserva siempre mi corazón!.....—

—En mal hora has venido á turbarme con tan

dolorosos recuerdos! — respondió Olalla echándose á llorar amargamente — ¡ah, muy afortunada sería aún si Pastrana quisiera venir á verme.....; más nó, me oprime la fatalidad... ya no hay ventura para mí..... nada espero en la vida puesto que todos escarnecen y desamparan al desgraciado!..... nó, tú no eres él!..... es burla, es burla..... déjame sola, aléjate!....

—Oh, mi abuela, yo también hallo la felicidad en este encuentro! no dude usted que soy el mismo Pepe, aquel colejial bullidor que de tan grande estima gozaba en estos contornos, y que tuvo sin merecerlo, siquiera de simple voz, un compromiso sagrado para desposarse con Zulima!..... Poco há rendí los exámenes que en la Universidad de San Márcos exijen al doctor presunto, y que en una votación unánime me acordó la cinta y el título correspondientes: ahora bien ¿estaba reservado á tí, al haber tan plácidas circunstancias, el recibirme con esa repulsa fría? ¡Ay, ausencia es enemiga de amor, cuando léjos de ojos tan léjos de corazón! ay, todo ha caido en el olvido, así la memoria del pobre estudiante y sus amores como el desposorio vanamente asegurado!..... Ya no hay fé posible..... Zulima, la traidora, se apercibió de mi llegada y ahora busca un escondite para ocultar su vergüenza; Olalla permaneció en su nicho ¡ay triste! pero solo para desconocerme....! ¡nó, nó.... Zulima no es mía..... ¡no me ama ella..... la traidora! ....¡Y burlarme de esta suerte cuando recibido de los doctores el título de lejista, y de mi padre la herencia y la autorización para efectuar el matrimonio, en ella sola confiaba para ser dichoso!..... ¡Ay, ausencia es enemiga de amor, cuando léjos de ojos tan léjos de corazón!.....—

—Jesús, desfallezco! — balbuseó Olalla en me-

dio de su no rompido llanto — lazarillo..... ven..... ayúdame... quiero abrazarle...; más, ay..... yo dudo..... si fuera mofa!.....

Orgáz acudió en un aire, y mientras la obedecía dijo:

—A juzgar por las señas que su merced dá de contino sospecho que este petimetre, jentil y dadivoso, ha de ser en persona el mismo estudiante Pastrana. Un compañero trae que mucho se le parece.

Puesta ya de pié, Olalla recibió en los brazos á Peralvillo, y entre lágrimas y confusiones habló así:

—Bien venido seas al regazo de la infeliz mendiga..... Pepe .... hijo mío!..... poco es un abrazo después de tan prolongada ausencia...! otras caricias..... otros amores para mi pobre hijo!..... el júbilo me transforma..... rejuvenezco.....! ¡ay sospechan mis ojos que te entreven....! mis ojos.... qué ilusión....! Pastrana, tu no tienes una estrella fatal.. .. pero amando á Zulima has venido en pos de mi desventura...; no obstante, yo creo que se habría evitado nuestra común desgracia si como hiciste tu regreso ahora, lo hubieras anticipado dos meses!..... ¡qué horrible sufrimiento!..... mi propósito invariable ha sido siempre darte por esposa á Zulima..... ¡pobre nieta!..... repara en el nuevo lazarillo, y si la amaste, ay, claramente verás que con el mismo golpe mortal nos hirió á los tres el destino!..... ¡y qué, si de antemano me oprimía ya su rigor!..... la ceguera..... el osado manejo de los rapaces..... y la fuga, por último, de Froilán llevándose mis limosnas economizadas, y con engaños, juro á Dios, á tu prometida!..... Ay amarga, que de los pasados amores solo mi corazón te queda!.....

—Por el bravo y venenoso Cancerbero!—repuso Peralvillo lleno de indignación —habré de perseguirle á sol y á sombra do quiera que se halle, y traerle hecho partijas y tasajos!.....—

—Pues si en tan grande miseria vive usted, abuela, de hoy, mas no consentiré que vaya por los átrios en busca de la limosna, ni que habite ese ruín aposento del cura: no en balde traigo el título de lejista y una herencia, ésta para la comodidad y aquel para los honores, sino presuponiendo gozarlos con usted y Zulima. ¡Dirijámonos al chiribitil, señora, que allí fijaré despacio mi próxima salida contra Froilán, y los planes concebidos para el ataque.

Hízose así, y en tan brava ocasión Sisebuto y Orgáz tomaron un carrizo con que hicieron tres sonoras pipiritañas.



CAPÍTULO VII

Resuelta pues la persecución del sobrino de la albendera, determinado por acuerdo unánime que el chiribitil cambiase en estancia de más holgura, y que entretanto viviera en él Pastrana, — al venir de la noche dirijiéronse Orgáz, Peralvillo y Sisebuto hácia la parroquia con el intento de ensayar el son simultáneo de las pipiritañas.

El punto elejido para este fin fué, en el átrio, el de la limosnera, y el aire, uno popular; más, tan donairosa apostura tenían y con tal primor se desempeñaban que un atajo de chiquitines y de jentes que no lo eran, les rodearon poco á poco.

Visto el buen éxito, Sisebuto sacó unas castañuelas que enántes hubieron de pertenecer á Orgáz, y sonándolas entusiasmadamente al paso que ejecutaba un baile correntío, entonó estas coplas:

¡Paso, paso para el gorboso,
Requiere, carrizo, la danza,—
Pues ya con placentero brío
Dan el sol las pipiritañas!
Compadres, comience la fuga,
Que este corpichuelo entusiasta,
Para quimbas y contoneos,
Juri á nos, se lleva la mapa!

¡Oh, cuerpo de tal, qué ricura
Qué moditos, qué zarabanda!
Decid á mi madre, decidla,
Que estoy en mis gustos, caramba!

—

Bailarina de cuerda floja
Me dicen por estas comarcas,
Más, eso se me dá, señores,
De los pingos de mi hopalanda.
Sús, adelante, y andar andillo!
Vuelva la correntía planta!
¡Bien haya el mocetón jocoso
Que de fiestas en fiestas se anda!

¡Oh, cuerpo de tal, qué ricura,
Qué moditos, qué zarabanda!
Decid á mi madre, decidla,
Que estoy en mis gustos, caramba!

El carrincho de curiosos atendía entre tanto con entusiasta admiración al contrapunto de las pipiritañas y al rápido baile del meztizo, aplaudiendo á todo trance, alegres y regocijados; y hubieran proseguido así, en pública zambra, á no venir de mogollón el sacristán, atropellando esforzadamente para abrir camino, jadeante, resuelto á deshacer la bahorrina.

—Pese á tal con la galga! — exclamó — ¿es pues el átrio tan aparente sitio para repicar las castañuelas y bailar aires libidinosos? ¡impíos de morondanga, ea, por mi vida, no ha de haber de hoy más otra junta de pícaros, que la irreverencia presente pasa de castaño oscuro!

—Señor — replicó Peralvillo — nosotros somos unos forasteros, ante todo, que luchando con la rigurosa Suerte de muy lejanas tierras venimos;

no se me pregunte más sobre esto que al apurar en demasía la triste memoria de nuestras desventuras mis lábios callan; pero hace mi corazón un llanto amargo! Ahora pues, como nos son desconocidas las prácticas de este pueblo consentimos en que el corro de oyentes nos pusiera aquí con tan pésima elección, haciéndose puras gracias, al bailarín, y á nosotros, meneando las tabas para sostener el contrapunto de las zampoñas. Más, puesto que su merced aparenta prestarme ·más atención que yo merezco, he de decirle á vuelta de ojo que este zapatear primoroso, y este manejo de las castañuelas, y este acompañamiento en acordanza, tan esquisito cual se verá si la conversación nos deja espacio para ello, -- no tuvieron otro maestro que nuestra buena disposición, ni otras lecciones que las recibidas en el infortunio, al obligarnos éste á expresar sus amarguras; con todo, procuraríamos olvidarlas, así porque un mal pensamiento no nos condujese otra vez al átrio con el propósito de repetir las tocatas, como porque su merced no recibiera el disgusto de oirlas; pero parécenos, señor sacristán, que no resistiremos nunca á la tentación de llevar zampoñas debajo de las gualdrapas, ó de hacerlas al pasar por el primer cañaveral que sobre la vía hallemos.

—Por el sepulcro de San Vicente! no hay salameros ni charlatanes que me hagan revocar la órden, puesto que no soy tal apunte que así como así les consienta en el átrio ¿hízose acaso este lugar para que lo profanáran tres deslenguados rapaces de astrosa figura?

—Bailo bien y echaisme del corro?—respondió Sisebuto— ¡válgame Dios, mirá que eso es en toda tierra escrúpulos de marigargajo, y que cuando no fuese yo, no faltaría quien sobre este

motivo sacára versos á su merced; esto digo, chitón, y punto en boca!..... Ya que cedamos, compadres, sea encontinente porque no acontezca al fin del diálogo alguna trapisonda de mala pinta, carrizo!..... De mi parte, señor sacristán, aseguro que su merced no ha de oir nuevamente el son de las pipiritañas ni el de las castañuelas, y que además de abandonar el atrio tomaremos las calzas de Villadiego.

—El tocarlas no es lo peor, malicioso,—sino el danzar aires libres y provocativos..... ¡En verdad, en verdad, es lástima que unos muchachos de tanta expedición para la música como manifestan tener ustedes, hayan aprendido esas canciones ántes que las benditas aprobadas por el Ordinario para uso de las parroquias,—que si como esto es así fuese lo contrario, deberíamos contratarles al punto para las próximas festividades de Adviento y Semana Santa!

—Oh, mi fé!—replicó Peralvillo—si no temiera disgustar al señor sacristán demorando la ejecución de su órden, mostraría á ojos vistas que no son las canciones de gusto mundano las únicas que se nos asientan en el caletre, pues bien recordamos la docenilla de tonadas para la Iglesia que con acompañamiento de timbales y pipiritañas nos enseñó nuestra difunta madre! Más, de toda suerte, tengo de decirle que nosotros, músicos de oficio, solemos recorrer los campos y las poblaciones, hácia la época de las grandes festividades religiosas, ofreciendo auxilio á los vicarios con nuestro pobre continjente: empero, si es grave la inadvertencia pasada, y el átrio está profanado, y si el señor sacristán se obstina en hacer gala de su aspereza, contentos iremos al hallarnos con la libertad de buscar la vida por otras poblaciones.

—Cáspita donoso, espera, que ántes daré noticia al vicario de tus habilidades!

—En ninguna manera será eso: nos vamos aunque se aventuren rocín y manzanas, porque según lo alegres y bullidores que somos, en el átrio ó donde nos tome el júbilo, danzaremos al son de las pipiritañas, y de tal suerte que el impedirlo sea echar lanzas á la mar.

—Aquí no valen razones: el vicario les recibirá con gran regocijo, tanto por el buen injénio de cada uno, cuanto porque les necesitamos á causa de que no hay músicos para las próximas festividades.

Diciendo y haciendo abrió el sacristán las puertas de la parroquia, y á poco de haber entrado desapareció pensando que, pues al oir el toque arrebatador de las danzas populares, á él mismo, con ser varón de edad y de tonsura, le retozaba el diablo en el cuerpo por dar algunas zapatetas ¿cuánto más violento é irresistible sería este antojo en unos muchachos bullangueros?

La rueda de curiosos se organizó otra vez alrededor de los ejecutantes.

—Orgáz y Sisebuto con sus pipiritañas, y algunos cachidiablos provistos de tejuelos que manejaban diestramente, y de cajones sonoros para llevar el compás á la resbalosa, rompieron la zambra; y avanzando entónces Peralvillo, cojidas las castañuelas, puesta en planta la correntona con quien había salido, cantó y bailó lo siguiente:—

¡Adios, que á la mala trampa
Nos lleva nuestra escaséz!
Mi padre se llama hogaza.....—
No tengo yo qué comer:

En alberca en nuestra casa,
Llovida por dondequier...
Oh, vive Dios ¿qué esperanza
Nos mantiene en la honradéz?
¡A las ollas soterrañas
Que están llenas de castañas!

—

Pues hemos de merecer,
De fijo, grandes cucañas
En un solo santiamén,
Salgámonos á la raspa!
Que ante un bravío doncel
De aquesta nuestra calaña
Fenece toda altivéz
Y todo rigor se acaba!
¡A las ollas de Miguel
Que están cargadas de miel!

Mas, en medio del jeneral entusiasmo apareció de súbito el sacristán...—

—Por el siglo de mi madre! — exclamó — no es posible, muchachos, oir con tranquilidad las benditas tonadas que en esta noche se bailan; brujerías cuando menos tienen, pues á pesar de la corona y del hábito que visto pónenme en tan livianas posturas!

Y arremangándose el vestido comenzó con muy picarescos ademanes el canto y la danza de estas otras cóplas:

Parezca ó nó extraña cosa
Ver en baile á un sacristán.....—
¡Me llamo andana, pindongas,
De esto no parla el ritual!
Pues nunca de zambras goza
Un santero clerical!—

Vaya al diablo la parroquia
Quiero bullir y cantar—
Entierro bautizo y boda
Compendian mi vida toda.

—

Sé que huyen de mí las mozas
Con cachaza sin igual.
Pues dizque son mis carocas
De cojijo cadañal.
¡Dejemos rodar la bola,
Haya duradera paz,
Que la paciencia me agota
Del claustro la soledad!
¡Entierro bautizo y boda
Compendian mi vida toda!

Esta fué la oportunidad en que Peralvillo saliendo á socapa del corro se dedicó artificiosa y lijeramente á vaciar las faltriqueras de sus admiradores.

Sisebuto le imitó también, y haciendo aquel y éste á Orgaz depositario de las raterías, pusiéronse en la yema del baile, listos para ejecutar otras mudanzas.

Y el sacristán, corrido de las suyas al advertir cuan escandalosa acción había hecho dejándose llevar de su entusiasmo, cubrióse el rostro con la esclavina y huyó por entre las naves de la parroquia.

Era ya media noche por filo, de suerte que la ronda divisando en el templo la junta de entretenidos acercóse á ella para hacer justicia.

El alcalde irguió la vara en señal de enojo, y dirijiéndose á los suyos dijo:

—¡Ea, apresaldes luego luego, diablo de alborotadores!

—Alcalde, demandóme aquí alguno?—contestó Peralvillo—oh, por mi vida, no nos proponemos á la hora presente ningún mal fin que le haga temblar las pajarillas cual se vé, ni que motive esa fiera cuanto injusta órden; sí que es de presumírse que juzgándonos su merced por estos argamandeles del vestido y por nuestra flacura extremada, al no haber razón para pensamientos mejores, que nos tache de pícaros al primer golpe de ojo, y piense ponernos en sitio de seguridad. Más, sea lo que fuere,—en no parando en trajedia el caso de ahora, á su merced me atengo, y Cristo con nosotros. Los harapos de un hombre honrado tienen siempre disculpa, y así, se ha de ver por lo que toca á nos que si bien sómos mestizos sin casa ni hogar desde la desaparición de nuestra parentela,—pues los caprichosos cambios de la fortuna no logran jamás empobrecer el chirúmen, y nosotros le tenemos fino,—que sabemos á las derechas cuánto bien reporta el trabajo al pobre: sin dinero no hay responso señor alcalde, y hé aquí por qué, yendo en viaje por todo lugar y ejercitando nuestras sabidurías, traque barraque, cumplimos tareas harto penosas en verdad, y edificamos á las poblaciones del tránsito al demostrarles con el ejemplo cómo anda el hombre al trote por ganar su capote. Empero nuestras mudanzas, juntas todas, no darían, voto vá, ni para un ochavo de especias, puesto que los oyentes no saben de música, llegados al punto de pagarla bien; así que por esto cuanto por no ser fácil el mudar de profesión cada día, hemos determinado proseguir en la de ahora y hacer á fuerza de constancia lo que debiéramos en otra con un trabajo corriente. Para acabar, su merced habrá oido decir alguna vez, señor alcalde,

en elojio del afán dilijente con que un varón honrado trabaja, que romero hito saca zatico; y que mirando los vencejos se junta el ajuar; más, si lo que en aquel se alaba, en nosotros es digno de vituperio; ¡carrizo, hágase ó nó sal y agua el usufructo de la actual serenata, las zampoñas callarán, y á su olivo irá cada mochuelo!

—Ea, llevadles, que estos músicos nocturnos si nó por propia inspiración por encargo ajeno andan en dilijencias de amores perturbando los hogares ¡vive Dios, que de hoy mas pondré término á semejante abuso, y vijilaré celosamente por la buena fama de las doncellas!

—Al seguro llevan preso! oh, qué triste aventura, para un chiquitín sin tacha! ¿y tal acontece ahora, cuando bien merecida teníamos la utilidad de la fiesta? ay Suerte. mal haya quien en tí confía! señor alcalde, de grado dijera yo á su merced, si posible fuese aplacar el rigor de sus mandamientos, cuánto mal nos hace el dormir á sombra de tejados! ¡ay, con estos derechos salen los cohombros tuertos!.... Es que la suerte del infeliz no da nunca por el buen trabajo y por la conducta exenta de faltas sino prisiones injustas y miserias; es que anda el majadero de otero en otero y viene á quebrar en el hombre bueno! oh, qué triste destino! guay de tí Jerusalem que estás en poder de moros!

—¡Eh, hablador — contestó uno de los policiales — apercolado te tengo. é irás á chirona sin que baste á procurar tu salvación esa cáfila de refranes! bonitos estamos! misericordia pide la cuadrilla de rapaces que solo se ocupa en garandar de pueblo en pueblo? Eh, á chirona...!

—Acertado ha Pedro á la cogujada que la cola lleva tuerta — replicó Sisebuto pisando fuerte de cólera — ¿acaso nos conocimos otra vez,

señor esbirro, que tan de cierto sabe nuestra ruindad? mal pecado! nada es sinó que cuando cae la vaca aguzan todos sus cuchillos!..... Ea, será mejor que su merced atienda á su oficio y no á decir donaires!

—Cuerpo de tal! — añadió el alcalde — ¡y ustedes ignoraban los mandatos que en otros tiempos hice para que en dando las diez se recoja cada cual á su aposento, y quede la población tranquila? ¡vive Dios, estos muchachos malcriados no se burlarán siempre de la justicia! Decidido estoy á poner término á este otro abuso de los mozones que andan en correrías nocturnas, y de los padres que las consienten?

—Señor, con nosotros nada tiene que ver ese propósito pues somos forasteros, y además, aún no sabemos qué son amores; en cuanto á las humoradas de esta compañía que nos sigue, ya que existan en la realidad, hágase de pencas su señoría y déjela ir adelante con los faroles, como ende no haya cosa que perjudique al órden, pues todo no ha de ser en una población bandos y faenas de esbirros; más, quiero callar por no meterme en honduras ni estar á tú por tú con su señoría el alcalde; y, puesto que vale mas caer en gracia que ser gracioso, aunque dijéramos muy buenas razones, vista su mala disposición, nunca nos justificaríamos. Finalmente, solo añadiré á lo dicho que si el forastero pobre se atuviera para ejecutar sus artes á los multiplicados mandatos de las alcaldías, jamás lograría hacer su agosto, porque, según el refrán lo dice, quien mucho mira al viento ni siembra ni coje á tiempo.

—Cáspita! tentado estoy de premiar la gracia con que se disculpan dejándoles ir libremente!

—Oh desventura, si de todas suertes ha de

irnos mal en este pueblo, concédanos su permiso la autoridad para dejarle ahora mismo!

El alcalde mandó enseguida despejar el átrio haciendo desaparecer á la jente que ahí reunida estaba, y dirijiéndose después á los muchachos, dijo:

—Hola donosos, y saben ustedes algunas tonadas alusivas á los casos varios de amores?..... Ah, que si supiesen..... Florisenda, Florisenda, cruel, más dura que el mármol, procuraría yo templar tus rigores y hacerte soportable siquiera la vista de este infeliz.....—

—Señor, — respondió Sisebuto — ciertamente que si hubiese su merced mirado con menos enojos la junta jocosa que gozaba en el átrio, habría comprendido quienes eran los bailarines, y que al ejecutar nosotros con perfección aquel contrapunto y aquellas mudanzas no ignoraríamos la música triste en tanta manera que no pudiésemes complacer á su señoría; así que no hubieran sido necesarios ese mal principio con que su merced amenazaba meternos en caponera, ni la dispersión del corrincho cuyas blancas habíamos ganado ya, sino el mandarnos un corchete con el siguiente soplo: el señor alcalde está que muere por los amores de Florisenda, pues con esto no más llegáramos por vía recta á la explicación de ahora: nosotros sabemos recitar graciosamente versecicos y cuentecicos picarescos para soláz del ánimo, y algunos de menos donaires destinados á significar las tristuras del mal de amores, y pues se trata de ellas, y su merced las padece harto rigorosas porque Florisenda no se deja ver, pregunto si convendría elejir para la próxima serenata aquellas coplas que acaban con este donoso estribillo:

. . . .
Campanillas de Toledo
Os oigo y no os veo?

. . . . Más, díganos su merced señor alcalde, en justo y en creyente, si lo de Florisenda no es una zorrería para llevarnos al calabozo! y si no lo es ¡por su vida, que adelante el sueldo, pues donde no hay blanca todo se estanca, y vale mas traque que Dios os salve!

—Muchacho nada temas que la justicia viene contigo! toma blancas, y date prisa á caminar: en acabando el festejo serás mejor recompensado!

—Oh, freidle un huevo que dos merece!—añadió Peralvillo—su señoría está de chunga y verdaderamente ha de colmarnos de favores! vamos, Sisebuto, no sea que raye la aurora y la vacilación nos prive de esta ganancia!.



CAPÍTULO VIII

El alcalde se separó entónces de la ronda, y seguido de los mestizos, menos Orgáz, el depositario de las raterías, se introdujo derechamente en casa de Florisenda.

Con la buena disposición que ántes mostraron, al divisar desde cierto paraje al centinela de la alcaldía, ni el animoso Peralvillo hubiese dado un paso mas por el temor de ser aprehendido, ni habría Sisebuto vacilado en devolver á la autoridad sus blancas, é irse á leva y á monte, si allí mismo no percibieran el lejano bullaje de los cantores y guitarreros que fraternizaban con Florisenda al compás alegre de la jarana.

Esto les dió animación y voluntad para complacer á su señoría, quien en llegando cojió de la mano á los dos meztizos, y presentándose á Florisenda dijo:

—Repará despacio, señora mía, en este par famoso de rapazuelos ¡mi fé, que no obstante sus canjilones son músicos muy eximios! menester sería oirles tocar las castañuelas y cantar cóplas populares para saber cuán grande mérito tienen!

—Oh, mucho bien esperaba de su señoría, más el presente sobrepuja y nó poco mis deseos de proporcionar esto que tanto aviva y compone las zambras! hola niños, si como se me antoja no

son de aquí ustedes, podrían decirme acaso qué tal motivo les obliga á dejar la querencia?

—De buen talente resolvería yo esa pregunta —dijo Sisebuto—á no ser siempre enojosa la prolija relación de los ajenos males; más, ya que está de por medio su curiosidad, señora, y la buena crianza exije satisfacerla, contestaré de lijero: forastero soy, natural de muy lejanas tierras como lo es también este mi compadre Peralvillo, —y ámbos recorremos infatigablemente las poblaciones mas conocidas, injeniándonos doquiera por conseguir recursos con que luche mi madre contra la necesidad. Ay, no es que la pobre carezca absolutamente de todo sino que la desventura la oprime con saña rigurosa privándola del bien que su virtud merece! Ella tiene en propiedad un fértil potrerillo que al morir lególa una de sus abuelas, pero qué ha de valer, señora mía, cuando para sembrarle nos faltan yuntas, semillas y aún peones que las manejen? verdad es que tiene dos hijos, los que aquí presentes están, robustos para el trabajo y de buen cacúmen; pero qué ha de valer estotro, señora mía, si no sabemos pizca de faenas campestres, y si al fin al fin, se nos ha declarado el gusto por la música?..... ¡Gusto estéril y perjudicial en cuanto no recompensa nunca la dedicación que demanda!

—Qué es no recompensa!—agregó Peralvillo— ni siquiera dá de utilidad lo que las pipiritañas y las castañuelas valen! tres días há que andamos de aquí para allá tocándolas bizarramente sin que hasta ahora hallamos conseguido ál que injurias la vez que nó trabacuentas; y tanto es sombría para nosotros la Suerte que aún aquí endonde la población parece cortés y querendona nos pusieron en vilo: el sacristán, obsti-

nándose en que abandonásemos el átrio, y su señoría el alcalde, haciendo que un esbirro nos tomára á empujones so pretexto de que las diez eran pasadas, y que de fijo estaríamos allí tendiendo lazos á las doncellas!... Ay, y todo fué porque perdiésemos el lucro de la tocata!

—Oh, no puede ser — contestó Florisenda — el señor alcalde les ha traido acá queriendo oirles reposadamente, y pagarles la música con setenas; empero, pues ustedes me han caído en gracia, es seguro que les agasajaré con toda la jenerosidad posible!

—Ay, mi ángel y mi pascua de flores!—replicó Sisebuto — esta es la ocasión de echar en señal de gratitud unas poesías á la señora Florisenda!

—No será á secas — agregó el alcalde — sino remojadas en este copón de mosto, á ver, oigamos la tonadilla de Toledo ya que tan de molde nos viene!

—Sisebuto cojió el copón y dijo mirándolo con entusiasmo:

Decidme, agora, decidme,
Mosto verde de lo bueno...
(¡Qué ajitación qué congoja!)
Decidme, decidme presto
Si acaso la esencia pura
Que aquí en el vaso contemplo
Ha de calmar este afán,
Este angustioso tormento...;
Más... ¡por vida! ¿qué esperanza
Me sostiene pues,—sabiendo
Que el corazón de las niñas
De duras piedras está hecho?
Ay, si es querer imposibles
Querer realizar mi anhelo!
¡Venga la copa de mosto,

Venga el mosto de lo bueno
Y con su influjo disipe
Este loco pensamiento
Que á la vista de tanto filis
En mi alma se vá naciendo!

Peralvillo recibió el suyo, y en teniéndolo exclamó graciosamente:

Ven acá quita pesares,
Alivio de mi congoja,
Criado entre verde hoja
Y pisado en los lagares,
Te pido que asi me aclares
Esta garganta y galillo
E inspires mi caletrillo
Por brindar á Florisenda,
Sin remilgos ni fachenda,
Empinando este jarrillo. (*)

Pidió en seguida una guitarra, y acompañándose él mismo con gracia particular, cantó lo que sigue por complacer á su señoría:

«Adios mi libertad
Y demás, vos, alegría,
Que dolor y soledad
Seguirán mi compañía!

—

Por donde quiera que vais
Tened memoria, os lo ruego,
De mí, que solo dejais
En vivas llamas de fuego:
Y solamente pensad

(*) Popular.

En seguir vuestra vía
Que dolor y soledad
Seguirán mi compañía!

—

Aquestos mi juventud
Finarán por mi ventura,
Sin defensa de virtud
Serán de mí sepultura!
Agora pues caminad,
Sea Dios en vuestra guía
Que dolor y soledad
Seguirán mi compañía!» (*)

—

Viva, viva, Florisenda,
Cogollo de tulipán
¿Acaso porque te adoro
Huyes de mi sin piedad?

La aludida cojió después la guitara, y constestó así á los versos de Peralvillo:

«En sueños de jazmín
Formé yo una ilusión,
Bella como de abril
La purpurina flor;
Y cual nunca feliz
La acariciaba yo
Creyendo que su aroma
Perfumaría mi corazón.
Pero después,
Al despertar,
Ví que era sueño,
Sueño no más;

(*) Diego de Valera.

Y en mi dolor,
Lento y tenáz
Ay! dí un suspiro,
Y eché á llorar.

—

Aquella tierna flor
Era tan celestial
Que en medio del dolor
No la puedo olvidar;
Solo por su color
Era entre flores mil,
La reina de las flores,
De los amores y del pensil!
Sueño feliz,
Dulce ilusión
Adios por siempre,
Adios, adios!
Huid, huid,
Sueños de amor,
Dejadme sola
Con mi dolor.»

—

Viva el señor Peralvillo,
Cogollito de verbena
¿Sabe usté si no me aflijo
Al oir sus injustas quejas?

Terminados estos cantares hubo otros brindis, que concluyeron entusiastamente mientras que varios mozones jácaros despejaban la habitación, y disponían las guitarras y las parejas para un zapateo primoroso. La invitación fué acojida encontinenti con voluntad manifiesta; así que en oyéndose los primeros fogosos sones, la cuadrilla de danzantes, echada al cinto la una mano,

la otra recojida en alto meneando garbosamente un pañuelico, — apareció de antuvión en medio de la sala haciendo esguinces y revueltas con todas las gachonerías que el tal baile exije. Y Peralvillo y Sisebuto, al ver esto que siempre les sacaba de tino, aprisa aprisa descubrieron las zampoñas y castañuelas, y tocándolas con irresistible afición y bailando juntamente, hicieron subir de punto la animación en los corazones, de tal suerte que también su señoría, echando escrúpulos á la espalda, salió con Florisenda al campo de los bailarines á hacer gracias y maravillas.

En tanto, la aurora enántes próxima, rayó apesar del común deseo desparramando á los concurrentes: la autoridad porque no se murmurase de él, y los otros por comenzar á tiempo sus ocupaciones fueron separándose poco á poco.

Peralvillo y Sisebuto abandonaron también la casa, y más que medianamente regocijados por la jenerosa gratificación debida al alcalde y á Florisenda.

Visto pues el buen éxito que en toda parte obtenian las pipiritañas y las castañuelas, determinaron los dos mestizos servirse de ellas como de un recurso entretenido y seductor, para echar confiadamente sobre la bolsa ajena los cinco mandamientos: comenzaron formando en las calles corros entusiastas en que mientras Orgáz y Sisebuto producían, tocando, la suspensión,— Peralvillo se ejercitaba en sus picarescos trajines.

Se presentaron después en las principales casas, y ende, con la humildad de sus maneras, l atractivo de las zampoñas y del baile, de los uentos y versecicos chungueros lograron tamién merecer mucho lucro y mucha fama.



CAPÍTULO IX

REGRESABAN una vez al chiribitil de Olalla, y pasando por enfrente de la parroquia vieron que tres muchachos coléricos pugnaban esforzadamente por llevarse algo á la rebatiña.

Peralvillo seguido de Orgáz y Sisebuto se dirijió allí, y desnudando un puñal, hurtado en casa de Florisenda, dijo con voz reposada y firme:

—Hola, hola, galopos, qué rabanillo es ese?

De súbito cesó la trisca al ver los que la sustentaban cuán formidable actitud tenían los músicos y apresurándose á contestar, uno de los otros, dijo:

—Señor, nada es sinó que teniendo yo derecho á este par de apagadores de plata según se ha de ver, pues consta. — los tales vagabundos se obstinan en despojarme de ellos y apropiárselos!

—Adviertan ahora ustedes, — replicó Peralvillo —porque al punto se desvanezca cualquier temor, que en este mi porte campechano y en mis pocos años, ni soy porquerón ni jamás podré serlo, y que el desenvainado puñalejo es solamente símbolo de la justicia que aquí haré. Dime tú — prosiguió dirigiéndose á otro muchacho — ¿cuál es el motivo de esta disputa?

—Aquí no hay mas dueño de los apagadores

que yo, porque si bien consta que el difunto los dió al morir en pago de ciertas deudas, todavía existe de mi parte un derecho mas fuerte: y pues aquel, ántes de contraerlas, me los había dado ya en un dia de aguinaldo; al cancelarlas con los apagadores, verdaderamente dispuso de lo ajeno, por tanto la justicia está de mi parte y nó de la contraria.

—Y tú? — preguntó Peralvillo al muchacho tercero — ¿cuál es la razón que te dá derecho á pretender los apagadores?

—Carrampempe, señor Peralvillo, esas cancelaciones y esos aguinaldos podrán ser muy ciertos cuando se hable en burlas, mas no lo serán en ninguna manera respecto de las especies de plata! Por mi vida, que yo solo corrí todo el riesgo, señor Peralvillo, al hurtarlas de casa del vicario....... Puesto que parecen aseguradas ahora, obstínanse en arrebatármelas; pero yo sé que si se descubre la ratería, de fijo me harán único responsable! Por Dios, disponga que se me entreguen luego luego, que de nó revelaré yo mismo el hurto aunque males mayores me sobrevengan!

Peralvillo meditó y dijo:

—Presupuesto que mi fallo ha de ser conforme á la justicia, deberá complirse al pié de la letra porque de lo contrario..... mirá esta reluciente haja! En resolución, á juzgar por esas fachas descoloridas y mal compuestas, es seguro que el poseedor de los apagadores, ni había de adeudarles cosa que los valiese, ni le daría tampoco un aguinaldo tan inadecuado á ellas; luego las especies susodichas son robadas y pertenecen al tercer muchacho que entre todos es el único ladrón confeso: por tanto, mando que se le adjudiquen;

La órden fué ejecutada, y Peralvillo prosiguió diciendo:

—En verdad, compadres, no puedo verles las sandalias, el poncho convertido en jirones, y los mangajarros que visten ustedes, sin pensar que si con un trabajo lucrativo no atienden á la bucólica pasarán en flores ¡pobrecillos! la mayor parte del año; y que si trabajan, sobre dejar por siempre de asistir á la escuela, que es lo peor,—se afanarán por complacer al amo, y al fin de la penosa tarea no se les pagará ni á rata por cantidad!..... El cumplir la obligación delicada y justamente no será parte jamás á que se le guarde al pobre, en su empleo, ninguna consideración; sí que olvidado su buen servicio le despojarán porque le sustituya un quidam de más favor.....—

—Por lo que toca á nosotros esa es la verdad—replicó uno de los muchachos—pues hace pocos días éramos acólitos de la parroquia, y aunque servíamos bien,—por haber venido otros de Lima, según dicen mejores, nos mandaron sendas órdenes para que renunciásemos al empleo.

—Y ahora tienen alguno?

—No señor.

—Ah, pues yo les digo que ántes de conseguirlo les sudará el hopo, y al mismo tiempo, que es cosa fea y desdorosa que un muchacho despercudido viva en la ociosidad, qué es madre de todos los vicios, y ande trastejando en vez de buscar la subsistencia..... ¡Pues tan desconsolador es el porvenir ¡hola, galopines, echémos todo é doce, y tomemos una determinación!.....—

—Buena cosa, señor Peralvillo! ¡eso dice usted como si, en nuestro pellejo, hubiéramos dejado que nos llevase la corriente! ha de saber usted que por varias y diversas vías hemos siempre

intentado medrar, bien que sin éxito; y que esta es la razón porque nosotros tres nos propusimos hacer un robo.

—Un robo!..... y dicen que para un vividor de campo través no hay oficio de provecho! Vaya, oigan que para esto del medrar, solo se requiere astucia, y no andarse quienquiera en repulgos de empanada al hacer su agosto: tengo una compañía de guapos, sin oficio aparente, y, por mi mal, odioda en las poblaciones donde hay justicia; pero que despliega tal actividad en sus modestas obras, y tan sumisamente ejecuta las disposiciones del jefe que solo por esto es ya un modelo; su ley, justa en el sentido, clara y concisa por la forma, está expresada en cuatro refranes de gran significación y valía, es á saber: venga el bien y venga por donde quisiere,—bulla moneda y dure el pleito seis navidades,—el que tiene búa ese la estruja,—y á la celada de bellacos vale más el hombre por los piés que por las manos; el primero quita de la conciencia y desvanece los mil escrúpulos que la asaltan cuando ha de tomar alguna determinación de mal pinta; el segundo expresa que se debe emprender por cualquier atajo, al haber ende tal cual provechosa empresa, sin reparar en los sustos que á las veces dan los alcaldes severos; aconseja el que sigue hacerse el memo ante el peligro de las mismas aventuras, y acometerle á todo trance; y autoriza el último una retirada oportuna en el caso que sean los porquerones poderosos, y les ayude además la suerte. Como se deja ver, el oficio de mi compañía se reduce, en buenos términos, á hacer de contino lo que de raro en raro ustedes suelen, y á estar en pugna declarada y constante con los esbirros; y por mi vida, juro que nos va bien! Ahora, si de esta buena andanza quie-

ren ustedes participar, no hay mas que echar un sí de perlas, cojer el puñalejo, y sentar plaza entre nosotros.....—

—Carrizo! y el tal ha sido nuestro juez?—exclamó el muchacho primero—¡por esta cruz ó se hace una repartición conforme á mi buen derecho, ó yo denuncio el latrocinio!

—Calla, bote de malicias! — replicó el ganancioso — se hará cuanto tú quieras; pero oigamos ántes lo que éste dice, que me vá interesando!

—Hola, picarones! — añadió Peralvillo — haya paz, paz duradera y sea lo que Dios quiera! Para ser galafate de todo rumbo y manejo solamente se necesita tener sangre en el ojo, y saber esgrimir la espada ó ponerse en salvación con la misma ajilidad y destreza según se presenten las aventuras; no obstante, otras condiciones secundarias hay que contribuyen á la perfección del bajamanero; mas, estas no se comprenderían si no se practicase el oficio.

—Mira, compadre Peralvillo ¿y en dónde ha de residir de preferencia la cuadrilla? porque al decir vulgar, las jentes que se dan á la vita bona recorren de contino los campos, casi nunca las poblaciones, y viven en cuevas ó subterráneos desconocidos.

—Oh, no se hicieron en ninguna manera para nosotros los tales escurrimientos! prosupuesto que todo el busílis de la profesión está en las zorrerías, es de creer que las gangas mejores se ofrecerán en poblado mas bien que en las soledades. Por lo demás, andariegos tendremos de ser por la naturaleza del oficio, llamados á recorrer las comarcas en pos de la propia seguridad ó de las aventuras. Al presente residimos nosotros en el chiribitil de la mendiga Olalla, pero

así que ustedes se determinen nos iremos juntos á leva y á monte.

—Pues el susodicho busílis consiste en ser de animoso corazón, y astuto para lograr las presas —respondió el autor de los aguinaldos—¡carrampempe, en este mismo punto he de declararme bajamanero, y de los mejores que hayan traficado jamás por estas tierras.

—Eso digo yo, carrizo!—añadió el ladrón confeso —porque en cuanto á la valentía y á las marañas, harto dice de mí el hurto de los apagadores!

—Señor Peralvillo — exclamó el tercer muchacho — advierta ahora que su proposición no es nueva para mí, puesto que de motu-propio y á solas, he practicado siempre el pillaje; mas, como de hacerlo así, ó en compañía de otros guapos hay gran diferencia, sobre la marcha me determinaría á formar número con éstos si no me desconsolase el ver que entre nosotros mismos se practican ya las raterías y son autorizadas, digo á juzgar por el fallo que tan temerariamente adjudica los apagadores á este compañero!

—En eso no mas trepidas? pues ánimo á las gachas! — repuso Peralvillo — yo haré que los apagadores se repartan consultando la conveniencia de todos; por lo demás, no haya miedo que los cofrades se roben unos á otros sus especies, pues haciéndolo faltarían á la ley que dice: en paz y jugando se suele ir pasando. ¡Voto á San Junco, cuanto vá de esta inocente vida que ustedes viven á la maliciosa de un cachidiablo! mientras que en la una la escaséz y el tardío progresó, si lo hay, exasperan al pobre trabajador, y, cuando no lo sea, le llaman alborotapueblos, ruin ó vagabundo; — alistándose entre los cortabolsas de mi cuadrilla puede con el tras-

curso del tiempo y de sus hazañas llegar á apellidarse Tal corazón de roca, Fulano el temido ó bien el de Las tres Marías por la protección constante que de este signo reciba; pero de todos modos será persona temible y respetada á causas de sus fechorías y de sus caudales. En fin, ya que tan reconocida habilidad poseen ustedes para el oficio ¡á cada olla su cobertera! saltarines do va la mar vayan las ondas!

—Eso bien! - replicaron los muchachos — vamos todos, trampa adelante, por donde nos conduzca este insigne bajamanero, y venga el bien y venga por do quisiere!

—Den acá esos cinco mandamientos!—exclamaron Peralvillo y Sisebuto — vivan los cachidiablos!

Y todos se dirijieron á casa de la mendiga.



CAPÍTULO X

Otro día muy de madrugada salieron, según hubo de concertarse el anterior, los seis cortabolsas valientes de la cuadrilla, predispuestos á ensayar en la primera aventura que aconteciese, la habilidad y el animoso brío de cada cual para acometerlas.

Al cabo de una fatigosa andanza divisaron con general regocijo el bulto de dos viajantes que, caballeros sobre un asno, parecían cominar hácia ellos.

Más, en tanto que preparaban el ataque los unos, los otros se les aproximaron y dijeron:—

—Así les dé Dios la gloria como nos digan si son ustedes de estas vecindades, y si, por nuestro bien, conocen á la mendiga Olalla, á la albendera de su comadre, y al zapatero remendón que para todos trabaja?.....—

—Cuerpo del mundo! — interrumpió diciendo Orgáz — envainemos los estoques, compadres, que, vive Dios, si no es cosa de ilusión ó brujería, estos que aquí se muestran son los mismos Zulima y Froilán, héroes de los últimos y populares amores!

—Ay, sospecho que eres Orgáz...—replicó la jóven—tú has de ser bueno, y nos llevarás á donde reside mi pobre abuela!

—Así pidiese esta hermosa señora que la diéramos un Potosí, sería servida á gusto—exclamó Peralvillo — cuánto más pidiendo unas pocas señas que á todos nosotros convienen!

Zulima suspiró tristemente demostrando así cuán grande era la pena que había en su corazón, y el consuelo que de los muchachos se prometía.

Sisebuto prosiguió:

– Ea, en marcha señores, pues á lo que entiendo el afán de Zulima no admite demora! bendecida sea la presente ocasión que se nos depara de estar en amigables dimes y diretes con un tal lazarillo de quien se cuentan tantos donaires! Ahora sí, antójaseme preguntar, prosupuesto que ende no haya indiscreción, qué hay de verdad, señora, en esas corrientes voces que sabemos acerca de la mendiga y del estudiante Pepe de Morondanga?

—Quieres callar, Sisebuto! — replicó el otro mestizo — según trae lloroso y lánguido el semblante la debiste decir un consuelo, que nó esa majadería?

Dirijiéndose después al segundo viajero continuó:

—¿Se podrá saber, señor Froilán, — pues por tal le tengo, — qué lástimas aflijen tan hondamente á la señora Zulima, y á su merced me le ponen cojitabundo, y al canto de hacer lloramicos? porque si bien á la vista de estas gualdrapas cualquiera puede pensar que á la escaséz de las ropas ha de corresponder la del entendimiento, no nos falta en verdad el necesario para comprender las desventuras de su merced y ayudarle á sentirlas.

Froilán reparó en la gracia y el claro cacúmen del preguntante, y, visto que bien empleada

sería una explicación, dispúsose á hacerla, y la comenzó así:

—Por los pocos y bien concertados conceptos que dijiste, se echa de ver lo que eres hábil y compasivo para aliviar eficazmente la razón de mis amarguras. Enojoso es mi relato, digo, ora á causa de que todo él consiste en aventuras prolijas, ora porque refiriéndose éstas á mí, he de tener que emplear á cada paso los inciviles *yoes:* le haré, no obstante, de suerte que la verdad no sufra ningún menoscabo, y tú satisfagas de todo en todo tus bonísimas intenciones. Nací en estas comarcas, y de honrados padres, tan cortos de recursos para subsistir como de felicidad en sus labores, que el destino del hombre bueno nunca fué menos triste y rigoroso! Y así, su solícita afección hubo de sacrificar la necesidad del presente por prepararme un porvenir halagador; más, ay, ni la severidad de los maestros ni la dulce exijencia de mis padres lograron reducirme á la quietud y al estudio durante mi bullidora niñez, y menos todavía cuando más tarde las locas inspiraciones de mi corazón me impulsaban á amar!..... Y este extremoso y atolondrado amor, tan poderoso para sostener y utilizar el movimiento de las demás pasiones, como para desoir la razón de la conveniencia y del deber; este amor que había de dominarme y sobreponerse á todo, y que marchaba irreflexivo y firme en pos de felicidades falsas y efímeras, no dió más fruto que el de la pena y el de la mayor escaséz después de una larga sucesión de locuras! La última que fué mis amores con Zulima, entónces renombrada por coqueta, hubiese acabado con los días de mis padres á no haber sido yo más artero que altiva y desdeñosa fué ella: el matrimonio nos satisfizo desde luego y

verificó una inesperada mudanza templando la pasión del uno, y el atolondrado devaneo de la otra. Al cabo, todo hacía creer en el despuntar próximo de la fortuna, y mis padres, gozosos por esta unión, agradecían al cielo el porvenir que ende se me presentaba de súbito. Más ¿qué es el aura que encanta y hechiza con su corriente suave, si la ha de seguir el ábrego anunciando la tempestad?

Cierto día que salimos de viaje, Zulima y yo acojimos agradablemente á un tal Rodín, hermano de Florisenda, confiados, en que si de cierto conocía el camino tan bien como lo explicaba, y si no eran ofrecimientos de compromiso los que nos dirijía, lograríamos hacer un gustoso paseo, que nó una odiosa expedición.

Pero, ah, según hube de comprender al cabo, todo fué ficción y treta de su parte para deslumbrarnos, y ejecutar con impunidad un plan inícuo!

Al venir de la noche que vino, fué menester buscar alojamiento, y Rodín, siempre presuroso á servirnos, nos lo ofreció en un tambo ó venta harto distante de todo lugar poblado.

—Funesta noche! en sus últimas horas, sorprendidos por la vocería de los huéspedes, que apellidaban ladrones, nos precipitamos hácia á donde nos parecía mayor; y puesto que de vez en vez aumentaba el peligro y la alarma, los varones se encaminaron á la lucha, y las mujeres y los niños, á los sitios de seguridad. Un robo se verificaba ciertamente y consistía, según se dijo después, en un par de mulas tucumanas; pero todavía fuese de más valor, jamas hubiera sido tan lastimoso como el que de mi honra intentaba Rodín, pues cuando los huéspedes dormíamos un sueño tranquilo y apacible, él, el

pérfido, seguido de sus dos criados, levantóse cubierto con el disfráz de una colcha blanca, deseoso de ejecutar una acción cuyo fin hubiera sido mi propia deshonra...! Empero, al atravesar un corto pasadizo dieron los tres encolchados, por equivocación, con los cuatreros, que entónces recorrían las salidas para poner en salvación el robo,—y cojiéndolos resuelta y bárbaramente les ordenaban que se les llevase á la habitación de la huéspeda al tiempo que éstos lanzaron la voz del hurto.....—

Esta triste relación referida por Perico, mi criado, que en silencio escuchaba todo desde el pajar, sublevó mis iras, y me condujo precipitadamente á tomar venganza de Rodin.

—Pérfido desleal.....!—le dije—¿qué ocasión te dí nunca en palabras ó en obras para que abusando de mi amistad, despreciando todo respecto humano, hayas pretendido ejecutar mi deshonra? ¿Acaso así correspondes á la confianza con que desde nuestra partida te manifesté mi estimación y recompensas así la solicitud constante que empleé hasta hoy procurando tu bienestar?..... El propósito que intentaste para hacerme daño, ruín y escandaloso de todas suertes, lo es ahora en demasía puesto que se le añade la violación de los sagrados respetos de la amistad; y, por mi vida, juro que no ha de quedar impune.....!—

En éstos ó semejantes términos habléá Rodín, y con tan mal reprimido enojo que no tardamos un punto en poner mano á las armas.

El combate empeñado impetuosamente duró aunque corto tiempo, el bastante para que Rodín quedára sin vida.....

Desventurado de mí! cuánto mejor me hubiera estado permanecer en el retiro de mi casa, y,

fuera del mundanal tumulto, gozar las primicias de mis amores; pero, ay, cuán de otra manera, y con qué inflexible rigor estaba decretada mi suerte.....!—

Antes de abandonar aquel tambo funesto me dirijí hácia la recámara del patrón á recojer las especies y un dinero que yo había depositado en ella.

Oh vana esperanza mía!

Atacado el ventero por la turba armada de huéspedes, que le acusaban de mantener de industria una compañía de pillos, y que estrechándole de rato en rato con golpes sendos, le compelían á pagar el robo de las mulas,—echó mano de mis haberes, de la herencia de la mendiga Olalla, esperando alcanzar su propia salvación á este precio!

Mientras tanto, la noticia de la inopinada muerte de Rodín había corrido de boca en boca con brevedad y en proporciones crecientes.

La policía de campo, impuesta del hurto y de la halgazara acudió á la venta á hacer justicia, y olvidándose de las pequeñas culpas ante la enormidad de las que se me imputaban, cumpliéronla severamente conmigo.

Zulima...! yo no dudé jamás de la fé con que era amado; tu corazón travieso y veleidoso en los primeros y juveniles días, había demostrado después su abnegación al formar para mí un hogar de encantos y de ilusiones. Y esa dulce paz nunca turbada por el celo sutil ni por la culpable y animosa pasión de algún falso amigo, esa felicidad ignorada hubiérasmela dado si tomando por otra vía, hubiese yo seguido tus propósitos, que eran de más cordura! Pero, ah, qué contraste se advierte entre estas esperanzas ya desvanecidas, y los celosos arrebatos con que

te oprimí, é hice más amarga mi desventura!... Perdona, amiga, si en el lúgubre desvarío de mi corazón olvidé lo mucho que te debo.....! Este escondido dolor que hace brotar de mis lábios el arrepentimiento, baste Zulima á satisfacerte, y acalle, ya de una vez, la temerosa voz de la conciencia.....!

....

Desde que supe cuáles eran los dañosos intentos de Rodín no ví sino intrigas amorosas en cuanto á nosotros tocaba.

El interés dilijente con que se nos servía mientras después del duelo permanecimos en el tambo, me irritaba llenándome de sospechas.

La compasión que inspirábamos, yo por precipitado y asesino, ella por la suerte que se le deparaba siendo tan jóven y tan hermosa, me hacía ver en todo una temeraria disposición á escarnecer mi desgracia suscitando de contíno los celos que la habían ocasionado. La misma intimación que el oficial de campo me hizo para que me diese preso, fué á mis ojos un recurso que imajinaba por lograr el término de sus amores alejándome de Zulima....... Díjele que de cierto no era la necesidad de cumplir un deber por lo que pensaba reducirme á sus duras órdenes, sinó una pasión tan culpable como la de Rodín, indigna de los buenos corazones; que, á mi entender, nadie que le tuviese tal tomaría la parte de aquel pérfido, si ya no atentase contra mi honra; y que, si se hallaba bien determinado á quitármela, que sin ese finjido aparato de justicia me diera antes la muerte porque á un tiempo acabarán mi honra y mi vida.

Con todo, los soldados me ataron fuertemente, y me condujeron así mismo á la prisión.

El favor que pedí fué que Zulima me acompañase en ella, á lo que accedió el enamorado oficial; empero, allí fueron las mayores angustias allí donde por la soledad y reclusión de Zulima esperaba yo tener horas de algún alivio..... Ay de mí, que extraña dureza en mi corazón, qué fantasía, qué desvarío cruel que turbaba así la paz de nuestras almas....? la sombra de Rodín, un tenáz é injusto presentimiento, la ira acelerada! ....Lo que era amor tornóse en despego, en saña el mas jeneroso ideal; los reproches sucedieron á las dulces pláticas pasadas!....

La reclusión, y la incertidumbre de mi suerte la hacía sufrir á ella; á mí, las tristuras de mi fatal destino!

Mas, aconteció que por muchos dias consecutivos una mano desconocida, asomándose á la pequeña ventana del calabozo dejaba caer al interior un número siempre igual de monedas; y este auxilio bienhechor en que un libre espíritu hubiese fundado una esperanza, exaltó mi cuidadoso celo.....—

Parecióme que el oficial insistía en sus amores, que intentaba fascinar á Zulima con sus dádivas, que prevalido de mi estrecha y forzada situación procedía como si no le vieran mis ojos....!

Este mismo oficial fatídico presentóse cierta vez en el calabozo á ejecutar la órden que traía para incomunicarme, con la cual se ponía en mi entender de manifiesto la miserable pasión que la inspiraba; mi cólera estalló por fin y echando en cara nuevamente á la una su infidelidad, y al otro su mal deseo, me precipité sobre ámbos, seguro de que un inaudito esfuerzo destrozaría mis ligaduras.

En balde fué todo.....—

Zulima salió arrastrada por los carceleros.

Yo quedé solitario con mi dolor!

....

Dos veces al dia veía pasar la ronda por mi calabozo, llevando á su cabeza al oficial que así me deshonraba; pero aunque ninguna de ellas acontecía sin que le dirijiese yo los mas duros y desesperados reproches, jamas obtuve que me respondiera.

Mis desahogos no lograban ya herir su corazón berroqueño.

Un centinela de vista pusiéronme después, silencioso é indiferente cual un estafermo, á quien no hubieran conmovido, fijamente, la dolorida voz de mi congoja ni los propósitos fieros de la ira; mas, el cuidado que hube tenido de recojer las monedas que la desconocida mano enviaba, aprvechó esta vez, y confiado en el buen éxito, empleé un postrer recurso, que fué obsequiárselas todas.

Vista la pasión de mis súplicas, y el relucir del oro, ablandóse aquella alma silenciosa é indiferente, y desprendiéndome de las ligaduras me puso en libertad.

Encontinente me precipité hácia las salidas llevado en alas de mi vengativo anhelo, y derribando cuanto se oponía á mi paso, pude llegar á un pátio en donde creí ver al oficial fatídico...—

Lánzome sobre él, mas aunque le derribo, presto recobra la fuerza con la ayuda de su jente.

Empero, si bien hubiera yo perdido mi libertad, y acaso la vida en ese desesperado lance, á estar solo, —la suerte del centinela silencioso era la mía, y la felíz de ámbos dependía del éxito de un combate.

Empéñalo él de su cuenta; socórrele una junta animosa de compadres y el tumulto se jeneraliza....

Como esta fuese la oportunidad que yo esperaba, escapé á todo trapo —

....

Tomé entónces la dirección de la venta en dónde habían tenido principio estas desventuras, y llegado que hube dieron mis ojos con Zulima, á la cual custodiaban, aparentemente al menos, dos alguaciles.

—Huye!.... hue la mala esposa! — dije al verla impulsado por el furor de los celos — ¡ traicionaste la fé jurada: me has deshonrado.....!! Oh amores míos, qué triste fin para una felicidad tan cautivadora como esa que me prometías! nunca te amara yo si hubiese conocido que tus liviandades no eran tan solo cándidas inspiraciones de la edad, y que allá entre el silencio y la sombras solías poner tu libidinosos pensamientos en un amante ignorado...! Vosotros, floridos días de la infancia, que tan léjos estais ahora, vinieseis á ahuyentar esta pena con vuestros apacibles é inocentes goces! Zulima, dí, qué desamor, qué mal proceder notaste, que te incitara á procurar torpemente mi deshonra? Ay triste, ya no eres digna de mis amores; tú, que sobre haber consentido los del oficial les diste ocasión, y me abandonaste en un calabozo por recibirlos de su propia mano, tú que con la misma desenvoltura hechizaste á Rodín, y arrebatándomele cuando su amistad se hacía mas interesante, me armaste contra él y condujísteme á darle muerte, tú, que has trocado por oro aquella prenda inmaculada cuya guarda te hube confiado al pié de los altares, solo mereces maldición y muerte..... —

—Oyeme Froilán, esposo mío — exclamó ella herida por el dolor — por qué injusta razón me aflijes así, temerariamente? oh cruel destino, cuanto mal me preparabas!..... Froilán, tus

celos me quitan la vida.....; ya no hay amor entre nosotros...; la esperanza lisonjera del porvenir se ha desvanecido ante la rigorosa saña con que hasta hoy hiciste mi sacrificio...! Por Dios, todo es falsedad, todo engaño..... jamas autoricé el vil intento de los encolchados, ni supe jamas que en mi modesto retiro pudiese inspirar una pasión culpable.....! cuál es la del oficial, por qué claros indicios la conociste?..... Oh, yo te amo..... soy tu esposa, querido Froilán.....; mi corazón te pertenece.... aquí estoy traida á la fuerza porque no me consumiese el dolor que èn el calabozo me ocasionaban tus sufrimientos...! Las monedas de oro recibidas en él eran el pago que este ventero nos hacía de nuestros bienes, y no el precio de tu deshonra como celosamente creiste.

—Por el siglo de mi madre, señor Froilán,—interrumpió diciendo el posadero—que no hay mas varón quejoso que yo, ni más lastimada honra que la mía, puesto que Rodín llevado de su mal antojo se dirijió con el disfráz de una colcha blanca á la habitación de mi hija; y, vive Dios que á no hallar sobre el camino al par de bajamaneros que hurtaron las mulas y vaciaron la bolsa de su merced, y á no tomarles por Perico, el mozo que en este tambo lleva la cuenta de la cebada,—mal la pasara ella, y yo por vengarla hiciera una matanza, que para todos fuese escarmiento! Acabado sea el enojo señor Froilán, ya que ni á su merced le vá la honra en el cuento de los encolchados, ni por ocultas ó corrientes vías tuvo ende participación la señora Zulima!

Y ésta cojiendo la palabra continuó así:

—En verdad, jamás recibió mi conciencia la mancha de una acción recóndita y vergonzosa,

ni la de un mal pensamiento que te lastimase! Ay amarga, qué impensado proceder, qué ofensiva querella, qué desengaño es este al tiempo que empezaba á creer sería dichosa consagrándote un casto y puro amor!..... Froilán, ese honor cuya guarda me confiaste está sin mancilla, juro á Dios.....; empero, si no soy digna ya de que me ames, salga siquiera de tus lábios una sola palabra de perdón para esta pobre é infortunada mujer!

Y cayendo en mis brazos lloró amargamente.

—Hola, procurá, hija mia — dijo en seguida el posadero — que pongan los aparejos al rucio de mas presencia que se depare en la cuadra, pues aunque no sean estas cabalgaduras asnales de las mas pintiparadas, tengo de agasajar á los dos esposos reconciliados dándoles el medio de volver á la querencia sin la compañía de los alguaciles.

En este punto pusiéronse de pié los que lo eran, y con voz firme y reposada dijeron que en ningun modo dajarían de llevar á Zulima á dónde expresaban las particulares órdenes que traían, — y que, en cuanto á mí, pues había huido de la cárcel, de grado ó por fuerza me apresarían ellos nuevamente.

—Callad y callemos — repuso el posadero — sepan ustedes señores, que en Froilán no hay más pecado que el haber padecido horribles celos, que á la larga le privaron de la razón; más, voto vá, que á la hora de ahora la posee más juiciosa y expedita que nunca la tuvo; además, digo que por pequeños escrúpulos de conciencia no se debe turbar la paz de dos esposos reconciliados, cuanto ménos, si es posible, como al presente, decir á quien dió esas órdenes; que la señora Zulima fué recojida en un tambo

por su parientes, y que ustedes nada saben del caballero prófugo.

Y diciendo y haciendo ayudaba á Zulima á sentarse sobre el rucio.

Los alguaciles, sea por no arriesgar la pelleja en una tremolina, sea porque les pareciesen bien las anteriores razones nos dejaron solos; y entonces, agradeciendo al posadero de la mejor manera sus buenos oficios nos pusimos en marcha; Zulima atormentada por la memoria de estas amarguras, yo, meditando tristemente en los horrores á que me habían conducido mis fatales celos.

Froilán calló en este punto, y Peralvillo contestándole, dijo:

—En puridad, mucho me pesa de las desventuras de su merced, maravillándome sobre todo el que hubiera tal corazón que concibiese celos del de una tan linda y virtuosa dama como Zulima aparenta ser; más, prosupuesto que lo sea, vistos la arrogante talla de su merced, su donairoso injenio, y la estima que por otros respectos merece, me congratulo de que ambos hayan vuelto á la paz de ántes.

El grupo de viajeros llegó en esto á la población, y despues, tomando por lo mas corto, á la albendería, mientras Orgáz se encaminaba al chiribitil á anunciar la llegada de Zulima.

La pobre Olalla cojió su báculo, llena de regocijo, y con una presteza, por su edad increible, se presentó en casa de la comadre.

—Zulima...... hija mia!!—murmuró derramando copiosas lágrimas y estrechándola entre sus brazos.

Froilán cayó de rodillas al verla, y con sincero y dolorido acento exclamó:

—Señora Olalla.... no somos culpables, no!....

la triste suerte de su merced fué la causa de nuestra silenciosa partida..... el deseo de darla una agradable sorpresa mostrándola un cambio súbito de fortuna, nos movió á proceder ocultamente; y el de evitar las burlas de que su merced era objeto en el átrio, y asegurarla contra la mendicidad, á emprender el viaje!.... Nuestro propósito había sido establecerla en un lugar apacible y bello, endonde los chiquitines no la ofendiesen con sus majaderías, é invertir la herencia en asuntos de provecho porque no se dilapidase en ñiquiñaques ó caprichos de fantasía....; pero, ay de mí, cuan caro ha sido este buen deseo!.... Señora Olalla, yo no soy el mozo atolondrado de ántes, ni Zulima es la coqueta del lugar....; el matrimonio nos ha hecho felices por cuanto ha correjido las malicias pasadas, y ha embellecido nuestras almas con los encantos de la honradez y del buen juicio!—

Los seis valientes de la cuadrilla en llegando que llegaron se habían puesto en hilera á tocar las zampoñas para reunir jente y practicar sus garramas; é iban con grande ventura en esta empresa cuando uno de los oyentes apercibiéndolas dió voces, ajitó el corrincho, y puso así en confusión y pleito lo que ántes era pura diversión.

Al tiempo pues que Froilán decía los últimos vocablos de su discurso, adquirió la tremolina sérias proporciones; mas, como interviniesen á mano armada los policiales en defensa de los oyentes, y el éxito de la lucha los favoreciera, fueron apresados los cuatro galafates novicios,— y también lo fueran Peralvillo y Sisebuto á no blandir éstos sus puñales con intrepidéz y pujanza.



CAPÍTULO XI

Los dos mestizos tomaron luego luego el hopo haciéndose puras zancas para correr; como que eran ájiles bajamaneros, y de sutil y previsor injenio.

Desvonecidas de ahí á poco, y gracias á aquel recurso corriente, las señales por donde se daban ellos á entender cuán temeroso peligro les amenazaba, tendiéronse á la raspa en un verde prado de abundosa yerba, bajo la nítida y apacible claridad de la luna; y,—ahora fuese por el desastrado éxito de la pasada aventura, ahora por el riesgo que atravesaron de ser cojidos, ó por el propósito valiente en que entrambos á dos meditaban,—allí pasáran de fijo la noche, en inoportuno silencio, á no quebrantarlo así Sisebuto:

—Carrampempe, compadre, si bien soy valentón de la casa llena, y experimentado en cuanto atañe á la mera ratería y al manejo de los estoques para birlar á alguno ó defenderme, dígote que la última me tiene quebrantada el alma y el entusiasmo brioso desfallecido, á causa de ciertas imajinaciones odiosas que de rato en rato me inspira sobre la suerte que habrán de correr nuestros compañeros de oficio!.....

—Pése á tal con la galga! ocúrresete pues que un alboroto de porquerones en que apenas si los

puntazos llovieron, ha de ser bastante á disolver, en sus principios, nuestra compañía famosa de cachicanes, y á ponernos en el trance amargo de andar á monte buscando nosotros solos las aventuras con gran peligro de la pelleja ¡mi fé! y sin esperanzas que las hagan seductoras é interesantes? Engáñastete amigo! aquí, en mis adentros, he prosupuesto ¡por la madre del mal apodo! cojer mi estoque, y de él armado entrar, lleno de coraje y de esfuerzo, dando hincones y tajos, hasta el calabozo dó estén los nuestros, y libertarles!.....—

—Ah Peralvillo! y como á las veces suelen coincidir los pensamientos de ámbos cuando un jeneroso impulso les dá ocasión! yo había pensado ya en el proyecto que dijiste, y compulsado mis bríos para el caso que de libertales llegase, bien que haya en la susodicha empresa más peligros que esperanzas de un buen suceso. Ahora pues, dado que nos obliga la amistad de esos valerosos cúmpas, y que tan de acuerdo estamos, aún antes de comunicarnos, sobre lo de salvarles la vida, visto que esta oculta conformidad de pareceres encierra algo providencial, no hay mas sino alistar los ánimos y partir, que la diligencia es madre de la buena ventura, y á raposo durmiente no le amanece la gallina en el vientre. Más, ay amigo, considerando como de lance en lance, y á manos vacías y enjutas, vamos ahondándonos en grandes lodazales y adelgazándo así, tontamente, el hilo, de por sí sutil, de nuestra vida, me vienen al testúz unas tan tristes memorias.....! En realidad de verdad, apesar de los amores de la señora doña Ana, y de las granjerías que nuestras habilidades dieron en el átrio, y en casa de la señora Florisenda, — mas veces que acierto á decir me asalta diariamente

y en breve espacio el recuerdo de mi madre y el de sus miserias; y al ver, carrizo, que, no obstante esta correría de una semana, la paso cada vez mas aflijido, y que, en lugar de tener la existencia asegurada ando entregado á los piés y al soto·cuando nó en las poblaciones con el ánima sobresaltada y el ojo espantadizo; al ver lo tal pienso que era yo mas feliz al lado de mi madre, ahí sin perseguidores, oyéndola en el solejar referir mil máximas y sabrosos cuentos.....

—Ya te veo besugo que tienes el ojo claro! ¿á la postre hemos vuelto pues á los escrupulillos en que enántes solía ponerte la memoria del solejar y de las máximas de tu madre? juri á nos, con ese necio pensar, trazas te hallo de echar ahora á doce nuestra comenzada aventura, por entrar conmigo en dimes y diretes de poca monta! ¿Qué descontento es aquel, Sisebuto, después de las muchas y prolijas en que úlitimamente hicimos jiras y capirotes no solo la hacienda ajena, sí que también el corazón de alguna dama correntía? qué tales pobrezas sufres? ante todo ¿no tienes un puñalejo de estos que en poniéndolos de punta solos se hunden? y, hasta el rato de ahora ¿no hemos sido agasajado siempre en las poblaciones, y bien servidos y acondicionados al punto de salir al campo? ¿qué más necesita un cachidiablo como el que tu presumes ser, alborotado y maulero, cuya vida todo sea garbear andando á la vita bona,—cuyo capital, su esfuerzo,—cuyos padres ó parientes sean tan solamente los bravos de su calaña,—cuyos dominios, la inmensidad? Qué son, dime, esos amores de la señora doña Ana, cuando todo fué pretexto para el donaire y la diversión, si jamás volviste á verla después de aquel oscuro ratico? qué atractivo, pues enamorado de él te veo, hallaste en

casa de Florisenda, cuando un par de puñales no mas hurtamos? Paréceme, al no haber en estas dos aventuras cosas que las haga dignas de especial memoria, que en nada exceden á las demás, y que con injusticia procedes al no recordarlas todas. ¿Qué ocasión has tenido de andar rebuscando los escondites del campo, ó de poner los ojos espantadizos, sino al presente, en que ántes marchamos á combatir que en busca de rincones? En buena hora, vé al lado de tu madre, y óyela sus cuentos, que sabrosos serán y cautivadores; más, sepas que cada espíritu, según su edad tiene pasatiempos determinados, y tareas á él proporcionadas, que no lo son ménos; así, pasado há para nosotros aquella buena sazón y conyuntura en que solían suspendernos los chascarrillos y venido la en que, pues somos pobres, salgamos al dilatado campo á ejercitar en beneficio propio nuestra fortaleza y pujanza.

—Por mi vida, eso digo yo: jamás nos ha faltado en la ciudad el condumio aderezado por femeniles manos, ni en la mayor soledad y peligro, el repuesto para las alforjas! Con todo, hartas pellejerías he pasado hasta el presente siguiendo tu ingrato oficio, para conocer que el tal nada promete que de provecho sea, ántes sí lances riesgosos para la libertad ó la vida.

—Compadre, repito que molde llevan tus lamentos de sacarme de cuajo! A decir verdad, difícil se me hace el creer que las peripecias de nuestro oficio sea la razón que te mueve á dejarlo, porque, si bien se mira, es manifiesta la utilidad que le debes: lo primero, por haber salido de capa de raja reemplazando tu poncho viejo, lo segundo, por poder manejar impunemente, y á él gracias, un puñal que, en poniéndote tu á ello, hace cuatro esguinces en el aire

y se va de punta luego luego á abrir como por encanto aquel tesoro que se anhelaba; lo tercero. por la buena salud que gozas, — y si nó, dígalo ese tu colorcillo rubicundo debido así á la actividad que el oficio requiere como á la calidad y abundancia del sustento que proporciona.

—En eso no me entremeto yo; solo digo que el puñal encantado, el reemplazo del poncho viejo, y las colorcillas bermejas que en mi echas de ver, irán al diablo en llegando las ocasiones, —mas frecuentes que las de birlar,—de tomar nosotros la fuga, y quedar tan temerosos de la justicia como desconfiados del éxito de cualquiera otra aventura que en seguida se nos deparase. Presupuestos pues estos peligros estériles, y la necesidad que, á no dudarlo, de mí sentirá mi madre,—considerando de otro lado que vale mas comer grama y abrojo que traer capirote en el ojo, inclínase mi pensamiento, y con pesar lo digo, á dejarte, y regresar á donde mi madre está.

—Déjate de badajadas, Sisebuto! yo sé bien por muchas y muy diversas señales que tienes un corazón valiente y animoso, incapáz de reparar en lo que no repáran los que le tienen mezquino y de vil condición. Hace apenas siete días que andamos á la raspa, y aunque en el período susodicho no hemos conquistado todavía grandes haberes,—es razón para alentarse mas bien que para desfallecer el robo de las mulas, el de los puñales y el de aquel centenar de baratijas depositadas en el chiribitil de la pordiosera Olalla. No es posible, además, que andando á las bonicas y en breve tiempo logremos hacer nuestro agosto, pues tanto exije afán y aplicación esto de ratear como el trabajo honrado; así pues, no hay que desesperar sino darse con nuevo aliento

á la mala trampa, y andar adelante, carrizo; y bulla moneda, y dure el pleito seis navidades!

—Jarabe de pico es todo lo que dijiste, compañero! sepamos ¿en qué manera habremos de medrar si, dado que se nos venga á la mano alguna aventura de lucro, la dejamos ir por el nécio antojo de echarla de justicieros, al uso de la jente honrada y dadivosa, despreciando la ganga repito, mirando — para decirlo de una vez — con impasible ojo los apagadores de plata? en qué manera, si á cada asalto fatal, al ser descubierto, hemos de exponer en un combate, como hoy nos ha acontecido, el depósito de las granjerías pasadas?

—Como que vas perdiendo, amigo, en un punto el buen critorio y el cacúmen razonador, pues échas de ménos los apagadores! Aunque rateros somos, y de los mas perfeccionados, el oficio, ciertamente, no nos obliga á hurtar á trompa y talega sinó á sus tiempos; que á las veces importa mas una continencia oportuna que cualquiera fechoría de grandes cucañas; y de esta manera has de ver que siendo nuestro propósito formar una cuadrilla interesante de cortabolsas, mal principio fuera, para lograrlo, el desbalijar y violentar á los compañeros presuntos. En lo de combatir, no sé cómo expongamos en un combate las granjerías pasadas, puesto que la regla es evitarlo, y cuando los porquerones fuesen en gran número y nos estrechasen, empeñarlo esforzadamente, y después, á la ocasión propicia, tomar las de Villadiego, porque á celada de bellacos mas vale el hombre por los piés que por las manos. Y en estando el hombre libre ¿hay mas que regresar á socapa al pueblo de donde fugó, y recojer sus baratijas depositadas?

—Púchas digo, en el aldehuela mas mal hay que suena! no es tan simple la cosa como tus

palabras prometen, dado que, al repetirse en el curso de nuestras aventuras este postrero lance de golpes y cuchilladas sangrientas, no haremos ya raterías inocentes casi casi, sinó asesinatos; é irá en disminución el número de los lugares en que podamos ejercer nuestra profesión, y en aumento el de esos horrorosos crímenes.

—Calla Sisebuto, que un cachicán de rostro ñublado y ágrio como tú tienes no ha de reparar en danzas al dedicarse á los ocultos tráficos de la bajamanería, porque quién mucho mira al viento ni siembra ni coje á tiempo. De otra parte, no hay, en justicia, riesgos de hacerse desalmado y asesino, pues, para huirlos, no ha de atacar el cachidiablo con tanta verdad y esmero que quite al porquerón la vida, sinó procurando hacerle solo la mamola con el puñal á fin de poder tomar la fuga, — y si ésta no es posible, debe entregarse sin combatir por que el pecado sea leve, y la ocasión de escurrirse retorne.

—De todas suertes, el continuar ejerciendo tu oficio es resignarse á pasar la vida entre ajitaciones y espantos, puesto que de hoy mas, siendo todo el afán del enemigo darnos caza, á cada cabo habrá tres leguas de mal quebranto. Ahora, con este nuevo aguijón de la justicia ¿piensas que yo he de seguir corriendo trás de las aventuras, todo afanoso y entusiasmado, y esto para á cabo de rato andujar? A Dios gracias, no me pesa una paja de mi determinación: así que, en dando libertad á nuestros compadres, pasaré á la venta próxima para tomar allí á la tarja los recursos necesarios para proseguir el camino de mi pueblo.

—Repará, carrizo, en que hablas como si debajo de esas ropas que vistes no hubiese un corazón altivo y devastador por su fortaleza y

levantado aliento! Miedo ha payo que reza, don Sisebuto, y, por la mala madre, que no oiga yo de tus lábios otras temerosas razones! En cuanto á mí, no espero cambiar jamás de propósito, ántes bien, proseguir adelante en esta senda, puñal en mano, ciego el ojo para el peligro, saqueando el haber ajeno, haciendo partijas y tasajos á quien se me opusiere, — y después de vendímias..... cuévanos!

Paso, paso, Peralvillo, que entre nosotros dos, y en lo que toca al brío, no eres tú, de seguro quien se lleva la mapa, ni quien puede ponerme en los trotes así, con descorteses maneras, porque el ensartar sin juicio ni medida vocablos ásperos é injuriosos es mas de gárrulos que de consejeros prudentes. Ahora bien, el valor útil y provechoso, ha de ser reflexivo, y nó inconsciente y brutal, por lo que debe ceder ante el peligro estéril: verdad es que hasta el dia de hoy no nos hemos visto en percances de mas de marca; pero por ahí se dice que tantas veces vá la cobra á las coles que deja el pellejo; y lástima fuera que lo dejásemos nosotros por pura bellaquería.

—Par Dios buena, compadre, y con cuán poca ocasión se te sube la cólera al campanario! para expresar tu concepto no era menester, por la verdad, medir y oscurecer mis bríos de aquella suerte, ni escudriñar la palabra en tanta manera que de entre dos amigos pudiese surjir una pendencia, que en paz y jugando se suele ir pasando!

—Ello será como quieras; pero en cuanto al hacer raterías digo y sostengo que nosotros, ni aislados ni con una junta de otros como nosotros, debemos embarullarnos con los esbirros, que es jente bien pertrechada por lo jeneral, que procura andar en parvadas crecidas para evitar

cualquier malón; de modo pues que por esto, y ser los porquerones naturales enemigos de quien se aplica á la rapiña, esa bravura que dijiste poco ha, ese brazo esgrimidor, esos ánimos para cometer las raterías aunque despues te guarden en caponera, — mucho se parecen á lo que se cuenta del ánsar de cantimpalo, que le salió al camino al lobo; y advierte pues que el éxito de aquel será el tuyo, tarde ó temprano, y el de quien siguiere tus disparatados proyectos, porque..... tanto pica la pega en la raíz del trovisco que al cabo quebranta el pico.

—Somos bajamaneros de la hampa, corrientes y molientes, que ya sea en cuadrilla, ya obrando aisladamente de por sí cada uno, disipamos de sobra y confundimos al mayor hato de esbirros, como hace la mar bravía á la entrabada escuadra que la surca, — prosupuesto que no hay aún varón nacido que nos exceda en lo de manejar las armas, ni en la serenidad y arrojo con que emprendemos por cualquier atajo. Y ahora lo has de ver, carrizo, en la ejecución de cierta empresa bonísima en que las cualidades guerreras de uno y otro partido podrán campear desembarazadamente! Riesgos, y muchos, habrá de correr ende la pelleja; pero qué! los valientes no la estiman sinó en cuanto les puede servir para acometer las aventuras, y darlas felíz acabamiento.

—Harto estoy, Peralvillo, de correr afanosamente en pos de tus empresas, tan hermosas y abultadas de léjos, cuanto son mezquinas de cerca y porqueronianas. En dando que dé libertad á nuestros compadres, me he de apartar, voto á San Junco, de este oficio ingrato y agobiador, porque es preferible, á no dudarlo, estar allá en la paz de mi pueblecico, reconciliado con

el gobernador y con nnestros parientes, jugando á las bonicas en el solejar durante los ratos de ócio, — y en los de trabajo, puestos á la tarea gustosa y fácil de labrar los campos.

—Ah, ah, mestizo veleidoso! nunca te tomára yo de compañero en este bajamaneril oficio si supiera cuántos caprichosos y contrarios pensamientos habías de oponerme y mantener con majadera obstinación! Ven acá, y dime ¿es que tienes memoria de grillo, cuando olvidas, para alabar el solajar y el campo, aquel escaso y desabrido condumio que por merced comíamos á las veces; la casa sin techo, á todo aire y llovizna, en que de por fuerza habiamos de dormir; el poncho hecho jirones; la ropa toda remendada y zurcida endónde no perforada; y aquel trabajar sin sueldo en que el taita nos mantenía? ¿Y este es el juego de truco que para allá te prometes, y el de las bonicas, y la tarea gustosa y fácil del campo? Y es cosa de olvidar á vuelta de ojo el deletreo de la escuela, y la zurribanda que, al no hacerle de pe á pa, nos llovía con sus picazones y cardenales; la cimarra que á guisa de desahogo solíamos emprender, y que tan odiosa era para sus sobresaltos presentes como por sus venideros azotes? ¿Es que has perdido la memoria del hurto que en casa del gobernador hicimos? ¿y montas que todo ha de ser llegar y pedir perdón para evitar el calabozo y el vapuleo? ¡Eá Sisebuto, que no eres de mal cacúmen: pensar que nuestros padres nos han de recibir allá haciéndonos muchos cocos, y la justicia con ojos de buen agüero, ántes se oscurecerá esa luna que ahora nos es testigo! Y pues no existe nigún porvenir para nosotros fuera de la bajamanería, determinémonos nuevamente á ejercitarla, y quien mula quiera sin tacha estése

sin ella, que en esta vida nada hay exento de contrariedad; y andar adelante, y venga el bien y venga por do quisiere! Una empresa contra esos diablos de esbirros se nos depara, compadre, tan seductora, tan repulida que no hay cosa que mas valga, y cuyo buen éxito casi casi tenemos cojido por las guedejas. A mala parte vayan las temerosas razones que dijiste acerca de los pertrechos del enemigo, pues nada puede igualar, y menos sobrepujar, el vigor pujante de nuestros ánimos; y así lo debemos creer, pues de lo contrario.... ¡malhaya el romero que dice mal de su bordón y ruín es quien por ruín se tiene!

—Carrizo, dá acá esos cinco mandamientos galafate, filosofador y retorico, mas que cualquier escolar graduado! No sé, en puridad, cómo te compones, que ensartas los vocablos con tanta artería y donosura que así me suspendes de ellos, quiera yo que no quiera! Y ahora, mirando bien en lo que hace al proyecto que dijiste, tengo para mí que esa tal aventura ha de ser de gran valía, á juzgar por las partes seductoras que la componen, y los ópimos frutos que en justicia tenemos de esperar!

—De fijo que ello consiste solo en menear las tabas al presente, y hacer una zorrería y dos guapos navajazos de afecto: la primera, para llegar al cuartel de los esbirros haciendo la gata ensogada y declarar que sabemos dó paran los cachidiablos Peralvillo y Sisebuto que escaparon de caer á sombra de tejados en la última jornada de pillos, y que así por la entereza de nuestros ánimos como por la conocencia de los vericuetos y escondijos del país, que harto capaces somos de conducir á un par formidable de guardias. Nadie dudará en vista de nuestro

disfráz que no somos los antedichos galafates; se nos concederá los porquerones pedidos; solicitaremos de éstos las ancas de sus cabalgaduras; y entónces será cuando entren los navajazos para, en estando fuera de todo socorro humano, derribarles con ellos y cojerles las mulas y las espadas: éstas á fin de abrir mas fácilmente la brecha entre los defensores de la cárcel, así que la emprendamos al regresar presto presto de la tal aventura; aquellas para huir á todo trapo con nuestros libertados compadres.

—Por la luz de Dios, que está bonitamente imajinada esa maraña y cuando rebase los límites de la prudencia, que la he de aceptar y llevar á cabo, de haldas ó de mangas, arrasando con animoso brío cuanto obstáculo se me opusiere esgrimiendo el puñal con esta viril potencia, carrizo; que si de la ocasión de ahora se tratare algún día, bien echará de ver mi madre quien fué Callejas, y cuánto hace por procurarla el sustento y la comodidad!

La luna fué perdiendo poco á poco su brillo apagado por el del sol que, pasado el crepúsculo matutino, tendía sobre la campiña sus primeros rayos; y los mestizos, por que para todo hubiera ocasión, irguiéronse de lijero, y así, brevemente, comenzaron la faena de cambiar los colores y la forma de sus vestidos: uno y otro pusiéronlos de revés, seguros de que otra apariencia tendrían gracias á los remiendos y á los zurcidos que, en verdad, de ese lado formaban toda la ilusión; Peralvillo cojió para sí los calzones de Sisebuto, y éste, el sombrero y la camisa de aquel, prendas que, según los desgarrones y ojales recibidos en la trisca pasada, no necesitaban, de fijo, ninguna transformación; y, puestos los rosarios al cuello, atados los cintos con sendas fajas, los ponchos

refundidos en un oculto y sutil paraje.—ambos pilluelos emprendieron la marcha de vuelta hácia la población del alcalde enamorado.

La primera dilijencia que hicieron al llegar fué dirijirse al chiribitil de Olalla en busca de las baratijas allí depositadas, y en teniéndolas, llevarlas á un apartado lugar de donde fácilmente pudieran acarrearlas después de derribar á los dos esbirros.

Sin mas demora acudieron á la alcaldía Peralvillo y Sisebuto; y con grande serenidad y desenvoltura, ejecutando por maravilla la concertada treta, pidieron á la autoridad que reparase en un punto prolijo que ellos sabían.

Este desembarazo, esta franca determinación para solicitar audiencia, el estilo de sus personas entre inquieto y grave, y más que todo, el pensar que fuesen enviados de Florisenda decidieron á su señoría á recibirles encontinenti.

Peralvillo, así por ser mayor como por mas rabioso, cojió la palabra, y á la letra expuso cuanto en el consabido proyecto se contenía.

Sospechoso el alcalde de que esta denuncia fuese obra de los mestizos, ó que en algún modo les atañera,—pues ya tenía escarmentada la condición maliciosa de éstos,—miró á los presentes de hito en hito, con ojo tan desconfiado y escudriñador que otros que ellos perdieran la desvergüenza; empero, aunque más les remirára, nunca jamas les reconociera, según era perfecto y cabal el ardid que para disfrazarse imajinaron.

Lleno pues de indignación al oir hablar de Peralvillo y Sisebuto, recordando lo que él les había servido en casa de Florisenda, y las tramperías y alborotos ruidosos con que enántes correspondieron, se amostazó su señoría más que de su natural reposado se esperaba, y mandó que en

un ratico estrecho marcháran con los denunciantes dos porquerones fornidos y valientes á traer, fuese con vida, fuese sin ella, el par de bajamaneros.

Volviéndose entonces á los de la noticia les agasajó sobremanera, tanto que éstos, conmovidos, casi estaban por renunciar á sus zorrerías, — y después de muchas promesas y gracias pasadas entre la autoridad y ellos, disolvióse la audiencia.

La comisión tomó pues su derrotero, é iba por aquel camino festiva y alborazada.

Así que se apartáron un largo trecho de la población los mestizos pidieron ancas, y los soldados, solícitos, según la órden, para complacerles, diéronlas sin vacilar; y así que se apartaron otro grande espacio de la población dió Peralvillo á Sisebuto la señal de borrica frontina: y sacando prestamente un lazo de la montura, y echándolo al pecho de los policiales, y rascando á las mulas como por la cola con un aguijón,—ambos á dos precipitáronse en volandillas á tierra.

Las mulas, en sintiendo el cosquilleo eficáz de las ancas, hicieron una cabriola y dieron al aire un par de coces, que con gran verdad y gracia se elevaron los esbirros á buena altura, recibiendo de vuelta una fuerte porrada en el costillar.

Los mestizos que mientras duró la ascensión tenían fuertemente empuñado el extremo libre de los cordeles, tiráronlo al descender los porquerones, y arrastrándoles hácia unos crecidos árboles que por ahí se mostraban, hiciéronles chocar y retenerse en ellos, y después, tomando por centro al porquerón y al árbol, dieron tales y tantas vueltas que éstos y los otros quedaron en un todo cubiertos de ligaduras.

Peralvillo y Sisebuto, alegres como unas castañuelas al ver el buen éxito de este lance, puestos al cinto los chafarotes, montaron sobre las mulas, y enderezaron la marcha hácia un mesón de ellos conocido, harto distante de todo lugar poblado.

Poco después de la hora del medio día, al cabo de un sostenido galopar, dieron fin en la venta á la caminata, ganosos de ocultar allí las mulas y de emprenderla de nuevo para ejecutar, á la sazón debida, la hazaña de libertar á los compadres pipiritañeros; más, aqueste desabrido y bélico propósito desapareció en un solo punto, y trocóse en indecible alegría al divisar á los mismos rateros de los apagadores y á Orgáz, que en un poyo sentados jugaban entusiasmadamente al rentoy y al reparolo.

Los mestizos, sin poder moderar su ardor, saltaron en un aire de las cabalgaduras, y echáronse en brazos de los cuatro jugadores, que ya les habían reconocido, y en ellos les esperaban; y así permanecieron, demostrándose unos á otros por mil claras y ternísimas señales el regocijo que de este encuentro recibían,—hasta que Orgáz encabezando el grupo llevó á los recién venidos á un apartado sitio, y les invitó á revelar las desventuras ó buenos sucesos que hubieran tenido desde la tormentosa noche pasada.





CAPÍTULO XII

Sepan amigos—exclamó entónces Peralvillo —cuánto nos alboroza el hallarlos aquí jugando sosegadamente al rentoy y al reparolo, al tiempo que, suponiéndoles metidos en caponera, nos preparábamos á ponerles en libertad! Juri á nos, pues si adelantada teníamos ya la mitad de esta valiente empresa! reparà, bravos bajamaneros, qué tales trazas nos dimos para emprenderla venturosamente: so pretexto de denunciar el paradero de los cachidiablos perseguidos por la justicia, Peralvillo y Sisebuto, pusimonos un disfráz novísimo, y de él cubiertos, nos presentamos en la alcaldía á pedir un par de porquerones guapos, bien cabalgados capaces de ponerles en calzas bermejas.

La autoridad convino, por nuestro bien, en dárnosles caballeros sobre estas cuarteadas y arrogantes mulas. Nada tardamos en estar á todo aire, y en una vía silenciosa y solitaria: con que en estando que estuvimos en ella, ejecutamos una tan delicada y eficáz zorrería que el respingar de las mulas y el caer á tierra de los porquerones, cubiertos de amarras, todo fué uno. Pues así que le tuvimos á nuestra merced, hurtámosles los chafarotes, y poniéndonos á horcajadillas sobre las mulas, luego al punto tomamos

el camino de este mesón; lo primero, por facilitar la ejecución de la empresa dejándolas en él; lo segundo, para, después de acabada, tener á la mano en qué tomar todos juntos las de Villadiego.

—Por el siglo de mi padre! — repuso Orgáz — nunca fuera debidamente expresada nuestra gratitud por esa tan jenerosa cuanto esclarecida idea, si bien fuésemos cursantes graduados! Más, digo también que nosotros, avezados ya á los manejos de la bajamanería, prosupuestos los peligros que nos amenazaban, mantuvimos el levantado ánimo en todo su ser, y aguzamos el injenio para concebir un plancico de libertad. A esta grandeza de corazón, compadres, se debe pues el estar hoy en sabrosa compañía, más dispuestos á proseguir en la mala trampa que á arrepentirnos... Los policiales nos habían apresado, en verdad; pero al pasar por delante de la casa de Florisenda, informada ésta de lo ocurrido, nos salió al paso toda suplicante y carifruncida, con un tal airecico que á estar presente su señoría... ¡carrizo, punto redondo! Directamente se dirigió al grupo de los porquerones pidiendo por favor que nos soltasen, pues ella nos conocía bien y sabía que yo era Orgáz, el lazarillo de Olalla, y estos otros, los antiguos acólitos de la capilla; que siendo yo pipiritañero trabajador y honrado y los demás, jente eclesiástica, era imposible que armáramos una tremolina para hurtar, y mas aún, que nos pusiésemos con los vijilantes á golpes y cuchilladas; que, de cierto, pues el alboroto había prevenido de nuestra común travesura, y nó del pecado que se decía que nos dejasen ir libremente.

A estas fogosas súplicas se unieron las de Froilán, de la mendiga, de la albendera y del zapatero remendón, que acudieron á la voz corriente

de nuestra aprehensión; y todos intercedían, y todos se amostazaban, y el grupo de curiosos crecía de rato en rato, y la algazara tomaba proporciones amenazadoras.

Los criados de Florisenda comenzaron á ajitar los ánimos con no sé qué palabras bravías y picantes; y mientras los porquerones se daban trazas para atender á todos, y los concurrentes, picados de la tarántula, alzaban la voz, y amenazaban, y se redondeaba el tumulto, nos escurrimos nosotros de los cordeles con el propósito de escondernos en el chiribitil; más, ay, al punto de llegar topamos al alcalde que iba de ronda haciendo justicia, y reconociéndonos mandó á sus aguaciles que nos apresasen!... Esto de apresarnos fué cosa breve, pues si en la trisca de los esbirros nos tocase el mochuelo, nunca jamas nos rebeláramos; ántes bien, antregáramos como el cordero la pelleja.

La órden fué de conducirnos á la alcaldía; pero al pasar por enfrente de la casa de Florisenda, que era camino obligado, divisó la autoridad el grupo bullanguero, y dirigiéndose á él, separó á los amotinados con la vara de la justicia para abrirse paso y averiguar por lo que se peleaba.

Florisenda al reconocerle voló á ocultarse porque su señoría al verla no se corriese, ni los saltarines avispados tuviesen ocasión, á la vista de los dos amantes, de hacerse puros donaires maliciosos.....

El remendó, la albendera, Olalla y los demás concurrentes abriéronse en dos alas ante los alguaciles zapadores, y el alcalde pasó silenciosamente llevándonos presos, sin que persona se atreviera á solicitar nuestro perdón de su reconocida dureza.

Luego de llegados á la cárcel nos pusieron en

volandillas á sombra de tejados, y pienso aún que se dió una órden para que, expuesta á la luz del sol toda nuestra vergüenza, ende nos hicieran chirlos y cardenales con un varapalo; más, los desventurados amores de su señoría, confiados á nosotros, nos aprovecharon en tanta manera, que ni de encarcelamientos rigorosos, ni de zurribandas volvimos á saber.

Era pues media noche por filo cuando, á la sazón que mas animosamente concertábamos un plan de fuga, se abrió de antuvión la puerta del calabozo, y se nos presentó la autoridad misma, su linterna sorda en la una mano, en la otra un billetico perfumado.

Luego luego se dirijió á mí, y en dándomele dijo que del llevar puntualmente aquel billetico á manos de Florisenda dependía la suavidad ó el rigor del castigo con que por el pecado de hurtar tenía de escarmentarnos; y como yo prometiese traerle, en el tiempo que durase el tal oficio de alcamonias, mas esperanzas que tristuras lloraba él entónces, y tuviese fé en la solícita manera con que me le prestaba, hízome salir del calabozo, y ordenóme que le siguiera.

Voto á la santa letanía, amigos! aquí fueron menester todas las trapazas de un galafate resuelto y valentón, sutil de mano para birlar, mas ladino que valiente para no perder en un descuido la libertad ó la vida!

Con todo, el guardar su señoría las llaves en un bolsillo de su capote, fué lo primero; lo segundo, al hilo casi, el acercármele yo de puntas chiticallando, meter estos dedillos en donde debía, y hurtar en menos que lo cuento el manojo de llaves, y por añadidura, aquestas barajas olisconas.

Al salir de la alcadía ordenó la autoridad al

centinela, mostrándole el billetico, como á mi regreso me dejase la vía franca, —y á mí, que le esperara cumplidamente á las puertas del calabozo.

Púchas digo! en los años de mi vida, me ha palpitado el corazón con un regocijo mas verdadero que el que me sobrecojió entónces, ni anduve nunca mas dilijente, mas artero, mas oportuno que á la vez de jugar una chanada á su señoría, regresar en un aire, y entrar en la prisión, gracias á la órden consabida, dejando atrás los vientos!

Así, con esta misma presteza abrí el calabozo, y sacando de él á uno de estos jugadores, le dí las llaves, porque á su vez libertase al compañero tercero, — el billetico perfumado para que en mostrándole tuviese salida franca, — y la instrucción de venir, concluida su faena, á juntarse conmigo en este tambo.

El centinela, fiel á su consigna, nos dejó pasar: á mí por de antemano puesto al servicio de su señoría, á este otro en vista del billetico perfumado.

El fujitivo segundo dió la misma instrucción al fujitivo tercero, en libertándole, y éste en compañía del fujitivo cuarto se vinieron en volandillas hácia este seguro paraje.

—Pues nosotros — replicó Sisebuto — pernoctamos en una verde pradería, imajinando airadamente el medio de libertarles; y, carrampempe, mirá si nos iba de perlas cuando á la ocasión de comenzar la hazaña, en menos de dos respingos, vinieron empitados á tierra los policiales!

—Bien supe yo conocer — añadió Peralvillo — desde la primera ojeada que les di á lo zaino, cuánta agudeza y valentía se esconden en esos pechos. Paréceme de primor la jugarreta que hicieron ustedes á la autoridad, y ahora porque

sea lo mas cumplida y gustosamente acabada, preciso es enterrar esas llaves, instrumentos de una desventura próxima, en parte en que ni su señoría, si bien fuese zahorí, atine jamás con ellas!

Los cinco cachidiablos oyentes recibieron este proyecto con grande júbilo y alboroto, lanzándose hácia el mesón en busca de lo preciso para ahondar la tierra; mas, como no le hubiese allí sinó instrumentos de labranza, los que servían en la actual cosecha, — quien trajo la pala con que el ventero traspalaba al presente los pocos granos de su heredad, quien, una horquilla cojida al vuelo de sobre la era, estotro, el cabo de un viejo arado, aquel, un rastrillo con que la hija del posadero cuidaba las tierras de su jardín.

Abierta la sepultura, Peralvillo tomó la palabra para proponer que sobre este manojo fatal de llaves se juráran una unión estrecha é indisoluble y una amistad tan correspondida como la que hasta entónces habían tenido.

Una lágrima de buen agüero asomó en sus pupilas, y en viéndola, tomando los otros cinco la cosa por lo sério, formaron la cruz, de la ceremonia con dos pipiritañas, y la pusieron de pié encima de la sepultura.

Los dos mestizos y los otros, arrodillados alrededor de la cruz pronunciaron ó presumieron pronunciar de coro una Ave María (que en lo de rezar no eran muy expeditos,) y juraron en seguida los dos puntos de la proposición, besaron la cruz, y deshiciéronla.

Sepultadas pues las llaves, pronunciado el juramento, y vueltas á su ser las pipiritañas, los seis rapaces se dirijieron al payo del tambo en que enántes se jugaba al rentoy y al raparolo.

Sisebuto quiso aprovechar esta oportunidad, é insistiendo sobre su desilusión se expresó así:

—Compadres, al cabo de una tan gustosa correría como la que hasta hoy hemos hecho juntos, al cabo de estas hazañas, de estos bailes en corrincho, de estos jaleos gozados entre muchachas remononas, sensible es una indefinida separación; mas, ay amigos, cumplida está mi tarea!....... Solo esperaba tener el gozo de salvarles la vida con mi particular esfuerzo; pero pues ustedes me le rehusaron recobrando la libertad validos de aquella atrevida maraña, digo que todos mis compromisos han acabado..... Ahora, bien yo tengo una pobre madre, tan pobre que no tiene por donde Dios la llueva, á quien abandoné por no sé qué baratija hurtada al gobernador;... una madre, cuya esperanza única soy...! ay... y así ando desbalijando por esos campos á los caminantes... hí, hí, hi!... Ademas, como dije ya á Peralvillo, el proseguir en esta ingrata profesión es resignarse á pasar la vida entre agitaciones y espantos, prosupuesto que de hoy mas, siendo el darnos caza todo el afán de la justicia, á cada cabo habrá tres leguas de mal quebranto; cuantimas que tanto pica la pega en la raíz del torvisco que á la postre quebranta el pico; y, de verdad, ni se me oculta esta enseñanza prudente, ni la desdeño, bien que en diversas y muy señaladas ocasiones haya yo dejado entrever que mis fogosos bríos me sientan por maravilla,—pues éstos y la prudencia no son cosas tan contrarias y mal avenidas que alguna vez no se estrechen y aunen cuerdamente, sin que los unos caigan en la temeridad, ni raye la otra en cobardía... Mi amistad quede jurada; parto, amigos, al lado de mi madre, mas, no voy solo, que les llevo á ustedes en mi corazón!.....

Y cojiendo su pipiritaña haciendo mal reprimidos pucheros por contener el llanto, se disponía á dejarles; pero el otro mestizo, dominado así mismo por la emoción, le abrazó tiernamente y le redujo á volver al poyo.

—No hay que mirar de sério—prosiguió éste—en las lindas palabras de Sisebuto! ¡pobre muchacho! fuera á no tener la manía de denigrar su profesión, las más valiosa y reluciente alhaja de nuestra cuadrilla!......Yo, en verdad, mil veces le he visto emplear todo su injenio en pró de esas opiniones fieras, mas, nunca, proponer, así, determinadamente, una separación!........Esto es triste, doloroso, imposible, carrizo! Paréceme, ya que con Sisebuto no valgan razones, pues el juramento pasado nos obliga á una alianza y unión estrechas, paréceme que á mí me toca retenerlo, y á ustedes, prestarme auxilio!

—En ninguna manera se hará eso—replicaron los demás con un tono valiente y justiciero—porque, vista la resolución de Sisebuto, el forzarle ántes será perjudicial á la cuadrilla que provechoso, y puésto que el juramento nos obligue á dispensarnos amistad y mútuo auxilio, y nos encadene la voluntad, no debemos cumplirle á ciegas sino con discreción, en cuanto conserve y proteja los intereses de la compañía; más, á la hora de ahora, sostenemos que solo se trata de dañarlos porque el desabrimiento, la discordia, la desunión aparecerán entre nosotros sí, confiados en el descontento de este mestizo, proseguimos adelante las aventuras de la profesión! Dejemos libre á Sisebuto ya que no tiene vocación para la bajamanería; dejémosle ir!!

....

Concibiendo entónces cierta pícara idea uno de los pillos de los apagadores, habló en seguida

y dijo que si decididamente se iba Sisebuto, que era menester proveyese sus vacías alforjas porque llegase bien comido y bien bebido á casa de su madre; que él mismo se entrára al mostrador de la venta y echase los cinco mandamientos sobre lo mas necesario, pues de otra suerte fuera imposible hacer la pacotilla; que en ese latrocinio debía Peralvillo ayudar al compañero viajante á ejercutar brevemente el hurto y á asegurar su buen éxito: dijo, en fin, que él y los tres restantes se quedarían afuera, tanto por cuidar el lío de baratijas y las mulas, como porque el posadero no se hiciera el sospechoso.

Esta proposición fué aceptada con grande alegría.

Peralvillo y Sisebuto desaparecieron en lo interior del tambo.

Orgáz, el preopinante y los otros dos cachidiablos, en viéndoles alejados, se apoderaron del lío de las baratijas, subieron sobre las mulas; y....... á Dios, Paredes, hasta la vuelta.....!

FIN DE LA PRIMERA JORNADA





PERALVILLO Y SISEBUTO

SEGUNDA JORNADA

> Al pajarillo que se ha de perder
> Alillas le han de nacer.
>
> POPULAR.

CAPÍTULO I

Los dos mestizos entraron pues á la venta, llenos de deseos, las alforjas escuálidas sobre los hombros, listo el puñal para el primer lance de mala pinta; — y acercándose bonitamente al mostrador, haciendo mil donosas maturrangas para asegurar el éxito, echaron una mano diestra y feliz sobre varias especies provocativas de bucólica.

Esta buena suerte les dió animación, y tanta que en aquel mismo espacio renunciara Sisebuto á hacer el viaje, y ambos á dos, desenvainando las armas, volviéran animosamente contra el posadero y cuantos les estorbáran la vía,—si el silencio y la soledad del exterior no les pusieran en ciertos cuidados prudentes.

Peralvillo y Sisebuto se lanzaron hácia el poyo de los jugadores, deseosos de tomar con ellos las del martillado, aprisa aprisa, ántes que se echara de ver la travesura; más, en viéndolo vacío, en notando la soledad del campo, la desaparición de las mulas y del lío de baratijas, experimentando, después de una cruel y tormentosa ansiedad, la mas amarga de las decepciones, dominados por un desaliento y un coraje profundos, arrojaron en tierra las alforjas, y huyeron...

Luego de disipado el peligro de la venta se detuvieron, y entónces Peralvillo, tomando una resolución pronta y valiente, expresó á Sisebuto que, prosupuestos los obstáculos que embarazaban su partida, visto que sin las mulas sería ésta del todo imposible, y mas aún sin el respuesto de las alforjas,—que era menester proseguir trampa adelante hasta ejecutar, por fas ó por nefas, una venganza satisfactoria en los demás cachidiablos.

Sisebuto puso en blanco los ojos en señal de rabia, y desnudando su reluciente hoja juró sobre ella permanecer en el oficio de bajamanero para desventura solo de aquellos fujitivos compadres.

En fin, exponiendo Peralvillo claramente la situación; demostrando que, pues carecían de recursos y era de necesidad el conseguirlos, que debían ya según el intento primero encaminarse á Lima; y como, de otra parte, á una jornada estaban de esta ciudad; — los dos mestizos la comenzaron encontinente.



CAPÍTULO II

Entraron pues á Lima al otro día, de noche, por la portada de Juan Simón, la misma por donde tres meses antes lo hicieron los infelices artistas Pimpinela, Rebollo y Ponce; y llevados de aquel pensamiento perenne de servir en casa grande, ya que no lo consiguieran vestidos de gualdrapas, aunque hazañosas;—al pasar por una tienda de ropa hecha, tomóles el antojo de dejar en pelete un figurín vestido que hácia la puerta había.

Este animoso corazón que siempre acababa con felicidad las más temerosas aventuras, les lanzó en la de ahora, resolutamente sobre el figurín, por tal estilo que á vuelta de ojos, chiticallando, lo sustrajeron, y despojándolo de sus ropas lo abandonaron.

Hechos pues unos dominguillos de higueral con el hallazgo feliz de las ropas pasearon una ojeada de lijero por lo más concurrido de la ciudad buscando la ocasión propicia para empezar el tráfico de la bajamanería; más, puesto que un trajín estéril les descontentase, y fuese la noche casi pasada, pensaron de cosuno en ofrecer, á esa hora, sin dilación, sus servicios para una casa grande.....

El recuerdo de ciertas correntona atrayente,

damisela de ventana, que al entrar por Juan Simón divisaron, les vino con sus zalamerías á la memoria; y en el afán de presentarse á ella y de ejecutar por siempre todos sus menesteres, aprestaron las zampoñas para una serenata, y el pensamiento para concebir donosas y fáciles berlandinas.

Luego de dadas las doce llegaron al lugar prefijado, y Peralvillo levantando suavemente la voz, y Sisebuto elijiendo una triste tonada, cual convenía á aquella soledad y á aquel silencio, ejecutaron de perlas el canto y acompañamiento del siguiente:

DECIR DE UN APASSIONADO (*)

«Si por negra vestidura
Es sennora que no os vea
¿Cuál fué nunca mi librea
Salvo negra vestidura?—
En páscua solaz et fiesta,
En el gozo desplacer,
Siempre fué mi color ésta:
Negro vestir et traer.

Porque mi dicha fué negra,
Et yo sin ventura mas,
Mi fiesta viene detras,
Ninguna páscua me alegra;
Donde placer sé que facen,
Sin placer fuyo de allí,
Pocos placeres me placen
Fuyendo placer de mí

(*) Anónimo.

Ninguno non sabe tanto.
Dello, triste, como yo.
Pues tristesa me cobrió
Aquel su pesado manto;
Deleite me quiere ver,
Mi tristura non lo deja.
Por pesar dejo placer
Et contento, tengo queja.

Justo es, vista mi vida.
De tanta contrariedat,
Conformar la voluntad
Con la tristesa complida;
Tomando de negro carga
Et cargado de sofrir
Sufriendo tal vida amarga,
Dulzura será morir.

Yo sennores, he buscado
Tanto tiempo su posada
Que en verdad, ya estoy cansado,
Et non sé dó es apartada;
A cualquier parte que siga
Nunca me deja pobresa.
Así goce de su amiga
Donde mora aquí franquesa.

Aquesta noble virtud
¿ Quien sabe dó es agora ?
Así Dios le dé salud
Que me diga dónde mora;
Que es mortal enemiga
Su contraria escasesa,
Así goce de su amiga
Donde mora aquí franquesa.

FIN.

Los trabaios et fatiga
Non se pierden por peresa;
A osadas, Dios me maldiga,
Si trasgreo con riquesa.»

Las hojas de la ventana habían comenzado cierto movimientillo á socapa desde las primeras estrofas; mas, en concluyendo la última se entreabrieron decididamente, y una cara festiva y coquetona se dejó ver.

Peralvillo corrió entónces hácia ella, y haciéndose el finjido y el zalamero, pidió que se le abriesen las puertas en aquel mismo instante — que el caballero que la mandaba dar la serenata la enviaba también una relación prolija.

La correntona fijó en él dos ojos risueños y maliciosos, y voló en seguida á abrir como se le suplicaba.

— Bien haya la hembra moza que les parió, caramba, que tales amigos supo darme! — exclamó recibiéndoles en los brazos — ¡ por Dios, nunca jamás he oído una tonada en lengua extranjera, que no es, de fijo, ni la cueca ni la resbalosa, sin embargo de esto, sabrosísima — y que haya yo entendido tan á la letra como la que por maravilla ejecutaron ustedes.

— Nada se le dé, señora, que de memoria sabemos, entre jocosidades y decires amorosos, mas coplas que dedos tiene su merced en las manos; ellas, aprendidas en juntas y hazañas con valentones; ellos, en unos libros de un tal mi abuelo. Mas, díganos su merced cómo se llama por que sepamos quien es la donosa que tan cumplidamente cautiva los corazones.

— Mi nombre es Clarina, y el de ustedes?

— Yo soy Gurrupetino — replicó Sisebuto.

— Y yo Matehuelo — agregó Peralvillo.

—Y ahora,—exclamó ella toda repulida, hecha puros pucheros—¿podré saber quién es el galán que así me obsequia, enviando á este par de chulos á darme la serenata?

—En cuanto á eso—dijo Matehuelo—¡por Dios, que no se desmienta nuestra galantería! mas, ha de saber su merced que nos sacarán la lengua por el colodrillo primero que proferir ese nombre. El caballero que nos envía ántes quiere vivir apenado en su retiro y soledad que ser descubierto á la preciosa zahareña que tan dura y esquiva suele mostrársele, que con tan frío corazón rechaza siempre sus amores; empero, si como el donaire de esa su linda talla, es en su merced la claridad y agudeza del entendimiento, que le descubra, que le descubra le ruego, por la relacion que sigue:

Nosotros somos naturales de esta gran ciudad, y, pues desde tiempos lejanos hemos quedado en la horfandad, vivimos ahora á la ventura de un pariente desabrido que, en puridad, no la tiene; hartos estamos ya de sus mezquinas y eternas ollas, caramba!

Bofes en casa,
Bofes en la arada—
¡Cuerpo de tal,
Con tanta bofada! (*)

Hartos estamos de aquel ambulante oficio en que solo por ganar el sustento del tal pariente andamos como unos zarandillos vendiendo de aquí para allá, cuándo la mistura ó las listas de toros, cuándo las hojas sueltas de anuncios, cuándo las empanadas de picadillo, ó bien un

(*) Popular.

un atado de tiritañas; medias de seda para señoras, recortes, blondas y randas para señoras, allá, á voz en grito, puestos de pié en las arquerías de los portales!.... hartos estamos ya de pasar, la vez que nada de esto se ofrece, encerrados á piedra y lodo, por mano de nuestro pariente, amenazando secarnos, víctimas del hambre y de las tristuras, como palitico en sarmentera! Oiga pues su merced que nosotros somos de estas que llaman zorras corridas, chiquitines entendidos en cualesquier artes de pura mano, de corazón puesto á lo valiente, capaces, por el ánimo y el brío, de acometer la más delicada aventura si bien corra en ella peligro la pelleja. Para abreviar: nosotros somos mandilandines de la hampa, mandilandines de monte y ribera, llenos de entresijos para conocer, verbigracia, tan solo por la pinta y el contoneo — cuál es la mas taimada correntona que sepa decir á un futre con el fuego de su lábio qué es el sueño y la soltura; ó para, en entrando un día de diversión en esta su casa, mi vida, allegarnos de puntas al futre que en sus amores se pierda, introducirle dos dedillos á la bolsa y.... dejar á su merced todo el usufructo de la jugarreta. Nosotros sabemos, además, jalbegar á las doncellas tan bien como á las que no lo son, poniéndolas artificiosamente las colorcillas bermejas, si no las tienen, los polvos de rosa, las ojeras sobre el cútis, en el cabello las hebras de ébano, todo el colorido que mas aparente se considere para hacer una belleza de perfección sin igual! Carrizo, hermosura en moza, y fuerza en badajo, y á la mujer y á la mula, segun lo expresa el refrán, por el pico la hermosura: ahora pues, su merced la tiene tan repulida, tan seductora, tan suspirante que.... por mi vida, ya que no beba en la

taberna, holgaréme en ella!..... Esta es pues la ocasión de ofrecernos á su merced en calidad de alcamonías, oficio á que hemos tenido siempre marcada inclinación, y que abrazamos ahora de grado en servicio de su donosura. Sepamos que esto ha de ser de haldas ó de mangas. sin un tris de remuneración. porque el dar nosotros á su merced una serenata en estas horas silenciosas de la noche, claro dice, carrizo, qué tal congoja, qué pensamiento de amor nos trae con desinterés á servirla!

—Pése á tal con quien te parió, y qué gracia había tenido este diablo de mocoso! más, también que osado era á las veces para dirijirse á mí en un lenguaje, cáspita, lleno de malicias! ¡Ay amarga ¿en qué malos pasos me vieron jamás ustedes, que autorizáran algún día este mal proceder, esta hiriente palabrería? ¿y con tan fieros propósitos se allegaron á mi casa? ¿es que soy yo alguna hembra cachonda para que se me haga de súbito. injustamente, una ofensiva proposición? ¡Ay, y este era el fin de la serenata...!

—Por el sepulcro de San Vicente, que no fué mi ánimo poner el de su merced al canto de hacernos temblar la pajarilla, pues harto bien se nos alcanza que esa sabrosa chulería de su merced nunca nos cautivára en la manera que nos cautiva al presente, si no la acompañára la candidez del corazón. Más, qué disputamos, señora mía?..... carrizo, hablando en puridad, honra y provecho no caben en un saco, cuantimas que mujer molino y huerta quieren siempre grande uso. ¡Adelante con los faroles, señora mía, y quien no quiera pan de trigo cómalo de cebada!

—Por mi madre en mácula! ven acá diablo de chulo, mi vida, ven acá! pide lo que quieras, que, voto á la santa letanía, darételo á pedir de boca,

si bien quisieses pasar por esta cútis una mano amorosa!

—Al oficio de alcamonias me atengo; mas, paso á paso, Clarina, en esos cumplidos jenerosos, que mi voluntad para aceptarlos no es corta, y que en poniéndome yo á ellos, por aficionado, jamas se me despinta de los lábios esta tonada pedigüeña:

El higo que roda
Para mí, señora,
El que se está quedo
Para mi lo quiero (*)

—Y dígame si ese ofrecimiento de recibirnos en calidad de alcamonías no es una pura treta, — añadió Gurrupetino — pues si bien yo veo los extremados amores de su merced que nos hacen tantos cocos, paréceme que la mujer como el vino engaña al más fino.

—Buen bellaco me pareces tú también, mestizo de mi alma! juro que he hablado con sinceridad, y que desde hoy ustedes serán mis alcamonías, ustedes tan gachones, tan remononos..... Aquí, en mis brazos les quiero! oh, qué sabrosos galopines!

—Descuide pues su merced, señora, que con este nuestro servicio, ya que al palomar no le falte cebo no le faltarán palomas.

La correntona les acomodó lo mejor que supo, y dejándoles así se encaminó á su lecho.

—Al otro día vino á visitar á Clarina una correntona jóven, jalbegada al uso corriente, con su airecito suelto de taco, acompañada de una tal Doñana, su madre.

(*) Popular.

Clarina había salido; pero los mestizos que no osaban poner en la calle ni una punta lijera porque no les conociesen las ropas que vestían, — las recibieron é invitaron á sentarse, al paso que tomando dos asientos más los ocupaban enfrente de ellas.

—A gran fortuna tenemos el encuentro de sus mercedes — dijo entónces Peralvillo — porque desde que salió Clarina á echar por esos barrios una mirada atrayente estamos nosotros mas afljidos que se piensa, privados de la vista de las pindongas de esta ciudad!

Jamila

—Ja, ja, ja! y ahora piensas estar con ellas?

Sisebuto

—Sino que de las dos damas presentes la una está fuera de cuenta ¿qué afán doloroso hay que la vista de su merced no mitigue, qué ojos indiferentes ó esquivos que no se gocen en contemplarla, qué corazón berroqueño que al timbre de esa gustosa voz no se ablande, qué par de mestizos valientes que puestos delante de su merced no se sientan palpitar aprisionados en las redes de un amorcillo invasor?

Doñana

—Echále guindas, maldito! buena cosa es, caramba, ver á la vejez cómo adelantan estos maltones haciéndose pura almíbar para requerir de amores á una pindonga! Buenas piezas me parecen..... y qué gallardos..... y qué donaire..... ea, Jamila, á semejantes razones no hay hacerse la orejona sino reparar á do vá la corriente é ir adelante adelante con ella, que el buen día..... meterle en casa!

JAMILA

—Ji, ji, ji! Ello, sienta tan bien la gracia sobre sus tentadoras figuras que estoy vacilante entre demostrarles con un besitico volado mi plancentera emoción, y suprimirlo.....—

DOÑANA

—Dime hijo ¿cómo te llamas?

SISEBUTO

—Gurrupetino yo, y Matehuelo este compadre.

DOÑANA

—Bien haya la tal Clarina que un Gurrupetino y un Matehuelo tiene por servidores! lástima grande que tanta hermosura goce esta mala hembra, habiendo de por medio una Jamila de repicapunto!

PERALVILLO

—Aquí no hay mas lástima, señora mía, que esta que nos apena con la vista de un bien que no se logra! En cuanto á Clarina, juro á su merced que aún no sabe lo que somos aleluyados para dar en la yema del gusto á la dama de nuestra afición, ni lo que son estos valerosos corazones para poner á raya á tanto insolente que en dándose á la vita bona sigue las pisadas á sus mercedes! Nosotros llegamos á esta ciudad anoche apenas, á la hora del general reposo, traídos (y pase la confidencia) por el deseo de buscar ventura cuando al cabo de una larga peregrinación en otros lugares, más y más se nos alejaba, traídos por el entusiasmo que nunca nos abandona y que á la vista del cuadro de nuestros males si algún ratico feliz ha habido, nos infunde mayor aliento haciéndonoslo ver como entre col y col lechuga. aquí hemos venido,

señoras, sin mas ayuda que la de nuestro esfuerzo, sin mas recomendación que la del donaire de estas zampoñas, y de este zapateo, y de esta locuasidad, y de este amoroso frenesí..... ¡Jamila, guay de tí que eres el alma del alma mía!... ¡Jesús me voy de bureo!—

Doñana

—Rapáz, rapáz, enamorado, hijo maldito, qué donairosas maneras tienes, qué tracista y artificioso solíades ser para amar! Oh, para esto ver sí quiero la vida!—

Jamila

—Ay madre, que gozo tan bullanguero demuestra usté! caramba! ahora tengo de repetir el consejo que enántes me dió para que se haga la orejona, por Dios, y deje ir adelante la corriente, que el buen día... meterle en casa!

Doñana

—Hija, en balde me das consejos! qué gozo tan embriagador, viva la llegada á Lima de estos garbosos, bien haya ese injenio calculador, pues quien tiene arte vá por toda parte y el que tiene búa ese la estruja!

Sisebuto

—Por el siglo de mi madre, nunca viera yo la buena que su merced hace para Jamila, si lo que ántes creíamos desventura no nos trajera á esta gran ciudad! vivan las correntonas de Lima!

Peralvillo

—Un aire feliz nos ha traído á Lima, señora! por el buen éxito que ha tenido, de seguro tanto vale un encuentro de Clarina como uno de su merced, puesto que, á la postre, al mismo punto

de conocernos hemos venido, y eso se me dá odrero que barbero, que todo es trasquilar. Desde ahora está ya decididamente fijado el oficio que al lado de ustedes nos toca, porque al cabo de tanta caricia femenil ¿quién es el endurecido que se resiste? De hoy mas nos quedaremos aquí, entre las correntías damas que así celebran nuestra venida; por siempre seremos sus servidores, cachidiablos afiliados en el partido de los mandilandines de la hampa.

En esto entró Clarina y Jamila en viéndola, dijo:

—Gracias á Dios que Clarina parió este par famoso de servidores hechos según a la vista está de almíbar y donosura, adrede para el amor! ¡Buena púa la tal de mi comadre! cómo me les tenía aquí escondidos silenciosamente!

CLARINA

—Mal haya esa tu lengua maliciosa! en verdad, no tengo de ellos mas noticia sino que son unos saltarines aleluyados venidos tan solo hoy á mi casa, que alguna madre rabisalsera han de tener cuando con ese aire socarrón se me vienen, trampa adelante, buscando la vita bona.

JAMILA

—Esas pocas señas me bastarían, caramba, para tenerles, por buenos, en el sitio mas preferente de mi corazón.

CLARINA

—Quita allá! ¿y en dónde crees tú que les he puesto desde el breve instantico primero en que les conocí la habilidad? ¡aquí pintiparados están en la fibra mas susceptible de mi alma!

Sisebuto

—Púchas digo! y cómo no recibir de ustedes esa recompensa, puesto que seamos donosos lo que basta al hombre, enamorados lo que pocos, poetizadores lo que encanta, alcamonías lo que nadie logra, y valientes lo que mas honra tiene á los ojos de nuestras damas!

Jamila

—Por las bravas correntonas de nuestro oficio, estoy por el par de mestizos! oh, qué ricura es tenerles apechugados contra el corazón cuando éste palpita más, y más pugna por salir é irse con ellos! Vengan acá mis flores que siendo el de hoy día de regocijo, habrá de bracete y de condongueo cuanto mas nos dé en la yema del gusto, ántes de hacer entre trago y trago bebedizas las mismas copas!

Clarina

Mirá, Jamila, que á las veces te ocurre el nécio y perjudical antojo de decir sin frenillo á un hombre lo que sientes, como ahora, verbigracia, que haces á Gurrupetino y á Matehuelo mas momerías que las artes de nuestro oficio permiten!

Jamila

—Dejá, Clarina, que está el pandero en manos que lo sabrán tocar! Ea, cómo te adelantas mi vida, ea, cómo me gustas, caramba!

Doñana

(tarareando con un vocejón desabrido)

Y dime ni más ni menos,
Si encuentras aire de monja
En este mi talle suelto—

—Caprichos serán gachona!

. . . .

Hurra, viva el zapateo!

JAMILA

—Ji, ji, ji! venga la guitarra!

CLARINA

—Qué guitarra ni qué pelillos! admirada estoy, en puridad, comadre, de verte con tan inopinados alientos puesta á hacer el amor á un par de mestizos rapagones!

JAMILA

—Eso se me da á mí de las coplas de la zarabanda! qué atractivos tiene la vida al lado de un galán repulido! oh, bien haya quien dijo amor!

MATEHUELO

—Ay de mí, señora, que aquí en el lado izquierdo, cerca del corazón, siento cuando me miran esos ojos de su merced un afán indefinible, una inquietud tormentosa, que no atino á manifestar; pero sospecho, ay, señora mía, que ha de ser una saeta que díz clavóme en el corazón un tal Cupido!

DOÑANA

—Ji, ji, ji, diablo de chulo! aprisa, aprisa, dénme acá una guitarra que los dedos se me ajitan solos por llevar el contrapunto de las resbalosas!

CLARINA

—Calle usté, abuela, que en esos años mal sienta la majadería! aquí no hay mas guitarra que usté, ni mas hembra resbalosa y del mal apodo que usté!

JAMILA

—Comadre, comadre, que se le sube la cólera al campanario!

CLARINA

—Quita allá, correntona, mas enamorada que mico!

JAMILA

—Apodos conmigo? esperá, que si de esta suerte andas buscando pelos al huevo yo haré que los encuentres tamañazos que te den calor!

CLARINA

—A mala parte vayas, que no temo tus amenazas, ántes bien, ya quisiera yo verte á puñadas conmigo! Gracioso es, que no faltaba mas sino ver á los dos mestizos de morondanga tan prendados de su merced, á ellos que á punto estoy también de ponerles fuera de mi casa!

DOÑANA

—Por la luz de Dios! conmigo estás, griseta barata, que no pase este día sin que aquí entre mis uñas cojida te tenga, y á mojicones te haga besar el polvo de las eras!

GURRUPETINO

—Envaine usté, seor Carranza—dijo poniéndose de pié—que en nuestra presencia no ha de recibir sus arañazos fieros la cútis de estas dos lindas damas!

JAMILA

—Ah de ti! quítenseme de delante mis dos mestizos porque sin demora llegue á castigar las desvergonzadas maneras de esta celosa, ea, mare, sús!

MATEHUELO

— Oste, Jamila!—exclamó saliéndola al paso—qué intentas!... juri á nos, no pienses que á la postre de un tal alboroto ha de tenerte en mas aprecio mi corazón, cuantimas que quien destaja no baraja, y que en paz y jugando se suele ir pasando!

CLARINA

—No vea yo esta cruz á la hora de mi muerte, si en este mismo punto no doy una azotaina á la vieja madre ahíta de pecados, y si á la libidonosa hija no la desparezco!

GURRUPETINO

— Mi vida...... ténganse esos bríos...... un diablo á otro diablo no debe dar tiznazo!

JAMILA

—Mi vida dijiste, nécio de encapillar? déjame libre, Matehuelo, que arremeta sola contra esta corruta y su galán novísimo, que para ambos valgo!

DOÑANA

— Ea, sús Jamila!

CLARINA

— No hay usar conmigo tales bravatas, Doñana — repuso sacando de las medias un puñalejo — porque menos tardan estas puntas en abrirle á su merced el costillar que yo en pensarlo!

MATEHUELO

— Carrizo, salgamos luego luego — añadió descubriendo las suyas — no sea que estas ardientes iras nos precipiten!.....

JAMILA

— Por Dios, Matehuelo, yo también tengo un puñal!

CLARINA

— Apártate, Gurrupetino!

GURRUPETINO

— Haya paz, vida mía!

Y mientras éste y la otra forceaban dentro, ella por combatir, él por oponérsele, logró Matehuelo sacar afuera á Jamila y á la Doñana.

De esta pendencia surjieron ódios profundos entre las dos correntonas, que apesar de los esfuerzos de los dos mestizos amenazaban ser un obstáculo para los posteriores manejos de la profesión; y estos odios hechos extensivos en el corazón de Jamila á Gurrupetino por su pasioncilla hácia la otra griseta, imposibilitaron casi del todo la reconciliación.

Clarina, empero, menos rencorosa y egoista que las dos Doñanas, escuchó unas razones sabrosísimas de Matehuelo, llenas de modos y de ternuras, y le perdonó sus amores doñanescos.

Así pues, tomando definitivamente formada la enemistad entre Jamila y la amante pareja, y á Matehuelo, dueño de dos corazones, no obstante la anterior zaragata, — llegó la noche trayendo á casa de Clarina una junta de currutacos.

Tocaron bulliciosamente á la puerta con la alegría voceadora del zumaque, y como no se les abriese en aquel mismo espacio que se solicitaba, dieron en darla tales porradas que en derribándola se precipitaron adentro.

Gurrupetino y Matehuelo, que entónces estaban en el tocador jalbegando á Clarina al modo que sabían, achacáronse á sí la culpa de las porra-

das creyendo en su poca diligencia para acudir á este lance primero, y por remediarla, si ello era posible, deshiciéronse en cumplidos y zalamerías.

—Que nos excusen pedimos á sus mercedes—díjoles Matehuelo así como entraron—porque siendo nosotros los servidores de la dama á quien sus mercedes solicitan ahora, y avisados ya de esta venida, el mal que hemos ocasionado es de ejecución aparejada; empero, que se nos excuse, señores, que desde el tocador de Clarina, aunque ocupados en retocarla las colorcillas del cútis y colgarla las perlas finas, en potencia propíncua estuvímos de volar por atender al primer llamado de sus mercedes.

En esto salió Clarina, la cabellera desparramada, el escote caído, fiero el ademán, ruda y colérica la fisonomía, como que á los principios se hallaba de su tocado, dispuesta á estallar de enojo contra los currutacos; mas, en divisando entre ellos á un tal Grimaldo, al que enamoraba, serenó el semblante é hizo una seña á los cachidiablos para que se alejasen.

Ambos salieron sin dilación, precisados mas por el antojo de birlar en tiempo á la junta libidinosa que por cumplir prestamente la órden.

De ahí partieron pues en volandillas á recorrer el barrio, bien que aún á nadie conocieran, en busca de otras correntonas de ventana, prosuponiendo requerirlas para un zapateo de currutacos en casa de Clarina.

Ninguna vaciló ante la tentadora palabrería de los mestizos, que ya eran conocidos por boca de los Doñanas, y como era voz corriente la obsequiosidad de Clarina, todas las invitadas se apresuraron; así que nada tardó en presentarse á ella la primer griseta, fogosa y regocijada, con

sus arremangos y sus coqueterías, haciendo del ojo á los currutacos, los cuales poniendo en su punto la animación recibiéronla con tumultuosa alegría.

A cabo de rato llegó otra provocando un regocijo mayor, y luego otra, y sucesivamente cuantas supieron qué tales púas había en casa de Clarina.

El júbilo era que no daba mas de sí, según los extremos de las unas, y la satisfacción y el aire correntío de los otros, cuando al aguaite de esta ocasión, penetraron Matehuelo y Gurrupetino trayendo oprimidas entre los brazos grandes botellas del líquido transparente y puro.....

Cada cual arrebató la suya á toca teja, — y como este buen éxito de los arbitrios ejecutados prometiese mayor ventura en el curso del zarandeo, se quedaron los mestizos en la yema de la reunión disponiéndose á apurarla con un bríndis y una danza zapateada á lo travieso.

Gurrupetino cojió una copa, y escanciándola resolutamente de una sola chorretada, al punto de beberla dijo:

— Carrampempe! habrá para brindar á tanta gacela remonona un lenguaje exquisito, galano, suspirador, sinó el de la poesía? De nó, embarazo fiero es éste, por mi vida, para quien, como yo presuma decir una zalamería y no atine, bien que sienta á la vista de estas donosuras ciertas quisicosas aquí, en las telillas del corazón.....! Mas, entiendo que aquí no hay hacerse el pobrecillo! Venga la copa de lo bueno, y digamos sin andar en mas dibujos que en este bravo ratico, á ser posible, brindára yo, carrizo, brindára.... ¡sus, adelante y andar andin!..... á tí, á tí, Dilvinela, con disimulo..... á la concurrencia toda también, expresándola uno de esos donaires que

tan justamente merece! Nunca jamás me negára, antes sí, á todos me adelantára!

Una gritería confusa de aprobación siguió al bríndis, y entre risas y aplausos y alborotos dió cada cual á su botella un avance jeneroso.

Grimaldo que sobre no ser muy listo estaba enamorado, sintióse ofendido por la malicia que encubría el bríndis, y poniéndose de pié con su copa colmada en la mano, dijo:

—Si este diablo de mestizo que tan bien se pinta para hablar con gracia y decir sus amores cuando mas aparenta callarlos, se veía enántes en embarazos fieros al hacer eso mismo que es de su resorte ¿qué diré yo, señoras, viéndome combatido por una suerte contraria en los principios de la mía, en presencia de un pretendiente segundo que si bien es de cortos años, tiene injenio, donosura y mil habilidades que acaso cautivarán á Dilvinela; y sí, pues ignoro la inclinación de esta otra, llegára, brindándola, á cometer un desacierto?.... Mas, no hay hacerse el lastimoso! Venga acá el zumaque puro, y sea por Clarina y por Gurrupetino!

Este bríndis, aunque de Grimaldo, tuvo también su celebración de ruidos y de tragos.

Lr Musa brindadora de los concurrentes, excitada de vez en vez, en dando el ejemplo Gurrupetino y Grimaldo, echó á disertar, traque barraque, en nombre de las correntonas presentes, haciendo amores, quimbas y contoneos, desapareciendo de los vasos, cual si fuese agua, la esencia pura.....

Visto que el zumaque tenía á los currutacos á pique de romper la zambra ciega y fogosamente, si hubiera uno que la empezase, creyó Matehuelo propicia la ocasión para ejecutar su último pensamiento, y pasando á Clarina una guitarra

arrebatadora, á Gurrupetino las pipiritañas para el contrapunto, descubriendo él sus castañuelas, pidió campo, y en dando que dió su media vuelta con aquel pasito leve precursor de la resbalosa, comenzó á zapatearla con tal brío que nada tardaron los currutacos en imitarle.

La zambra se generalizó, el pañuelo para las suertes en la una mano, en la otra un copón suspendido.

Y mientras se esmeraba Clarina en la tocata, y Gurrupetino en un aire que hasta á lo insensible daba animación, y Matehuelo precipitaba el compás haciéndolo más rápido, más fogoso, más arrebatador, — los demás bailarines se adelantaban en su regocijo á la misma fuga, y derramaban las copas, y haciendo como que se iban y como que se venían, sintiendo subir de punto la alegría común, cada cual elevó su voz, aunque aguardientosa, para mejor gozar y llevar el contrapunto.

Ya á ésta sazón era todo movimiento descompasado, ajitación y algazara; aquí se requiere de amores, allá se disputa por la posesión, los unos combaten por celos, los otros alborotan el cotarro por empinar un jarrillo, tal se dá á lo espituoso, tal lo rechaza haciendo crujir los vasos, éstos pisan fuerte de coraje, aquéllos se azuzan para reñir, quién pide amor, quién lo abandona desfallecido.

Este era el caso que los rapaces con tanta solicitud preparaban.

Tan luego como se le echó de ver puso fin Gurrupetino al toque de las pipiritañas, Matehuelo á aquel agudo danzar que hacía, y ambos, escurriéndose por entre los currutacos artificiosamente, al uso de los bajamaneros, comenzaron á probar la destreza de sus dedillos en despojarles

de tal cual baratija de valor que vestían, y de las monedas de papel: — que de oro, en esta gran ciudad, no las había.

El éxito fué feliz, y tanto que solo él les produjo un beneficio mayor que el de las aventuras pasadas.

Al día siguiente, cancluída ya la diversión, ido el hato libidones de futres, se allegaron á Clarina los dos mestizos; y maravilláronla mostrándola el total de las especies hurtadas.

Ella que hasta aquel espacio creyó menos en la habilidad y buen ánimo de sus servidores que en lo gárrulo que eran, admiróse grandemente, y enmendando su mal concepto les tuvo para en adelante en opinión de muy útiles y muy discretos. Mas, en oyéndoles decir que toda aquella granjería, sin trís de ménos, se la obsequiaban de grado, les atrajo hácia sí y poniéndoles del lado del corazón, al paso que les oprimía con blandura, les repasaba los rostros con unos besos resonantes que aunque de correntona...... carrizo, á gusto los recibían!

Esta primera aventura les valió cuanto no esperaban, puesto que definió claramente su situación entre las damiselas, induciéndolas á pensar de ellos con tal favor que no habían ni alcamonías ni bajamaneros nacidos que les igualasen.

La fama conquistada se extendió de rato en rato por los elogios de las damas convidadas, al punto que éstas y otras de tono, presumieron ganarles la voluntad con artificios y dádivas. Mas, ¿cuál es el corazón berroqueño, como ellos mismos decían, que supiese resistir á tan gustosas insinuaciones?

Prosupuesto el afán que les cojía á la vista sola de una falda femenil, y la conveniencia que de servirlas les resultaba, no vacilaron.

Así llegaron á ser jalbegadores en muchos barrios de correntonas, galafates que do quiera paseaban un dedillo garrafiñador por la bolsa de los mozalbetes limeños dados á la lujuria. De otra parte, con tal zalamería y artificio se comportaban cuando el rumbo de los currutacos prometía voluntariamente alguna buena paga, que sin descuidar un punto el servicio de las correntonas hacían resolutamente el de los currutacos; y aconteció que una compañía numerosa de éstos, encantada del celo con que eran servidos, y del recurso que en serlo se les ofrecía para recobrar cuanto gastaban en hacer amores, les acojió con el agasajo que merecían unas tan ladinas y útiles personas.

En adelante, pues, fueron servidores de las correntonas para birlar á los currutacos, y á socapa, de los currutacos para birlar á las correntonas.



CAPÍTULO III

Esta pasión no correspondida que abrigaba Clarina por Grimaldo la mantuvo por mucho tiempo tan resentida como enamorada, ántes de llegar á Lima los dos cachidiablos.

El presentarse pues éstos aquí en busca de servicio para casas grandes, y el tomarlo en la de Clarina, fué un recurso de inesperada oportunidad, que ésta aceptó seguidamente.

Mas, puesto que el de invitarle á la pasada diversión no le conmoviera, ántes sí, sirviese solo para que el tal indigno brindára á Dilvinela finjiéndose enamorado, determinó Clarina valerse de Gurrupetino á fin de enviarle sus desahogos y sus amores.

Un día pues le llamó á solas, y sin andar en repulgos de empanada le instruyó de la pejiguera que la causaba su amorosa y fatal inclinación.

La confidencia fué de primor para el mestizo pues ella tenía de proporcionarle buenas granjerías, así, éstas, aunque presuntas, le decidieron á hacerse para aquel objeto el mejor de los servidores.

Estotra pasión no correspondida que abrigaba Grimaldo por Jamila, unida al celo de Doñana que no se la dejaba ver, le tenía, bien que él

fuese poco listo, con un espigón que solo se comparára á lo vehemente de sus anheios.

Mas, como aquella misma noche de zambra supiese qué tal servidor hacía Matehuelo en casa de Jamila, pensó y puso en obra el propósito de reducirle con dádivas á su servicio.

Al día siguiente pues, dejó á toca teja su hogar para buscarle, y en hallándole que le halló le dijo, sin callar una comilla de sus desazones, á qué extremos les condujera su amor malhadado y desesperante.

La confidencia fué de primor para este mestizo segundo, pues ella tenía de proporcionarle buenas granjerías, y así, estas aunque presuntas, le decidieron también á hacerse para aquel objeto el mejor de los servidores.

En los principios de esta aventura ambos á dos ejecutaron cumplidamente las correrías del nuevo oficio, refiriendo Gurrupetino á Grimaldo los amores de Clarina, á Jamila, Matehuelo, los de aquel, entregando el uno al futre los billeticos y la mistura de la correntona, á la Doñana el otro los del currutaco.

Empero, como observasen, Gurrupetino lo que Grimaldo se impacientaba al recibir los requiebros y los agazajos do la primera damisela, y Matehuelo lo que Jamila pisaba de coraje en oyendo las momerías de Grimaldo, temieron que en agua de cerrajas parase el éxito de aquella jerigonza, y entrando en bureo á solapa, prosupusieron que Gurrupetino dijese al currutaco en nombre de Jamila los amorosos afanes de su correntona, y que Matehuelo los dijese á Clarina de parte de aquel, —pensando los dos mestizos que de esta suerte quedaba asegurado el usufruto que se prometieran.

Luego luego se puso en obra la innovación.

Grimaldo y Clarina mostraron en sintiéndola grande extrañeza, bien que nada se les diera del cambio de alcamonías, puesto que con el novísimo mejoraban sus amores, y sabían como Jamila renunciaba á su amoroso frenesí.

Libres ya de espectativas temerosas se dieron pôr zancas y por barrancas, despreciando todo peligro humano, á la tarea de servir en lo mas difícil de los amores, andando hechos unos azacanes de casa de la Clarina á la de Grimaldo, declarándoles, cuando al futre, cuando á la correntona, los cocos, los decires, los secreticos con que por un sutil artificio aparentemente se requerían; y ya que el viera cómo una brisa venturosa empujaba la navecilla de sus anhelos, y así mismo lo sintiese ella por los presentes que recibía á menudo, — complacíanse en celebrar la buena parte que en estas tiernísimas relaciones cabían á los mestizos, y el desinterés con que se comportaban, — si bien era éste, por la verdad, un simple recurso para acumular las prendas, prosuponiendo alzarlas todas de una vez en la de liar los bártulos.

Empero, á la par de esta complacencia había en ambos no sé qué de recelos y suspensión ante un imposible, que los alcamonías demostraban, para comunicarse de cuerpo presente en un ratico de silencio y de soledad.

Clarina estaba inquieta, melancólica, anhelante, que nunca la apuró más un mal pensamiento como éste de alcanzar un imposible la apuraba.

Grimaldo, visto que la esperanza de lograrlo, conquistada por sus larguezas, se iba de súbito se venía, y que esta incertidumbre tamaña le ponía de contino el enojo en todo su ser, — daba al diablo, unas veces, hato y garabato, y otras, hacía pedir á Jamila una conferencia sola con

tan desesperada intención, que fuera para los mestizos el no concederla, la terminación de las granjerías.

Estos, no obstante, determinaron conservar de haldas ó de mangas el imposible, y así lo hicieran puesto que la creciente majadería de los dos amartelados no les sacase de cuajo á la postre, solicitando una entrevista sola.

Gurrupetino y Matehuelo entraron pues en bureo nuevamente y resolvieron concederla haciendo ántes, para este fin, una marrullería con que la esperanza del usufructo no se desvaneciese.

El primero declaró á Grimaldo que, si bien Jamila estaba ya en disposición de recibirle, no ignoraba en cuales transportes les empeñarían sus amores, nacidos y fomentados siempre de léjos, ni lo que es de temer la debilidad de los amantes si hay, como al presente, ternura y fogosidad de por medio; que ella no gustaba de andar con chupaderitos al punto de probar la delicadeza de un amante sincero, según le creía, sino que, á ejemplo de todas las Doñanas sus abuelas, á la ocasión de elejir amores, solía ponerse del lado de los extremos: ó trucha ó no comerla; que, pues ella se hallaba al canto de favorecerle, la entrevista había de ser á qué quieres boca, y punto redondo; y que esta no se celebraría jamas sin primero darse mútuamente palabra de casamiento.

Grimaldo escuchó, fija la atención, esta tentadora palabrería, y aún por saborearla hízola repetir, jurando por San Junco, dar, no una, sinó cuantas de casamiento acertasen á producir sus lábios.

Gurrupetino le indicó entónces cómo esa noche debía encaminarse á casa de Jamila, solo, sin compaña, cuidando de escurrirse bonitamente

por las entreabiertas puertas, favorecido por la oscuridad,—evitando con gran precaución el encuentro de la Doñana madre, que no le apreciaba.

Matehuelo se dirijió á la vez á Clarina, la correntona, y en un breve discurso procuró explicarla la última resolución de Grimaldo que era,—pues á menudo acontece, á los amantes, y aún á los más honestos, descubrir de repente, en no esperada ocasión, que solo es una coquetería de la dama el pensamiento de amor con que les cautivára,—que era la tal resolución no aceptar en adelante ni un seductor billetico, ni el menor halago que le enviase ella, si presto presto no se resolvía sobre su palabra jurada á desposarse con él en las primeras horas del próximo día, — si bien en realidad de verdad, no dudaba que era sinceramente amado.

Clarina no vaciló en condescender, que según lo que estaba enamorada también condescendiera si bien Grimaldo la pidiese, para gozarlas solo, las gracias todas de los amores.

El tal currutaco se encaminó pues en la oportunidad convenida á casa de las Doñanas, y como por el silencio que ende había, por la oscuridad, y la maliciosa abertura de la puerta, echáse de ver cuán cumplidamente estaban realizadas las señas del mestizo, en un aire se puso á tatas, y, no obstante el miedo y medio del corazón, determinóse á andar hácia adentro.

Durante el primer ratico de esta avanzada no hubo más sino el soplo de ventura que la conducía; mas, en tocando al segundo, reconocido el paraje do se encontraba, que era la delantera de un lecho, suspendióse resolutamente en busca de Jamila, extendió sobre él con precaución la mano, y como fuera un cuerpo lo que palpara, he-

cho un amante correspondido iba pues á enamorar, pero en este punto el que le esperaba, así como le vió aparecer erguido, escurriósele con suavidad, chiticallando.

Era Matehuelo que de esta suerte ejecutaba una zorrería, y que prosiguiéndola, dirijíase á donde las Doñanas á anunciar le llegada feliz de Grimaldo.

Ambas á dos pusiéronse en un aire al pié del lecho, y en el mismo instante de hallarle, descubriéndose de medio brazo arriba, todas silenciosas, empezaron sin dilación la tarea de hincar con las uñas las carnes de Grimaldo, de pellizcarlas con tal presteza y enojo, tan menudamente, que nunca lo fueron más las de un varón enamorado.

En este bárbaro y repentino atrenzo ni osaba él darse por sorprendido ni tampoco improvisar ni un ay lastimero, temeroso de que el chistar fuera ocasión para nuevos y mayores pellizcos, sinó que al aguaite de la de escapar. harto de cardenales y pellizcos, deslizóse de la cama al suelo, y puesto otra vez á tatas abandonó aquel recinto de desventuras.

El mestizo que se las procuraba, luego de anunciarle partió á tratar á un hato de pícaros, —como él, mandilandines de la hampa corrientes y molientes á todo ruedo, que debían concurrir á una cierta chanada sobre casamiento que pensaba jugar á Grimaldo.

Gurrupetino por su compañero avisado, en comenzando que comenzaron los pellizcos, de la suerte que ellos dos correrían luego de acabada aquella sabrosa aventura, hizo la colección de las tiritañas en cuya fiel donación tanto desinterés admiraban las correntonas, y al paso que la trampería del matrimonio se verificaba, cojió el hatillo y dijo para sí adios que esquilan.

Grimaldo al punto de verse libre de las Doñanas partió á donde Matehuelo con un espigón colmado que los ardores de la pelleja de lance en lance hacían crecer, todo desmarrido, pues lo que en promesas Jamila llamára amor solo fué en relidad pellizcos fieros y cardenales, — mas dispuesto á poner en un brete al mestizo que á perdonarlo.

Hubieron de hallarse pues; mas, en el riesgo de combatir díjole éste sobre lo que Jamila estaba de él enamorada tan lindas cosas que en oirlas suspendió el enojo, y dándole así ocasión de hablar supo que si el silencio, la oscuridad y la abertura maliciosa de la puerta fueron parte á favorecer su designio, nunca lo fueran á saberse, como él de hecho y Matehuelo de palabra sabían, cuán desventurados amores sustentaba Jamila; que la Clarina mas ardiente y tenáz en los suyos que si alguna esperanza, siquiera leve, justificase su afán, interrogando á Gurrupetino con mil diversas maulas, logró á la postre sorprender el secreto de la Jamila, sí que también la hora silenciosa en que ésta debía gozarlo, é instruyendo de todo á la Doña madre, entrambas decidieron, de fijo, realizar el mal propósito que se deploraba; que la Doñana hija, pues ni lo concibiera jamás estaría, como él, iracunda y alborotada, más que nunca resuelta á poner en obra el casamiento; y que en ese lance nada fuera tan oportuno como el celebrarlo.

Grimaldo, aunque celoso y furente, mas el corazon le arrastraba á prolongar la dicha pasada de sus amores que á aniquilarlos y aborrecer á aquella misma que antes había adorado; y en oir pues el donairoso engaño en que le ponía el mestizo hízose de almíbar, y como era llegada ya la mañana, partió, según el compromiso ju-

rado, luego al punto, hácia una chacarilla que no lejos de Lima arrendaba, en donde tenía de hacerse el casamiento.

El pícaro galafate juntó entónces á los elejidos de su calaña luego de alquilados los hábitos de un sacristán complaciente, y disponiendo que los vistiera el más chulo de la compañía, y que los restantes le siguiesen de estoque armados, tan solo para servir en la ocasión, ya que llegase, de terminar la ceremonia con tajos y cuchilladas, — se encaminó en busca de Clarina.

Esta se hallaba, fiel al juramento, esperando al mestizo en tela de desposorios, y así como le vió, sin reparar en la junta que le escoltaba, echóse sobre él y le abrazó toda regocijada según que era el afán, ya medio realizado que la apuraba, y la gratitud que creía deberle por sus buenos servicios de alcamonías.

Encontinente montó Clarina en un coche acompañada de Matehuelo — (para quien era la presente la vez primera que en sus años los usara, porque blancas guardadas con este fin no las tenía) — y dieron al conductor la dirección de la chácara.

Los demás rapaces echaron una mano investigadora al cinto, y así asegurados de que las reluciente puntas no les faltaban, rompieron la marcha detrás del coche.

Ello es que en llegando, salió á recibirla una junta de entre los amigos de Grimaldo, y éstos, aunque sorprendidos de ver la extraña metamórfosis de Jamila en la correntona presente, apeáronla con comedimiento y lleváronla á donde á su amante esperaba impaciente el currutaco.

Clarina le miró á la postre del tiempo feliz de sus amores, en que los maulosos manejos de un mestizo hicieron siempre imposible esta compla-

cencía, le miró tan regocijada por lo que era hermoso el que la correspondía, con ojo tan apasionado y ardiente, con tan violento apetito, que el llegar y divisarle, y el estrecharle contra su pecho en señal de amor, y el decirle cuán verdadero y prolijo era con el que le amaba, todo fué al hilo, rápido que Grimaldo, bien que se le ocurriese la metamórfosis, como de otra parte, — prosupuesto el imposible de ver á Jamila en que el mestizo logró mantenerle, — no se hallaba muy seguro de cuales eran la figura y las señales propias de ésta para comparar, no quiso resistir de pronto á la tentación de abrazar, él también, á la correntona finjida que le acariciaba; y correspondiéndola con sus momerías, ámbos á dos celebraron en ese trance la dicha de sus amores.

El chulo que les debía casar penetró en seguida con reposado continente en el recinto en que éstos se enamoraban, revestido de estola y roquete, con el sombrerico negro de motas sobre la cabeza, y el breviario en la mano.

Los otros saltarines se detuvieron en las salidas, divididos en grupos, dispuestos á negarlas para todo aquel que las solicitase.

Mientras esto, Grimaldo miraba y remiraba á Clarina con una atención creciente, afirmándose de rato en rato en el pensamiento de que ella no era, como le daban á entender, su amante Jamila.

El pícaro mestizo echó entónces sobre el presunto novio una mirada de zaino, por donde supo lo que urjía apresurar la ceremonia antes que cada cual de los que se miraban cayese en la cuenta de la trampería.

Empero, de súbito se irguió Grimaldo con el semblante iracundo, lleno de enojos, negando la

identidad de Jamila, listo á derramarlos sobre los asistentes.

Matehuelo puso, en viéndole, el rostro ñublado y ágrio, tanteando á solapa con la yema del dedo la agudeza de sus puñales, por si llegaba á prisa la hora de combatir.

Clarina se inmutó en ver, primero la frialdad de Grimaldo, y después su actitud injusta é hiriente para con ella; y se le arrojó otra vez en brazos, llorándole este desabrido manejo, esta sinrazón, estos celos prematuros que demostraba.

Mas, en tanto que aquel se torcía de rábia los puños desde que comprendió el arcadúz del mestizo, y la cachonda que lo ignoraba se hacía de agua para llorar los desdenes de un amante engañoso; les rodeó la gazapina armada, y el cura con dos acólitos, seguido de Matehuelo, avanzó procurando verificar la unión.

La cólera del currutaco que en el primer asombro estalla contra Clarina, la deja por un ratico, y con fúria se abalanza sobre el galafate de la invención, le reta, le quiere acometer, la correntona esfuerza entónces su sentimiento entre hipos y corazonadas, la junta de cachicanes rodea de una vez el grupo de los dos; y al punto que Grimaldo emprende la lucha, desnúdanse de ligero las escondidas hojas en son de amenaza, y se le abre la vía al clérigo del disfráz, el cual en mitad de este lance trajedioso, quisiérase què no se quisiera, ejecutó su parte, y cónyuges por siempre les hizo ..

Matehuelo echó en seguida la garafa sobre unos dijes de perlas en que nadie reparaba, y sin esperar el desenlace de su zorrería partió á reunirse con Gurrupetino en donde, sin él saberlo, se armaba con la acción y la palabra la más desigual contienda.

Era que el mismo par de policiales, vencidos y atados por los gatallones, puestos en libertad por algún viajador piadoso, habían salido nuevamente de su cuartel con órden de apresarles, fuese con vida, fuese desfallecidos, so pena de cien azotes; y que á la hora de llegar Matehuelo, y de esgrimir su puñal Gurrupetino con la una mano á la vez que con la otra guardaba detrás de sí el saco de tiritañas—los policiales, sobre intentar contra él dos golpes vigorosos de caballo, desnudando las hachas apeábanse para mejor acometerle.

A la vista de este gran peligro, sintiendo en los ojos la color bermeja de la ira, cojió su puñal Matehuelo, y se lanzó á dar al enemigo una estocada ciega.

Empero, estos dos mocetones de la policía, vencidos tan solo por la astucia, jamas lo fueran en un combate preparado, y aún ménos al haber, como al presente, la perspectiva de cien azotes.

La defensa valerosa de los mestizos fué estéril por esta vez apesar de los puñales.

El par de porquerones no les hirió, porque esto era imposible para quien no tuviese los entresijos de mis galafates; pero por una treta feliz é inopinada les apresaron, y despojándoles de las raterías les pusieron en camino hácia la prisión.





CAPÍTULO IV

Mas, en comenzándolo con direción al pueblo do se ejercitaba la autoridad del alcalde enamorado, uno de los porquerones dijo:

—Ahora que les tenemos ya con la soga al cuello he de ver cómo van á pagarnos los mestizos aquel bárbaro respingar de las mulas que para nuestro mal provocaron, el amarramiento que nos hicieron al fin de los respingos, y el donaire con que el tal lance dieron en celebrar! ahora veremos qué es suspirar y hacer lloramicos!

—Sabedlo coles, qué espinazas hay en la mar! —replicó Gurrupetino—qué tal quebranto se nos deparaba aquí á la postre de unas pocas tramperías de gusto con que creíamos procurarnos algún condúmio para el camino, mientras llegábamos al lugar de donde somos, arrepentidos de la vita bona, dispuestos á restablecer á Dios en nuestra ánima!..... Ay, á tres días buenos, cabo de mal extremo!..... nó, sinó repará, carrizo, que si como llegó á las escurriduras este diablo de Matehuelo, llegára al tiempo que requeríamos los puñales, nunca me viera yo traıado al redopelo ni al canto de caer en caponera, antes bien, Dios sabe que tales riesgos hubieran corrido sus mercedes!..... Mas, á lo hecho no hay remedio y á lo por hacer consejo.....—y

puesto que quien tiene ovejas tiene pellejas y quien anda á tomar pegas toma unas blancas y otras negras;—callad y callemos, y cada hembra hile, y comamos.

—Ea, mocosos, ó alargan ese paso de gallina en que la mucha conversación les tiene, ó la harán parar en trajedia, según yo pienso. Además, no oiga otros refranes ni más fanfarronadas que las dichas bastan á apurarme la paciencia poniéndola á pique de hacer un ejemplo!

—Bien se echa de ver — añadió Matehuelo — que en desigual batalla tendremos siempre que ser vencidos, y que á la hora de ahora, privados de nuestros puñales por sus mercedes, y por estas ligaduras del aire batallador, fuera fácil empresa, aunque deshonrosa, la ejecución de ese ejemplo; y ya que de todas suertes sea él para nosotros una azotaina en potencia propíncua, y que verdadamente no les regocije oir nuestras retahilas de refranes, — que es cuanto sabemos, — ¡por Dios, que se nos permita quejarnos, siquiera á media palabra, de este destino amargo, de esta desventura en que hemos nacido!..... ¡Ah, y cuán de otra suerte fuera, señores, el trato que sus mercedes nos dan ahora si con oído atento nos escuchasen! quien me diese que mirando en estos cuerpecicos, flacos y estrechos ya, cual si comieran alejijas, que viesen á qué extremos conduce á las veces una súbita orfandad y una escaséz rigurosa de blancas! Empero, —al no creer que en este uso de los inciviles *yoes* ha de andar el hombre con mejor juicio para acabarlos en un aire que interés para referirlos; pues si se alargan en demasía ántes despertarán el enojo que la buena disposición de oirlos; — al no tener yo tal escrúpulo, este fuera el caso de exponer en puridad cómo yo y aquél mestizo mi

compadre, al vernos sin un sús de gaita con que sostener la vida y sin parentela, nos dijimos ¡ea saltarines, si no hay por estos trigos quién dé al pobre una mano de protección, tampoco hay mejor remiendo que el del mismo paño; ea, pues, busquemos la madre gallega por donde Dios la depare buena, y venga el bien y venga por do quisiere, y vaya Jusquina delante y lleve los aderezos! Así que á toca teja hurtamos estas mismas armas con que anduvimos enántes á mía sobre tuya, y saliendo al campo de los viajadores, á cada pinchazo que acertábamos obteníamos, de fijo, sabroso respuesto para las alforjas; mas, como de lance en lance viniésemos á parar en estos sitios, se nos trocó la suerte en manos de sus mercedes, y caímos prisioneros con piolas y zarandajas..... porque, en verdad, señores, del bien al mal no hay un canto de real!.....

—Bien se nos alcanzaba ya—replicaron los policiales medio amostazados por la anterior chacharería — en cual oficio viven ustedes! y por cierto que á esta ahora estuvieran de él arrepentidos si en el encuentro pasado, venciéndoles como en el presente á puras estocadas, les hubiéramos aprehendido y llevádoles é recibir un vapuleo á la soldadezca. Y callen los rapaces, repito, que esas retahilas de adajios me tienen á pique de ejecutar sobre la marcha una atróz de azotes.

—Tres al mohino, señor porquerón..... Ah, siempre ha acontecido al que en pendencias porqueronianas lleva la parte peor, merecer, sobre los ñudos corredizos de las manos y del cogote, los más injuriosos julepes, el abuso de las porradas, el descomedimiento de los vocablos, como con el que sus mercedes nos tratan ahora! En cuanto á nosotros, si no fuese la pena que de contino nos coje al pensar en los perdidos puña-

les, ninguna otra pudiera atormentarnos, ni la promesa de los azotes, porque harto sabemos que cuando cae la vaca aguzan todos sus cuchillos!..... Mas ¡quite allá el jenízaro, que en la disposición de ánimo de este garbullo bullidor—bien lo veo,—nadita nos sienta andar á tú por tú, aunque de palabra sea, como si cada cual de entre nosotros no supiera á qué atenerse tocante á la feliz calidad de sus mercedes! Ea, echémos, jácaros, al hilo, una razón conciliadora y mudemos de canción! Arrieros somos y en el camino nos encontramos, y si hoy por un lance desventurado nos toca llevar el cáñamo á cuestas, nada sería que en otra ocasión lo llevåran sus mercedes puesto de nuestras manos, porque en esta vida cosas y casos acontecen que el tal no es maravilla: haya pues paz, paz duradera y sea lo que Dios quiera. Digo yo ahora: prosupuesto que para el caso de la reconciliación se me vienen al chirúmen ciertos propósitos respecto de una primorosa parranda, ya que nos quiten estas ligaduras y se nos deje la traza suelta y desembarazada, diremos encontinente los medios de ejecutarla, y con las donosuras que zapatearemos; y entendamos, señores, que si sus mercedes son avispados, como se echa de ver, y amantes, la parranda se ofrecerá de repicapunto para todos!

—Vaya con el diablo de mozo!—repuso el porquerón más jóven finjiendo rechazar la tentación del galafate—callad y callemos, como dice el refrán de Gurrupetino y cada hembra hile, y comamos!

—Por el siglo de mi abuelo, que dejen sus mercedes esa ruda esquivéz que por tan largo espacio nos vienen oponiendo, — añadió el otro mestizo — y miren que la parranda propuesta

vale oro por la calidad de las muchachas que llevaremos y harto más por la de las dos famosas Doñanas, madre é hija, correntonas de mucho filis, tan colmadas de gracias y donosuras como de la pasión de amar, ardientes, bullidoras, tan atrayente y linda la una cuanto es la otra, con unos ojos, carrizo, que de solo pensar en ellos se me alteran las pajarillas!.....

Y como los policiales guardáran silencio, prosiguió:

—En verdad, señores, este no es un caso grave de conciencia para quien entre el amor y el deber ha sabido por largo rato plantarse en sus trece, y echarnos la pitilla al cuello sin que nos valgan refranes ni amores,—puesto que no hay varón, bien que se finja estirado y formalote, que al amor de una mujer hermosa no se rinda:

«Por ésta hay pleitos prolijos
En las insignes audiencias,
En los caminos trabajos,
Menoscabo en las haciendas;
Por ésta el discreto es nécio,
La vista mayor, más ciega,
El esforzado sin brío
Y el graduado sin letras;
Por ésta deja el soldado
Su escuadrón y su bandera.
Y el capitán su conducta,
Cuanto vale y cuanto medra.»

Cuantimás que achaque de soldados ha sido siempre el andar de jácara en jácara buscando amores, y en hallándolos, anteponerlos á todo; así que á la vista de tan exajerada esquivéz estamos suspensos. ¡Ea, buñolero á tus buñuelos, mis sarjentos, vamos á enamorar! pelillos á un

lado, señores, atengámonos á la zambra! Supuesto que para un pobre militar recluso en su cuartel no las hay, ni hay siquiera un amorcillo solo que le alegre el corazón..... ¡cáspita, la ocasión es calva, mis sarjentos vamos á enamorar! Que las damas de la parranda son correntonas, que sus amores se compran..... ¡ea, digo que saben poco sus mercedes: en tiempo de borrasca todo puerto es bueno!

—Carrampempe! montan ustedes con nosotros, curtidos ya en este glorioso ejercicio de las armas, y adiestrados en punto á tramperías y devociones de cuartel, habíamos de dar al diablo, por puro escrúpulo de monja, un tal jaleo como el que se nos propone, en que aparte de lo espirituoso ha de haber una junta escojida de correntonas? Por San Junco, soldados somos, y enamorados por ende; — y vengan acá las dos Doñanas, y venga la tropa mujeril, á ver si en la ocasión de hacerlas perder el cacarear tropiezan en garbanzos los sarjentos!..... Es pues de advertir que si hasta el presente hemos resistido al entusiasmo que en nuestros corazones sostiene aquel tentador proyecto de la parranda, solo nos ha hecho fuerza la inflexible órden de llevarles á ustedes, cargados de amarras, á la policía, — pues al no haberla, tiempo há que estuviéramos á los piés de las Doñanas, hechos unos alfiñiques!

—Por la mala madre! — exclamó Gurrupetino — regocijémonos que hoy es día benditísimo de echad aquí tía! Oh, nunca, creyera hallar porquerones de esta calidad, tan alegres, tan enamoradizos, de tal ingenio calculador! Ya se me ocurría, compadres, que desde largo rato há estaban sus mercedes como pinaza en la mar, dudosos, irresolutos entre la obediencia jurada

y el atractivo de nuestra zambra; y que, pues á un ojo argado jamas escapan las oportunidades de gozarlas. que las aceptarían gustosamente; cuanto y más que boca que dice de *nó* dice de *sí!* El parto nos vino derecho, caramba, con este jentil consentimiento, y no queda más sino aprovecharlo dándonos prisa, que el buen día..... meterle en casa! Señores, esta es tierra de pipiripao endonde quien quiera puede hacer su agosto en siendo de ingenio vivo, hábil en las trapazas de la bajamanería, bien que use por los campos un puñal, bien que en las ciudades ande á la que salta; por esto, harto frecuentemente se dice aquí que el que escarba lo que no esperaba halla; y así, cumplido se ha de ver el refrán en sus mercedes, que venidos con la intención fiera de cubrirnos con un cordel, dando y tomando en ella, la suspende presto presto ante una gustosa é inesperada parranda! ¡Vivan los policiales!

— Ah, diablo de mocosos — exclamó el porquerón mayor — ¿y á quién no seducirán estos mestizos con su seductora garrulidad, con sus inopinados donaires, con aquel gesto, con esa gracia? — y cuando lo que desean es el amor de las resbalosas ¡ cáscaras ! quien, — y menos si es soldado, — osaría resistir? Empero, como faltando á nuestro deber vamos á ponerles fuera de los cordeles en tanto dure la parranda, pongo por condición que en terminándola se han de entregar á nosotros...

— Lo juramos por el sepulcro de San Vicente de Avila! descuiden sus mercedes, que no hay como andar á la flor del berro.

— Aceptado, mestizos adelante !

— Adelante, por mi vida, y déjense llevar de nosotros que en dos paletas hemos de ponerles en la mayor fuga de las resbalosas !

— Se podría saber, señores, — dijo al rato Pe-

ralvillo — y si no es indiscreta mi curiosidad, cuáles son los amores que sus mercedes abrazan con mas pasión? porque en mi entender, no todos tienen los mismos atractivos ni se gozan de la misma manera.

— Nosotros los soldados, amigos, los que estamos bajo una rigorosa disciplina militar, de paso en todas partes, sin residencia fija, hemos perdido la delicadeza del gusto, y, por lo general, no escojemos nuestros amores sino que tomamos los que para todos se dan de barato; — mas, si nos fuera posible la elección, creo que optaríamos por los de las mas graciosas jovencitas de las en botón.

— Este gusto inexperto que sus mercedes demuestran ahora, atestiguando está lo que un soldado olvida el manejo mujeril y se ilusiona por las exterioridades, viviendo solo para la guerra... ¡Oh, eso se requería para perder la chaveta y darse de calabazadas á la postre de un desventurado afán, porque el corazón de las mujeres ama la novedad y es mudable, mayormente el de las jóvenes, por lo cual se dijo, y no de pura malicia: *amor de niñas, agua en cestillas.* Las muchachas, en la jeneralidad, tienen sus coqueterías funestas, pues acojen resolutamente á cualquier amante si han creido encontrar en él una hermosura física é ideal realizada, y le prefieren mientras la vista de un petimetre no las saca de aquel error para ponerlas en otro. Púchas digo! y todos los regalados momos con que el primero se cuellierguía se vuelven agua de cerrajas, y el amor se torna en ascos, y le envían á esparragar! Carrizo, amor de niñas, agua en cestillas!

— Tal es también el de las demás mujeres, y con mayor razón, pues estas otras lo remundan

de contino, no por pueril manía sino por ambición, despreciando la modestia y la honradez del mérito, anhelando un falso brillo: todas las mujeres tienen la misma dolencia si de este lado se las ha de ver, y como indignas aparecen de un amor verdadero; mas, el soldado, que por fortuna no necesita mirar en filosofías para querer y ser bien correspondido, solo las estima mientras en un rato de buen humor se endulzan, y zapateando las jácaras olvidan toda esquivéz...

— Señor sarjento — replicó Gurrupetino — por su vida, no oiga yo de sus labios otras palabras injustas y descorteses como esas son. pues si bien comete la mujer sus yerros, no son éstos tales que oscurezcan sus virtudes.

« Que por damas,
Honramos vidas y famas! »

En cuanto á que para sus mercedes no vale nada el amor de la mujer fuera de las parrandas, digo que nunca oí un mayor dislate, pues no hay corazón aunque yermo y egoista sea, que atine á resistir á los hechizos de otro enamorado; y como el mismo libro de un tal mi abuelo lo dice:

«Los mas sutiles probados
Aquí pierden su ciencia ;
En esta fuerte dolencia
Todos andan quebrantados. »

A cada olla pues su cobertera; el corazón de las mujeres es caprichoso, y en sus afecciones de ordinario cambia de objeto; mas, temeraria cosa concluir de aqui que el soldado deba menospreciarlas.

— Juri á nos! suspenso me tienen las extre-

madas malicias del mestizo, y el fuero con que á un militar harto de aventuras y amores, cual nosotros somos, le rebate su pensamiento imponiéndole estas doctrinas nuevas! mas, qué maravilla, si los rapaces de ahora aprenden á vuelta de ojo en asomando del cascarón, todita cosa!.....—A ver pues, ya que tanto saber demuestran en punto á amores, y que los de las jóvenes en botón no aprovechan sino que dañan, sepamos con cuáles puede gozar el hombre.

—Mi sargento, en este particular, aparte de los de las niñas que según está dicho son pura agua en cestillas, hay los de las monjas, que de mazapán y mistura se hacen, y que, en puridad, harto tienen de lo exquisito; empero, amor de monjas..... fuego de estopas! A causa de una privación dilatada, luego de encendido, cunde como la candelilla que por el pabilo se desparrama; mas, tal cual pensamiento de compunción, en mal hora venido, lo hace temeroso y vacilante, y de esta suerte no sobrevive nunca al primer deslíz si antes no se ha extinguido. El de las casadas, vale oro, por mi vida, bien que por la contraria se diga que el tocino del paraíso es para el casado arrepiso, pues tiene un fundamento mejor y mas duradera ventura que los otros; pero es menester para hallarlo andar como un lanzareda pulsando los corazones, y para conservarlo sin mácula contra el mal propósito de los que en la privación hallan sus apetitos, tener mas aleluyas que un prebendado viejo, y díjolo Blas, punto redondo.

«Quien ha de tomar mujer,
Por su vida,
Tome la mas escondida,
Para su seguridad :

La que en virtud y bondad
Fuere criada y nacida.
La muy en mucho tenida
Por hermosa,
Esta diz que es peligrosa;
La muy sabida, mudable,
La muy rica, intolerable,
Soberbia la generosa;
La complicada en cualquier cosa
Y acabada,
Ménos que todas me agrada,
Porque segun mi pensar
Mala cosa es de guardar
La de todos deseada.»

—Si eso es así paréceme que es el peor el mejor de los amores, supuesto que no es cosa de nada echarse por siempre á cuestas una arma tan peligrosa;—y pues no son muchos los hombres que para burlar el riesgo tienen tales sabidurías, jamás convendría ser casado.

—Carrizo, arma que recule y pegue para el diablo que la juegue! Con sus mercedes estoy bajo este punto de vista; pero, quitada la obligación maridal, insisto en dar la excelencia al amor de las casadas, puesto que en merecerlo hay la jocosidad de gozarlo con daño de barras, una correspondencia segura, y la aptitud en que el varón está de marcharse al tiempo que mas conviene.

—Según lo dicho ¿qué condiciones se ha de buscar en ellas para lograr un placer acabado?

—Lo primero, han de ser agraciadas por el rostro y por la talla, morenicas, dulcemente seductoras..... ¡caramba, hermosura en moza y fuerza en badajo!

—Y lo segundo?

—Lo segundo no es condición de la mujer sino del hombre, quien para enamorar debe tener muchas camándulas, pues la mujer y el vino engañan al más fino,—y no andarse en zancas de araña á la ocasión de hacerse antojadizo, prosupuesto que la mujer y la cereza para su mal se afeitan; cuantimas que al asno no le llevâran al agua si no tiene gana.....

Paso ante paso habían llegado á la población, porquerones y mestizos, y comenzaban aquellos en vista de una tardanza contraria á urjir á los galafates, deseosos de lograr la fiesta de las Doñanas.

Gurrupetino y Matehuelo, bien que tuviesen conocimiento con muchas de las mas garridas correntonas de Lima, vacilaban entre ejecutar el prometido jaleo en casa de la que á Grimaldo amaba, ó echarlo todo á doce; mas, como les conviniese menos el desabrido enojo de los policiales que el que la Clarina sintiera en verles, (á ellos que al abandonarla la hurtaron todas sus tiritañas).—resolvieron proseguir adelante, y, confiados en reducir, por fas ó por nefas, á mera travesura lo que en puridad fué hurto, verificar la zambra en casa de la Clarina.

Luego de llegados, pidió Gurrupetino á los porquerones que le aguardasen un ratico afuera en tanto que él regresaba, y entrando resolutamente dáse con Clarina, y explícala sobre la marcha cómo lo que á toda luz parecía hurto no lo era, sinó un arcadúz corriente para atraer á los corchetes y birlarles el alma; — puesto que, realizado el tal arcadúz, la devuelve ya el saco de tiritañas; ensalza el haber de los dos porquerones que traen, y pide que al punto se arme una fogosa parranda.....

Clarina consintió en ello desde que vió sus tiri-

tañas y el donaire de los porquerones, segura de que los mestizos, en la debida oportunidad les vaciaban la bolsa y dividían con ella el usufructo.

Los soldados se apearon prestamente á una señal de Gurrupetino, y con aire regocijado y travieso penetraron al interior.

Clarina les salió al encuentro, y en contemplarla ellos con el ojo ardiente de la malicia, tan retrechera como adamada, subióseles el amor de punto, y encontinente diéronse á enamorar.

Matehuelo lo echó de ver, y temeroso de que por haber para ambos un solo y mismo interés, parase en trajedia este lance primero, poniendo fin así á la preciosa chanada que ejecutaban, partió de lijero en busca de más correntonas, y tornando con ellas luego luego, puso las bases de la parranda.

A cabo de rato se presentó Gurrupetino dejando adrede mirar por entre los pingos de su camisa, mas que pingos, botellas del zumaque puro.

Los porquerones que de tiempo atrás no lo saboreaban, y las correntonas que no les iban en zaga en cuanto á esta afición, precipitaron el entusíasmo en que ya ardían, y entre copas y amores redondearon la zambra briosamente.

En esta feliz ocasión hizo Matehuelo su salida segunda, no ya en pos de mas damiselas sino de la jacarandana de jorgolines que poco antes le habían servido para casar á Grimaldo, á fin de que al presente, listas las armas, acometiesen con él una nueva y memorable empresa; y en teniéndoles que les tuvo de su parte por sus seductores halagos, les llevó en volandas al jaleo de la Clarina.

La turba de jorgolines invadió el hogar bulliciosamente, y haciéndose al punto de casa, en mitad

del alboroto con que á cada tiento que daban crujían los vasos, empuñaron una arrobadora guitarra para tocar en ella, las más festivas y entusiastas jácaras primero, y llevar después el contrapunto de cierto baile, fogoso que electrizaba.

Las correntonas que en cada jorgolín veían un amante de ellas correspondido, echaron el resto de la alegría, y alternando lo tierno con lo espirituoso llevaban hasta el delirio la bulla y el placer, — cuando los porquerones, mas que amostazados, celosos, las asieron para enamorar, y como éstas se resistiesen, trátanlas al redopelo é irritan á los jorgolines: tras de una vocería ruidosa viene el estrépito de las copas que como piedras á tablado llueven, y luego los tajos, y las cuchilladas, y el encarnizamiento, y la confusión.....

Los dos mestizos, mientras todo esto acontecía, meneando las tabas apercolaron el saco de tiritañas, redimieron sus puñales, y poniéndose á horcajadillas sobre las mulas — huyeron.



CAPÍTULO V

Era ya el anochecer de ese día.

Temerosos Peralvillo y Sisebuto de una funesta persecución picaron de martinete hácia la hospedería en que Orgáz y los otros cúmpas les jugaron la barrabasada del hurto.

Ambos iban gozosos por el éxito de sus tretas, que en tiritañas y mulas se resolvía; mas, como el uno apuraba su injenio para producirlas mejores para birlar al primer viajador que andando adelante topáran, así el otro se arrepentía de su mal proceder cuanto más lo maduraba y le venía á la mente el estribillo de su madre.

Ocupados de estos pensamientos contrarios iban silenciosamente, dejando atrás los vientos según lo que aguijaban sus cabalduras; y, ello, á este paso hubieran en la misma noche llegado al lugar do hicieron su primer salida, si cuando con más ajilidad los daban no les suspendiera un cuchicheo, un claro y leve ruido que por la orilla del camino se percibía.

Entrambos á dos se detuvieron por fijar mejor el atento oído, y pues de esta suerte ántes se avivaba la curiosidad que se satisfacía, resolvieron dejar las mulas luego al punto, y aproximarse á la orilla del camino.

Así, nada tardaron en descubrir que allí no

había más cuchicheo ni más ruido leve que el juego de truco en que una birlesca de saltarines se entretenía, y el choque de los tejuelos que, saltando á la coz-cojita, manejaba cada cual.

Esta súbita aparición de los mestizos les desconcertó seguidamente, al punto que de entre ellos varios intentáran huir; por lo cual y ser la compañía formada de hampones medio difrazados, astrosos y mal avenidos, sospecharon aquellos, que se las habían con pillos de marca, que nó con saltarines jocosos.

Repuestos los jugadores de esa primera impresión, prosuponiendo dejar á los venidos sin sonaderas invitáronles con una exijencia amenazante á formar en la partida de truco.

Los mestizos no vacilaron: ántes sí, — pues el caso presente entraba en las artes de la bajamanería, vistas con la expedición y destreza que en todo juego se comportaban, mayormente en los que por la vía de las armas se resolvían,—aprestando á la vez la bolsa y los puñales, pusiéronse á la coz-cojita á manejar tejuelos, como los otros, por órden de sucesión.

Peralvillo y Sisebuto perdieron algunas blancas en los principios por ceder el turno; mas, en aceptándolo, comenzaron á llevar los tejuelos de casilla en casilla con una presteza y seguridad, que sobre darles á destajo las ganancias les dejaban el turno para empezar de nuevo.

Los hampones pisaban fuerte de coraje viendo cómo sal y agua se hacía la esperanza de birlarlos; mascullaban por lo bajo, ponían el jesto fiero.

Buen rato hubieron de pasar, los unos acumulando ganancias, y los otros arbitrando mil tramperías, por conservar siquiera los pocos reales que le quedaban; cuando aconteció oir Sisebuto entre los cuchicheos de los hampones nombrar á

Orgáz. Advirtiólo á Peralvillo y reparando los dos en ello, echaron de ver que, por la verdad, todos los compadres fujitivos jugaban en esa misma partida de truco, y eran los que en viéndoles, apesar de estar ellos disfrazados, intentaron huir.

Encontinente pusieron en corbona las granjerías, y concertando sus enojos, dando al diablo la partida de truco, acometiéronles á puñadas con inopinado brío.

Los otros de la birlesca acudieron prestamente á poner sus puños en la pelaza, más por zurrar á los gananciosos y redimir sus blancas, que por defender á los agredidos.

Empero, recibidas las porradas primeras de estos hampones, que solo á fuer de intrusos las daban, desenvainaron sus puñales los dos mestizos y contra ellos los esgrimieron con tal sabiduría que sin suspender las puñadas con que á Orgáz castigaban, les hacían á cada pinchazo nuevos canjilones en los vestidos, y en la pelleja, nuevos rasguños.

Pocos hubieron de hacer, no obstante, puesto que los hampones, no osando combatir con armas tan desiguales y temerosos además de que subiéndosele á los mestizos la sangre al ojo, á la postre de las porradas hicieran riza entre ellos á punta de cuchillo;—tomaron el hopo y desaparecieron por el dilatado campo.

Peralvillo y Sisebuto, libres ya de los defensores que huían, guardaron las armas, y concretándose á los cachetes, dábanlos que harto arrepentidos del robo de las mulas se confesaban Orgáz y los otros tres compadres restantes.

Para acabar, rendidos de este vapulear desaforado, cojieron un cordel que en el pellón traín, y cubriéndoles de lazadas y ñudos, les trajeron á la orilla del camino, y ahí les abandonaron.



CAPÍTULO VI

Quien hace la burla guárdese de la escarapulla, y quien mal hace que se guarde!—dijo Peralvillo respondiendo á las súplicas que Orgáz y los otros tres pillos de los apagadores hacían, temerosos, y con sobrada razón, de ser cojidos por la justicia del alcalde enamorado, si de las amarras no se les desprendía.

Y poniéndose de nuevo sobre su mula, emprendió, seguido de Sisebuto, la interrumpida jornada, no ya por donde la hicieron al venir, sinó tomando otra diversa vía, prosuponiendo alejarse cuanto fuese menester de la población do estaba el alcalde severo, y de la hospedería en que por vez primera apercolaron una pareja de mulas;—temerosos, éstos como los otros, de caer malamente á sombra de tejados.

—¡Por la luz de Dios, harto complacidos debemos estar, amigo Sisebuto — exclamó Peralvillo mientras caminaban — del buen éxito que con nosotros las bajamaneriles artes han tenido en la ciudad que dejamos, porque, en realidad de verdad, caso provechoso es, y para reir, la aventura con que pusimos fin á la soltería de Grimaldo, así por sus jocosidades como por este bulto de tiritañas que á la desposada birlamos! —y caso no menos provechoso y alegre es en el

que hicimos la mamola á los porquerones con el cuento de las Doñanas, y librándonos de sus ñudos corredizos les dejamos, mal encomendados, en poder de la jacarandana de jorgolines ¡por la luz de Dios, brava treta! Harto regocijados dije pues, debemos estar por estos éxitos limenses, sinó que, bien considerado, paréceme que jamas debimos, ni por soñación, entrar á servir de alcamonías en casa de correntonas, pues en ninguna manera se aviene este oficio con la valentía y temeridad de un corazón guijeño, cual le tenemos, —ni con lo áspero y varonil de nuestro cacúmen, hecho tan solo para ejecutar las artes de la bajamanería; y cuando esto no sea, digo que el tal oficio es causa de menosprecio para quien lo abrace, porque haciendo presa de su honra la reducirá á nonada. Así es como por haberlo seguido, bien que en un corto tiempo, me siento rebajado, despreciable ante los ojos de los mismos viajadores que acometamos, y ante los míos propios además; en tanta manera que de hoy más no he de ser hombre para emprender esas riesgosas fechorías con que suspendíamos ya (*) á los más valientes, cuando no les heríamos de alguna cuchillada por arrebatarles lo que en ellos nos sedujera!... Malhaya la inspiración que al servicio de las correntonas nos puso!

—En esta, Peralvillo, como en muchas otras objeciones en que á las veces repara tu sutil injenio, hallo que tienes razón, pues de cuantos jéneros de deshonra hay imaginables, paréceme que es el peor este de servir como alcamonías á un gremio de correntonas; y advierte que solo el pensar me apena que nuestra desventura llegó

(*) Ya: *en otro tiempo.*

hasta haberlo padecido! Empero, tocante á que de cuajo nos quitará la honra..... ¡ah, Peralvillo, tiempo há que la perdimos de cuajo! ¡Desde que sentados á las puertas de la casa de gobernación tuvimos el mal pensamiento de apercolar tal cual baratija para acabar un maldito juego de chapas, tú mismo, Peralvillo, yo, y por nosotros mi madre, quedamos deshonrados de todo en todo; y desde entónces hasta el presente, hánse sucedido tantas y tales aventura que, en claridad, aunque ello nos escarabajee, ni un trís de buena fama nos queda!..... Caso lastimoso es este, amigo, y sin remedio, mayormente en lo que á mi toca, porque harto más pienso que vale mi honor que todos los usufructos de la bajamanería..... Así pues, repito, lo único que hay de sensible ahora es el vernos nuevamente deshonrados por el peor estilo que darse puede!

—Dále bola, y qué pesada! volvimos ya otra vez, Sisebuto, á la majadería de vituperar nuestro bajamaneril oficio, como si todo fuera echar saetas contra él, y nada el gustoso estilo por donde nos llena de granjerías? Ello, siempre te he visto procurar mostrármelo estéril, melancólico, ahíto de peligros, para tí, digo, que harto gazo demuestras en parecer incapáz de sacramentos!

—Paso, paso, el ladroncillo con ese mal apodo! sepas que tengo de juzgar así siempre, y con más razón ahora que estoy encalabrinado en el propósito de dejar esta vida azarosa por la útil y sosegada que en mi pueblo, al lado de mi madre, se me depara. Tiempo es ya de que vuelvan las nueces al cántaro, y cada buhonero vaya á su menester; no quiero seguir biltroteando por apartados parajes con el sanguinoso intento de apercolar baratijas entre tajos y cuchilladas al haber resistencia,—porque con estos derechos

salen los cohombros tuertos, y el que vá por lana suele volver trasquilado. Empero, de no acontecer como digo ¿no es un afán que á la larga debilita el brío y quebranta la voluntad más firme, el traer la barba sobre el hombro, el vivir con escama, temoroso y sobresaltado por el riesgo de ser acometido que á cada trinquete se corre? En justo y en creyente, si la bajamanería tiene tesoros ocultos, malo soy yo de solicitarlos, pues en el tiempo que há vivo por ellos, juro á Dios, no he logrado sino tiritañas á la postre de los combates! tiritañas, tasajos, caponeras... ¡mirá si donde pensais que hay tocinos hay estacas!

—Cochite, hervite, cochite, hervite..... ¡carrizo, harto me tiene esta majadería con que á cada paso reniegas de nuestro oficio, y amenazas abandonarlo! ¿Y antójasete ahora repetirte, ahora que estamos de flux, en el tiempo mejor de la bajamanería, cuando nada hace que, recuperadas las mulas y los puñales, dejamos á los porquerones en la mas crítica aventura que se piensa, y á los compadres fujitivos, llenos de ñudos, á dos zancajadas de la prisión? ¡ea, trota rapáz que hace buen día! Oyeme, Sisebuto, como echo de ver que has perdido los memoriales al cabo de madurar ese tu mal pensamiento, porque si quisieras juzgar de otra suerte ménos apasionada, verías que ese trajín en que de tiempo atrás andamos no es pura sal y agua, sino un medio beneficioso de que se vale el que solo tiene piojos y miserias, para lograr el condúmio diario y hacerse de paso el temido, —dos cosas esencialísimas que ha menester el pobre para poder medrar. Desde que huimos de nuestro pueblo ¡en cuántos lances de primor nos hemos visto! sin hablar de las zambras tañidas y

zapateadas á lo travieso con esa fuga que el toque arrobador de las zampoñas y castañuelas precipitaba, —ni del tiempo feliz en que sobre los átrios juntábamos al son de nuestros carrizos grandes corros de oyentes. y les suspendíamos mientras que á lo somorgujo les dejábamos sin blanca; sin contar la broma que jugamos á la mendiga Olalla para establecer la red atrayente de cortabolsas, ni los amores de Florisenda, que tanto campo dieron á nuestras mas sutiles y delicadas travesuras¡ á cuántos valentones rompe-esquinas les hemos hecho perder el cacarear con salirles solo al camino, altivo y reposado el continente, fija y amenazadora la mirada, haciendo relucir ante ellos dos puntas horrorosas, que de puntas de puñal pasaban! cuántas mulas hemos conquistado hasta el presente, que en lo tucumanas y en lo rollizas no les van en zaga á las mejores; cuántos puñales, cuántos repuestos sabrosos para las alforjas!..... Y si sobre esto que digo hago mención de aquellas jocosidades con que, en compañía de las cuatro damas que de títeres no entendían, nos entretuvimos á la sombra de un higueral, y nosotros dos, Sisebuto, comenzamos á padecer del mal de amores por las gachonerías de una finjida dona Ana; y si hago mención de aquellas otras con que donosamente abrimos la sepultura para las llaves de su señoría el alcalde enamorado, qué diremos?.... Sepamos, compadre, que en esta vida azarosa no hay atajo sin trabajo, mayormente para quien es, como nosotros somos, sin casa ni hogar; y que, por ende, no debemos hacernos los descontentadizos ni dejar pasar el bien que por esta vía bajamaneril se nos depara, porque el que anda á tomar pegas toma unas blancas y otras negras, ¨ quien mula quiere sin tacha, estése sin ella!

—Par diobre, y así, soy yo el que tiene memoria de grillo, y el solo que sabe juzgar con pasión! A no tenerla tú tan aparejada hubieras ya reparado en las lástimas de este oficio, las cuales sobrepujan, de fijo, por lo que tienen de súbitas y rigorosas, á cuántas suelen acontecer en el discurso de la vida! En efecto, qué son los puñales y las mulas del hurto primero, y qué, los amores celebrados de la finjida doña Ana, si éstos, cual los que caen en la ausencia y en el olvido, tuvieron una existencia efímera; y si aqüéllos, aún no bien logrados casi, desaparecieron en una oscura caballeriza?.... ¡Por el bravo y venenoso Cancerbero, todavía se me sube la sangre al ojo de pensar cómo nos cojieron de rebata en la tal caballeriza, y exponiendo al aire toda nuestra vergüenza nos la dejaron harta de chirlos y cardenales!..... ¡Oh, día amargo, tornáseis ahora, y en esta triste coyuntura que digo me pusiéseis, á ver si dejaba, como dejé entónces, en impunidad esa ignominia!..... Dí, Peralvillo ¿qué es la añagaza con que nos procuramos el chiribitil de la mendiga para convertirlo en asiento y hogar de una junta de galafates, y qué los graciosos amores de Florisenda, ó las tiritainas que hacíamos en los átrios,—si á cada ratico amenazaban los porquerones de su señoría llevarnos de reata á la prisión so pretexto que el son de nuestras pipiritañas turbaba el reposo de las doncellas llamándolas al amor? ¿qué son, si hasta el presente, no obstante los regocijos que dices, hemos pasado en flores, puesto que las raterías no se presentaban unas veces, y otras eran de tan ruín condición que apenas daban de sí para untar el diente?.... —En esto de andar á la raspa, fuera de la vana palabrería con que nos refutamos, está la flaqueza que en nosotros

se advierte al primer golpe de ojos, cual si comiéramos alejijas, porque en este ejercicio bajamaneril, repito, entre gavilla y gavilla solo hay hambre amarilla! Además, no se hacen los negocios con hongos sino con buenos dineros redondos, de tal suerte que cuando no los haya, ántes se le pegará una liendre al que presuma pasar sin ellos, que algun ruín zatico de pan con que mate el hambre:—por ende estoy, como dije, encalabrinado en dejar nuestro rudo y estéril ejercicio, y buscar alguna útil tarea para acudir á mis necesidades y á las de mi pobre madre, sin alboroto de cuchilladas ni de vocerías, porque mas vale comer grama y abrojo que traer capirote en el ojo; cuantimas que en paz y jugando se suele ir pasando!

—No sé por qué, Sisebuto, bien que te haya siempre visto á par de mí haciendo proezas en los mayores peligros, trasluzco en ese estilo manso y calculador, que tienes cierto escrúpulo temeroso para seguir poniéndote con los viajadores á mía sobre tuya; no sé qué puede valer este miedo en boca de un galafate fino....!

—Por la mala madre, carrizo!—interrumpió diciendo Sisebuto—¡cuándo echaste de ver que mi natural bravío desfallecía, ó que el peligro,—fuese inmediato ó remoto,—alteraba en la menor nonada la osadía y temeridad de mi esfuerzo? Peralvillo, no sé por qué se te antojan á las veces ciertas dudas harto hirientes y provocativas, bastantes á malograr esta amistad que nos une, pues en subiéndoseme la cólera al campanario, á tí y al trincapiñones que me lastime, tengo de quebrarle las nueces en la cabeza!.. No es miedo lo que me induce á dejar la bajamanería, sino el deseo de ganar la vida honradamente, y vivir al lado de mi madre para socorrerla.....

— Luego si nada tenemos ¡carrizo! prosigamos adelante con las tramperías de nuestro bajamaneril oficio, y muéranse los barberos, y ejecutémoslas por zancas y por barrancas para mejor medrar, y bulla moneda y dure el pleito seis navidades! No haya cuidado que los porquerones nos cojan en mitad de nuestro ejercicio entusiasmador porque si mucho sabe la raposa mas sabe quien la toma, y ya la hemos puesto nosotros, por dos veces, en calzas prietas! no temamos, Sisebuto, malos éxitos para en adelante, puesto que de hora en hora Dios mejora, ni el haberlos nos acobarde porque en esta vida de contiendas y azares no hay pega sin mancha, como dije, ni mula sin uña; y, ende, lo que una mora tiñe con otra se despinta! De otro lado ¿montas que encontrarás fuera de la bajamanería esa útil tarea que dices has menester, — y que al punto de hallada te abonará usufructos y granjerías que basten á acudir á tus necesidades y á las de tu pobre madre? Engáñaste amigo si en tal confías, prosupuesto que no sabes cosa que de provecho sea para trabajar honradamente, y que, á los pocos días de estar reprimiendo el movimiento de la naturaleza, — pues eres por hábito y por instinto cachicán de campo través, hecho adrede para manejar las armas y apercolar baratijas, — que te vencerá la tentación de hurtar alguna preciosa triquiñuela; y de esta suerte digo, te has de ver en desventura, pues harto vá de estar solo, como estarás si me dejas, á estar acompañado, como entrambos á dos estamos ahora!

— ¿Es pues el culantro hervir hervir? todo ha de ser gastar pastillas de boca y garandar hambreando, con la remota esperanza de lograr entre las desventuras corrientes, algún lance de blancas, que acabemos con honra y que al fin

nos mejore de esta rigurosa miseria? Del dicho al hecho gran trecho hay amigo, mayormente en lo respectivo á la bajamanería, pues no basta acometer á los viajantes con ánimo resoluto, alardeando esfuerzo y valentía, sino que es menester sea el atractivo que lleven un tesoro tal que justifique el hurto y el medio, á las veces horroroso, de ejecutarlo; y, de verdad, nunca, hasta la hora de ahora, se nos han presentado por este estilo, al paso que nosotros en todas las de birlar, si bien fuese objeto de nuestra codicia un costal de escarabajos, hemos desenvainado las armas y acometido con gran riesgo de la pelleja.... — Peralvillo, mas vale traque que Dios os salve: yo me voy, me voy á mi pueblo, á casa de mi pobre madre, á pedirle perdón y el mismo rinconete que otra vez me tenía señalado en su hogar! ¡Ah, tiempo feliz de mis infantiles días, cómo sois ya pasados! cómo no volvereis si os llamase con esta pasión que siento ahora! ¡ah de mí! estuviese en el solejar de mi madre oyéndola recitar las poesías del libro de mis abuelos con ese amor, con ese solícito afán por que las retuviésemos en la memoria!.... — Volveré á mi lugar y solicitaré esa útil tarea que dije, que no faltará, pues las hay siempre en segar ó agavillar ó guardar la era, y hallándolas he de cumplirlas con puntualidad y esmero, porque quien así estierca y escarda recoje buena parva. Además estoy determinado á asistir á la escuela, aunque crecido ya y mañoso, para recuperar el tiempo vanamente gastado en las trapazas de la bajamanería, y ver si es posible aún adelantar algo en estudiar para alcalde, que mi pobre madre quiere que yo lo sea de borlas y montecilla....! —

— Jí, jí, jí! no harías tú mal alcalde!.... Al-

calde.... alcalde de monterilla, guay si cargado te pilla! — le replicó Peralvillo haciéndole burla — anda, que tu madre no lo dijera si supiese con la afición y el arte que ejecutas las mayores bellaquerías! Ya que te vayas, amigo, juro á Dios, no estudiarás para esposo de la alcaldesa, ni espacio para cumplir tu útil y pregonada tarea hallarás, — pues, por mi honra, desde este mismo punto me hueles á lazo escurridizo! Ponga yo la cabeza en un tajo si en presentándote en nuestro pueblo, bien que á hurtadillas sea, no te coje el gobernador, y si en teniéndote puesto entre dos porquerones, movido de enojos por el hurto de baratijas que le hicimos, no manda zurrarte la pámpana con un varapalo, y meterte después en el mas oscuro y fétido calabozo de la alcaldía! Sisebuto, lástima es que te cierres de campiña en el propósito de marcharte, cuando por trapacero y valiente no hay otro que tú para ir conmigo á la raspa buscando las aventuras! - .... ¡Ah, es que ningun humano estado basta á saciar la codicia y la ambición de nuestros corazones corruptos; es que el descontento del presente amengua y descolora las mayores desventuras, si son pasadas! ¡Ah,

« Cómo á nuestro parecer
Cualquier tiempo pasado
Fué mejor! »

....

¿Pensaste alguna vez, Sisebuto, en las miserias que hemos tenido siempre en nuestro pueblo, que tan seguro te veo de mejorar dejando tu natural oficio por acorrer á los menesteres de la labranza? No las has pensado, de fijo, porque mal se aviene tu resolución con la que tomamos

al punto de fugar, para no vivir en la casa sin techo de nuestros padres, á todo aire y llovizna, como estábamos, cubiertos con un poncho pocas veces, zurrados á lo vivo por pecaditos de menor cuantía. hartos de látigos y de una comida tasada y desabrida que de contino nos hacía repetir:

Bofes en casa
Bofes en la arada
¡Cuerpo de tal
Con tanta bofada!

De otra parte, muy temeraria es la intención que tienes de volver á la escuela, puesto que ni estás en edad de soportar los azotes que ahí se dan por no atinar el estudiante con los vocablos, ni los soportaría quien como tú esté habituado á desenvainar las armas y hacer riza por un quítame allá esas pajas; empero, como tú no eres de los más diestros en achaque de lectura, mira el riesgo que corres..... —Por último, ya no quisiera meterme en más puntillos, pues poco me vá en lo que tienes resuelto, sinó la pena de ver que te malogras para siempre; mas, quiero decirte, Sisebuto, que tú que cojes el berro, que te guardes del anapelo.

—Diablos son bolos, Peralvillo! mira que si fuese menos leído que me supones, y si entre los escolares de nuestro curso hubiera yo despuntado por desafecto á él ó enemigo de hacerlo, todavía así lo aprendiera, en la confianza segura que lo aprendería con la facilidad y buena disposición que siempre se me ha traslucido para imitar aquel agudo decir de nuestro maestro y retener de memoria sus retahilas donosas de refranes. Los castigos que, como dices, á las ve-

ces se dan en la escuela, en nada quebrantan tampoco mi firme resolución, prosupuesto que el ánimo que me la inspira no es para merecerlos, y que el caer bajo su jurisdicción ha de ser ántes un constante estímulo que una razón de melancolías y desalientos; cuanto y más que hay en ello, por lo que á mí toca, la inestimable ventura de estar á cubierto de las cuchilladas y de las caponeras con que á cada trinquete nos damos en este ejercicio rudo de andar á la que salta. Tocante á los recelos en que te pones pensando cuán inflexibles son la justicia y la temeridad de nuestro gobernador, bien se me ocurre que la pasaría mal en presentándomele de rebata, y que así, el castigo menor sería la azotaina y la caponera; ten cuenta, empero, que el interés de mi madre despertará el de sus muchos benefactores, y que ella y todos pedirán al gobernador gracia para mí, haciendo alarde de estos mis buenos propósitos que dije; — y, de mi parte, yo devolveré con setenas las baratijas robadas. Finalmente, cuando hubiera mil riesgos en exponerme al enojo del gobernador y á los castigos de la escuela, no serían mayores que los inminentes que de hora en hora corremos en este oficio bajamaneríl, para la libertad los unos, y los otros para la pelleja; y si lo fuesen, no lo repararía en la ocasión de volver á casa de mi madre y socorrerla, que es todo mi pensamiento...... — Adios Peralvillo, me separo de tí llevando el corazón hecho una lástima por la pena que siento de dejarte en la bajamanería, expuesto á perecer, de mala muerte quizás. . . ! tú, Peralvillo, que sin este antojo de andar en pos de las aventuras fueras el más perfecto y acabado muchacho.....! ¡Oh, cómo me enternece el pensar que nunca jamas nos volveremos

á ver si el destino nos aparta ahora el uno del otro!.... nosotros que éramos dos almas nacidas para vivir por siempre unidas....

Ah de mí — exclamó entónces Peralvillo, todo entristecido — bien decía yo que ántes de exponernos entrambos á dos á tantos riesgos, y llegar al punto de romper lanzas con la justicia, á este punto en que tocante á un mal presunto, éso da arrepentirse de la bajamanería que proseguir en ella, — bien decía que era menester probar si en efecto te movía á abrazarla una decidida y natural vocación: cedacillo nuevo, tres días en estaca!.... ¡Cómo te vas, Sisebuto, y me dejas en la soledad y desventura que tengo de pasar, acabado el ruin repuesto de las alforjas, por la persecución porqueroniana que padecemos!... ¡ay triste, esta es la ayuda del escarabajo, que suelta la carga cuando le ayudan!.... ¡Vete Sisebuto, vete, pues no reparas en la ingratitud con que en este manifiesto peligro me tratas! en buena sea, que llegues sano y salvo á nuestro pueblo y que nunca te acontezca ver todo el mal que encierra tu resolución!.....

— No es ingratitud, Peralvillo, pues esta pena que siento de dejarte atestiguando está lo que es agradecido mi corazón.... El pensar qué miserias horrorosas pasará mi madre, ella cuya única esperanza para el porvenir era yo, me le ha movido tan tristemente y puéstole en tal arrepentimiento que ninguna razón bastára, si la tuviese, á estorbar mi propósito de ir á socorrerla; — y la obstinación en que te cierras de campiña por permanecer en este estéril y deshonroso ejercicio me causa tal desabrimiento melancólico, tal aflicción, que solo anhelára quedarme contigo para ayudarte en las aventuras, y correr al fin de ellas tu propia suerte!.... ¡Te oyése, Peral-

villo, una palabra sola de arrepentimiento, siquiera fuese por corresponder á mi jeneroso deseo,—y me comprometiera á salvar toda dificultad obteniendo gracia para tí, después de yo obtenerla!..... ¡En nombre de esta amistad nunca jamás desmentida que nos profesamos, consulta tu corazón que yo sé como él no consentirá que la rompas esponiéndola á los riegos de nuestra separación y del olvido, por andar á la raspa, sin esperanzas ni porvenir!....

— Oh cruel destino, de tí solo debo quejarme, pues poniéndome en la orfandad, me pusiste tambien, pobre, sin ventura, á correr ese mal camino que me deparó mi debilidad y mi inexperiencia! cómo soy solo, cómo no tengo una madre cuyo pensamiento, mas fuerte que mis inclinaciones, me llevase á su hogar á socorrerla, conforme el de la tuya te lleva, á tí Sisebuto! ¡Oh, qué tristura me oprime ahora, qué tormentoso trance es este en que el cariño que te profeso me impulsa á seguirte, y esta misma necesidad de amarte, á ser por siempre tu compañero; en que, por la desconfianza que el hábito de hurtar me inspira, recelo que no corresponderé bien á la gracia que obtengas para mí.... No, Sisebuto, es fuerza que nos separemos, es fuerza que se cumpla de todo en todo nuestro infortunio, que nuestra amistad, por tan largo tiempo conservada, tan sincera, tan ejemplar, que perezca combatida por el cierzo de este destino amargo... ¡Véte, véte, Sisebuto!... deseo que prosperes haciendo la felicidad de tu madre, y que nunca eches en olvido la memoria del buen amigo que con tanta ternura supo amarte.....!

— Adios, Peralvillo! — exclamó Sisebuto en oir el final de esta despedida, abrazándole y soltando un llanto que pugnaba, rato hacía, por decla-

rarse — ¡adios, adios.... ! yo sé que á tí no se te ocultará la pena que me aflije en esta despedida, que nunca llegára — porque conoces mi corazón y lo amas..... ¡No dejes de enviarme noticias tuyas si puedes: ellas me aliviarán del desasociego en que he de vivir pensando en tu suerte; — y si alguna vez te crees desgraciado, acuérdate de mí que en tan grande estima te tengo, que partiremos taz á taz del fruto de mi trabajo!..... Adios, Peralvillo..... que la suerte te sea propicia!..... —

Y desprendiéndose bruscamente del abrazo en que los dos estaban unidos, montó de un brinco sobre su mula y partió.

— Carrizo, eso nó; yo te acompaño! — exclamó entónces Peralvillo saliendo de la perplejidad en que le había puesto la partida de Sisebuto, y limpiándose tal cual lágrima que le estorbaba la mirada, montó también y se lanzó encontinente á darle alcance.



CAPÍTULO VII

Al cabo de una larga jornada que hicieron, apartándose de la jurisdicción dei alcalde enamorado, que en pos de ellos dos partidas de perseguidores había enviado, — llegaron á una sola de su lugar natal, á la hospedería en que ejecutaron el primer hurto de mulas tucumanas habidas, y como viniesen picados de los tolanos, pues el condúmio de las alforjas estaba ya consumido, resolvieron entrar, confiados en que otro traje y otras maneras traían, dejando, eso sí, las mulas y el saco de tiritañas en parte que pudiesen cojerlas prestamente si algún lance contrario se les deparaba.

Puesto en su punto el animoso brío, la mano sobre las armas, se introdujeron sin vacilación en la hospedería á hacer cala y cata como la otra vez, y la hicieron de fijo si no repararán en la misma doña Ana y en las otras mozas festivas, que en otra ocasión, estando ellos debajo de las higueras, las pasaban de jácara sobre tres arrogantes borricas.

Luego luego de reconocidas, olvidados de su mal propósito, se dirijieron á ellas demostrando con mil señales inequívocas el júbilo que sentían.

La señora doña Ana y sus acompañantes les cojieron así mismo, todas regocijadas por este

encuentro inesperado, celebrándole por su oportunidad, de suerte que nada querían sino que, pues regresaban de desposar á la doña Ana con el mismo acompañante del viaje primero, que les acompañasen los dos mestizos á donde ellos iban, por festejar todos juntos en una parranda bonísima esta feliz unión.

Peralvillo y Sisebuto no vacilaron en aceptar, bien que así se desviáran de su propósito, visto que en concepto del uno el caso de la parranda podía por un artificio sutil entrar en las artes de la bajamanería, y que en el del otro, cualquier agasajo de la doña Ana le remediaría dándole por seguras y honradas vías el condúmio que había menester para llegar á su pueblo. Y cada cual, procurando que sus intentos se realizasen, comenzaba á urgir á los desposados para que al punto saliesen de la hospedería,—temerosos por la verdad, que el mesonero, que aún no les había visto, les reconociese, y armando una funesta pelaza les privase del bien que se prometían.

Mas, en un rato venido en mal hora, les aconteció la mayor aventura imajinable, y fué que tornando el mesonero de recibir unas sacas de paja, puso en ellos los ojos con tan escudriñadora intención que en verles, á sobre haz tan solamente, les descubrió, y cayó en la cuenta de quienes eran; y trayendo á la memoria el tantarantán con que, otra vez, sus huéspedes le forzaron á pagar las mulas por aquellos hurtadas, llevado del enojo furente que le movía, se precipitó á puñadas, sobre el par hazañoso de galafates; con lo que les despertó la ira por tal estilo que volviéndole éstos con setenas las porradas que recibían, no le dejáran, á estar solos, ni para simiente de rábanos.

En esta inopinada brega dió voces la señora doña Ana y las dió toda la compañía, suplicando á los combatientes que se aplacasen, los cuales lo hicieran, aunque picados ya y coléricos; mas, como acudiese la servidumbre del tambo en defensa del mesonero, recomenzó el alboroto con nuevos y mayores bríos, tan malamente para los galafates, bien que de su parte tenían el acompañante del desposorio y á otros huéspedes, que á pique estaban de desnudar sus relucientes hojas y dar principio á la carnicería.

El oficial de la partida de campo que acertó á llegar en esos trances dió una voz de órden que todos obedecieron, é interrogando al posadero sobre el oríjen de la pendencia supo que los mestizos habían hurtado allí, otra vez, un par de mulas tucumanas que ahora se negaban á pagar.

—No haya con nosotros dijes ni poleas! — respondió Peralvillo, echando saetas — ¡en justo y en creyente, señor oficial, aquí no hay más hurto de mulas tucumanas sinó la ofensa que contra toda prudente resolución acaba de hacer en nosotros el posadero, acometiéndonos de trompón ¡y por la santa letanía, que este agravio injusto no quede impune, señor oficial, pues de otra suerte nosotros mismos tendremos de remediarlo!

A fé de caballero—añadió el acompañante del desposorio procurando la paz por esta vía—digo que de tiempo atrás conozco á este par de muchachos y les estimo por el pensamiento de honradez y justicia que les guía en todos los menesteres de su oficio, el cual consiste en conducir de las chácaras á los mercados, á lomo de mula, los cerones de las verduleras!

—Aquí de la justicia! — exclamó el posadero pisando fuerte de coraje—¡juro á Dios que estos

son los cuatreros que sacaron de aquí las mulas tucumanas, estos ladroncillos de barjuleta los que me expusieron á una tunda rigorosa de vapalos! ¡no hay negar el robo, caramba, pues sobre el muerto y quien lo vela tengo de descubrirle y hacerle castigar por mano de la justicia!

—Señor oficial, no haya más escándalos, que el pasado nos tiene de mala guisa á todos los huéspedes!—repusieron los que lo eran y hallaban la razón de parte del posadero,—pues claro se deja entender que hay sospechas tocante al robo de mulas, que recaen derechamente sobre estos dos mestizos, y así, que es menester apresarles!

—Eso digo yo—replicó el oficial — y que harto malas figuras tienen para saber guardar esa grande honradez que se les alaba!

Y dirigiéndose al porquerón que con él había venido prosiguió:

—¡Ea, sús, á los mestizos, á ellos!

—Cuerpo del mundo! en ninguna manera se ha de cumplir ese temerario procedimiento! — exclamaron el acompañante y los otros huéspedes que como él opinaban.

—Ea, sús, á los mestizos!—proseguía el oficial.

—Pensar que nos han de meter en caponera, carrizo, ántes desapereceremos todos á punta de cuchillo!—exclamaron á su vez los cachidiablos, desenvainando las armas.

El porquerón intentó dirijirse á ellos, no obstante esta sanguinosa amenaza; pero el contrario bando se le opuso subido en cólera, anheloso por combatir, al paso que la señora doña Ana y las mozas restantes se abocaban con el oficial y con las que en la posada servían, y, hallándose cortas de voces, empeñaban una lucha á arañazos y á tirones que las barbas del oficial — pues las tenía — pelo á pelo desaparecían.

La vista de este encono mujeril apuró el de los huéspedes, quienes luego al punto se envedijaron á puñadas con grande esfuerzo y resolución,—parte de ellos en defensa de los mestizos, parte en la de los porquerones.

En esta feliz coyuntura que se les deparaba para su seguridad, escurriéronse Peralvillo y Sisebuto del hato batallador, y presto presto de la hospedería,—hurtando, por la ocasión seducidos, no obstante los propósitos nuevos que abrigaban, la espada que ántes de toda pendencia había el oficial dejado sobre el mostrador, inadvertidamente.





CAPÍTULO VIII

Puestos ya en cobro, tornó Peralvillo á tentar la resolución de dejar la bajamanería, en que andaba encalabrinado Sisebuto,—haciendo alarde de esta aventura postrera por el robo inopinado de la espada; y Sisebuto tornó así mismo á demostrar lo que era irrevocable su propósito jurando que no lo mudaría si le dieran, cambiados en bultos de oro, los de las tiritañas que tenían.

Iban empeñados en tal porfía, al tiempo que les aconteció ver cómo hácia ellos caminaba prestamente un mercader, ó persona que lo parecía, montado en una lijera borrica.

Entrambos á dos guardaron silencio en verle, y Sisebuto, procurando guardar la espada y huir de la tentación, se aproximó á la orilla del camino por dejar franco y espacioso el del mercader.

Peralvillo pensó imitarle, aunque harto mas temerario y birlador que él era; empero, dominado por su natural instinto, dió un tiento de mal agüero á sus puñales.

Sisebuto ni los miraba mientras iba de léjos; as, reparando de ahí á poco en las lindas tiritaıs del mercader, dió al traste con su arrepentiiento y con su buena fama, y desenvainando

su puñal y el sable, siguió á Peralvillo que á esta hora estaba corriendo ya en alas de su mal deseo.

El mercader no esperó que de menos á boca se le ofreciera un tal lance de guerra, y recibiendo por el choque feróz de las cabalgaduras una gran porrada, cayó en tierra medio desvanecido, y la borrica partió á correr que ni los vientos la alcanzáran.

En advirtiéndolo que lo advirtiéron, picaron de martinete los galafates, y tras de ella se lanzaron porque el lucro de estotra hazaña no se desvaneciese, seguros de que á la postre la alcanzarían; pero ántes que tal lograsen, y á vuelta de una larga y veloz carrera.... (¡par diobre, ni sé como le cuente!) toparon con los mismos arrieros á quienes habían ya birlado en el juego famoso de la veintiuna!

La vista de Orgáz y de los otros pillos de los apagadores que con aquellos venían, les regocijó de pronto, en la confianza que no les dejarían del todo solos en el combate, si lo empeñaban, — bien que entre sí se hubieran jugado las barrabasadas del robo de mulas y la de los varapalos. Mas, como viesen que venían envueltos en ligaduras, y que de esta suerte no les servirían, pusieron mano prestamente á los puñales y á la espada, y con batallador y fulminante brío, dispuestos á dejar la pelleja antes que las armas, respondieron á la agresión de los arrieros, los cuales en crecido número les habían ya acometido.

Desde este momento se empeñó una lucha desigual y desaforada en que la destreza y el animoso esfuerzo de los mestizos tenían á raya la osadía de la enemiga caterva, y la hubieran dominado fijamente, — á no estar sostenida por diez brazos vengativos que á la postre de tanto

heroismo y de tanta hazaña, les rindieron haciéndoles la pelleja partijas y tasajos.....!!

Peralvillo y Sisebuto cayeron de las mulas con sus puñales bañados en la sangre abundosa que derramaban; y aunque sin fuerzas ya y desfallecidos, al primer arriero que osó ponerles amarras, como las tenían los pillos de los apagadores, le sepultaron con un esfuerzo colérico las aceradas puntas!

Cayeron con valentía y temeridad, desvanecidos.

Solo entónces pudieron los arrieros echarles una pitilla al cuello y acomodarles sobre las mulas con los demás heridos.

Los arrieros, que regresaban de Lima como la otra vez, prosiguieron su viaje hácia el lugar de los mestizos, adonde iban á pernoctar.

Después de la hora de medio día hicieron su entrada en el pueblo, causandó encontinente gran suspensión por la vista de los heridos, y se dirijieron derechamente á la casa de gobernación.

Una multitud curiosa les seguía, ávida de saber qué significaba aquel espectáculo sanguinosó, — cuando al pasar por la escuela, que era obligada vía, se precipitó la junta estudiantil á verle, movida de curiosidad, toda alborotada, despreciando la voz amenazadora del maestro; y como reconociese entre los heridos á sus antiguos compadres, á Peralvillo y á Sisebuto, alborotó el cotarro nuevamente, y se rebeló contra el dómine, y, envedijada en el pensamiento de socorrerles por fas ó por nefas, desalojó la escuela, y se marchó en pos de ellos.

Los arrieros llegaron á donde el gobernador, y así como le expusieron lo acontecido con esos seis cortabolsas que traían, sin omitir ningunos

detalles de la lucha que sostuvieron para cumplir la órden de prisión á ellos encomendada,—se retiraron por entre la gazapina de colejiales, no sin dificultad y riesgo, pues los tales estaban picados ya de la tarántula.

Empero, Orgáz y los otros tres pillos restantes, anhelosos de vengar la injuria recibida de los mestizos el día del juego de truco,—hallándose en presencia del gobernador, libres de toda amarra, echaron mano en un aire de las armas con que se les había acusado, y se precipitaron sobre los cuerpos agotados y desfallecientes de Peralvillo y Sisebuto.

El gobernador y la turba espectadora se precipitaron así mismo á contener ese arrojo siniestro; pero fué tarde.

Los dos mestizos acababan de ser asesinados.

Ante este horroso acontecimiento terminaron el clamoreo de los escolares y la actitud bélica de las gazapinas, y todos desaparecieron sobrecojidos de horror silenciosamente.

....

....

....

Nadie quedó en casa del gobernador sino una mujer que lloraba sobre el cadáver de Sisebuto.

Era su madre.

FIN



GLOSARIO



GLOSARIO

A

ANIMO Á LAS GACHAS! — ¡ea, sus, adelante.

AL RAPOSO DURMIENTE NO LE AMANECE LA GALLINA EN EL VIENTRE: encarece la dilijencia y buena disposición que el trabajo requiere.

ANDAR Á LA QUE SALTA: en busca de ocasiones para hurtar.

A LAS CLINES CORREDOR. AHORA POR MI VIDA QUE SE VÁ EL RECUERO: ¡ea, que es llegada la oportunidad de obrar!

ARREMANGÓSE MORILLA Y COMIÉRONLA LOS LOBOS: al primer tapón zurrapas.

ABEJORRO: impertinente, cargante, majadero.

ACEITUNAS, *llegar á las* — á las últimas, á destiempo.

ALBENDA: antigua colgadura de lienzo blanco con figuras de animales y flores de varios colores hecha en una especie de calado con que se adornaba.

CORDANZA, *en*—á compas, en cadencia.

LBERCA, *casa en* — á la intemperie, sin techo, descubierta.

ALCALDE, DEMANDÓME AQUÍ ALGUNO? — zahiere á aquellas autoridades de cuya severidad y rigor no se libra la misma inocencia.

ARGAMANDELES: pingos, canjilones.

AL SEGURO LLEVAN PRESO: al más seguro le pasa un chasco.

ANDA EL MAJADERO DE OTERO EN OTERO Y VIENE Á QUEBRAR EN EL HOMBRE BUENO: los virtuosos son aflijidos comunmente de las miserias de esta vida.

A OSADAS—mod. adv. ant.—á fé, ciertamente, en verdad, etc.

ACERTADO HA PEDRO Á LA COGUJADA QUE LA COLA LLEVA TUERTA: moteja á aquellos que, llevados de su necedad, interrumpen los asuntos graves y sérios con impertinencias.

A RAJA TABLA — á roso y velloso.

ATABALES Á CUESTAS, TRAER LOS — afanarse, sufrir las fatigas del trabajo.

ALGUARIN: aposentillo, cuartucho miserable, chiribitil.

ALCABALAS, EN QUÉ ESTÁN LAS — qué sucede, qué ocurre, qué hay de nuevo.

A PERRO VIEJO NO HAY TUS TUS — no es fácil engañar á la experiencia.

ALCAMONÍAS: alcahuete.

A LA MUJER Y Á LA MULA POR EL PICO LA HERMOSURA: ref. que significa que la conveniencia y buen trato se manifiestan exteriormente en la hermosura y brío.

AIRE DE TACO—desenfadado; desenvoltura, desembarazo, desfachatéz, osadía, audacia, etc.

ALELUYADO; adj--jocoso, alegre regocijado, gozoso.

AZACÁN, ESTAR Ó ANDAR HECHO UN; fras. fam. fig.— andar afanadísimo en dependencias ó negogocios, trajinar contínuamente de una parte á otra.

AMARTELADO; adj. irón. — rendido, enamorado, tiernamente galante, apasionado, muerto por alguna beldad ó dulcinea.

AIRE, EN UN; mod. adv. — en un decir Jesús, instantáneamente.

ATRENZOS, ESTAR EN; — en aprietos, en apuros, en calzas bermejas.

ADIOS QUE ESQUILAN; exp. fam. joc. de despedida.

ARCADÚZ; fig. —el medio por donde se consigue ó entabla alguna pretensión ó algún negocio.

A TRES DÍAS BUENOS CABO DE MAL EXTREMO; ref. que expresa la instabilidad de la ventura terrenal.

A SOBRE HAZ; mod. adv. — por lo que aparece exteriormente, por fuera, por encima sin reparar demasiado. etc.

ALEJIJAS, PARECE QUE HA COMIDO; loc. fam. con que se moteja al que está débil y flaco.

ARRIEROS SOMOS Y EN EL CAMINO NOS ENCONTRAMOS; exp. fam. con que se expresa la necesidad que tenemos los unos de los otros.

ARGADO: enredo, travesura, disparate, calaverada; aplícase también al que las hace.

A CADA OLLA SU COBERTERA; exp. fam. á cada uno lo que le corresponde, cada oveja con su pareja, etc.

ASTROSO; adj. fam. — desaseado, puerco, súcio, lleno de pingos.

APERCOLAR; á fam.— cojer algo de prisa y como á hurtadillas.

AÑAGAZA; fig. —falso halago, artificio para engañar

ALCALDE DE MONTERILLA, GUAY SI CARGADO TE PILLA! —por alusión burlesca dícese á ciertos alcaldes de aldea que se dan una importancia ridícula cuando les asiste la razón sosteniéndola á toda costa.

ABOCARSE: encontrarse dos personas una con otra para hablarse, encararse.

ANTUVIÓN, DE; mod. adv. fam. — de sopetón, de pronto, de improviso, súbitamente.

Á CADA CABO HAY TRES LEGUAS DE MAL QUEBRANTO, exp. fam. con qué se expresa lo penosa y difícil que es esta vida.

ANDUJAR, Á CABO DE RATO; exp.—trabajar demasiado sin lograr ningun beneficio.

ANSAR: especie de ánade de dos piés de altura.

B

BARRAS, CON Ó SIN DAÑO DE; exp. fam. — con ó sin perjuicio propio ó ajeno.

BARRABASADA, fam: mala pasada, travesura imprudente, ó inconsiderada.

BUREO, IRSE DE; fras. fam —salir á divertirse, á espaciar el ánimo.

BORLAS Y MONTERILLA, SER DE — de copete, de tono doctoral.

BAJAMANERO: el ladrón ratero.

BUENAS SON MANGAS DESPUÉS DE PASCUA; exp. fam.— siempre viene bien lo bueno y lo útil.

BERLANDINAS, ECHAR; mod. fam. — embustes, hacer trampantojos.

BROZA, GENTUZA DE TODA — de todo servicio.

BOTE Y BOLEO, IRSE DE — de lijero, prestamente.

BRETE, PONER EN UN — en apuro grave.

BALDEO Y RODANCHO, GENTE DE — de baja estofa, valentona, pendenciera, etc.

BOLIN DE BOLÁN, DE; fras. fam. — á trompa y talega, sin reflexión.

BAILAR EL AGUA Á ALGUIEN; fam.—lisonjearle, atenderle sus caprichos, adularle.

BÁRTULOS, PREPARAR LOS; fras. fam. — los medios de ejecutar algo.

BUREO, ENTRAR EN: en consejó para resolver.

BAILARÍN DE CUERDA FLOJA; dícese del sin palabra.
BAHORRINA: junta, reunión de gente pícara y soéz.
BAILO BIEN Y ECHAISME DEL CORRO? — el mérito suele verse pospuesto á la petulancia.
BULLA MONEDA Y DURE EL PLEITO SEIS NAVIDADES; exp. fam.— encarece la eficacia del dinero paro alcanzar cuanto se desea.
BERROQUEÑO: duro, insensible.
BRIZNA: partícula sutil de alguna cosa.
BULLEBULLE: alocado, travieso, atolondrado.
BABAZORRO—ignorante, rústico, grosero.
BRAVONEL: baladrón, fanfarrón, que la echa de valiente.
BULAS PARA DIFUNTOS, TAMBIÉN HAY; fras. fig.— para todo hay remedio.
BURUJÓN: chichón, bulto ó tumor que se forma en la cabeza.
BUITRERA, ESTAR PARA: en agonías, para morir de un momento á otro.
BELITRE; pícaro, ruín, mal inclinado.
BARTOLILLO: especie de pastelillo con crema ó carne puesta interiormente.
BUÑOLERO Á TUS BUÑUELOS—cada cual á su menester.
BOCA QUE DICE DE NÓ DICE DE SÍ; exp. fam.
BIRLESCA: junta de rufianes, de gente perdida.
BILTROTEAR; fam.— callejear.
BREGA: riña, pendencia, reyerta.
BORRICA FRONTINA, SEÑAL DE; fam.— la señal con que se dá á entender una segunda intención.
BONICAS, JUEGO DE: juego de muchachos.
BADAJADA; fig. fam.—gran dislate, desatino de marca.
BONICAS, ANDAR Á LAS; fras. — desear mucho bien sin querer trabajar para conseguirlo.

C

CAPONERA, METER EN; fras. fam. —poner en reclusión.

CORBONA, METER EN; fras. fam. —guardar en el bolsillo.

CORNADILLO, EMPLEAR EL; fras. fam. — los medios conducentes al fin que se desea.

CALA Y CATA, HACER; fam.—examinar, observar, tantear, practicar un reconocimiento.

CALZAS BERMEJAS, PONER EN: en apuros graves.

COBRO, PONERSE EN: en salvo.

CEPOS QUEDOS; exp. fig. fam. — úsase para imponer formalidad, circunspección, para cortar toda conversación desagradable ó dañosa, etc.

COSER Y CANTAR, NO QUEDA MAS QUE; fras. fig. fam.— queda lo fácil, lo que no ofrece ya dificultad.

CEBOLLA, DAR Á ENTENDER DE CIELO; exp. fam.—dar cañazo, engañar, embaucar.

CON OTRO EA LLEGAREMOS Á LA ALDEA. — exp. con que se encarece la constancia y aplicación que requiere el trabajo.

CAPIROTADA. — especie de guisado que se hace con yerbas, huevos, ajos y otros adherentes y sirve para cubrir y rebozar con él otros manjares.

CAMPANARIO, SUBIRSE LA CÓLERA AL; exp. fam. fig.— excitarse la cólera provocar el enojo.

CANDILAZO, Á LA ZORRA. fam. —á pícaro, pícaro y medio.

COMPADRE, SOBRE PADRE NO HAY: la pérdida de un padre es irreparable.

CASA LLANA, GENTES DE LA; de la vida airada.

CARROÑO: hediondo, corrompido.

CAMANDULERO: lleno de artimañas para engañar.

CARANTOÑA: la vieja verde.

CUATRERO; fam. — ladrón de bestias.

CORRIENTES Y MOLIENTES Á TODO RUEDO: expeditos, entendidos, aptos.

CÁTEDRA EN LA FACULTAD, PODER LEER; fam. — estar muy expedito en algo, poseer bien algún conocimiento.

CONDÚMIO, HABER MUCHO; exp. fam. — haber mucha comida preparada y bien dispuesta.

CÚMPAS: amigo, compadre, compañero. (chilenismo)

CORRINCHO: junta, hato, reunión de gente bulliciosa, etc.

CANTILLANA, ANDAR EL DIABLO EN; fras. fam.—haber disturbios, reyertas, alborotos inusitados, etc.

COROZA: especie de cucurucho que se ponía á los penitenciados de la inquisición.

CUAJO, SACAR DE; fras. fam. — hacer perder la paciencia.

CUCA Y MATUCAN —juego de naipes en que la cuca es el dos de espadas y el matucán el dos de bastos.

COPO Y CONDADURA, QUERER; fras. — demostrar una ambición desmedida.

CAROCA. fam. — cariño, halago.

COJIJO CADAÑAL: disgusto, desazón, molestia que se repite cada año.

COHOMBROS TUERTOS, CON ESTOS DERECHOS SALEN LOS; — ref. con que se da á entender què la justicia y la rectitud de la conciencia deben manifestarse en las obras.

CAMPONA, Á TU TÍA ESA: expr. fam. — á otro perro con ese hueso.

CUANDO ES SORDO EL MOLINERO LA CÍTOLA ESTÁ DEMÁS; refr. — vana cosa es emplear los medios conducentes á algún fin si hay imposibilidad de lograrlo — no hay peor sordo que el que no quiere oir — predicar en desierto, sermón perdido.

CAMARIENTO: propenso á la diarrea.
CAMADA, SER DE LA MISMA; fras. fam. — ser de la misma pinta, de la misma calaña.
CALANDRAJO; sujeto ridículo y despreciable.
CAPIGORRÓN: el ocioso vagabundo.
CORDELEJO, DAR; fras. fam. — hacer zumba, dar chasco.
CACHIDIABLO; fam. fig.—travieso, diabólico, etc.
CORRENTONA; fam. — callera, amiga de andar por esos barrios en son de aventura, dando motivo á la murmuración, etc.
COLODRILLO, NOS SACARÁN LA LENGUA POR EL; fam. fig.—sucederá un imposible.
CORRENTÍO; suelto, desembarazado, lijero.
CANDONGA; ficción, artificio, falso halago para engañar.
CAROCA: fam. — cariño, halago.
CACHONDA; la mujer de vida non sancta, sensual, lasciva.
CURRUTACO; lechuguino, chulo, elegante, petimetre.
CUANDO CAE LA VACA AGUZAN TODOS SUS CUCHILLOS — la debilidad es casi siempre oprimida.
COGOTE, CAVAR LA TIERRA CON EL; fras. fam.—morirse.
CANCIÓN, MUDAR DE: variar la conversación, tocar otro punto.
CACAREAR, HACER PERDER EL;—hacer peder el entono, deshonrar.
CAMÁNDULA; maula, artificio, ficción
COZ-COJITA Á LA; fras. — á la pata coja.
CUAJO, QUITAR DE; fras. — sacar de raíz.
CÁNTARO, VUELVAN LAS NUECES AL; exp. fam. — dejar las cosas como estaban, volver á lo mismo de antes.
COCHITE, HERVITE; loc. fam.—expresa que se hace

ó se ha hecho alguna cosa con celeridad y atropellamiento.

Calzas prietas, poner ó estar en; fras. fam. en apuros graves, en aprietos.

Cachicán; fam.—astuto, diestro, sagaz, vividor.

Campo través, ser de; fras. — ser valiente, temerario, de empresa.

Cortabolsas: ladrón, ratero.

Cerrarse de campiña; fras. fam. — obstinarse alguno en su dictámen.

Cedacillo nuevo tres días en estaca; fras. fam.— ántes de poner uno su confianza en alguna persona es preciso esperimentarla.

Cucuña; fam. — lo que parece fácil de conseguir visto de léjos, pero no tanto cuando llegan á tocarse los inconvenientes que ofrece su consecución — ganga, lucro que se consigue sin trabajo.

Cerril; fig. fam. — grosero, tosco, rudo, rústico.

Ch

Chapas, juego de; el juego llamado vulgarmente de carita ó sello.

Chupaderitos, andar en ó con; loc. fam.—reparar en pelillas.

Chaborra; fam. — muchacha de quince á veinte años.

Chanada; jugarreta, mala pasada, chasco, petardo.

Chachareria; fam.—garrulidad, charlataneria.

Churumo, tener poco; loc. fam.—tener poco meollo, poco entendimiento, ser de pocos alcances.

Chorretada; fam. — el golpe ó chorro de alguna cosa líquida que sale, surje ó salta de improviso.

CHIRÚMEN; el cacúmen, el meollo, la cholla.
CHISCHIVEAR; fam.—galantear, festejar, obsequiar un hombre á una mujer.

D

DANZAS, REPARAR EN: en pelillos.
DOCE, ECHARLO TODO Á; fras. fam.—echar todo escrúpulo á la espalda y proseguir con resolución adelante.
DESPACHURRAR EL CUENTO; fig. fam.—echar á perder lo que se dice, interrumpirlo, cortarlo.
DESMAZALADO: lánguido, desalentado, acobardado, etc., etc.
DESMARRIDO: triste, mústio, melancólico, lánguido, etc.
DIABLOS SON BOLOS; loc. fam. — poca seguridad ofrecen las cosas continjentes.
DINGOLONDANGOS: insignificante, ridículo, etc.
DONDE NO HAY BLANCA TODO SE ESTANCA; loc. que encarece la necesidad del dinero.
DALE BOLA Y QUÉ PESADA; loc. fam. — expresa el enfado que causa la repetición de alguna cosa.
DEL BIEN AL MAL NO HAY UN CANTO DE REAL: refrán que expresa la continjencia é instabilidad de las cosas de la tierra.
DIBUJOS, METERSE EN; loc. fam. — en honduras.
DAR Á ENTENDER DE CIELO CEBOLLA: engañar á alguno, abusar de su credulidad.
DIMISORIAS, DAR: ahuyentar á alguno, despedirlo.
DE MALA BERENJENA NUNCA BUENA CALABAZA: de mal palo mala astilla.
DOMINGUILLO DE HIGUERAL, ESTAR HECHO UN; loc. — muy peripuesto, adornado con las galas domingueras.

DONDE PENSAIS QUE HAY TOCINOS NO HAY ESTACAS: loc. fam. que se emplea para expresar que las apariencias suelen ser engañosas.

E

EL QUE NO TIENE BUEY NI CABRA TODA LA NOCHE ARA; refr.—expresa que el porvenir del pobre está en el trabajo.

ECHAD AQUÍ TÍA, SER DÍA DE; loc. fam. fig. — es día de regocijo, de júbilo, de alegría.

ENVEDIJARSE: obstinarse, encapricharse buscando motivos de riña.

ESTIERCA Y ESCARDA Y RECOJERÁS BUENA PARVA: refr. con que se expresa la necesidad de trabajar para vivir.

ENTRE COL Y COL LECHUGA; loc. fam. — en la variedad está el gusto.

ESCURRIBANDA: diarrea.

ESGUINCES, HACER: sacar lances con el cuerpo ó partes de él.

¿ES EL CULANTRO HERVIR HERVIR? fras. fam. fig. — advierte que son efímeras y mudables las cosas de la tierra.

ESTAR Á TÚ POR TÚ; loc. fam.—en dimes y diretes, con demasiada confianza.

EL QUE TIENE BÚA ESE LA ESTRUJA: nadie se interesa en remediar una necesidad como el que la padece.

ESPARRAGAR, VETE Á; loc. fam.—quita allá, fuera, largo!

EMBAIDOR: engañoso, falso, embustero.

ENTRESIJOS; fig. — cosa oculta, recóndita, escondida.

ENTRESIJOS, TENER ALGO, muchos, fras. fig. — presentar muchas dificultades, estar enredado, embrollado.

EMPICÓSE LA VIEJA Á LOS BERROS, NO DEJÓ VERDES NI SECOS; ref.—úsase para expresar que el que se haya dominado por alguna pasión no está en estado de discernir.

ECHALE GUINDAS; loc. fam.—úsase burlescamente para animar al que está diciendo grandes despropósitos, grandes patrañas, á que prosiga en ellas.

ESO SE ME DÁ ODRERO QUE BARBERO, QUE TODO ES TRASQUILAR; refr—tanto monta lo uno como lo otro.

ESTÁ EL PANDERO EN MANOS QUE LO SABRÁN TAÑER; refr.—el asunto promete buen éxito, lo dirije una mano experta y práctica.

ENVAINE USTÉ SEOR CARRANZA; loc. fig. -haya paz, acábese la molestia.

ESPIGÓN, IR CON; fras. fam. fig. — irse resentido, ofendido, disgustado, etc.

ENDE; adv. dem. — equí, á DE ALLÍ –aplícase metafóricamente á cosa.

ESO, ESE; adv. dem.—en algunos casos equi. Á EL MISMO, LO MISMO.

ESCURRIDURAS, LLEGAR Á LAS; fras. — con que se expresa que alguno llega á las últimas, al acabarse algo.

EN TIEMPO DE BORRASCA TODO PUERTO ES BUENO; refr. —se debe mostrar conformidad y buen ánimo para hacer llevaderas aún la mayores adversidades.

ESCRÚPULOS DE MONJA; fam. -- pueril, sin fundamamento, ridículo.

ENCALABRINARSE; obstinarse en algo, encapricharse.

ESCAMA, VIVIR CON; fam. fig.—recelosamente, estar muy sobre sí, muy prevenido, lleno de temores.

EN JUSTO Y EN CREYENTE; loc. fam. — en realidad de verdad, ciertamente.

EN BUENA SEA; exp. fam.—úsase para manifestar el consentimiento, el asentimiento que se dá á algo, etc.

EL ÁNSAR DE CANTIMPALO QUE LE SALIÓ AL CAMINO AL LOBO; refr. — burla á aquellos que cometen algún gran peligro en que tienen de sucumbir fijamente.

ENTRE GAVILLA Y GAVILLA HAMBRE AMARILLA; refr.— los grandes trabajos grandes necesidades causan—zahiere á los que sin tener con que untar el diente se llenan de oropel y de apariencia.

F

FLORES DE CANTUESO, SER ALGO; fras. — ser muy conocido, muy viejo, pasado de moda.

FLORES DE CANTUESO VIEJAS, SER ALGO: dícese de lo que ha acontecido ya, que ha pasado, que ha perdido toda su novedad, etc.

FLOR DEL BERRO, ANDAR Ó DARSE Á LA; fig. fam.— andar en fiestas, en diversiones, en jácaras.

FARDA A LA FARDA, PAGAR: úsase para expresar que si se ha conseguido algo que se deseaba ha sido á costa de un sacrificio.

FLORES, PASAR EN; fig. fam.—pasar en ayunas.

FÉRIA, REVOLVER LA; alborotar el cotarro.

FOLÍAS, IR POR LAS: no tener algo ni piés ni cabeza, carecer de sentido.

FAS Ó POR NEFAS, HACER ALGO POR; — fras. equi. á hacer por angas ó por mangas.

FRENILLO, DECIR SIN: no tener pelos en la lengua, hablar sin empacho.

FURENTE: arrebatado y poseido de furor.

FLUX, ESTAR DE; loc. irón. — estar de humor, de buena suerte.

FLUX, HACER; fras. fig. fam. — acabar con el caudal propio ó con el ajeno, derrocharlo, etc.
FÍLIS, TENER: tener habilidad, gracias, encantos.
FLUX, ESTAR Á: estar sin blanca.

G

GARBEAR: robar ó andar al pillaje.
GATA, HACER LA; fig. fam. — hacerse el disimulado, proceder con gran maña, con gran cautela.
GARBANZOS, TROPEZAR EN; fras. — reparar en pelillos, en cosas de poca monta, de poca significación.
GRULLA TRASERA PRESTO PASA Á LA DELANTERA; refr. — encarece la dilijencia y la buena disposición para trabajar.
GUIJEÑO: duro, insensible.
GATALLÓN: pillastrón, maulón.
GUILLA, SER ALGO DE; fam. productivo, fecundo, de rica y abundante cosecha.
GALAFATE: ladroncillo que hurta con mucha habilidad.
GAZAFATÓN: dislate, desatino sin segundo.
GUALDRAPAS: pingos, canjilones.
GUAY DE TÍ JERUSALEM QUE ESTÁS EN PODER DE MOROS; refr. — gran lástima inspira el que cae en manos enemigas.
GARRAMA; fig. — robo, hurto, latrocinio, rapiña.
GAITA, NO LOGRAR NI UN SÚS DE; exp. fam. fig. — equiv. á no lograr ni lo negro de la uña.
GORRINERA: fig. — cuartucho, chiribitil, etc.
GORRINO: fig. fam. — indecente, grosero, sin educación.
GUILLOTE: inocentón, bisoño.
GRADO NI GRACIAS, NO DAR NI; loc. fam.—lo que n

nace de un sentimiento natural ó expontáneo no debe agradecerse.
GALOPÍN: truchimán, picarillo, sabidillo.
GRISETA: mujer de vita bona.
GÁRRULO: Charlatán, chacharero, hablador, parlero.
GARFA, ECHAR LA; fras. fam.—echar el guante, la uña, etc.
GALLINA, PASO DE; fig. fam.—paso mesurado, medido, modo de andar de vieja.
GARBULLO, grupo, reunión, conjunto de jente inquieta y bulliciosa.
GARRIDO: airoso, gracioso, listo, despejado.
GRILLO, MEMORIA DE; fam.—memoria flaca, débil; aplícase á las personas muy olvidadizas.
GARANDAR: vogabundear, andar de una á otra parte tunando.
GAZAPINA: junta de truhanes, de pícaros, de muchachos traviesos y alborotados, etc.
GUEDEJA: cabello que cae en mechones, y cada uno de estos.
GUEDEJAS, TENER ALGO POR LAS; fras. fam.—tenerlo asegurado, no dejarlo escapar.
GARRAFIÑAR, á, fam.—quitar alguna cosa agarrándola.

H

HILAR EN VERDE: sacar la seda del capullo estando aún dentro de él vivo el gusano.
HALDAS Ó DE MANGAS, HACER ALGO DE;—fras. fam.—equi. á hacerlo por angas ó por mangas.
HORRAS: excepto, aparte, fuera de, etc.
HOGAZA NO EMBARAZA, LA: lo que es útil nunca está demas.
HITO, ESTAR Ó PONERSE SOBRE EL: llevar la ventaja en algo, aventajar á alguno, correrle, etc.

HÁRTATE COMILÓN CON PASA Y MEDIA: fras. fig. fam.—moteja al mezquino.

HUEVO, BUSCAR PELOS AL: buscar motivos de riña.

HURTA-CORDEL, HACER ALGO Á: á solapa, con disimulo.

HAMPÓN, valentón.

HALDAS EN CINTA!—exp. fig.—que se usa para incitar ó estimular á hacer algo.

HOPALANDA: traje holgado y talar.

HATO Y GRABATO, DAR AL DIABLO; exp. fam.—darse uno al diablo.

HITO, ESE ES EL: el quid, la dificultad, el tuautem.

HAMPA, MANDILANDINES DE LA: correntones valientes, esforzados, temerarios, de empresa, puestos al servicio de valentones ó de grisetas.

HATO: atajo, junta, reunión grupo, pandilla, etc.

HOPO, TOMAR EL: tomar el portante, marcharse, largarse con buen viento.

HATILLO, COJER EL; fam. marcharse, tomar el portante.

J

JERRICOTE EN CALDO: especie de guisado que se compone de almendras, azúcar, salvia y jenjibre, cocido todo en caldo.

JÁCARA, IRSE DE; fam.—de aventura, buscando amores, galanteos, etc.

JÁCARO, ECHARLA DE; fig. fam. — de baladrón, de guapo, etc.

JÁCARA: junta de jente alegre y divertida.

JACARANDANA: junta de ladrones, rufianesca.

JORGOLINES: criados de rufianes ó de grisetas.

JIRAS Y CAPIROTES, HACER ALGO; fras. fam.—resolver ó ejecutar con prontitud alguna cosa, sin reparar en obstáculos — revolverla, alborotarla, descomponerla.

Julepe; fam.—reprimenda, reprensión.
Jalbegar; fig.—afeitar ó componer el rostro con aguas y untos de tocador.
Jarras, ponerse en; fig. fam.—ponerse las manos en la cintura en son de baile.
Jáque de aquí; exp.—fuera de aquí, largo, etc.

L

Ladroncillo de agujeta despues sube á barjuleta: el hábito de las pequeñas faltas induce á adquirir el de las mayores.
Lanzas á la mar, echar; loc. fig. fam. majar en hierro frío.
Leva y á monte, irse á; fras.— tomar las de Villadiego, huir.
Lodo, poner del; loc. fam. fig.—ofender, zaherir, injuriar.
Lío, las lío ó no las; exp. fam. — estar entre la vida y la muerte.
Lance, de lance en: de vez en vez, de rato en rato, con repetición.
Lanzareda, andar como un: andar de una á otra parte con presteza, sin darse punto á descanso.
Landre; Patol.— cierto tumor glandular.

M

Mangas y capirotes, hacer; fras. fig. fam. — disponer antojadizamente de algo.
amola, hacer la; fam.—engañar con falsos halagos.
apa, llevarse la; loc.—llevarse la supremacía, el rango de sobresaliente.

MANDILANDÍN: criado de rufianes ó de grisetas.
MODREGO: tonto, imbécil, sin habilidad para nada.
MOMOS, HACER: acariciar, halagar.
MARTILLADO, TOMAR LAS DEL; fras. fam. — las de Villadiego, huir.
MOGOLLÓN, DE; mod. adv. ant. — sin decir esta boca es mía, de pegote, etc.
MORONDANGA: futilidad, cosa sin valor.
MARIGARGAJO, ESCRÚPULOS DE: los sin fundamento, sin razón de ser, sin causa ó motivo apreciable.
MIRANDO LOS VENCEJOS SE JUNTA EL AJUAR; exp. — equi. á con la paciencia y constancia se alcanza lo que se desea.
MANDAMIENTOS, ECHAR LOS CINCO; fras. fam.—echar la uña, birlar, hurtar.
MANGAJARRO: manga mugrienta que cae sobre las manos.
MAL SE TAÑE LA VIHUELA SIN TERCERA: solo empleando los medios conducentes ó un fin es posible alcanzarlo.
MATAS Y ESAS POR ROZAR, SER ALGO; fras. fam. fig. tener algo muchas dificultades, muchos pelillos.
MAJAGRANZAS: tonto, ignorante, imbécil.
MATURRANGAS, HACER; loc. fam.—valerse de artificios para engañar.
MODORRO: estúpido, ignorante, inepto.
MONTE, ANDAR Á - andar por despoblado, huyendo de algún perseguidor.
MANDRAGORITO: infusión de raíces de mandrágora hecha en vino.
MEMO, HACERSE EL; loc. fam.—hacerse el desentendido, el orejón.
MUDANDO DE AIRES EL VIEJO HA DE DAR EL PELLEJO, refr.—expresa que el cambio de temperamento es funesto á la vejez.

MALSÍN : pícaro, bellaco.
MONTE Y RIBERA, SER DE ; fras. fam. fig.—ser materia dispuesta para todo.
MOMERÍAS : galanteos, halagos ; acción burlesca, chocarrera.
MARRULLERÍA : falsedad ó astucia con que rateramente se quiere conseguir alguna cosa ; zorrería.
MAULA : fraude, engaño, artificio encubierto.
MADRE GALLEGA, BUSCAR LA ; loc. fam.—buscar la buena ventura, tratar de mejorar el estado presente.
MIA SOBRE TUYA, ANDAR Á : andar á golpes, en pendencias.
MONTAS QUE....?—úsase en el sentido de PIENSAS QUE....?
MARTINETE, PCIAR DE ; fras.—espolear al caballo, darle con la espuela en los ijares para caminar.
MASCULLAR : hablar entre dientes, murmurar de un modo ininteligible.
MEMORIALES, PERDER LOS ; loc. fam.—echar algo en olvido ; dícese del que es flaco de memoria.
MAS VALE COMER GRAMA Y ABROJO QUE TRAER CAPIROTE EN EL OJO ; refr.—mas vale comer un ruin alimento ganado á fuerza de trabajo que disfrutar de comodidades adquiridas por medios ilícitos.
MAS VALE TRAQUE QUE DIOS OS SALVE ; fras. fam. fig.—mas valen las obras que las buenas palabras.
MAL HAYA EL ROMERO QUE DICE MAL DE SU BORDÓN : despreciado se vea el que lo suyo desprecia ; ruín es quien por ruín se tiene.

N

NO HAY MAS BRONCE QUE AÑOS ONCE, NI MAS LANA QUE NO SABER QUE HAY MAÑANA; refr.—encarece la robustez de que generalmente se goza en la primera edad de la vida y la felicidad que trae consigo el ignorar lo amargo y dificultoso que es vivir.

NO ESTÁ LA MAGDALENA PARA TAFETANES: no está el ánimo para el buen humor.

NO LLEVARÁN EL ASNO AL AGUA SI NO TIENE GANA; refr.—difícil cosa es quebrantar voluntad firmemente resuelta.

NO HAYA CONMIGO DIJES NI POLEAS; fras. fig. fam.—no haya tretas conmigo, basta de bromas, de burlas, de artificios engañosos ó solapados para dañar, etc.

Ñ

ÑIQUIÑAQUE: baratija, garambaina, fruslería, cosa sin valor.

O

O TRUCHA Ó NO COMERLA; loc. fam.—ó todo ó nada.

OSTE; interj. fam.—equi. á quita allá, aparta, sopla etc.

OSTE NI MOSTE, SIN DECIR; fras.—sin hablar palabra, sin gastar cumplimientos.

P

PAJARILLAS, ALTERARSE LAS; fras.—regocijarse con la vista de alguna cosa agradable.

PUNTEAR, PUNTEAR COMO COSTURERA EN VÍSPERA DE PASCUA. fras. fam.—afanarse demasiado en

alguna obra sin lograr una recompensa satisfactoria.

POR LOS BUEYES QUE SON DE MI PADRE SIQUIERA AREN, SIQUIERA NO AREN; moteja el despego de algunos hijos y el poco interés que demuestran por el de sus padres — da á entender que se ha tomado una decidida y firme resolución.

PEJIGUERA: desazón, disgusto, molestia, corma, engorro, etc.

PISTOS, Á; mod. adv.—poco á poco, con mesura, con poquedad, con escasez.

PELAZA: pendencia, bolina, riña, zaragata.

PAPARRUCHA: mentira, engaño, bola que se corre, etc.

PARTIJAS Y TASAJOS, HACER: dividir en partes ó trozos menudos.

PASAGONZALO; fam.—golpecito dado á alguno con presteza.

PEGA, SER DE LA: de la junta de traviesos, ser de la misma calaña que son otros, etc.

PAN Y CALLEJUELA, DEJAR; fras. fam.--dejar libre el ejercicio de la voluntad.

PRESA Y PINTA: Llámase así un juego de naipes.

PORRADAS, QUEBRAR LA CABEZA CON; fras. fam.—argumentar demasiado.

PACOTILLA, HACERLA: disponerse á marchar, á partir.

PIPIRITAÑA: flautilla que hacen los muchachos con carrizos.

PUJA, SACAR DE LA; fras. fam. fig. — sacar del aprieto, del apuro, del mal lance.

PÚCHAS DIGO; interj. fam. joc.

PINDONGA; fam.—callejera, amiga de corretear.

)RQUERÓN: esbirro, corchete destinado á hacer prisiones y conducir á los presos atados á la cárcel.

ELO, MUDAR EL; loc. fam.—cambiar de condición, mejorar.

PERDIDA ES LA LEJÍA EN LA CABEZA DEL ASNO: vana cosa es emplear lo útil y provechoso en quien no sabe aprovecharlo.

PÁMPANA, ZURRAR LA; fras. — dar una azotaina, zurrar la badana.

PICACANTOS: baladrón, valentón.

PALERMO, UNTOS DE: paliza, vapuleo zurribanda de varapalos.

PINZOCHO: ignorante, inútil, inepto.

PELETE, DEJAR EN; mod. adv. — en completa desnudez; dejar el cuerpo á todo aire.

PAJARILLA, TEMBLAR LA; fig.—abrigar miedo, recelos, temores prudentes.

PUÑOS, TORCERSE LOS: sentirse poseído de enojos, demostrarlo ajitando los puños.

PARRANDA; V. A. — fiesta, jácara, diversión, jarana.

PINAZA EN LA MAR, ESTAR COMO; fras. fig. fam.— estar irresoluto, vacilante entre varios partidos ó determinaciones.

PARTO DERECHO, VENIR EL; fig. — salir el caso, el asunto, el negocio como se deseaba ó se esperaba.

PIPIRIPAO, TIERRA DE; fam.- de grandísimas cucañas, de recursos fáciles para medrar..... etc.

PISAR FUERTE DE CORAJE; fam. — mostrar con violencia rabia ó enojos.

PASTILLAS DE BOCA, GASTAR; fras. fig.—gastar cumplidos, gracias, lisonjas, dulces palabras, etc.

PICO, JARABE DE; fam.- expresiones dulces, lisonjeras, galantes, todas aquellas que halagan el amor propio, la vanidad, la presunción, etc.

PIÉS Y AL SOTO, ENTREGARSE Á LOS; fras. — poner piés en polvorosa, tomar la fuga.

PAYO QUE REZA, MIEDO HA: poca valentía demuestra el que encarece los riesgos con el oculto propósito de no acometerlos.

Q

QUIEN LA CORRE DE JÓVEN LA CORRE DE VIEJO; refr. — es difícil apartarse del mal adquirido en la juventud.

QUIEN HACE LA BURLA GUÁRDESE DE LA ESCARAPULLA; refr. — quien mal hace que se guarde.

QUIEN TIENE OVEJAS TIENE PELLEJAS; refr. — el que tiene intereses que manejar tiene que sufrir las molestias y desazones que proporcionan.

QUIEN MUCHO MIRA AL VIENTO NI SIEMBRA NI COJE Á TIEMPO; refr.—el recelo, la timidez, hace imposible el buen éxito de cualquiera empresa.

QUIEN NO QUIERA PAN DE TRIGO CÓMALO DE CEBADA; refr.—el que se muestra demasiado exijente para su propio regalo merece ser tratado ásperamente.

QUIEN DESTAJA NO BARAJA; refr.—el que aparta de sí todo motivo de disgusto, de pendencias, el que sabe rehuirlos no sufrirá jamás las desazones que trae consigo.

QUIEN SIEMBRA EN ARENAL NO TRILLA PEGUJARES; refr. — el que emplea su caudal ó sus servicios en cosas de poca seguridad recoje desengaños solamente.

QUIEN MULA QUIERA SIN TACHA ESTÉSE SIN ELLA; refr. —la excesiva ambición merece ser rigurosamente tratada.

QUÉ MUNDO CORRE? exp. poc. fam.—qué acaece, qué hay de nuevo.

QUEBRAR Á ALGUNO NUECES EN LA CABEZA; fra. fig. fam. — tratarlo ásperamente, tenerlo bajo el puño, dominarlo como á uno se le antoje.

¿QUÉ RABANILLO ES ESE? exp. fam. joc. — qué novedad ocurre.

R

RUMBO Y JÁCARA, SER DE TODO; fras. fig. fam.—ser entendido en toda clase de manejos.

REPICAPUNTO, DE; mod. adv. fam.—de primor, primorosamente.

REBATA, DE; mod. adv.—con sorpresa, súbitamente, por asalto.

REBASAR LOS LÍMITES; fras. fig.—propasarlos, excederlos, traspasarlos.

RASPA, TENDERSE Á LA; fras. fig. fam.—á descansar, á dormir, á la bartola.

RAJA, SALIR DE CAPA DE; fras.—mudar el pelo, mejorar de suerte, etc.

RIZA, HACER; fras. fig.—hacer matanza, carnicería, etc.

RAPAGÓN: el mozo aún imberbe que parece como afeitado ó rapado.

RASPA, ANDAR Á LA; fras. fam.—ir á pillar, á hurtar, á merodear.

RUMBO Y MANEJO, SER DE TODO: ser de tono, pudiente, de categoría.

RELENTE: sorna, frescura para hablar.

REPULGOS DE EMPANADA, ANDAR EN: reparar en cosas de poca significación, en pelillos.

RASERO, LLEVAR POR UN: atacar, acometer.

REDOPELO, LLEVAR AL; fras. fam.—llevar por fuerza, con violencia.

ROCÍN Y MANZANAS, AUNQUE SE AVENTUREN; fras. fig.—demuestra el propósito de llevar adelante alguna resolución suceda lo que sucediere.

RANCHO, ALBOROTAR EL; fras. fam. fig.—alborotar el cotarro.

ROMERO HITO SACA ZATICO; refr.—encarece la diligencia y constancia que requiere el trabajo.

REBATIÑA, LLEVARSE ALGO Á LA; fras. fam.—disputándolo, arrebatándolo.
RATA POR CANTIDAD, Á; mod. adv. — con miseria, con poquedad, con escasez.
ROLLO, GUINDAR DEL: maltratar, ocasionar constantes disgustos, cargar con majaderías.
RONQUILLO, SER ALCALDE DEL: estar constipado, estar ronco.

S

SUBIRSE LA SANGRE AL OJO; fig. fam. — montar en el cólera.
SOLAPA, Á: con disimulo, á hurtadillas.
SOLEJAR: la solana, plaza ó parte descubierta donde da el sol.
SALTABARDALES; fam. — alocado, travieso, bullidor.
SALTARÍN: alocado, travieso, bullidor.
SETENAS, PAGAR CON; fras. — dar largamente, con jenerosidad, con usura.
SUDAR EL HOPO ANTES QUE CONSEGUIR ALGO; fras. — acontecer ántes un imposible, etc.
SOMBRAS Y LEJOS, TENER SUS; fras. fam.—tener sus visos.
SENDOS, SENDAS: cada uno, cada cual.
SANGRE EN EL OJO, TENER; fras. fam.—ser de pocas pulgas.
SOGA, OLER Á: estar en peligro de caer en poder de la justicia.
SARMENTARA, BACHILLER DE: aplícase al charlatán, al gárrulo, al que habla de todo sin saber nada.
SOBRE-HAZ, Á: con disimulo, á soçapa, á hurtadilllas.

SEGAR Ó AGAVILLAR Ó GUARDAR LA ERA — fras. con que se expresa que al que es aplicado y trabajador no le falta jamás tarea en que ocuparse.

SOMORGUJO, Á LO; fig.—ocultamente, con cautela.

SACRAMENTOS, SER INCAPÁZ DE; fras. fam.—ser muy tonto, muy imbécil, pobre de espíritu.

SAETAS, ECHAR; fras. — echar chispas, bramar de coraje, proferir expresiones que revelan mal humor ó enfado.

SONDERAS, SER SIN: no tener blanca.

SONECITO DE CHAPÍN: mujer jóven y bonita.

SABEDLO COLES QUÉ ESPINAZAS HAY EN LA MAR; fras. —empléase para significar que hay en lo que se busca ó se pretende más dificultades de las que se esperaban.

SÚS DE GAITA, NO TENER NI UN; fras. — no tener blanca.

SOBAQUERAS, COJER Á UNO POR LAS; loc. fam. — subyugarle la voluntad, dominarlo, mandarlo.

T

TANTO VA LA CABRA Á LAS COLES QUE DEJA EL PELLEJO; refr.—tanto va el cántaro al agua que sale sin aza.

TROTE, PONER EN LOS; fras. fam.—al corriente en algún negocio.

TANTO PICA LA PEGA EN LA RAIZ DEL TORVISCO QUE AL CABO QUEBRANTA EL PICO; refr. — tanto va el cántaro al agua, etc.

TARÁNTULA, PICADO DE LA; loc. fig.—dícese del qu está vivamente tocado de algún afecto físic ó moral.

TROMPÓN DE; mod. adv.—desordenadamente, sin concierto ni reglas.

TANTARANTÁN; fam.—golpe violento dado á otro.

TAZ Á TAZ—úsase para significar que una cosa se trueca ó permuta por otra sin añadir precio alguno.

TU QUE COJES EL BERRO GUÁRDATE DEL ANAPELO; refr. —aconseja la cautela y miramiento con que se debe proceder para evitar lo nocivo disfrazado con inofensiva apariencia.

TRIQUIÑUELA; fam. — cosa sin ninguna uitilidad, sin valor alguno.

TRINCAPIÑONES; fig. fam. — el mozo liviano, de pocó asiento, sin juicio.

TRUCO, JUEGO DE: el juego de muchachos llamado jeneralmente rayuela.

TRAER LA BARBA SOBRE EL HOMBRO; fras. fam. fig.— vivir con escama, estar prevenido contra algún riesgo, contra cualquier daño propíncuo.

TRES AL MOHINO; exp. - úsase cuando muchos se coaligan ó unen para acometer á uno solo.

TRECE, PLANTARSE EN SUS; fras. fam. obstinarse uno en su determinación.

TIRITAÑAS; fig. -bagatela, fruslería, cosa de poca entidad.

TRAJEDIA PARAR ALGO EN: fras. fig. fam.—tener alguna cosa un mal éxito, un desenlace desgraciado.

TRACISTA: artificioso, maulero.

TATAS, ANDAR Á; mod. adv.—empezar á andar el niño con miedo y recelo cuando lo van soltando á andar.

TRINQUETE, Á CADA: á cada paso, de lance en lance.

MBIEN HAY BULAS PARA DIFUNTOS: para todo hay remedio.

RJA, TOMAR Á LA: tomar algo fiado.

TRASCANTONADA, DAR; fras. fam. -hacerse escurridizo, huir.

TARDE VINO EL GATO CON LA LONGANIZA—exp. que se emplea para significar que se ha ejecutado algo á destiempo.

TOLANOS, ESTAR PICADOS DE LOS; fras. fam.—tener apetencia deseos de comer.

TREMOLINA; fam.—bulla, pendencia, bolina, ruido, confusión.

TRASTEJANDO, ANDAR: andar de una á otra parte bullendo, revolviendo cosas.

TRAQUE BARRAQUE; exp. fam.—á todo tiempo, con cualquier motivo.

TEMBLAR LAS PAJARILLAS: excitarse, conmoverse uno.

TRAPISONDA; fam. revuelta, bolina, pendencia, etc.

TABAS, MENEAR LAS: darse prisa á ejecutar alguna cosa.

TABAQUE: cesto, canastillo.

TERRERO DE NÉCIOS, SER: costear la burla, la diversión.

TABLETAS, TOCAR; loc. fam.—quedarse á flux, sin blanca.

TABAS, JUEGO DE LAS: el que se hace con los huesecillos llamados tabas, tirándolos al aire y ganando según la posición en que quedan al caer.

TANTO MONTA COMO MIGAJA EN CAPILLO DE FRAILE; fras.—ser algo una poquedad, una miseria.

TRABAJOS TIENE LA ZORRA CUANDO ANDA Á GRILLOS—equi. á no hay atajo sin trabajo.

TRAPAZA: mañana, enredo, artificio para engañar.

TRINTÍN Y BOTÍN, SER DE: de categoría, de sonaderas, de blancas.

TROMPA Y TALEGA, HACER ALGO Á: á todo viento, sin reparar en obstáculos.

Temporalidades, soltar las; fras. fam —decir injurias, improperios, ofender.
Triquitraque, á cada ; fam.—á cada paso.
Tanda y mosqueo : zurra, azotaina.
Trampa, darse á la mala : á las raterías á la vita bona.
Trautem, el : el quid de algo, la dificultad, el hito.
Tiramira : série continuada de cosas añadidas ó seguidas unas á otras.
Toca teja, á ; mod. adv.- de lijero, á todo prisa.
Trasgredir, á ; ant.-- infringir, traspasar algún precepto ó ley, etc.

U

Un diablo á otro diablo no le da tizonazo : refr.—equi. á un lobo á otro no le muerde.

V

Vaquilla, atar la; fam.—faltar maliciosamente los muchachos á la escuela.
Verde, hilar en—(v. letra H.)
Vita bona : vida airada.
Vale mas traque que Dios os salve : de mas provecho son las obras que las buenas palabras.
Vilo, poner en; loc. fam. — poner en peligro, en riesgo.
Vez, de vez en : de lance en lance.

Y

YA TE VEO VESUGO QUE TIENES EL OJO CLARO; fras. fig. fam. — con que se da á entender que se penetra ó cala perfectamente la intención de alguno.

YA QUE NO BEBA EN LA TABERNA HOLGARÉME EN ELLA; refr.—los vicios hallan siempre algún medio de satisfacerse.

YEMA DEL BAILE, PONERSE EN LA; fras. fam.—en lo mejor de él.

YA; adv. de tiempo —en sentido de en otro tiempo.

Y MUÉRANSE LOS BARBEROS; intej. fam. — y siga la loza, y siga la danza.

Z

ZAMACUCO: imbécil, majadero, torpe.

ZAMBOMBO: rudo de injenio, grosero, tosco.

ZATICO; pedazo, mendrugo.

ZUMAQUE; fam.—el licor, el vino.

ZARAGATA; fam.—gresca, riña, reyerta.

ZAHAREÑO, fig.—desdeñoso, esquivo, áspero, arisco, huraño.

ZALÁ, HACER LA; loc. fam.—cortejar á alguno con gran rendimiento.

ZANGANDUNGO: gandul, bellaco.

ZARPA, ANDAR Á LA; fig. fam.—en grescas, llegar á las manos, andar á cachetes.

ZAMPOÑA: instrumento rústico á manera de flauta, ó bien compuesto de muchas flautas.

ZANCAS DE ARAÑA, ANDAR EN; fras. fig. fam.—buscar pretextos, excusas, modo de evadirse.

ZAQUIZAMÍ; fam.—chiribitil, gorrinera.

Zarandillo; fam.—el que con gran prisa y viveza va de una parte á otra.
Zaino, mirar de ó á lo : mirar de soslayo.
Zahori : brujo, adivino.
Zarramplín; fam.—neglijente, inepto, chapucero.
Zocas en colodras, ir de: andar de seca en meca.
Zancas ó por barrancas, hacer algo por: por varios y extraordinarios medios.

Fin del Glosario

